

LO QUE QUEDA DE

Notos



AMAZON BESTSELLING AUTHOR

SAM P. MILLER

POR SIEMPRE #1

LO QUE QUEDA DE NOSOTROS

SERIE “POR SIEMPRE”

VOL. 1

Título original: **QUEL CHE RESTA DI NOI**

SE TI AMASSI ANCORA VOL. 1

Primera edición digital: 20 de abril de 2018

Copyright © 2018 Sam P. Miller

Cubierta FOTORESEARCH

Proyecto gráfico: Sam P. Miller

Traducción: Isabel M^a Garrido Bayano

Esta es una obra de fantasía. Los nombres, personajes, instituciones, lugares y acontecimientos son fruto de la imaginación del autor y no se pueden considerar reales. Cualquier semejanza con hechos, escenarios, organizaciones o personas, vivas o fallecidas, reales o imaginarias es casualidad.

Este libro contiene material protegido por copyright y no se puede copiar, alquilar, publicar, transmitir en público o utilizar de algún otro modo, excepto lo autorizado expresamente por la autora en los términos y condiciones por las que se ha comprado o por lo previsto en la ley aplicable (Ley 633/1941).

Este libro es para quien ha llegado a lo más profundo de mí sin haberme tocado nunca la piel.

Para quien me conoce, aunque nunca me haya mirado a los ojos, y para quien, a pesar de las distancias, se ha convertido en parte de mi corazón.

*A mis amigas,
Barbara, Marisandra y Tamara*

EL LIBRO

¿Cuántos pasos hay entre el odio y el amor? ¿Y cuántos entre lo que siempre has detestado y aquello que, de repente, deseas con todas tus ganas?

Pocos, en realidad, si te llamas Alexander Reeves, eres el capitán del equipo de fútbol americano del instituto y tu vecina es la señorita Perfeccionista, alias Olivia Williams.

Alex es el típico rey del instituto. Sus ojos azules, una mirada cautivadora y una dosis de osadía le han convertido en una estrella, pero detrás de la fachada de *quarterback* y de robacorazones curtido se esconde otra cosa, algo que nadie conoce.

Olivia es su antítesis, lo más lejano a sus fantasías. La mejor amiga de su hermana es demasiado meticulosa e irritante como para aguantarla, siempre está molestando y que sea la novia del *running back* del equipo supone otro agravante más.

Alex Reeves y Olivia Williams son dos planetas que viajan en órbitas distintas, ¿pero qué pasaría si de repente cambiasen las trayectorias y entraran en ruta de colisión?

CANCIONES

Eurythmics - Sweet Dreams

Puff Daddy - "I'll Be Missing You" (Feat. Faith Evans & 112)

Katelyn Tarver - You Don't Know

Etta James - I've Been Loving You Too Long (to stop now)

Fefe Dobson - Be strong

Gnash - I hate u, I love u ft. Olivia O'Brien

Coldplay - The Scientist

Calum Scott - You Are The Reason

Annelie - Raining Dreams

James Arthur - Say You Won't Let Go

Alan Walker - Faded (Sara Farell Cover)

Aspen - Can You Hear Me Now

Sia - Bird Set Free

Come Home - One Republic Sara Bareilles

Sam Smith - Too Good At Goodbyes (Andrew Lambrou Cover)

PRÓLOGO



Un vaso rebosante de cerveza en una mano y uno vacío en la otra. Me sentía bien. Tremendamente bien.

Dentro de mí fluían ríos de espuma. Posiblemente sería la décima cerveza seguida que me tomaba, o quizás un poquito más. Había perdido la cuenta, pero, qué esperabais, era una tarde especial y había que celebrarlo. Que el equipo estuviera en primera posición en la clasificación del campeonato no ocurría todos los días.

Mark Anderson pasó delante de mí y se paró para observar mi espectáculo gratuito. Me miró con satisfacción y se rio por lo bajo; ese chico nunca había sido muy espabilado. Era el típico idiota mimado y rico hijo de papá, pero para mí no era un gran problema: tenerlo en el equipo nos aseguró tener siempre una casa a nuestra disposición, dos padres a menudo ausentes y fiestas de escándalo como aquella.

Me estaba emborrachando sin limitaciones y disfruté como si fuera la última gran noche ante una concentración de masas. Reía y tragaba lo que sea que tuviera un grado alcohólico lo bastante alto como para disparar los valores de un alcoholímetro.

—¡Ca-pi-tán! ¡Ca-pi-tán!

Estallaron coros de estadio de todas partes.

Miré a mi alrededor, levanté los vasos en el aire y me bebí otra cerveza. Estaba de lujo, me sentía una especie de dios en medio de un gentío que me

adoraba con delirio. Me llovían miradas lascivas de todas partes, las chicas me adoraban y yo... bueno, no hacía nada para no destacar.

Camisa desabotonada, pecho al descubierto y vaqueros ajustados. Me movía como si fuera el rey del mundo mientras una multitud de animadoras bailaba a mi alrededor.

Kendall Cameron era mi elegida. Cualquier estudiante de instituto con un mínimo de testosterona ha soñado liarse con ella al menos una vez, era la musa inspiradora de muchos orgasmos autoinducidos, el deseo depravado de cualquier profesor cachondo y el probable «gran final» de mi noche fantástica. Era una de las chicas más guapas del instituto, importaba poco que tuviera pocas luces. Lo importante, en cambio, era su abundante pecho copa D y su fantástico trasero con forma de mandolina.

—Ven aquí —articulé mientras acompañaba el gesto con un dedo apuntando directamente a ella. Kendall no se lo pensó dos veces, se apresuró como un cachorro obediente y a mi completa disposición. No es que quisiera una aventura o algo por el estilo con ella, lo que me interesaba era aquello que todo chico de mi edad deseaba: sexo.

Sexo salvaje, intenso y visceral.

Sweet Dreams empezó a sonar desde los altavoces Dolby a una potencia de al menos cien decibelios y la poderosa voz de Annie Lennox rebotó por las paredes retumbando en cada esquina de la habitación.

La agarré por las caderas y la froté contra mí. Ella, en respuesta, se aferró a mi cintura y empezó a menearse. Utilizó mi cuerpo como una barra y la respuesta ahí abajo no tardó en llegar.

—¡Yuju! ¡Vamos, capitán!

Los gritos y los silbidos de incitación llenaron el ambiente.

—¡Hazle ver quién manda!

Os digo que ninguno de mis compañeros es un caballero, pero no creo que a ella le importase nada al respecto.

—¡Ánimo, capitán! Honra a tu equipo.

Reí. Reí satisfecho y consentí todos sus movimientos. La cerveza continuó recorriéndome la garganta, se desbordó de la boca y me cayó por el pecho. Kendall me miró como si no esperase otra cosa de la vida, se lamió los labios y, un segundo más tarde, se agachó para lamirme los abdominales empapados de doble malta.

—¡Sigue así, chica!

Ahora gritos. Ahora silbidos. Joder, ¡qué bien estaba!

Tim me puso la mano sobre el hombro y se inclinó para hablarme al oído.

—Toma, creo que esta noche te servirá alguno.

Sonreí con vanidad y extendí la mano mientras mi mejor amigo me pasaba una tira de preservativos.

—Genial, T, eres el mejor —refunfuñé.

—Lo sé, Lex, lo sé.

¿Habéis tenido alguna vez un amigo? No uno de los que te buscan solo cuando necesitan algo, me refiero a un amigo *amigo*, uno de verdad. Pues yo sí, y estaba justo delante de mí.

Tim equivalía a un hermano, una presencia tranquilizadora, una de esas personas con las que podía compartir todo hasta sin mediar una maldita palabra. Vivíamos uno en frente del otro desde siempre y cada recuerdo de mi infancia estaba vinculado a él. Éramos distintos, eso sí: yo moreno y él rubio, yo un cabrón y él un caballero, pero a pesar de estas pequeñas diferencias podríamos definirnos como un *yin* y *yang* que funcionaba de maravilla. Éramos una máquina perfectamente lubricada, siempre juntos en el campo y fuera del mismo.

Si existiera en el mundo una persona en la que habría confiado mi vida, esa era él.

—¿Vamos? —las pestañas largas y curvas de Kendall se movieron rítmicamente y su boca se retorció, anunciando jadeos y suspiros.

—¡Claro, pequeña!

La agarré por la muñeca, posé el vaso ya vacío en la mesa y, entre los silbidos de mis compañeros, empecé a subir las escaleras.

Mark Anderson me miró fijamente. Estaba sentado cerca de su chica y me observó con profunda admiración, o quizás con un poco de envidia.

¿Esperaba de verdad que la señorita Perfeccionista jugase con él como si fuera un vaquero al igual que estaba haciendo Kendall conmigo?

No... Estaba totalmente equivocado.

Allí estaba, señoras y señores, Olivia Williams, mirándome con expresión melancólica, nariz puntiaguda arrugada por el asco y cejas que le trepaban por la frente.

¡Odiaba a esa chica!

Le guiñé un ojo impenitente y le di una palmada sonora a aquel culo con forma de mandolina que subía por las escaleras. Kendall se rio y gimoteó como

un cachorro. Se paró, apoyó la espalda en la pared y se lamió los labios, primero el inferior y luego el superior. Me dirigió una sonrisa a modo de invitación y, agarrándome por los bordes de la camisa, me atrajo hacia sí.

Empezamos a besarnos en mitad de las escaleras. Mis manos escalaron por sus muslos, yendo cada vez más alto. Le levanté el bajo de la minifalda y llegué al suave tejido de encaje que pronto le arrancaría. Los gritos de incitación se mezclaron con el ritmo martilleante de la música y, tal y como imaginé, sentí que los pantalones me empezaban a molestar por la estrechez.

Tras apartarme de ella, después de haber bebido de su boca, estaba listo para una larga sesión de lengua, labios y gemidos. Me volví hacia la platea y me volví a topar una vez más con esa mirada de asco. ¡Me ponía de los nervios! Cuanto más me miraba de ese modo, más quería molestarla de alguna manera. Sonreí guiñándole un ojo y se giró hacia el otro lado. Tenía ganas de bajar las escaleras y gritarle, pero tenía mejores cosas que hacer en aquel momento.

—Capitán, ¿vas a hacerme esperar mucho?

El índice de Kendall me atravesó los abdominales, dividiéndolos en dos mitades perfectas. Surcó las siluetas del abdomen con precisión quirúrgica antes de descender aún más. En ese momento me enganchó por la cintura de los vaqueros y me susurró al oído:

—Ahora, tú y yo, vamos arriba.

No me lo pensé dos veces.

En cada escalón sentí que la carne bajo la cintura se hacía más grande. Necesitaba desfogarme y es justo lo que iba a hacer.



Esa escena patética me había revuelto el estómago. Alexander Reeves era un

completo imbécil, un globo hinchado todo músculo y cero cerebro. En resumidas cuentas, un idiota hecho y derecho. A pesar de que su hermana fuese mi mejor amiga desde siempre, entre él y yo las relaciones eran muy tensas.

¿En otras palabras? Nos odiábamos.

Era algo fuerte y visceral, una división grande y profunda como una fractura en una colina montañosa, una de esas fallas hiperactivas que cuando despiertan hacen temblar a países enteros.

¿Qué sentía por él? Aversión, repugnancia e intolerancia, y esto solo era la punta del iceberg: bajo las plácidas y lentas aguas anidaba una masa de hielo tan espeso que habría podido congelar todo el estado de California. Era así desde siempre, desde la primera vez que se cruzaron nuestras miradas. Yo le odiaba a él y él mi odiaba a mí, punto.

—¿Quieres que estemos un poco a solas? —Mark me cogió de la mano y continuó acariciándome los nudillos con delicadeza—. Podemos subir a mi habitación...

—Mark —le regañé—, sabes lo que pienso sobre ciertas cosas.

—Claro que lo sé, Holly. De hecho, no te he preguntado nada extraño. Solo quería estar un poco en paz, no me parecía estar pidiendo mucho —refunfuñó en voz baja. Bajó la mirada hacia el suelo y fijó la vista en las cordoneras de las zapatillas deportivas, que aún estaban brillantes. Soltó un poco mis dedos, como si estuviera dejando que mi mano se escurriera de la suya.

—Venga, vale —susurré mientras volvía a mirarlo. Levantó de repente la cabeza y se le iluminaron los ojos. Parecía un niño con la cabeza en alto contemplando una lluvia de fuegos artificiales.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, lo digo en serio.

—¡Vamos! —me volvió a agarrar fuerte y me llevó hacia la muchedumbre que había invadido la casa.

—¡Buena, Mark! ¡Dale duro, amigo!

Uno de sus compañeros de equipo le dio una palmadita en la espalda y me miró con una expresión de inquietud.

Si, y digo si, hubiese tenido la mínima intención de darle algo, sus cómplices se habrían transformado en lo más disuasorio de la faz de la tierra.

Mi giré para mirar al tipo desconocido que silbaba con dos dedos metidos en la boca y lo fulminé con la mirada. Estaba tan borracho que no se dio ni cuenta. Todos esos chicos eran un puñado de fracasados. Como eran demasiado tontos

para aspirar a una beca de estudio por mérito, intentaban suplir sus carencias cerebrales por medio de la fuerza bruta, pues, digamos la verdad, correr detrás de un balón ovalado no era indicio de un cerebro excepcional.

Mark me rodeó la espalda con el brazo, fingiendo no darse cuenta de los gritos y los silbidos que se habían alzado en la habitación. Era un chico bueno y, a pesar de que formara parte de esa panda de idiotas, no era como ellos. Mark era inteligente, tenía notas excelentes y una familia respetable detrás. En pocas palabras, era todo lo que se esperaba de mí: Olivia Williams, la exactitud en persona.

—Ven, te abro camino —murmuró acercando la boca a mi oído. Empecé a subir por las escaleras mientras él me seguía. Sentí que tenía los ojos puestos en mí, me recorrían la espalda de abajo a arriba, hasta que los pelos de la nuca se me pusieron de punta. No sabía qué se esperaba o cuáles eran sus intenciones para esa noche, pero una cosa estaba clara: de mí no conseguiría nada en absoluto.

EN CASA DE MARK



—¡Oh, sí, joder!

Kendall me miró fijamente a los ojos mientras recorría con la mano el largo de mi sexo rígido. Aquellos iris grandes y claros me observaron con atención, parecía que no podía casi respirar con la boca tan llena.

—Joder... —sofoqué un grito y agarré con fuerza las sábanas cuando sentí deslizarse el contorno afilado de sus dientes sobre la erección. La chica lo sabía hacer muy bien y yo estaba tan borracho que no podía ni tenerme en pie.

—¿Te gusta, capitán? —preguntó mientras me lamía desde la punta hasta la base sin parar de mirarme.

Me gustaba, claro que me gustaba.

Eché la cabeza hacia atrás y me quedé sentado en la cama mientras ella continuaba incitándome con la mano y con la boca. Dios, sin lugar a dudas esa era una de las mejores noches de mi vida.

Volví a recuperar el control y levanté la cabeza, le puse una mano detrás de la nuca y la empujé cada vez más al fondo, más en profundidad. Cerré los párpados durante una fracción de segundo y, antes de volver a abrirlos, tuve una visión que me impactó: el pelo que estaba agarrando ya no era rubio, los ojos que me observaban ya no era claros. De repente, Kendall había desaparecido y en su lugar había otra persona.

Era *ella*.

¡Joder!

Abrí tanto los párpados que parecía que se me iba a salir la esclerótica de las órbitas. Era imposible que la señorita Perfeccionista estuviera allí conmigo, no podía ser real. Me cercioré de que todo fuera como debía ser, que fuera la boca de Kendall la que me estaba chupando la polla, y finalmente me relajé. Cerré los ojos y volvió esa visión tan inquietante y molesta. Olivia me agarraba el miembro con una mano y la movía con rapidez. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Arriba y abajo.

¡Dios mío!

Qué sensación tan excitante y poderosa. Sentí que la sangre fluía en un único punto, estaba casi en el culmen. Volví a abrir los ojos y Kendall estaba siempre allí, arrodillada delante de mí. No era lo mismo, lo que sentía mirándola no era igual de excitante, así que cerré los ojos y di el primer paso hacia mi total y absoluta ruina.

Me corrí como si fuera la primera vez, imaginando que era Olivia la que me estaba haciendo una paja, pero algo iba mal.

Muy mal.

Completamente mal.

Fatal.

¿Cómo diablos había podido suceder?

Me incorporé rápidamente, pero las endorfinas me habían transformado las piernas en dos bastones de regaliz empapados.

—¿Qué pasa, Alex?

—Nada. No ocurre absolutamente nada —respondí en tono brusco. Kendall se puso en pie y se subió encima de mí.

—Creía que te gustaba lo que estaba haciendo —maulló dulcemente mientras se restregaba inútilmente sobre mi polla. Estaba muerta, había exhalado el último aliento y solo de pensar en cómo había ocurrido me ponía la piel de gallina.

¿Me había imaginado de verdad a la señorita Perfeccionista?

Era imposible, totalmente imposible.

—Alex, ¿me vas a decir lo que te pasa?

—¿Qué?

—¿Se puede saber en qué estás pensando? Hace un momento estabas aquí conmigo, nos lo estábamos pasando bien y ahora parece que estás enfadado.

¿Estaba enfadado? Sí, claro que sí.

¿Habría hecho como si no hubiera sucedido nada? Por supuesto.

Entonces, ¿por qué en lugar de seguir por donde íbamos había apartado a Kendall de la cama, me había levantado y me estaba abotonando los vaqueros?

¿La verdad? No tenía ni la más mínima idea.

Me miró con la frente arrugada y los labios mustios. Me había comportado como un cabrón, pero dadas las circunstancias no me importaba nada.

—¿Qué estás haciendo, Alex? ¿Vas a largarte así sin más? —Kendall se puso en pie y me miró fijamente, desnuda e indignada con los brazos en jarras.

—Me parece que sí. De todas maneras, gracias por... todo —gruñí mientras giraba el pomo de la puerta.

—¡¿Gracias?! ¿Estás loco por algún casual? ¿Por quién me has tomado? — chilló, llegó en dos zancadas a la puerta y la cerró de golpe.

—Escucha, lo siento, pero no tengo más ganas, ¿vale?

—¿Te vas así? Quiero decir... ¿me dejas así? —preguntó horrorizada.

—Sí, me parece que sí.

Quizás estaba demasiado borracho para razonar, había tenido esas visiones y no estaba en mis cabales, por lo tanto, aunque me arrepintiese el día de mañana, no quería saber más de ella ni de follar, solo quería salir rápido de esa habitación.

—Alex, si te vas no habrá una segunda oportunidad.

—Paciencia, podré con ello.

Abrí la puerta y salí al pasillo. En cuanto se cerró con un *clic*, escuché algo romperse contra la madera y caer al suelo en mil pedazos. Joder, se había enfadado de verdad.

Metí la mano en el bolsillo de los vaqueros y saqué un paquete de cigarrillos, necesitaba fumar. Sabía que no debería hacerlo; si el entrenador lo hubiese descubierto me habría puesto del revés, pero en algunas circunstancias especiales no se podía hacer otra cosa y aquella era una situación que requería nicotina y tabaco.

—¿Habéis terminado ya?

Levanté la mirada y desde el otro lado del pasillo dos ojos color caramelo me observaban minuciosamente con arrogancia.

—No pensé que fueras tan... rápido —dijo en tono de burla mientras bajaba la trayectoria de sus iris hacia mi polla.

No había terminado de abrocharme los pantalones y me di cuenta en ese

momento, cuando la vi ponerse roja durante una milésima de segundo.

Lo que había dentro del bóxer se movió de repente, como si la presencia desdeñosa de Olivia fuera una pizca de *pyrofluid* sobre una antorcha encendida.

—¿Qué pasa? ¿Se te han pegado los ojos?

—¿Cómo dices?

—¿Podrías mirar hacia otro lado en lugar de fijarte en mi pito?

—¡Claro que no te estoy mirando *ahí!* —graznó avergonzada. Levantó la cabeza enseguida, pero después, como si unos hilos invisibles manejaran sus movimientos, bajó de nuevo la mirada. Me hizo gracia.

—¿Estás segura, señorita Perfeccionista? Me parece que lo estás haciendo de nuevo.

Se puso roja de repente.

—Para, es un acto reflejo que deriva del movimiento de tus manos.

—Así que ahora también te gustan mis manos. Vamos progresando.

—¡No digas tonterías!

—No las he dicho.

Avancé un paso y retrocedió hacia la pared. Dio otro paso más y cerró los puños, tanto que se clavó las uñas en la carne.

—Entonces, señorita Perfeccionista, ¿te gustaría echarle un vistazo a mi herramienta?

—¡Eres un cavernícola, Alex! No te acerques, por favor.

—¿Por qué? ¿Temes no poder controlarte si me acerco demasiado?

—Ni por asomo —balbuceó enfadada mientras se tocaba el pelo con nerviosismo—. ¿De verdad crees que tu presencia significa algo para mí? ¡No has entendido nada de nada!

Estábamos muy cerca el uno del otro, casi podía oler su nerviosismo mezclado con un perfume afrutado caro. Su boca estaba tan cerca que por poco no la acaricio con la mía.

—¿Estás segura de verdad, señorita Perfeccionista?

—Deja de llamarme así, ¡sabes muy bien que no lo soporto! —dijo echándose hacia atrás todo lo que podía.

—Em... no. Creo que no voy a parar de hacerlo porque a mí sí que me gusta.

—Capullo —siseó.

—¡Oh, Dios mío! No me creo que de tu bocucha perfecta pudiesen salir también groserías, me sorprendes.

—¡Alex, déjalo ya!

—No.

Me acerqué todavía más, la solapa de los vaqueros le rozó la cadera y se echó hacia atrás como un gato a punto de bufarse. Me miró con furia mientras yo simplemente la miraba. Jamás entenderé por qué lo hice, pero tenía ganas de...

—¡Aquí estás, por fin! Fui a buscarte al baño —Mark, el idiota, se asomó por la puerta y se acercó bruscamente. Le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí. Después, la guio hacia su habitación y fue en ese momento cuando se dio cuenta de mi presencia.

—Alex, ¿qué haces aquí? —preguntó con incredulidad—. ¿Dónde está Kendall?

—Se está vistiendo —dije. Olivia ni me miró. No sé qué me había pasado, ¿de verdad había coqueteado con ella?

—Demasiada cerveza, Alex. Demasiada. Cerveza.

—Ah, entiendo —guiñó un ojo en señal de entendimiento—. Bueno, ahora nos toca a nosotros —continuó mientras empujaba a Olivia con una mano en la parte baja de la espalda—. Que te siga yendo bien, Reeves.

Y después de lanzarme otra sonrisa cerró la puerta tras de sí.

Ese idiota tenía una sola cosa en la cabeza: se la quería llevar a la cama; estaba claro que si pensaba en ello me revolvería el estómago. Empecé a bajar las escaleras y en el segundo escalón sentí un empujón contra la pared.

—¡Ahora te paras y me explicas qué diablos te ha pasado antes! —Kendall me miraba seria e irritada—. ¿Es que ya no te gusto? ¿He hecho algo mal?

¡Dios, que tonto había sido!

—No, pequeña, escucha, no tienes nada que ver. Eres guapísima, lo digo en serio, es solo que... quizás he bebido demasiado esta noche y no soy yo mismo.

—¡Júramelo! ¡Júrame que te gusto!

Era increíble cómo la chica más guapa del instituto había entrado en pánico por un rechazo.

—Te lo juro.

—¡Bésame! —se acercó a mi cuerpo y se restregó contra mí violentamente—. ¡Bésame, capitán!

Cerré los ojos durante un segundo, tomé aliento y uní mi boca con la suya.

EL RECHAZO



—Ven aquí —Mark me agarró de la cintura y me atrajo hacia su pecho. Ser la chica de un jugador de fútbol americano tenía sus lados negativos, como tener que ver a ese grupo de seres repugnantes que formaban parte del equipo, pero también tenía un lado bueno: mi cuerpo se perdía en esa montaña de músculos esculpidos y me sentía segura. Sí, Mark era la seguridad, la protección, era lo mejor que había podido elegir, a pesar de...

—¿Qué pasa, cariño?

—Nada, ¿por qué?

—Estás temblando, parece que has visto un fantasma.

La mano fuerte y dura de mi chico me sujetó el mentón y me obligó a mirarle. Sus grandes ojos verdes me examinaron con atención, me inspeccionaron a fondo e intentaron entender por qué estaba tan temblorosa.

La realidad era una de esas cosas que no se podían contar. La realidad era que, aunque estuviera comprometida con él y no me gustara nada el imbécil de Alex, el encuentro había conseguido impactarme. Cuando me rozó con el cuerpo me di cuenta de algo: una sensación nueva e incontrolable que en cambio no había sentido con Mark.

—Eh —susurró—, ¿en qué estás pensando?

Le acaricié la mandíbula con la mano y seguí por la línea del cuello. Mark volvió enseguida a animarse, normalmente no era muy efusiva y aquello le dio la vía libre que esperaba.

Me acarició las mejillas con los pulgares y comenzó a besarme. Me besaba cada vez con más intensidad, me devoró los labios y me metió la lengua. Estaba absorto en ese beso, perdido.

Pero yo no.

Estaba lúcida y consciente de lo que estaba sucediendo, analicé la manera en la que me tocaba, el sabor de su boca, la sensación rugosa y suave de su lengua que acariciaba la mía. No era un beso asombroso, sino una sucesión de acciones que examiné a fondo.

¡Me sentía extraña! Él se había dejado llevar mientras yo lo analizaba todo el rato. Controlé sus expresiones, las escleróticas que se movían bajo los párpados cerrados y la nariz que se movía de un lado a otro. No sentí casi nada: ni mariposas en el estómago, ni suspiros.

—Vaya, pequeña —murmuró volviendo a abrir los ojos. Me sujetó la espalda con las manos y empezó a bajar. Descendió más allá del límite entre lo consentido y lo ilícito, pero lo dejé, pues me sentía culpable por no ser la chica que él se esperaba.

Se deslizó cada vez más abajo hasta que me rodeó el trasero con sus grandes manos y me empujó hacia sí de tal forma que le rozaba la pelvis. Estaba excitado, su erección chocaba con mi abdomen y sabía muy bien lo que esperaba conseguir, pero la respuesta era siempre la misma: no.

Un no rotundo.

No quería tener sexo, no estaba lista y, sobre todo, no había nada que me decantase a hacerlo, ni un cosquilleo, ni una mariposa solitaria que batiese las alas por equivocación, ni un latido, ni un escalofrío. Lamentablemente, no me provocaba nada de eso.

Mark se movía, se restregaba contra mi cuerpo y respiraba con ansiedad; había llegado el momento de arriar las velas y soltar los amarres, la travesía tenía que parar ya.

—¡Mark, para!

Un gemido gutural le salió de la garganta mientras seguía restregándose en mi cadera.

—¡Mark! ¡Te he dicho que pares!

—¿Por qué? —resopló. Aumentó la presión en la parte baja de la espalda—. No me digas que no te gusta sentir lo que provocas en mi cuerpo. Cielo, te deseo tanto...

—Para, por favor.

—¿Pero por qué nunca quieres hacerlo? Hace más de un año que estamos juntos, Olivia.

—Sabes muy bien el por qué, no me siento preparada.

Se alejó de golpe y empezó a pasear furioso por la habitación con las manos en la cabeza.

—De verdad que no sé ya cómo hacerlo. ¿Te das cuenta de que esto no es normal? Estamos juntos, tus padres me adoran, las cosas funcionan a la perfección, ¿qué sentido tiene continuar esperando?

No respondí. Me quedé de pie entreteniéndome con el borde de la camiseta mientras él me miraba con exasperación.

—¿Quieres decir algo, por el amor de Dios?

—Quiero irme a casa.

Esbozó una sonrisa sarcástica.

—Típico de ti. Cuando te enfrentas a un argumento que no te gusta, escapas.

—¡Eso no es cierto!

—Ah, ¿no? ¿No estás convencida? —preguntó metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones. Lo miré preocupada y me senté en la cama. Mark se agachó para ponerse a la altura de mis ojos y me miró con seriedad—. Vamos a hablar de esto, te guste o no.

Me posó la mano sobre la rodilla y continuó:

—¿Por qué no quieres que te toque?

Me desmoralizaba y me daba miedo ese tema.

—Olivia, por favor, ¿quieres decirme lo que te pasa por la cabeza? ¡No sé qué más hacer! No quiero forzarte, pero esta situación es absurda.

—Dices que no quieres forzarme, pero es lo que estás haciendo.

—No es verdad. Solo estoy intentando entender el porqué, tienes que explicarme esto al menos. Tengo dieciocho años, casi todos mis amigos tienen sexo a menudo, cambian de chica cada noche, pero yo no soy así, quiero estar contigo y he aceptado tus condiciones; sin embargo, ahora empiezo a pensar que nunca cambiarás de idea sobre este asunto.

Apreté los puños y miré hacia la puerta.

—Por favor, llévame a casa.

Se mordió el interior de las mejillas y negó con la cabeza.

—¿Entonces esto es lo que quieres? ¿Continuar disimulando que todo va bien aunque no sea verdad?

—No entiendo por qué insistes tanto en esto...

—¡Porque lo necesito, joder! ¡No puedo ser siempre el único imbécil que no puede ni acariciar a su chica!

—¿Entonces es este tu problema? ¿Acaso tienes que quedar bien con los idiotas de tus compañeros?

—No, no tiene nada que ver...

—Ah, ¿no? ¿De verdad? Pues yo creo que sí.

—Olivia, mírame —no estaba para nada de acuerdo, pero lo contenté, le miré y vi la exasperación abrirse camino con fuerza.

—Necesito tocarte, sentirte mía, ¿lo entiendes?

—No tengo más ganas de hablar de esto, estoy cansada y quiero ir a casa.

Había construido una muralla personal, una barricada larga hecha de insatisfacción, rabia y determinación. Era inútil enfrentarse a ese argumento, porque él continuaba sosteniendo su idea mientras yo ni siquiera le escuchaba.

—Está bien —dijo entre dientes mientras una mezcla de desilusión y cólera reprimida le hacía temblar la mandíbula—. Vete a casa.

Se pasó las manos por el pelo para arreglárselo y salió por la puerta. No me invitó a que lo siguiera, simplemente salió.

Me quedé inmóvil en el sitio. Conté los respiros que poco a poco me abandonaban el cuerpo y las pulsaciones que sentía reverberar hasta en los oídos. Cuando me moví por fin, me alisé la camiseta, me bajé la falda y con paso decidido bajé por las escaleras.

Conocía bien esa casa, no era la primera vez que iba. Normalmente era el punto de encuentro para las fiestas del equipo. Bajé a la planta baja, con la mano apoyada en la pared para no caerme, pues mis pasos se hacían cada vez más inseguros. Una pareja se estaba besando en la pared. Ella estaba encima pegada como si fuera un sello y se restregaba sobre él de forma indecente. Bajé otro escalón y enfoqué no solo sus cuerpos, sino también sus caras. Kendall estaba literalmente desnudando a Alex delante de todos y, por cómo le lamía y le mordía, parecía estar satisfecha.

«¡Putas!», gritó mi mente, cansada de esa noche de locos mientras mis manos temblaban y se contraían como si fueran la presa de una convulsión antinatural. Alex giró la cabeza hacia mi dirección y me miró. El azul pálido de sus iris había desaparecido, enturbiado por el alcohol y por lo que estaba haciendo en ese momento. Agarró a Kendall por el trasero y empezó a restregársela cada vez con más furor, parecía que estaban teniendo sexo en medio de la multitud. Me dieron

ganas de vomitar. Me di la vuelta para buscar a mi chico y lo localicé unos metros más adelante. Estaba charlando animadamente con dos energúmenos de expresión ebria. Recuperé el control: cabeza alta, hombros en su sitio y espalda erguida, mantuve la respiración unos segundos y fui hacia él.

Mark estaba de espaldas, no me vio llegar y no se había dado cuenta de que estaba allí. Le toqué un hombro un par de veces con la mano, pero no se movió. Sus compañeros me miraron con desdén, querían saber qué había sucedido.

—Mark, ¿puedes darte la vuelta un momento? —le pregunté mientras le cogía del hombro. Esbozó una sonrisita, pues vio que sus amigos se estaban burlando. Se giró, tenía un vaso de cerveza en la mano y una expresión impasible.

—¿Qué pasa? —preguntó con tono seco.

—¿Puedes acompañarme a casa, por favor?

—No puedo ahora, estoy hablando con mis amigos.

Se rieron y sentí que me invadía una ira amenazadora que pude controlar a la perfección.

—No te llevará mucho, puedes acompañarme y volver con ellos, no veo el problema, yo...

—¡Te he dicho que estoy ocupado!

Lo miré petrificada. Jamás me había hablado de esa manera tan malhumorada.

—Está bien, llamaré a mi padre y le diré que me venga a recoger.

—Haz lo que quieras —siseó y se giró de nuevo hacia ellos.

Me quedé perpleja. Siempre había tenido la seguridad de poder dominarlo todo y él no iba a ser menos. Creía que lo tenía todo bajo control, pero me equivocaba. Me equivocaba y mucho.

—¿Tienes algún problema?

La voz que provenía de mis espaldas me erizó la piel. No me di la vuelta, no había necesidad.

—No, ningún problema, gracias por el interés.

—No me lo parecía, pero quizás me haya equivocado.

—De hecho, te has equivocado. Ahora, si me lo permites, tengo que hacer una llamada.

Lo aparté bruscamente y salí por el porche mientras buscaba el teléfono en el bolso. Cuando lo encontré, grité frustrada: no tenía batería.

—Eh, eh, que vas a despertar a todo el barrio.

Mi di la vuelta y me topé con su mirada arrogante. ¡Dios! No había forma de

soportarle en ese momento.

—¿Tú otra vez? ¿Se puede saber qué quieres de mí, Alex?

Observé desalentada los tablones blanqueados del suelo. Estaban colocados a la perfección, no había ninguna grieta ni una veta demasiado gruesa. Parecía que alguien se había esmerado en seleccionar los mejores, sin duda aquellos lo eran. El resto, los que tenían imperfecciones o demasiados nudos, habrían terminado en una estantería empolvada para venderlas en rebajas, por lo que ahora serían el suelo desgastado de un vertedero de las afueras.

Yo me sentí como esos trozos de madera. Me habían dado forma, pulido y tratado para ser perfecta, como los demás pedían. Él, en cambio, era exactamente lo contrario. Hacía lo que quería, decía lo primero que se le pasaba por la cabeza y no tenía ningún filtro.

Alexander Reeves era peligroso como el veneno. Nadie se habría podido imaginar mirando una flor bonita y aparentemente inofensiva que los efectos de su ingesta podrían ser letales. De igual forma, para mí era como esa flor venenosa: tan guapo que parecía inofensivo, pero cada vez que se me acercaba demasiado, inhibía mis funciones fisiológicas y mentales.

Él...

...me dejaba sin aliento.

LA DISCUSIÓN



Jamás había visto a la señorita Perfeccionista tan cansada y conmovida.

—¿Se puede saber entonces qué te ha pasado?

—No es asunto tuyo.

—Vale, tienes razón —levanté las manos en señal de rendición y di un paso hacia atrás—. Solo quería ser amable, pero veo que todo te parece mal.

Olivia suspiró. Estaba tan pálida que parecía que se iba a desmayar.

—¿Te encuentras bien? No tienes buen aspecto.

Abrió de par en par los enormes ojos castaños y me miró, cansada. Si no fuese por la oscuridad, habría jurado que estaba llorando.

—Quiero volver a casa —murmuró con una voz completamente antinatural.

El idiota le había hecho algo, eso seguro. Empezó a formarse una manía homicida en mí. Una cosa era que se enfadara por mi culpa y otra que alguien le hiciera daño, eso no me gustaba nada.

—¿Por qué te quieres ir a casa?

—¡Porque sí! ¿Es algo malo querer irse? Me he quedado atrapada aquí. Mark no quiere acompañarme y el teléfono no tiene batería, ni siquiera puedo llamar a nadie para que me recoja —lloriqueó sin respirar.

—Vale, vale, frena, señorita Perfeccionista.

—¡Para de llamarme así!

—Está bien, ya paro, pero solo porque estás llorando.

—¡No estoy llorando! —respondió ofendida.

—No, ¿eh?

—¡No, en absoluto!

Le sujeté el rostro con ambas manos y con el pulgar recogí una gotita de las pestañas.

—¿Es esto una lágrima?

—¡Para, por favor! —dijo echándose hacia atrás de repente—. Esta noche no estoy de humor para discutir contigo.

—Vale, tú ganas, paro.

—¿De verdad? —preguntó casi con sorpresa.

—Sí, no tengo ganas de discutir, no eres una adversaria digna en este estado tan penoso.

—¡No estoy en ningún estado penoso! —se irguió y se arregló el pelo. Esa sí que era mi chica.

¿*Mi chica*? Pero en qué estaba pensando yo.

—Vale, hagamos esto: ya que yo también estoy muy cansado, podríamos volver a casa juntos. ¿Qué te parece?

—¡Contigo no voy a ninguna parte!

—¿Por qué? No muerdo, ¿sabes?

—Estás borracho, Alex.

—No tanto.

—No me interesa —me interrumpió—, ¡no me voy en un coche con alguien que apesta a cerveza y a sexo recién hecho!

Me partí de la risa.

—¿Entonces es ese el problema?

En ese momento se dio cuenta de que había dicho algo que no quería.

—Sí. Has bebido demasiado para poder conducir.

—No me refería a eso, sino a lo otro...

—¿Qué otro?

—¿Estás celosa porque he follado con Kendall?

—¡Qué vulgar eres! Y encima estás totalmente equivocado.

Se alisó la falda y se giró hacia el otro lado.

—¿Celosa yo? Qué idiotez —gruñó con nerviosismo—. Solo un imbécil de tu calibre podría pensar una cosa así.

—Estás celosa.

—¡No tengo celos de ti!

—Sí, ¡claro que sí!

—¡Grrr! —gruñó mientras empuñaba las manos—. ¿Quieres dejarme en paz?

—Está bien, me voy, pero si no quieres volver a casa sola, harías bien en bajar la cabeza y pedírmelo. No requiere gran cosa, solo tienes que dirigirte a mí y pedirme de manera convincente que te acompañe a casa.

—Ni estando muerta, pero gracias igualmente.

—¿De verdad?

—¡Sí, de verdad!

—Vale.

—¡Vale! —respondió con esa mueca insoportable.

—¡Que te vaya bien! —me di la vuelta y entré en la casa.

Estaba enfadado. ¿Cómo era posible que esa chica fuese siempre tan tonta? ¿Qué se me había metido en la cabeza? Ayudarla... ¡Por favor! Había que huir de ella como de la peste.

Me acerqué a un grupo de chicos que se estaban riendo a más no poder. Mark estaba de pie apoyado en la pared, mientras los otros no paraban de darle palmaditas en el hombro.

—¿Qué es tan gracioso?

Thomas le dio al imbécil una palmadita en la espalda y esbozó una sonrisa de aprobación.

—Hoy nuestro Mark le ha dado un buen repaso a la señorita precisa.

Abrí la boca y apreté los dedos con fuerza. Me habría gustado molerlo a puñetazos. No tenía motivo alguno, pero mi cerebro reclamaba su sangre.

—¿Podrías dejar de hacer el tonto, Thomas? —le dije con sequedad, dejé a todos con la boca abierta. Tim estaba frente a mí y me miró serio.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho, capitán? —refunfuñó arrugando la frente.

—¡Nada distinto a lo que haces normalmente! —respondí enfadado. Thomas cambió la expresión de repente, como el resto.

—Estábamos de broma.

—Bah, déjalo ya.

Mark me miró serio, no entendía el porqué de mi reacción brusca y, sinceramente, ni siquiera la entendía yo. ¿Qué me importaba ella y su chico?

Nada, absolutamente nada. Sin embargo, necesitaba otra ronda de cervezas o molerlo a puñetazos, y definitivamente era mejor opción la primera.

Me alejé de los chicos, atravesé la multitud que se movía al son de la música y me metí en la cocina. Sobre la amplia encimera de granito había una lata de cerveza, me acerqué y llené un vaso, me lo bebí como si fuera agua. Repetí la misma operación. Iba a tragarme el segundo cuando una mano enorme me lo quitó delante de mis narices.

—Relájate, Lex, ¿cuántas te has bebido ya esta noche?

—No las he contado.

—Mañana tenemos entrenamiento y si no quieres que el entrenador Dalton te parta las piernas más te vale parar.

Miré a Tim, que sujetaba mi cerveza, y asentí. Tenía razón, como siempre.

Él era la voz de mi conciencia. Yo no es que fuera un temerario, de hecho, estaba preparándome para entrar en una buena universidad, pero Tim siempre sabía hacer mejor las cosas.

Apoyó el vaso todavía lleno en la encimera de la cocina y se frotó las manos en los vaqueros.

—¿Te parece bien volver a casa? Se ha hecho un poco tarde.

Miré el reloj de pared de la cocina, había pasado ya la medianoche. Quizás era la hora de dar por terminada la velada.

Asentí y lo seguí hasta el salón, donde todavía continuaba la fiesta. Nadie parecía haberse dado cuenta de qué hora era, tampoco de que nos estábamos yendo. Nadie menos Kendall.

—¿Te vas ya?

—Mañana tenemos entrenamiento —no era una respuesta, pero sí una buena explicación.

—Vale, lo entiendo. Escucha, Alex, ¿te gustaría que nos viéramos después?

—¿Después cuándo?

—Después de que termines el entrenamiento —se enrolló un mechón de pelo platino en el índice y me miró pestañeando a gran velocidad.

—Claro.

Sonrió de forma llamativa.

—Vale, entonces nos vemos mañana —hizo como que se iba, pero después se dio la vuelta—. Alex...

—¿Sí?

—Respecto a lo que sucedió antes... no quiero parecer loca, pero los rechazos no le gustan a nadie.

—Ha sido culpa mía, pero después hemos hecho las paces, ¿no? ¿Me has perdonado o me equivoco?

Se humedeció los labios y sonrió.

—Digamos que sí, pero quizás no ha sido suficiente. Me gustaría seguir haciendo las paces contigo un poco más —se acercó de forma provocativa y me besó, metiéndome la lengua en la boca—. Pero, visto que te vas —murmuró en mis labios—, tendremos que dejarlo para mañana, capitán.

—Cuenta con ello, pequeña, ¡nos vemos mañana!

Le di una palmadita en el culo y se regodeó como si la hubiera coronado reina del baile. Tim había salido ya y si no quería volver a pie tenía que darme prisa. Cuando salí por la puerta lo encontré apoyado en la valla del porche hablando con *ella*.

—No, Olivia, no supone ningún problema.

—¿Ningún problema qué? —pregunté interrumpiendo la conversación entre ella y mi mejor amigo.

—Olivia se viene a casa con nosotros.

Ella me miró mal como de costumbre. Quizás tenía miedo de que dijese algo al respecto, pero, sinceramente, no tenía ninguna intención. De ahora en adelante la evitaría e ignoraría. Ella solo era la amiga idiota y molesta de mi hermana, cierto es que esa noche me había hecho perder la cabeza, pero había sido algo excepcional, más único que raro. No tenía ningún interés en aquella chica molesta, el único sentimiento que sentía por ella era una profunda sensación de intolerancia.

DE VUELTA A CASA



—Eh, ¿qué te pasa, guapísima? ¿Por qué estás aquí fuera sola? —me sobresalté cuando de repente me tocaron el hombro, la voz era tan inconfundible que me relajé al instante.

—Hola, Timothy, estaba tomando un poco de aire.

—Entiendo, ¿te importa si tomo un poco de aire contigo?

—¡En absoluto!

Se puso a mi izquierda, con la base de la espalda apoyada en la valla del porche y los antebrazos en la barandilla. Suspiró profundamente y cruzó un pie sobre el otro.

—Hace buena noche, ¿no crees?

Miré hacia el cielo, parecía una paleta de colores oscuros. No se veía ni una estrella y las nubes vagaban de una parte hacia la otra, muy cerca entre sí. Parecían una manada desordenada de cúmulos nubosos suspendidos por el viento. Nunca me había fijado en cómo la luz plateada los perforaba y los atravesaba, lo que diseñaba sus contornos y difuminaba los márgenes. De repente, se levantó una ráfaga de viento que me enmarañó el pelo y me hizo estremecer. Me abracé el torso y encogí los hombros.

—¿Tienes frío?

—No, estoy bien, gracias.

—No hace falta que seas tan controladora, Olivia, a veces también se puede no serlo, ¿sabes?

—Yo no...

Me calló con la mano y sonrió.

—Dime una cosa, ¿cuánto hace que nos conocemos?

—Mmm... uhm... —resoplé tras la mano, acto seguido me liberó la boca—. Diez años más o menos —repetí—.

—Es mucho tiempo, ¿no crees?

—Ya —suspiré, me abracé más fuerte para entrar en calor. Tim se quitó la chaqueta de fútbol americano y, sin decir nada, me la puso sobre los hombros.

—¿Y tú crees que en diez años no sé cómo eres?

Lo miré con la boca entrecerrada, lo que me dijo me causó estupor y me quedé sin palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Eres muy exigente, Olivia, no bajas nunca la guardia y nunca paras de luchar, pero a veces también es necesario bajar las armas y firmar una tregua. Las guerras también se pueden ganar en la mesa. Solo hay que envainar la espada y sacar un lápiz, es fácil.

—Yo... no entiendo de lo que estás hablando.

—Ahora, por ejemplo, tienes frío y no quieres admitirlo. No lo habrías hecho nunca si no te hubieras sentido obligada a cubrirte.

Tenía razón, yo era así.

—¿Estás mejor ahora?

—Sí, gracias, mucho mejor.

—¿Ves? Ya está resuelto el problema.

—No era necesario, Tim, de verdad, no estoy muerta de frío.

Negó con la cabeza y sonrió mostrando su dentadura blanca.

—¿Tienes pensado entrar o quedarte aquí fuera toda la noche congelándote?

—Ehm... no lo sé —me envolví en la enorme chaqueta—. ¿Tim?

—¿Sí?

—¿Puedo pedirte un favor?

—Lo que quieras, guapa, ¡dispara!

—Me gustaría volver a casa.

—Yo te llevo —asintió y me pasó una mano por el cabello.

—Gracias, T, eres el mejor, ¿lo sabes?

—Sí, me lo dicen mucho —alardeó. La cogí del brazo.

—¿Estás seguro de que no te supone ningún problema?

—No, Olivia, no supone ningún problema.

La puerta de la entrada se abrió de par en par y Alex salió de nuevo al porche.

—¿Ningún problema qué? —preguntó sin dignarse a mirarme.

—Olivia se viene a casa con nosotros.

Me esperaba algún comentario, algún chiste, pero en cambio hizo como si nada y se fue hacia el coche. Abrió la puerta y se metió en el asiento del copiloto. Echó hacia atrás el asiento de cuero oscuro y cerró la puerta con un golpe seco. Ninguna palabra, ni una, hasta casa.

Tim entró en la calle de su casa y aparcó. Era un paso de peatones de cemento rodeado de flores de todas las tonalidades. La señora Thompson era una amante de la jardinería y los fertilizantes, pasaba tardes enteras cuidando las plantas para que fueran cada vez más grandes y coloridas.

Alex salió en cuanto se pararon las ruedas. Parecía que se iba ya, pero se detuvo, metió ambas manos en los bolsillos de la cazadora de fútbol y vaciló hacia adelante y hacia atrás un par de veces.

—Nos vemos mañana, T.

—Vale.

—Muy bien.

Abrí la puerta y me miró. Duró un momento, un momento intenso y muy extraño, y después apartó la mirada. Ese color cobalto me erizó la piel, pero lo disimulé.

¿Qué diablos me estaba sucediendo esa noche? ¿Acaso estaba loca?

—Me voy —masculló mirando a su mejor amigo a los ojos. Tim bajó la cabeza en señal de aprobación y emprendió el camino a casa.

Me quedé de pie, con la mano derecha aferrada al armazón de la puerta y la mirada pegada a su espalda. Alex caminaba con un paso erguido y seguro que hacía suspirar a todas las chicas en los pasillos. Nunca fui una de esas chicas risueñas, normalmente no me fijaba en esas cosas, pero esa noche, por algún extraño y momentáneo problema neurológico, parecía que no podía quitarle los ojos de encima.

—Baja a la tierra, Olivia —murmuré en voz baja mientras cerraba la puerta de golpe.

—¿Has dicho algo?

Timothy me miraba como si esperase una respuesta, pero no llegó nunca.

—Buenas noches, Tim, y muchas gracias por traerme.

—Ya ves tú —encogió los enormes hombros esculpidos tras años de

entrenamiento y arrugó las comisuras de la boca.

—Esto es tuyo —dije dándole la cazadora.

—Sigue con ella, ya me la darás mañana.

Me apoyó ambas manos en los hombros, colocándome bien la prenda que ya de por sí era muy pesada.

—Gracias, mañana te lo daré antes de ir al instituto.

—Olivia, tranquila, no me voy a escapar. Vivimos uno enfrente del otro desde hace diez años y no creo que mi casa cambie de lugar esta noche.

Me envolví en la cazadora como un gusano frágil que se acurruca en su crisálida y esboqué una sonrisa a medias.

—Tienes razón.

—¿Lo has dicho?

—¿El qué?

—¿Lo acabas de admitir en voz alta?

—¿Qué? No entiendo.

—Que tengo razón.

—¡Qué tonto eres! —negué con la cabeza y, rellena como un esquimal en medio del hielo, volví a casa. Cruzar la calle fue fácil, al igual que entrar en el camino que llevaba al porche de mi casa, en cambio, no girarme hacia la ventana iluminada de la habitación de Alex no era tan sencillo.

Los pies parecía que estaban pegados a las losas de arenisca de la calle, no se movían y continué mirando entre las cortinas transparentes por la luz. Alex pasó delante de mí justo en ese momento y el corazón se me subió a la garganta.

Me escondí detrás de la columna del porche. Si alguien me hubiera visto, habría llamado a la policía. De hecho, parecía un sospechoso que después de meterse en una propiedad privada se había quedado ahí en una esquina bajo la protección de la noche. Casi no respiraba para hacer el mínimo ruido. Me chirriaba lo absurdo que era todo aquello, pero no podía moverme ni un milímetro. Me arrastré por la pared para ser invisible y continuar espiándolo. Alex pasó de nuevo por delante de la ventana, pero esta vez no siguió, se quedó ahí.

¿Me habría visto? No, era imposible. Estaba escondida como un ninja y nadie me podría ver.

«*Te has vuelto loca, Olivia, ¡esto no es seguro!*», me regañé en voz baja mientras Alex empezaba a desnudarse.

—¡Oh, no! ¡Dios mío, no! —grité. Me tapé la boca con la mano. No podía

quedarme ahí mirándolo como una cotilla mientras se quitaba la ropa, pero si me movía me vería.

Sin lugar a dudas, esa era la situación más vergonzosa en la que me había metido en los últimos tiempos.

INSOMNIO



Estaba confuso. La noche que acababa de terminar me había desestabilizado, habían sucedido tantas cosas en un puñado de horas que todavía las estaba asimilando. Me despedí de Tim, ignoré a Olivia y volví a casa. No perdí tiempo ni en encender la luz de la cocina ni en ir al baño, pero sí sentí la necesidad de subir por las escaleras y encerrarme en la habitación. Las ventanas daban hacia la parte frontal y hacia un lateral de la casa y desde allí pude ver con claridad lo que hacían los dos fuera.

Charlaban. Olivia parecía avergonzada y T se reía. A saber de lo que estaban hablando.

Sin encender la luz por miedo a que me vieran continué observándolos desde lejos. Ella empezó a quitarse la cazadora y él se lo impidió. Le puso las manos sobre los hombros y se le acercó. Estaba muy cerca. Demasiado cerca. Estaba de espaldas y, durante un momento, tapó toda visión posible. Podría haberla besado y yo no haber visto nada. Tenía los dedos aferrados a la repisa de la ventana y no paraba de moverme de derecha a izquierda para ver mejor lo que estaba sucediendo entre ellos. T se movió, apartó su enorme cuerpo de jugador de fútbol americano y la señorita Perfeccionista volvió a ser el principal objetivo de mi espionaje. Sonrió, negó con la cabeza y se dirigió a su casa. Atravesó la calle con las manos aferradas a la cazadora y la cabeza baja, después se paró de repente, levantó la mirada hacia mi ventana y en ese momento una idea loca se me metió en la cabeza. Encendí la luz y me escondí de manera que no se me pudiera ver desde fuera, no la perdí de vista ni un segundo y sonreí cuando me di

cuenta que se escabullía como una anguila y se escondía detrás de una columna. Me estaba espiando y le iba a dar algo interesante a lo que mirar.

Todo era absurdo, completamente absurdo, pero no había nada más gratificante que verla eclipsada mirando detrás de las plantas.

Pasé un par de veces por delante de la ventana para no dar la impresión de que la había visto, entonces, cuando me aseguré de que todavía estaba allí, empecé a quitarme la ropa. Lo hice lentamente, prenda tras prenda. Me complacía verla avergonzarse. La señorita Perfeccionista, de buenas maneras y compostura, me estaba espiando a *mí*.

¡Joder, lo que me estaba divirtiendo!

Me quité la camiseta y me toqué los abdominales mientras me observaba en el reflejo del cristal: no estaban nada mal. Todas las horas que he pasado corriendo y haciendo ejercicio, a la larga, me habían dado resultados. Mi cuerpo estaba completamente esculpido y estaba orgulloso de ello.

Desabroché la cintura de los vaqueros y cada uno de los botones de metal. Olivia permaneció allí, la observaba con el rabillo del ojo sin que me viera. Me bajé los pantalones hasta por debajo de la rodilla y saqué los pies. Su expresión era indescriptible y en cuanto me vio introducir los dedos bajo la banda elástica del bóxer se tapó los ojos con las manos. Sin lugar a dudas, estaba a punto de darle una embolia.

Aunque me sentí tentado, al final decidí ahorrárselo. Apagué la luz y puse fin a ese pequeño espectáculo improvisado, pero permanecí escondido detrás del marco de la ventana esperando que saliese al descubierto. Y allí estaba. Después de unos minutos emergió de su escondite, se arregló la ropa y miró con cuidado a su alrededor, corrió hacia el camino y entró por la puerta de su casa. Me fui a la otra la ventana, la que daba a su habitación, y esperé en silencio. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo detrás de una cortina observando un cristal oscuro, pero no tenía intención de irme de allí. Conté hasta cinco y la luz se encendió de repente.

Olivia apareció como una visión: cabello enmarañado, espalda apoyada contra la puerta y manos que se movían frenéticamente. Se frotó la cara un par de veces y dio unos pasos antes de caer sobre la cama. Estaba tumbada, las piernas le colgaban y el pecho subía y bajaba rítmicamente, no había nada interesante para ver, pero no podía dejar de mirarla. Casi me regaño a mí mismo por estar tan satisfecho de verla así, pero a fin de cuentas había emprendido algo que jamás había creído posible. Olivia no era fácil de impresionar, te miraba siempre de arriba abajo con arrogancia y siempre te hacía sentir idiota. Ahora le tocaba a

ella sentirse así, esto era mejor que un *touchdown* a pocos minutos del final.

Cerré los ojos durante un momento y cuando los volví a abrir se había erguido, estaba sentada con la piernas balanceándose sobre el suelo y la mirada baja. Se pasó las manos más veces por la cara y los dedos por el nacimiento del pelo, después alzó la cabeza hacia mi dirección. Nuestros ojos se unieron, aunque en verdad no, fueron los míos los que se aferraron a los suyos, pues ella no me veía, pero yo a ella sí. Sentí un extraño hormigueo, algo que emanaba del estómago y se intensificaba.

Olivia se puso de pie y mi electrocardiograma se reanimó de golpe. Se puso de lado y se bajó la cremallera del vestido, desde el cuello hasta la base de la espalda. Se sacó las mangas, después lo dejó caer al suelo y pasó por encima con elegancia. Ahora solo tenía puesto el sujetador y unas bragas minúsculas.

¡Qué guapa que era!

¿Cómo no me había dado cuenta antes de lo perfecta que era la curva de su espalda? Su figura flexible era sexi de verdad, tenía la cintura estrecha y las caderas pronunciadas, piernas largas y un culo de infarto. Se acercó a la ventana y se me subió el corazón a la garganta, después, cuando pensaba que el corazón se me saldría del pecho, cerró la cortina y no se pudo ver más.

Fin del espectáculo.

¿Qué había pasado exactamente? ¿Por qué parecía que había corrido treinta metros sin recobrar el aliento? En resumidas cuentas, ¡no era la primera vez que veía a una chica medio desnuda!

Fui a tuestas en la oscuridad hasta llegar a la cama y sin querer me di un golpe con el pico de un mueble en el pie. Nunca había imaginado que doliese tanto darse un golpe en el dedo meñique. Maldije en silencio para no despertar a nadie y fui dando botes hasta sentarme con la mano rodeando el dedo dolorido y los dientes apretando los labios para no gritar. Tras unos minutos me metí en la cama, pero no parecía apropiada para dormir tranquilo. A ratos tenía calor y después me daba frío, me tapaba y me destapaba, daba vueltas sin descanso. También tenía molestias intermitentes en la boca del estómago: ahora sí, ahora no, ahora sí, ahora no. Después me di cuenta que la causa estaba al otro lado del jardín, escondida tras una cortina de color lavanda.

No podía parar los flashback de esa noche de locos: su mueca de enfado, la manera en la que me había mirado (primero con desprecio y arrogancia y después con algo de lo que no me había dado cuenta antes). La volví a ver desnudándose, inconsciente de que la estaban observando, y me volvió a doler el estómago con fuerza, acompañado también por unos pinchazos en el pecho.

—¡Maldita sea! —me senté y me froté la cara y el pelo. Tenía que dormir, al día siguiente teníamos un entrenamiento importante y a ese paso daría asco. Había bebido como una esponja y eso ya era un problema. La resaca sería devastadora y si a eso le sumas un insomnio imprevisto el resultado estaba claro y en botella: el entrenador Dalton me iba a matar, ¡eso seguro!

Me volví a meter bajo las sábanas y me las puse por encima de la cabeza como protección. Me libré de los pensamientos sobre la chica que vivía al otro lado del jardín y por fin conseguí dormirme.

EN EL INSTITUTO



—¿Y bien?

—¿Qué?

—¿Se puede saber qué te pasa hoy?

Levanté la mirada del suelo y miré a los ojos de Eva. Mi mejor amiga me miraba con seriedad y controlaba cada movimiento que hacía.

—Nada, ¿por qué?

—Por el tono con el que lo has dicho, “nada” parece que no es una respuesta adecuada —me observó con la cabeza ladeada y suspiró—. Bueno, ¿vas a decirme qué te ha pasado o prefieres seguir todo el día de morros?

—¡No estoy de morros!

—Si tú lo dices...

Levantó los brazos e introdujo los libros en la taquilla. Se quedó organizando sus cosas durante unos minutos y después cerró la puerta de metal con un golpe sordo, se giró hacia mí con los ojos más azules que de costumbre y me escaneó de la cabeza a los pies.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras como si fuese un ratón de laboratorio?

—No te estoy mirando, es una impresión tuya.

—¿Una impresión mía? ¿Lo dices en serio?

—Está bien, lo admito, te estaba mirando, pero hoy estás muy extraña, Olivia. Sabes que es inútil intentar engañarme, te conozco demasiado bien. ¿Me vas a decir qué te pasa? ¿Pasó algo en la fiesta de anoche?

—No me pasa nada.

Una mano masculina enorme me rozó el hombro y literalmente salté por los aires. Me giré de golpe como si me hubiera mordido alguien y me encontré con los ojos tristes y arrepentidos de Mark.

—Cariño, ¿podemos hablar un momento?

El enorme reloj de la pared señalaba las ocho y diez, llegaba ya tarde y él era la última persona con la que quería hablar en ese momento.

—Tengo clase en unos minutos, así que no, no podemos hablar ahora.

—Te lo ruego, es importante.

—Lo sé, me lo imagino —empecé a andar y se me puso al lado.

—Te lo ruego, Holly, ¡párate!

Ni siquiera ralenticé el paso, Mark me perseguía por un lado y por otro, hasta que se paró frente a mí.

—Anoche fui un idiota, lo sé, pero te juro que no volveré a serlo, jamás lo volveré a hacer contigo... el idiota, quiero decir.

Soplé con fuerza y empecé, inquieta, a dar golpecitos en el suelo con el pie.

—Cariño, ¡escúchame, por favor!

Me sujetó la cara con las manos y giré la cabeza. Estaba parada en medio del pasillo, con los brazos cruzados a la altura del pecho y el bolso colgando del hombro. No soportaba que se me persiguiera así, sobre todo odiaba las miradas de los curiosos que me llegaban de todos los rincones.

Di un paso hacia atrás para alejarme de él, cerré los ojos un segundo, estaba molesta, y después miré hacia el techo. Las luces se sucedían de forma ordenada y centelleaban en los cuadrados de placa escayolada, lo que ponía en evidencia hasta la mínima imperfección.

—Olivia, hablemos, te lo ruego.

—No es buen momento, Mark, tengo que ir a clase ahora.

—¿Entonces cuándo?

—No lo sé, ya veremos —le aparté y me fui con paso rápido hacia el aula como si me persiguiese un animal salvaje. Él se quedó inmóvil mirándome fijamente, sentía que sus ojos me recorrían la espalda. Cuando me giré para mirar hacia mi mejor amiga, me encontré con una expresión de tristeza en su cara que no me dejó para nada indiferente.

Eva se había quedado unos pasos más atrás, nos observaba con la mirada vacía, la boca entreabierta y sin pestañear.

—¿Vamos? —le pregunté—. Llegamos tarde.

—Sí, voy.

Volvió en sí de inmediato y con cuatro zancadas rápidas llegó hasta mí. Los primeros diez pasos fueron en silencio, el único ruido que se escuchaba era el crujido del calzado sobre el suelo de linóleo, pero en cuanto llegamos a las escaleras me agarró de un brazo y me hizo dar la vuelta.

—Recapitulemos. Punto número uno: desde esta mañana estás de morros. Punto número dos: tu chico te sigue por los pasillos con una expresión de arrepentimiento y te ruega que habléis —asentí con la cabeza y arrugué la boca—. ¿Cómo he podido pensar que algo no iba bien? Todo es perfecto, ¿no te parece?

—No me apetece hablar ahora —respondí mientras me agarraba al pasamanos.

—Vale, está bien, pero en cuanto volvamos a casa quiero que me lo cuentes todo, tenemos toda la noche y esta vez no te vas a escapar tan fácilmente.

Ladeé la cabeza y me encogí de hombros, después sujeté el asa del bolso con la mano derecha.

—¿Qué pasa ahora? ¿Por algún casual ya no quieres venir a dormir a mi casa?

—Claro que quiero, te lo prometí, ¿no?

El tono que usé era de todo menos sereno. Estaba enfadada, lo estaba con todos y también con ella, aunque no hubiera motivación alguna.

—Está bien, escucha —Eva se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y me miró con seriedad—. En este momento no sé quién está ahí dentro, pero no te pareces ni de lejos a mi mejor amiga, por lo tanto, por ahora haré como que no ha pasado nada, pero después quiero saber qué le pasa por dentro a la Olivia de toda la vida, ¿vale?

—Vale —suspiré, después miré hacia nuestros zapatos, que compartían el mismo escalón.

Continuamos subiendo. Parpadeé dos veces, intentando liberarme de las imágenes de la noche anterior. Tenía que parar de pensar en ellas, sin embargo, a pesar de que ya había pasado la noche pensando sobre el tema, no pude quitármelas de la cabeza.

—Eh, pero... ¿me escuchas? —Eva se paró dos escalones delante de mí y se giró para mirarme.

—Sí, perdona, ¿qué decías?

Negó con la cabeza y entrecerró los ojos durante un instante.

—Decía que más tarde tengo que pasarme por el campo, Alex salió rápido esta mañana y se ha olvidado unos formularios que tenía que entregar hoy, me ha dicho que se los lleve allí.

—Ah... sí, vale.

—¿Te encuentras bien, Olivia? Me estás preocupando de verdad.

—Sí, sí, tranquila, ¡pero tenemos que irnos ya que se ha hecho tardísimo!

Subimos rápido los últimos cinco escalones y entramos en clase, nos sentamos cada una en su sitio sin añadir ni una palabra más.

La primera hora se hizo muy lenta. Parecía que mi lápiz había cobrado vida y, en lugar de transcribir los apuntes con diligencia, daba cabriolas de un lado a otro del cuaderno, dejando tras de sí una estela de formas indefinidas, círculos pequeños, líneas curvas y espirales abiertas.

No tenía ganas de escuchar al profesor que hablaba, ni de concentrarme en la aplicación de fórmulas matemáticas y gráficos, por lo que me pasé todo el rato distraída. Si la primera hora fue un total aburrimiento, la segunda y el resto no fueron mejores. Era la primera vez que no podía seguir las lecciones y me distraía tanto.

Es posible que últimamente haya exagerado estudiando y mi cerebro estuviera descansando. Que una molestia extraña me pinchara el estómago desde por la mañana no era indicativo de nada. Quizás estaba incubando un virus que me había afectado hasta perder el apetito. De hecho, me pasé toda la comida jugando con las pocas verduras que había en el plato. Las movía de un lado a otro sin probar bocado.

—Madre mía, Olivia, ¡no te puedo ver así!

—¿Así, cómo? —grazné con voz rota tras tanto silencio.

—No lo sé, ¡dímelo tú! —Eva me miraba con exasperación y encogí los hombros mientras continuaba moviendo con el tenedor un trozo de zanahoria y un haba.

Negó con la cabeza y terminó de comer.

—¿Te quedas aquí o vienes conmigo? —me preguntó antes de despejar su lado de la mesa.

—No, no, voy contigo.

Me deslicé rápidamente por el banco y me puse de pie, cogí la bandeja y dejé la mesa sin haber comido nada. Eva iba delante de mí como si no pasase nada, pero sabía muy bien lo que ocurriría antes o después. Esta certeza me ponía nerviosa, no sabía que responder aunque hubiera continuado repitiéndome todas

las preguntas en bucle. En resumidas cuentas, no había nada que decir, solo era un día, a veces pasaba. No había nada que no fuera bien, todo estaba bajo control, solo estaba un poco ansiosa porque Mark me estaba acosando desde hacía cinco horas y no tenía ganas de hablarle. Estaba decepcionada, me había tratado mal y, a pesar de que parecía que se arrepentía de verdad, no podía dejar de ser desagradable con él.

La parte en la que actuaba como una idiota me estaba saliendo muy bien, cuanto más me imploraba que le hablara, más irritada se hacía mi expresión. Quizás habría cedido, como siempre, le habría dejado hablar y le habría perdonado, pero en ese momento no estaba dispuesta a hacerlo. No tenía ganas.

—¡Allí están!

Eva señaló hacia el lado izquierdo del campo de fútbol americano. Estaban todos allí, el equipo al completo, se habían agrupado para darse palmaditas en el hombro y gritaban de la emoción. No me gustaba nada estar en ese lugar, sobre todo no me gustaba que me estuvieran dando náuseas de nuevo. Respiré profundamente un par de veces y me entretuve con el borde de la camiseta. Quería mantener la mirada baja para que nadie me viera, pero mis ojos no colaboraron, se movían rápidamente de un lado al otro del campo de juego. Devoré el campo hasta llegar al punto al que señalaba mi mejor amiga. Parecía imposible saber quién se escondía bajo aquella montaña de protección, pero mis pupilas estaban magnetizadas, recorrieron la secuencia de números blancos que llevaban las camisetas y lo encontraron rápido: número siete, Alexander Reeves.

Se separó de la manada y se acercó al espacio exterior, donde una docena de ojitos con rímel y minifaldas saltaba como si estuvieran convulsionados. Eva me estaba diciendo algo, pero no le presté ni la más mínima atención: mis ojos apuntaban a un único objetivo. Casi podía ver el punto rojo del visor que perseguía su imponente cuerpo. Las náuseas siempre estaban presentes. A cada paso que daba sobre el suelo de hierba sus cuádriceps se hinchaban bajo la estrechez de los pantalones ajustados. Tenía las piernas largas y fuertes y un trasero que parecía de mármol, era perfecto.

No podía pensar en él de aquella manera, ¡no era posible! Alex era arrogante y un déspota y no lo soportaba. Así era desde tiempos inmemoriales, desde siempre. ¿Cómo se habían vuelto las cosas así de confusas?

LÍMITES



—¡Alex! —la voz aguda de Kendall que me diera la vuelta desde la otra parte del campo. Me sonrió, saludó con la mano y vino corriendo hacia mí. Sus amigas animadoras la siguieron moviendo las pestañas. Tim me rompió una costilla con un codazo y me volví hacia él.

—¿Qué haces?

—Mira allí.

—¿Dónde? —gruñí mientras apartaba la mirada de la rubia más sexi del instituto.

—Allí, en las gradas. ¿Esa no es tu hermana?

Me giré hacia la entrada del campo y enseguida vi a Eva con un sobre en la mano, probablemente fueran mis formularios. Sin embargo, no pensé que podría venir con la señorita Perfeccionista en todo su fruncido esplendor. Le caía el pelo por los hombros y se le deslizaba hacia adelante. Tenía un color indefinido, un castaño claro que se difuminaba hasta llegar a las tonalidades más cálidas del caramelo y las más oscuras del chocolate. Iban mirando a su alrededor y tenía la expresión malhumorada de siempre. A pesar de estar fuera de contexto, en ese lugar seguía con arrogancia a mi hermana: cabeza alta y hombros rectos, ni que fuese con un libro en la cabeza.

—Eh, Mark, ¿esa no es tu chica? —Thomas lo zarandeó del brazo y se giró de repente para mirarla.

—Sí, es mi chica —suspiró aliviado.

Se quitó el casco de la cabeza y corrió hacia ellas. Mi estómago se retorció tanto que me dieron ganas de echar lo que había comido antes. Lo ignoré. La ignoré también a ella y me volví hacia el conjunto de animadoras que daban saltos en el borde del campo. Me quité el casco de la cabeza, lo sostuve con una mano y Kendall me lanzó los brazos al cuello.

—Hoy habéis estado fantásticos, ¡vais a darle una paliza a los del instituto Carson!

Acercó la boca a la mía y sin mediar palabra empezó a besarme. La agarré con un brazo, mientras con el otro sostenía el casco.

—Estás tan sexi vestido así —gimió sin apenas alejarse—, no sabes lo que te haría, capitán...

—¿Qué me harías? Dime.

—Uhm... ¿Por qué no lo descubres?

Sonreí mientras me lamía los labios como un hijo de puta y me guiñó el ojo mientras se enrollaba el pelo en los dedos.

—Vale, solo dime dónde y cuándo.

—Esta noche, en mi casa. Mis padres están en una larga y aburrida cena en el club de country, podrías pasarte y quizás...

—Vale, hecho, pequeña. Estaré allí enseguida.

Kendall sonrió satisfecha y yo estaba complacido: sería una noche interesante. Me siguió besando, me pasó las manos por el pelo y un coro de silbidos y gritos de incitación se elevó a ambos lados. Ser parte de un equipo era fantástico, pero la fraternidad hacía que todos se sintieran autorizados a meter las narices en los asuntos de los demás...

—Reevs, ¿se puede saber qué estás haciendo? Y vosotros, ¿qué hacéis gritando como niñas pequeñas? ¡Id a los vestuarios! ¡Ya!

La presencia corpulenta del entrenador Dalton parecía invadir todo el campo de juego a pesar de los más de ciento diez metros de largo.

—¿Seguís todavía aquí? ¡Moveos antes de que empiece el entrenamiento de nuevo!

—¡Sí!

—¡Oído!

Mis compañeros desaparecieron como un rebaño de ovejas huyendo de un lobo hambriento y yo me preparé para seguirlos con la cabeza baja.

—¡No! ¡Tú no, Reevs! Ve a mi oficina, estaré allí en un minuto.

—De acuerdo.

Mis pies se hundieron en el manto de hierba del campo, lo atravesaron y se dirigieron al túnel que llevaba al interior.

—¿Anderson, se puede saber qué estás haciendo ahí?! ¡He dicho que todos al vestuario! ¡Deja ahí a tu chica y muévete!

Me giré hacia Mark. Estaba de pie frente a Olivia, rodeándole las manos con las suyas. Sin embargo, ella no parecía estar muy entusiasmada. Esbocé una mueca complacida, literalmente estaba encantado.

Recorrí el pasillo con una gran sonrisa en los labios y, cuando estaba delante de la puerta, entré en la oficina del entrenador. Esa habitación siempre había estado igual. Estaba en el último año y desde que tenía memoria la fila ordenada de copas y trofeos habían estado siempre en la segunda estantería arriba a la izquierda, la pizarra repleta de esquemas parecía que jamás la habían borrado y las sillas de plástico oscuro nunca habían cambiado de lugar. La oficina del entrenador Dalton era a la vez autoritaria y tranquilizadora, más o menos como los salones immaculados donde se reúnen las familias para las fiestas. De pequeño no te dejan poner un pie dentro, pero, cuando lo haces, te quedas embelesado mirando a tu alrededor con la boca abierta y sin tocar nada por miedo a romper algo.

Respiré profundamente y me senté en la primera silla, justo frente al escritorio de acero y madera laminada. Observé las líneas y los surcos profundos que recorrían toda la mesa, eran señales evidentes de que el mueble llevaba allí desde antes de que llegara yo, y quizás desde antes de que llegara el entrenador Dalton.

De repente, el pomo se giró y la puerta se abrió. El crujido de la persiana veneciana del cristal anunció la llegada del entrenador. Me levanté de golpe y me volví hacia él.

—¡Puedes seguir sentado, Alex!

Asentí y volví a sentarme, el entrenador se acomodó en su asiento. Reclinó el respaldo y se irguió, inclinándose hacia adelante. Se quitó el silbato que le colgaba del cuello y enredó la cuerda.

—¿Quería hablar conmigo?

El entrenador levantó el índice sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo y seguí en silencio. Abrió el cajón a su derecha y metió el silbato con extremo cuidado, después apoyó los codos sobre la mesa y empezó a frotarse las manos.

—Quieres saber por qué te he dicho de venir aquí, ¿no?

—Sí —murmuré.

Sus ojos se fijaron en la mesa sin apartarlos de la superficie accidentada,

después asintió, los elevó y me miró fijamente. No dijo nada, se limitó a observarme con atención antes de agacharse y abrir el segundo cajón. Los raíles de metal chirriaron y el crujido del papel acompañó al gesto rápido de la mano, que levantó un sobre con folios y lo dejó sobre la mesa.

—Aquí están los resultados de tu test —murmuró—. Felicidades, eres el primero de tu curso, tienes la media más alta del último año.

—Gracias.

Asintió un par de veces y después me volvió a clavar la mirada.

—¿Sabes qué significa esto?

Claro que lo sabía: seguramente me darían una buena beca de estudio para ir a la universidad. Llené de aire los pulmones y sentí que me quitaba un peso de encima. Me había hecho añicos la espalda para llegar a esos resultados, no era un completo analfabeto como la mayoría de mis compañeros y, además de ser un buen estudiante, era el capitán del equipo de fútbol americano. Si no hubiese conseguido una beca de estudio por méritos, siempre habría podido conseguir una por el deporte. Tenía la capacidad, sí, pero no quería correr ningún riesgo, tener más puertas abiertas me daba más seguridad.

—¿Has pensado a qué universidad enviar la solicitud?

—No, todavía no —mentí. En realidad sabía muy bien dónde iba a ir. Tim y yo siempre habíamos querido ir desde niños a Harvard, una vez nos regalamos un suéter con el nombre de la universidad estampado, nos sentíamos campeones con eso puesto, pero solo era un sueño bonito. Quizás Tim sí lo habría hecho, sin embargo, yo no estaba tan convencido. Acceder no era fácil, sin embargo, aunque pudiera, irme a la otra punta del país era un problema muy grande. Mi padre no había estado bien este último año y en mi tiempo libre me ocupaba de su trabajo. Pensar en abandonar a mi familia en un momento tan delicado me hacía sentir desagradecido, a pesar de que significase renunciar a mi sueño. Lo mejor que podía hacer era enviar la solicitud a la Universidad de San Francisco, a poco más de una hora de casa, allí tendría menos sentimiento de culpa. Sí, esa era la solución más práctica, pues Harvard nunca lo sería.

—Quiero que lo pienses bien, hijo.

El tono de la voz del entrenador, que normalmente era estentórea e inflexible, se endulzó mucho. Se quedó mirándome bajo la visera que siempre llevaba en la cabeza.

Es una elección que te cambiará la vida, Alex, y tienes todo en regla para obtener todo lo que quieras. Sé todo lo que te has esforzado en los últimos dos años y los sacrificios que has hecho, sin embargo, ha llegado el momento de

recoger los frutos de tu trabajo.

—Gracias.

Se levantó la gorra y se pasó las manos por el pelo varias veces antes de volvérsela a colocar.

—Sabes que nadie espera que renuncies a Harvard para quedarte aquí, ¿verdad?

Abrí los ojos de par en par por la sorpresa. ¿Cómo...?

La respuesta era obvia: Tim, solo él sabía lo que me pasaba por la cabeza y, por supuesto, se lo había contado todo al entrenador.

—Lo sé —murmuré poco convencido.

—Bien, ahora ve a darte una ducha y piensa en lo que te he dicho.

—De acuerdo.

Me puse de pie y me fui a paso ligero hacia la salida, con una mano en el pomo y la otra en el casco.

—¿Alex?

—¿Sí?

—No me decepciones, hijo.

—No le decepcionaré.

Atravesé la puerta y la cerré detrás. El pasillo parecía estar desierto y las filas de ladrillos, uno tras otro, conducían hacia las duchas. La luz de la lámpara en el centro del techo temblaba, señal de que se había apagado hacía poco. Todo parecía muy oscuro y mi humor respetaba a la perfección el ambiente que me rodeaba. Era el mejor del curso, tenía la media más alta del instituto y nadie me habría limitado, pero quizás el único límite era yo mismo. Tim estaba convencido de que mis padres se alegrarían muchísimo si entrase en una universidad prestigiosa como Harvard, ni siquiera yo tenía dudas. El verdadero problema era que ellos me necesitaban, aunque no lo admitieran. Jamás me pedirían que me quedara, que renunciara a mi futuro, por lo tanto me tocaba elegir a mí, tenía que comportarme como una persona madura y decidir lo que era mejor, no solo para mí, sino también para ellos, y Harvard no lo era.

MARK



—Hola, cariño, no me esperaba verte por aquí —Mark sonrió y mostró sus dientes blancos, su rostro volvía a coger color—. ¿Significa que vas a hablarme?

¿Quería hablarle? No, todo lo contrario, a decir verdad no me había dado cuenta de que me lo podía encontrar, pues me había pasado los últimos diez minutos observando a otro.

¡Me había convertido en una mala persona!

—Eh... —me rodeó la cara con dulzura y me miró con ojos todavía empapados de arrepentimiento y humillación.

—¿Podemos hacer como que ayer no sucedió nada y volver a ser los de antes?

Era más fácil de decir que de hacer, algo se había roto sin vuelta atrás, aunque siguiera fingiendo que éramos una pareja perfecta. Pero también es verdad que no se puede borrar a una persona de la noche a la mañana. Restablecer los recuerdos y olvidar todo nunca es fácil, sobre todo si una parte de nosotros sigue pensando que ese camino, aunque sea el equivocado, es el correcto. Mark Anderson era un chico de bien, su familia era una de las más pudientes y él siempre se había comportado de forma impecable conmigo. ¿Cómo podía arruinarlo todo sin intentarlo? Además, mi madre se desesperaría.

—Reevs, ¿se puede saber qué estás haciendo? Y vosotros, ¿qué hacéis gritando como niñas pequeñas? ¡Id a los vestuarios! ¡Ya!

Me di la vuelta hacia la voz estentórea que venía de abajo y no pude evitar asistir a la patética escena del campo: Alex y Kendall se estaban besando como

si no hubiera un mañana y empezó a molestarme el estómago de nuevo.

El grupo de simios gritones que componían el equipo se diluyó en los vestuarios y su capitán hizo lo mismo, aunque unos minutos más tarde.

—Perdona, cariño, debo volver o el entrenador me hará pedazos. ¿Nos vemos después?

—No, esta noche no puedo, me quedo a dormir en casa de Eva, ¿lo habías olvidado?

—Tienes razón, no me había acordado. ¿Entonces mañana por la noche?

—Vale, mañana me viene bien —suspiré.

Mark me apretó la mano y se acercó para besarme en los labios.

—¡¿Anderson, se puede saber qué estás haciendo ahí?! ¡He dicho que todos al vestuario! ¡Deja ahí a tu chica y muévete!

El tono autoritario del entrenador no daba lugar a réplicas y Mark se retiró de inmediato, se fue corriendo hacia las filas más bajas. Bajó una decena de escalones y después se dio la vuelta para despedirse de mí.

—Te amo, pequeña —silabeó, en respuesta esboqué una sonrisa. Me quedé ahí quieta hasta que desapareció en la esquina y después me senté en una de las butacas, jadeando contra un mechón de pelo.

—¿Vas a decirme entonces que pasó con Mark anoche? —Eva se sentó a mi izquierda y dobló una rodilla contra el pecho. Había llegado el momento de decirle la verdad a mi mejor amiga.

—Hemos discutido.

—A eso llegué yo sola, lo que quiero saber es el porqué.

Negué con la cabeza y me senté como ella, con los brazos alrededor de las piernas y la cabeza apoyada en la rodilla.

—Es complicado.

Eva me escuchaba en silencio, con la mejilla sobre el tejido de los vaqueros y una mano que jugaba con el pelo.

—¿Por qué lo dices? ¿No decías que Mark era el novio perfecto?

—Y es así.

—¿Entonces?

¿Qué le podía decir? ¿Qué su hermano me había hecho perder la cabeza durante un momento y que había sido suficiente para entender que Mark nunca me haría tener mariposas en el estómago?

—Pues... —suspiré—, llegados a un determinado punto se esperan cosas.

Quiero decir, ciertos “afectos” tendrían que producirse de forma espontánea, sin embargo...

—¿Sin embargo...?

—Sin embargo, no los siento. Por esto discutimos anoche.

—A ver si lo he entendido, ¿te ha forzado a hacer algo que no querías?

—No, eso no.

—¿Me quieres decir qué es lo que ha pasado? —se puso de pie y anduvo nerviosa hacia adelante y hacia atrás por la tribuna central—. Tendría que haber ido yo también a la fiesta, ¡al menos ahora entendería algo!

—No hay mucho que entender, Mark quería tener sexo conmigo y le dije que no, se enfadó, discutimos y por resentimiento se negó a acompañarme a casa.

—Olivia, sé sincera, ¿te hizo algo malo?

—¡Nooo! No pienses mal. Discutimos y poco después volví a casa.

—¿Sola?

—No, me llevó Tim.

Suspiró y se sentó de nuevo a mi lado. Juguetó con la punta del pie sobre el cemento de la tribuna y después apartó la mirada del suelo.

—¿Entonces qué piensas hacer?

—No lo sé... aún no lo sé.

—Escucha, este no es el momento para pensar en ello, ¿vale? Esta noche lo examinamos con nuestro método infalible, bol de helado y nata montada, verás que mañana sabrás con exactitud qué hacer. A fin de cuentas, tú eres la que controla siempre todo, ¿no?

Eva me miró con esos ojazos azules que brillaban por su claridad y de repente me sentí tranquila. Es bonito tener a alguien con quien hablar, alguien que te haga sentir como en casa en cada momento, alguien que te conozca mejor que cualquier otro y a quien le confiarías tu vida, porque la defendería con uñas y dientes.

—¿Volvemos a casa? —pregunté poniéndome de pie.

—Sí, le dejo estos documentos a Alex y nos vamos.

Eva se levantó y se le resbaló la carpeta de las manos. Un enjambre de papeles voló por los aires y se desperdigó por doquier. Algunos, suspensos en el aire, llegaron hasta la primera fila. Eva siguió las páginas hacia arriba y yo me fui hacia abajo. Pillé un folio al vuelo y antes de poder recoger otro una mano grande masculina me lo quitó delante de mis narices.

—¡Ey! —refunfuñé enfadada, pero mi tono se truncó en cuanto me crucé con los verdísimos ojos de Timothy.

—¿Qué estáis haciendo vosotras dos?

—Nada, Eva tenía que llevar estos documentos a su hermano, pero se le han resbalado de la mano.

—Ya veo —dijo riéndose mientras se agachaba para recoger otra página voladora. Tim ordenó los folios que tenía en la mano y me los entregó. Era imposible no darse cuenta del destinatario de esas misivas.

—¿Son solicitudes para la universidad? —preguntó.

—Eso parece —levantó una ceja y se le arrugó la frente.

—¿Has enviado la tuya?

—Sí, lo hice hace un tiempo —exclamó esbozando una sonrisa. Me observó con una expresión impenetrable y me hice la desinteresada, evitando mirar los papeles que me acababa de pasar.

—¿Los habéis recogido todos? —Eva descendió rápidamente los escalones hasta el centro de la tribuna.

—Sí, aquí los tienes —le di el montón de papeles que tenía en la mano y los puso junto al resto.

—Escucha, Timothy, ¿se los podrías dar tú? —Eva extendió el brazo—. No me siento muy cómoda entrando en los vestuarios.

—No hay problema. Dámelos, se los llevo enseguida.

—Gracias, no imaginas el inmenso favor que me estás haciendo.

—Ya ves tú... —sonrió y bajó el último escalón—. ¿Chicas?

—¿Sí? —respondimos al unísono.

—¿Por qué no os venís con nosotros al Red Diner? Lex, los otros y yo iremos más tarde a comer una hamburguesa, podéis venir.

¿En el mismo local con *él* y Mark? No, gracias.

—Eres muy amable, Timothy —dije enseguida—, pero Eva y yo tenemos organizada una noche de chicas, ¿verdad?

Eva asintió y me relajé un poco.

—¿Noche de chicas?

—Sí. Bueno, ya sabes, lo típico: mascarillas faciales, manicura, chácharas —explicó ella.

—Ah, vale, entendido. ¡Espero que no me acuséis de haberos arruinado vuestra noche de chicas! Le llevo esto a tu hermano —dijo mientras introducía

los folios enrollados en el interior de la cazadora de fútbol americano.

—Gracias, Tim.

Eva le sonrió y yo hice lo mismo.

—¿Vamos?

La cogí del brazo y nos dirigimos hacia el fondo de las escaleras, rumbo a casa.

AMIGOS



Me quedé prácticamente solo. En los vestuarios no había ni un alma, pero no estaba del todo mal. Me froté bien el pelo enjabonado y metí la cabeza bajo la ducha. Me quedé inmóvil mientras el chorro de agua caliente e intenso me bañaba la nuca, ni me moví cuando noté que se acercaba una sombra detrás de mí.

—¡Te he buscado por todas partes!

—Bueno, me has encontrado ya, ¿no? —respondí seco. Estaba enfadado, Tim le había contado todo al entrenador, como si no tuviera ya bastantes problemas.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?

—¿Por qué debería?

—No lo sé, dime tú el por qué.

—Quizás puedas decírmelo tú —comenté con tono cortante. Giré la manivela del grifo hasta cerrarlo.

Tim dio un paso hacia mi dirección, me pasó una toalla y me observó serio.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa, Lex? ¿Te has enfadado conmigo por algún casual?

Me anudé la toalla a la cintura y me puse las chanclas. Por mis piernas cayeron riachuelos de agua, se deslizaban por los cuádriceps hasta llegar hasta el plástico azul bajo los pies. Estaba empapado, pero apenas me sequé. No estaba de buen humor y tenía ganas de irme.

—Alex, te repito la pregunta: ¿te has enfadado conmigo por algún casual?

Tim nunca me llamaba por mi nombre completo, así que estaba claro que la conversación iba en serio.

—¿Qué dices?

Me puse la camiseta, el bóxer y los vaqueros, sin preocuparme de si estaban sucios o no, después me puse los calcetines y los zapatos, todo el tiempo sin dignarme a mirar a mi mejor amigo. Lancé el resto de las cosas a la bolsa y, con la cazadora y los zapatos sin atar, me dirigí hacia la salida. T era grande, al menos un palmo más alto que yo y tenía un par de hombros enormes de defensor.

—Quizás no nos hayamos entendido —dijo mientras se ponía delante de mí—, ¡tú no vas a ninguna parte hasta que aclaremos este asunto!

—¿De verdad? ¿Te interesa aclararlo ahora? ¡Tendrías que haberlo pensado mejor antes de contarle asuntos míos al entrenador!

—¿De qué hablas?

—¡Estoy hablando de Harvard, T! ¿Cómo pudiste decirle al entrenador que ya no quería enviar la solicitud?

—¡Te has vuelto loco! Yo no le he dicho absolutamente nada.

—¡Claro que sí!

—¿Acaso no me crees?

—Me parece un poco difícil, visto que eras el único que lo sabía.

Tim negó con la cabeza y entrecerró los ojos mordiéndose el labio inferior. Se bajó la cremallera de la cazadora, sacó un rollo de folios y me los tiró.

—Tu hermana me ha pedido que te los de. ¡Nos vemos, Alex!

Estaba cabreado. Mi mejor amigo estaba cabreado, así que solo significaba una cosa: en verdad no sabía nada.

—¡T, espera un momento!

Aceleré el paso para intentar llegar a él, pero parecía que no quería aminorar el paso.

—¡Tim, joder! ¡Para!

—¿Ahora tengo que pararme? —dijo entre dientes, pero continuó a paso rápido—. Me parece que ya has encontrado un culpable, ¿no?

—Quizás sea mejor que hablemos de ello con tranquilidad.

—¡Esta sí que es buena! Hace nada no querías hablar. ¿Pero ahora que ya sí quieres tengo que escucharte? Lo siento, amigo, pero tienes un carácter que da asco.

—Vale, tienes razón, ¿pero vas a pararte ya?

Estábamos en mitad del aparcamiento, hacía un frío que pela y todavía tenía el pelo mojado.

—Mira, no sé qué te ha dicho el entrenador, pero yo no sé nada, ¿vale? Sabes lo que pienso respecto a Harvard, pero la elección es solo tuya. Si quieres tirar a la basura todo el esfuerzo que has hecho para llegar hasta aquí, está bien, pero luego no me digas que no te fíes de mí, porque la próxima vez te parto la cara, ¿entendido?

—Entendido —sonreí y le rodeé el hombro para darle un abrazo fuerte. Habíamos hecho las paces.

—Vayamos ahora al Red Diner, ¡me estoy muriendo de hambre!

—¿Doble queso con patatas?

—¡Adjudicado!

—Date prisa que vas a ponerte malo, ¡todavía estás empapado!

Me sacudí el pelo con la mano y saltaron algunas gotitas. Tenía razón, a ese paso me resfriaría.

El Red Diner era como un cuartel general, el reencuentro de las tropas tras la batalla, y, en efecto, todo mi equipo estaba allí, en el mismo lugar de siempre. Mientras tanto, los platos rojos repletos de comida iban de una parte a la otra de las mesas.

—¡Hola, Alex! ¿Qué te pongo?

Cindy, la camarera más simpática del local, me sonrió enseñando su dentadura perfecta. Se inclinó hacia adelante con demasiado énfasis, tanto que casi se le sale de la camiseta toda su abundante mercancía.

—Hola, Cindy —la saludó Tim con una sonrisa de oreja a oreja—, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Qué os llevo?

Se acercó una vez más, rozándome el hombro con los senos.

—Lo de siempre: dos hamburguesas con doble de queso y patatas.

—Perfecto —dijo. Se mordió el labio mientras apuntaba el pedido en un cuaderno—. ¿De beber?

—Dos coca-colas, por favor.

—Bien, en unos minutos estoy con vosotros —murmuró antes de irse por donde había venido. Tim la siguió con la mirada hasta que desapareció en el umbral de la cocina; tras cerrarse la puerta sus ojos siguieron buscándola por los

resquicios que se abrían y cerraban con cada movimiento de las puertas blancas.

Siempre ocurría lo mismo cada vez que poníamos un pie en ese lugar: Cindy me provocaba y a mi mejor amigo se le caía la baba con ella. Si T no estuviera perdidamente enamorado de esa chica no habría dudado en pedirle salir, pero nuestra amistad era sagrada y no permitiría nunca que un par de tetas bonitas nos enfrentase.

—¿Has terminado de hacerle la radiografía, T?

—¿Perdona?

Sonreí, negué con la cabeza y robé una patata del plato de Thomas.

—El capitán tiene razón, T, cuando se ha inclinado para apuntar el pedido se te caía la baba.

—¡Parad!

Extendió la mano hacia el plato de Thomas y se llevó un puñado de patatas.

—¡Eh! ¿Vais a parar de robarme las patatas?

—No —respondí cogiendo otro par de patatas. Hubo una risa generalizada y él, en respuesta, se metió en la boca todo lo que quedaba de su cena.

—¡Venid ahora a robármelas si tenéis el valor! —balbuceó con la salsa cayéndole por la barbilla. Nos dio un escalofrío solo de pensarlo y se dibujó una mueca de asco en el rostro de mi mejor amigo.

—Aquí tenéis, chicos, dos de queso con patatas.

—Gracias, Cindy —comentó Tim.

—Gracias —repetí yo sin dignarme a mirarla. Sabía que si hubiera mirado hacia ella, la habría sorprendido observándome, pero no quería darle alas al asunto. Tim observó mis movimientos con extrema atención y me mostré del todo desinteresado. Empecé a comer y devoré la hamburguesa en poco más de un minuto. Habían bastado unos pocos mordiscos para ponerle fin a la que, por el momento, me parecía la mejor sensación del mundo. Comer cuando se tiene hambre es una de las cosas más gratificantes.

Todavía tenía el sabor de la hamburguesa en la boca, pero la bestia hambrienta que tenía en el estómago no se había saciado. Con extrema diligencia y sin prestarle la mínima atención a lo que pasaba a mi alrededor, vertí en el plato varios chorros de ketchup y mayonesa. Ahogué una patata en la mezcla rosada y me la metí en la boca.

—Eh, Lex —Tim se me acercó para contarme algo en secreto y yo incliné la cabeza para que me hablara al oído.

—¿Has visto qué bien se está portando Mark? Seguramente Olivia se la habrá

montado —sonrió.

Subí la mirada y lo localicé pronto. Estaba sentado en la otra punta de la mesa, no hablaba con nadie y no le quitaba el ojo al teléfono.

—¿Cómo es que esta noche viene con nosotros? ¿No se va por ahí con la señorita Perfeccionista a ser el novio perfecto? —pregunté en voz baja.

—Por lo que sé, Olivia y tu hermana han quedado. Noche de chicas, dijeron.

—¿Duerme en mi casa?

—Me imagino, tus padres se fueron esta mañana y tu hermana la ha invitado para que le hiciera compañía.

—¿Pero quién eres tú? ¿Un empleado del fisco? ¿Cómo consigues enterarte de todo?

Tim rompió a reír con la mano sujetándose la barriga.

—Yo escucho y observo, amigo mío, y a veces me doy cuenta de cosas que los otros no ven.

Enderezó la espalda y, como si no hubiera pasado nada, empezó a charlar con Ferguson, uno de los *tight end* del equipo.

EL LADRÓN



—Eva, ¡despierta!

—¿Uhm?

—¡Despiértate! Hay alguien abajo.

Miré a mi alrededor, intentando ver tras la oscuridad que lo envolvía todo. Parecía una cubierta con un tejido demasiado grueso para poder traspasarlo, al menos lo era hasta que un destello inesperado rasgó el cielo como un filo. De repente, la habitación se iluminó, los contornos de los objetos se hicieron nítidos: la cama grande, nuestras siluetas bajo el edredón de flores, la ropa escrupulosamente doblada sobre una silla vieja americana y una alfombra peluda con tonos rosados. Al rayo le siguió un sonido ensordecedor, un ruido que hizo temblar la casa.

Eva pestañeó un par de veces y me miró a los ojos durante un segundo, justo en ese momento nos volvió a cubrir la oscuridad.

—No es nada, Olivia, es solo el temporal.

—¿Seguro?

—Sí, hay una especie de huracán ahí fuera, vuelve a dormirte.

¿Qué podía hacer para volver a dormir? Mis ojos estaban abiertos de par en par, se esforzaban por cerrarse en la oscuridad, pero no querían. Observé minuciosamente el techo, que parecía haberse hecho más nítido, y con las pupilas completamente dilatadas exploré cada esquina de la habitación sin poder distinguir nada. Cayó otro relámpago, un rayo gigantesco que esta vez vino acompañado de un ruido devastador y otros ruidos cercanos.

—Eva, tenemos que ir a ver, te digo que hay alguien, ¡estoy segura!

—No he escuchado nada a parte de los truenos. Es solo una impresión, Olivia, estate tranquila.

—No, ¡estoy segura! —encendí la pequeña luz de la cómoda y me levanté.

—¿Dónde vas?

—Voy a ver.

Mi mejor amiga se dio la vuelta a modo de respuesta y se subió las sábanas por encima de la nuca.

—Vale —gimoteó con la voz amortiguada por la manta suave bajo la que se había escondido—, pero apaga la luz después, por favor.

Negué con la cabeza y salí al pasillo. Toda la casa estaba envuelta en la oscuridad y en apariencia no había nadie. Encendí la luz y empecé a andar. Un destello cegador atravesó la ventana hacia la parte alta de las escaleras y, así como entró, salió, reabsorbiendo consigo el resto de la iluminación.

Se había ido la corriente.

Mis pupilas se dilataron de nuevo para adaptarse a la nueva situación de oscuridad. Avancé con cautela deslizándome por la pared. Mejor no tropezar con nada y, aunque conociese ese lugar como la palma de mi mano, no podía ver dónde estaba poniendo los pies. Llegué al fondo del pasillo gracias a las inesperadas incursiones luminosas del temporal y me encontré con las escaleras. Los peldaños de madera crujieron de forma siniestra, una especie de lamento inquietante. Me agarré con ambas manos a la barandilla, la sangre fluyó rápido, respiré profundamente un par de veces, pestañeeé y me puse en marcha. Tenía que ir despacio, un pie delante del otro, sin hacer ningún ruido. Mi pobre corazón se esforzó tanto que lo sentía hasta en los oídos.

Me movía como un animal asustado, di un paso tras otro hasta llegar al fondo de las escaleras. Parecía que no hubiese un alma, quizás me equivocaba de verdad.

Me acerqué a la encimera de la cocina, me dejé guiar por las luces pálidas que atravesaban las ventanas, saqué un vaso, una botella de agua y me eché un poco. Tenía que calmarme, me había puesto nerviosa por nada. Mientras bebía lentamente miré a la ventana, tenía el trasero apoyado en el banco de madera y el pecho se iba ralentizando. Apoyé el vaso de agua en el fregadero en cuanto el siguiente relámpago iluminó la cocina. Ya casi esperaba el rugido que seguía a la incursión luminosa. Sin embargo, lo que no me esperaba era el ruido retumbante que atravesó el salón como un latigazo. Mi cuerpo reaccionó enseguida, de la misma manera que una cuerda al pellizcarla una púa, primero se tensa y después

empieza a temblar. Alguien estaba intentando entrar en la casa.

Me acurruqué detrás de la sólida encimera de madera y hasta dejé de respirar. Sentí que los pulmones me ardían, la cabeza me iba a explotar y el corazón ya se había adjudicado el primer lugar del París-Dakar de lo rápido que iba.

Dios, ¿qué debo hacer?

Me elevé un poco sobre mi trinchera improvisada y examiné a fondo el salón. La cortina se movió un poco y la ventana cedió bajo el enésimo empujón de una figura encapuchada. Otro relámpago iluminó la silueta aterradora, delineando el contorno mientras que con gran velocidad saltaba la repisa y se colaba en el interior.

Me tiré al suelo temblando como una hoja. Mi noche tranquila entre amigas se acababa de transformar en una pesadilla, una pesadilla de carne y hueso que se movía a mi lado en la habitación. Le escuché respirar con agitación, cada paso mojado que daba resonaba de forma siniestra en el silencio de la noche sobre las losas de madera.

—Cálmate, Olivia, cálmate —repetí mentalmente—, reflexiona, reflexiona y encuentra la manera de esconderte.

Miré a mi alrededor sin mover la cabeza, tenía la espalda pegada a la puerta del mueble y el trasero en el suelo.

¿A quién quería engañar? Estaba desarmada y medio desnuda mientras un loco iba a sus anchas a pocos metros de mí. No tenía elección, tenía que actuar, llegar al otro lado y blandir cualquier arma, ya sea un cuchillo o un rodillo; cualquier objeto afilado o contundente sería mejor que mis zapatillas peludas.

Inhalé profundamente, pero el esternón apenas se movió, estaba atascado por el peso del miedo. Y pensar que siempre había criticado a las estúpidas de las películas de terror que corrían en pijama hacia los brazos del asesino. Yo habría hecho lo mismo, solo que en lugar de pijama llevaba un camisón de noche microscópico y un par de zapatillas con pelo de Betty Boop.

Pasé rápidamente de estar sentada a gatear hacia la puerta que había frente a mí. El corazón empezó a bombear a toda velocidad, ahora no solo latía, iba de un lado a otro igual que un toro de rodeo. Me impedía sentir con nitidez el sonido acuoso de los zapatos que se acercaban.

Tenía que hacerlo rápido.

«¡Rápido, Olivia! ¡Rápido!», me repetí a mí misma intentando que los movimientos de mis manos coincidieran con el párkinson que me había apresado. Di vueltas por la oscuridad buscando algo con lo que poder defenderme. Localicé el cajón correcto y lo abrí sin emitir ningún sonido. Metí

la mano y con el sentido del tacto exploré lo que tenía delante. Plástico laminado, una empuñadura perfecta. Pesaba bastante, pero necesitaba un arma cualquiera y esa me valía.

El chirrido acuoso se acercaba cada vez más y la figura encapuchada pasó el umbral de la cocina. Casi podía sentir el flujo de sangre de las arterias circular por todo el cuerpo.

Estaba cerca. Cerquísima.

Dio un resoplido y aproveché un relámpago afortunado para rodear la isla gateando con el arma en mano. Le golpearía por detrás, era lo único que podía hacer, dejarlo inconsciente y escapar al piso de arriba. Despertaría a Eva y nos cerraríamos bajo llave en la habitación hasta que llegara la policía. Este era el plan, o por lo menos era lo único que podía pensar mi mente aterrorizada en dos minutos.

Resopló otra vez.

Un relámpago atravesó la ventana del piso de abajo y lo vi con nitidez, estaba de espaldas y andaba a tuestas con la mano delante, como si quisiera sacar algo de la cazadora, que no paraba de gotear en el suelo. Inhalé, un dolor ardiente me atravesó la garganta junto con el oxígeno, esperé unos segundos y me abalancé contra él.

El golpe seco que le dio el fondo de la sartén en la nuca retumbó en cada esquina como el repique de una campana, y al resoplido de antes se unió un grito horrible de dolor.

El ladrón cayó al suelo y rápidamente se giró hacia mí. Estaba lista para golpearle una y otra vez si hubiese sido necesario. Blandía un kilo con doscientos gramos de sartén *Stonewell* con la misma agilidad que un gladiador en la arena. Iba a asestar el segundo golpe cuando el enésimo rayo rasgó el cielo e iluminó todo con luz diurna.

—¿Pero qué co...?

Dos ojos azules casi inyectados en sangre me fulminaron desde el suelo.

—¡Dios mío! —me arrodillé y dejé la sartén sobre el suelo de la cocina—. Alex, ¿estás bien?

—¿Tú qué crees?

La víctima de mi golpe perfecto se tocó la nuca, jadeando.

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón!

—¿Querías matarme?

—¡No! No sabía que eras tú, creía que eras un ladrón. ¿Por qué has entrado

por la ventana?

—Me olvidé las llaves —resopló. Me acerqué a él y le ayudé a levantarse. Alex emitió un gruñido de dolor y se aferró a mi brazo.

—¿Te duele mucho?

—¿Qué tipo de preguntas haces, Olivia? Seguro que tengo una conmoción cerebral.

Me llevé una mano a la boca sin saber qué más hacer. El miedo que había acumulado, la tensión y la preocupación hicieron que soltara una risa liberadora.

—¿De qué te ríes ahora? ¿Casi me matas y ahora te ríes?

—No, perdóname —dije fatigada mientras aguantaba la respiración—. Ahora paro, ¡lo juro!

Otro destello le iluminó la cara y volví a reírme a lágrima viva.

—¿Quieres parar? —refunfuñó. Intentó ponerse de pie.

—¡Sí, juro que ya paro! —tragué, cerré los labios e intenté ponerme seria.

Alex intentó mover la cremallera de la cazadora, parecía que se había atascado, mientras tanto, empezó a crecer un charco en el suelo a nuestro alrededor.

—Espera, te ayudo —me acerqué y cuando lo vi asentir empecé a desabrocharla. Posiblemente se había plegado un diente del cierre, porque el deslizador no quería bajar más.

—Así no llegamos a ninguna parte —murmuré empujando con más ganas.

—¿Qué pasa, señorita Perfeccionista? ¿Ahora ni siquiera puedes desabrochar una cremallera?

—¡Está atascada! —me acerqué un poco más para hacer palanca sobre el deslizador, pero en el desafortunado intento de abrir la cremallera las zapatillas se resbalaron sobre el suelo mojado.

Volé prácticamente encima de él. Alex me sujetó al vuelo por la cintura. La tela del camisón se impregnó con la misma rapidez que una esponja en una piscina y un escalofrío se abrió camino por mi abdomen, recorriendo el perímetro del algodón mojado. Me quedé sin aliento entre sus brazos como si hubiera corrido durante horas. Me alejé de golpe para intentar poner distancia entre nuestros cuerpos y en ese momento me di cuenta que la ropa se me había quedado pegada. Lo único positivo era que, ya fuera por el tirón o por cualquier otro motivo fortuito, la cremallera había cedido y se había desatascado.

Otro trueno retumbó en el barrio y tras él el sonido de algunas alarmas, después, de repente, volvió la electricidad. La luz de la cocina estaba apagada,

pero la del pasillo daba suficiente luz como para poder mirarnos a la cara.

Alex se quitó la cazadora y la dejó caer sobre el suelo. Se me quedó mirando a los ojos y un destello le recorrió los iris como si fuera una descarga eléctrica. Mi corazón se despertó rápido y empezó a bombear a máxima velocidad. Sentí otro escalofrío por la espalda, que con manos heladas me rozaba la espina dorsal pasando por todas las vértebras. Y ahí estaba esa molestia en la boca del estómago, parecida a una serpiente enrollada dentro de una cesta, retorciéndose y siseando.

Di un paso hacia atrás y bajé la mirada. Estaba tan mojada que el algodón pálido que llevaba se había vuelto casi transparente y mis senos, rígidos por el frío, sobresalían y se notaban tras el tejido.

Alex se aclaró la voz y yo intenté cubrirme lo mejor que pude.

—¿Puedes darte la vuelta, por favor?

—¿De verdad, Olivia? ¿Crees que no había visto antes un par de tetas?

—¡Eres un idiota!

Le escuché decir algo entre dientes mientras con la mano izquierda se masajeaba la nuca, después se dio la vuelta. Una explosión de calor tomó el control de mi cuerpo y desterró el frío. Alex estaba empapado y la camiseta que llevaba se le había pegado como papel maché. Me perdí unos instantes observando los músculos dorsales que le dibujaban la espalda, eran... guau.

¿Pero qué diantres tenía en la cabeza? ¿Cómo se me había ocurrido pararme para observarlo?

Intenté irme, pero las dos Betty Boop de mis pies no estaban muy de acuerdo, pues no se movieron ni un milímetro. Estaba clavada en el suelo y mis ojos continuaban observando. Le recorrí la espalda de arriba abajo hasta descender cada vez más. Los vaqueros de cintura baja le quedaban como un guante y resaltaban su trasero perfecto y sus cuádriceps esculpidos. Tragué saliva y volví a repetir el trayecto. Tenía algo en el bolsillo posterior que le colgaba y lo cogí.

—¿Qué tienes aquí?

—¿Dónde?

Se giró y me miró de forma extraña mientras sujetaba el objeto por encima de la cabeza. Era suave, parecía... ¿encaje?

Aparté la mirada de la mano y con un grito de asco lo dejé caer al suelo.

—¿Es ropa interior? —pregunté horrorizada.

Alex sonrió y se agachó para recoger el escuálido trofeo.

—¡Eres asqueroso! Eres un...

—¿Un qué, señorita Perfeccionista? ¿Qué soy? Venga.

—¡Un perverso! —chillé en estado de hiperventilación.

—¿Entonces soy un perverso?

—¡Eso es!

—¿Entonces tú qué eres? ¿Soy yo o has estado cinco minutos mirándome el culo?

Me puse roja de repente. Eso era un golpe bajo. A decir verdad, era un golpe bajísimo.

—¡Te equivocas! —refunfuñé rodeándome con los brazos para cubrirme.

—Lo sentí, Olivia —susurró mientras se acercaba a mi oreja izquierda—, sentí tus ojos en mí, no puedes negarlo.

—Estás soñando, Alex —tragué y me volví a poner roja por enésima vez e intenté superarlo sin resultado. Él siguió sonriendo, dejando al descubierto sus dientes resplandecientes y perfectos. Dio un paso al lado y me dejó pasar. Me fui corriendo por las escaleras y subí sin mirar hacia atrás.

—¿Olivia?

Me paré en el último escalón, pero seguí mirando hacia adelante.

—¿Qué quieres ahora? —grazné sin apenas girarme. Me observó y sonrió más que antes.

—Asegúrate de que sueñas conmigo esta noche —murmuró.

Me guiñó un ojo y se pasó la mano por el pelo húmedo, dejándome inmóvil y con la boca completamente abierta.

EL DESPERTAR



«¡Mierda!», Olivia se había vuelto muy pesada. Me acaricié la nuca y cerré los ojos con fuerza por el dolor. En la parte baja del cuello me acababa de salir un chichón enorme que me estaba matando de dolor.

¡Maldita sea! ¿De verdad esa loca me había molido a sartenazos? ¡Estaba seguro de que le faltaba un tornillo!

Tras cerrar bien todas las ventanas subí al piso de arriba, pasé por delante de la habitación de mi hermana y me paré frente a la puerta. No se escuchaba ningún ruido, ¿qué estarían haciendo? Quizás estarían durmiendo, o quizás no, ¿quién sabe?

Me palpé de nuevo la cabeza. Por el amor de Dios, me dolía mucho. Tenía que recuperarme pronto porque al día siguiente tendría una jornada intensa. El entrenador Dalton nos estaba dando caña esa semana, todas las tardes nos sometía a largas sesiones de entrenamiento a las que no se podía faltar. Teníamos que prepararnos para el partido más importante de la temporada, el que disputaríamos pronto contra el instituto Carson.

Fui derecho hacia la puerta del baño, encendí la luz y entré. Tenía que ponerme algo rápido o el chichón se haría enorme. Abrí el botiquín, pues mi madre tenía una especie de enfermería doméstica donde había de todo: desde el kit de primeros auxilios hasta pomadas para los callos. Saqué un blíster de hielo seco y lo puse sobre el lavabo. Estaba fatal, solo había que verme en el espejo para saber que mañana por la tarde el entrenador me patearía el trasero. Tenía dos bolsas negras bajo los ojos, tan profundas como el Gran Cañón; además,

estaba tan empapado que sería un milagro si no me daba una pulmonía. Tenía que secarme y meterme rápido en la cama.

Con el puño di un golpe en el centro del paquete de hielo seco para activarlo al instante. Ya era un profesional después de tantos años en el campo de fútbol americano esquivando los golpes de las defensas más aguerridas, había curado tantos moratones que me había ganado el diploma *ad honorem* en la aplicación de frío.

Coloqué el blíster en la base del cuello y cerré los ojos. El dolor se repartió por toda la cabeza.

—¡Joder! —maldije entre dientes. Eso sí que había sido un placaje digno de un defensa, literalmente me había dejado fuera de juego. Sacudí la cabeza distraído y apreté los dientes por el dolor. Lo mejor sería que me fuera a dormir. Con una mano sostuve el hielo en la cabeza, me quité los vaqueros y los zapatos con la otra y me fui descalzo a mi habitación. La ropa estaba tan mojada que habría podido exprimirla, los pantalones pesaban como un trozo de plomo y la camiseta parecía una segunda piel. La tiré a una esquina y me puse una camiseta seca y unos bóxer. El pelo aún lo tenía húmedo, pero paciencia, se secaría antes o después. Apoyé la cabeza sobre la almohada y me dormí como un tronco.

Esa fue la noche más extraña de mi vida.

—¿Puedes darte la vuelta, por favor?

—¿Qué?

—¿Puedes darte la vuelta, por favor?

Esa voz no paraba de retumbar en mi cabeza.

—Alex, ¿puedes darte la vuelta, por favor?

Me miró con el ceño fruncido, Olivia estrechó esos ojos de pestañas largas y curvas.

—¿Puedes darte la vuelta, por favor?

¿Por qué tenía que darme la vuelta? Observé minuciosamente su figura y salieron un par de tetas muy bonitas de debajo del tejido semitransparente.

«¡Joder!».

No podía dejar de mirar esos pezones, parecía que de un momento a otro atravesarían la tela.

—¿Puedes darte la vuelta, por favor?

Miré su boca enfadada y esa nariz perfecta que se arrugaba cuando se enfadaba.

—Alex, ¿puedes darte la vuelta, por favor?

—¿De verdad, Olivia? ¿Crees que no había visto antes un par de tetas? —
refunfuñé mientras sentía que algo se ponía duro ahí abajo.

—¡Eres un idiota!

Sí, era un idiota. ¿Cómo podía excitarme con las tetas de la señorita Perfeccionista? ¡Eso sí que era una locura! Por suerte, solo era un sueño. Si era un sueño, podía seguir mirando y nadie diría nada, ¿no?

Seguí imaginando esas curvas, eran tan perfectas que parecía que no eran reales. No me bastaba con mirarlas, quería tocarlas. Era imposible que alguien con un pene entre las piernas no quisiera tocarlas.

¿Cómo es posible que no me diera cuenta antes de lo espectaculares que eran?

Alargué la mano. Iba a acariciarlas. Sí, estaba a punto de acariciarlas cuando empezó a dolerme la entrepierna. Era una especie de escalofrío sobrecogedor que no podía mantener al margen. Tenía que hacer algo para ponerle punto final. Metí la mano en el bóxer y empecé a masturbarme.

«¡Dios, qué placer!».

Al principio fui lento, poco a poco, imaginando su cara de enfado.

—¡Eres un perverso!

¡Sí, joder! Era un perverso si me excitaba con la mejor amiga de mi hermana, pero no me importaba nada, era algo temporal y jamás volvería a hacerlo.

Moví la mano con rapidez por todo el largo, hacia adelante y hacia atrás, sin parar, sin recobrar aliento. Ya casi estaba y la visión onírica de Olivia era mejor que cualquier revista o película porno que haya visto.

Unos instantes más y podría volver a respirar.

En cambio...

Alguien llamó a la puerta. Me di prisa por terminar y no respondí. ¿Quién había venido a darme la lata a esa hora mientras me estaba... bueno, mientras estaba a punto de terminar?

—Alex, ¿estás?

¡No, al carajo! *Ella* era la última persona que podía entrar en ese momento.

—Sííí —resoplé.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, estoy... estoy bien.

La manija bajó poco a poco, pero no pude parar de tocarme. ¡No abras la puerta! «*No abras la jodida puerta*», pensé, pero ella no me podía leer el

pensamiento.

—¿Puedo entrar?

—¡No!

Se asomó y me miró preocupada, así que tuve que aminorar el ritmo para no correrme en la mano.

—¿Me equivoco o te acabo de decir que no entraras? —gruñí con un hilo de voz.

—¡Eres un maleducado! Estaba preocupada por el golpe que te he dado en la cabeza.

Me acaricié la punta del miembro y cerré los ojos.

—Mi cabeza está genial, gracias —dije rápidamente, ella pestañeó.

—Está bien, me voy. Tendría que haberte dejado anoche tirado en el suelo.

Sí, habría sido mejor, quizás en ese caso no habría tenido alucinaciones durante el resto de la noche.

Al cerrar la puerta de golpe se levantó una bocanada de aire como si hubiera explotado una bomba de hidrógeno. Escuché sus pasos furiosos recorrer el suelo del pasillo, pero no eran nada comparados con el tamborileo incesante que me atravesaba las sienes. Mantuve la respiración una vez más, continué acariciándome y exploté. El rugido dentro de mi cabeza fue alucinante, ni las pruebas nucleares en el desierto de Nevada habrían hecho tanto ruido.

¡Joder si era intenso!

Cerré los ojos y volví poco a poco a respirar. Un cosquilleo me invadió todo el cuerpo como un rebaño de endorfinas en trahumancia.

Dios, era genial. El único problema en ese punto era continuar fingiendo que ella era la tonta de la puerta de al lado. Nunca había visto a Olivia de esa manera, ella solo era la amiga insoportable de mi hermana a la que me gustaba hacer rabiar, así era perfecto. Sin embargo, ¿por qué mi mente la había transformado ahora en una especie de pensamiento erótico?

Quizás fuese el golpe en la cabeza, esa era la explicación de todo. Me había aturdido con tanta contundencia que había perdido la razón.

Sacudí la cabeza y la hundí en la almohada. No podía ser.

Eliminar.

Borrar

Restablecer el cerebro.

Olivia solo era la señorita Perfeccionista y jamás me la llevaría a la cama, ni

ahora ni nunca.

REFLEXIONES



—¡Imbécil! ¡Maldito imbécil! ¡Pedazo de maldito imbécil! —refunfuñé bajando las escaleras como si me estuviera persiguiendo el diablo.

—¿Qué ha pasado? —Eva apartó la mirada del televisor, masticando.

—¡Nada!

—Déjame que lo adivine, ¿Alex y tú habéis discutido otra vez?

La miré echando la cabeza hacia adelante y levantando las cejas.

—¿Tú qué crees?

Sonrió y negó con la cabeza.

—¡Por supuesto! Era obvio.

—¿Por qué es tan obvio? No lo entiendo.

—Olivia —suspiró—, mi hermano y tú no hacéis otra cosa, parecéis el perro y el gato y, a decir verdad, no me sorprendería si un día de estos os empezáis a dar una paliza.

—Por favor —refunfuñé—, tengo otras cosas que hacer.

—Sí, ya me imagino...

—¿Qué insinúas?

—¡Nada, por favor! —se metió en la boca una cucharada de Cheerios y empezó otra vez a masticar—. Uhm... ¿Has pensado qué hacer con Mark?

—¿En qué sentido?

—Bueno, lo hemos estado hablando durante toda la noche y al final creo que

está claro que las cosas no son tan perfectas como parecen.

—Lo sé, lo sé —suspiré mientras sacaba la leche del frigorífico—, pero no quiero dejarlo, si es esto lo que estabas pensando. Hace un año que estamos juntos y le quiero mucho, además, supondría un golpe para mis padres —vertí la leche en una cacerola y volví a meter la botella en el frigorífico—. Solo tengo que esperar que este momento “no” pase, él no se lo merece y quizás en verdad es culpa mía, quizás soy yo la que tiene el problema.

—¿Pero qué estás diciendo? No puedes culparte si no estás enamorada de él.

El tintineo de los cereales de miel que llenaban la taza fue la única respuesta que fui capaz de darle. No me apetecía retomar de nuevo esa conversación, como siempre puse buena cara al mal tiempo.

—Olivia, escúchame, lo que estás haciendo no está bien. Mark es un buen chico y seguramente te quiera de verdad, pero tú no, no sientes lo mismo, ¡es evidente!

—¿Y tú qué sabes? —la fulminé con la mirada mientras vertía la leche en los cereales—. Yo también le quiero, a mi manera —continué metiéndome una cucharada de Cheerios en la boca.

—¡Pero si te pones rígida cada vez que te toca! Mira, seguramente preferirías ir a la cama con mi hermano antes que con tu chico, esto lo dice todo.

Abrí la boca y se me cayó la cuchara de la mano, con tan mala suerte que se dio la vuelta la taza y se vertió todo el contenido. Mi camiseta immaculada se había transformado en una especie de mapa geográfico con mares de leche e islas en forma de Cheerios. ¡Genial! Me tenía que cambiar de nuevo y en pocos minutos pasaba el autobús.

—Juro que últimamente no te había visto tan descompuesta.

—Eva, por favor, dejemos el tema, ¿vale? Mira lo que ha pasado.

—Tiene que haber alguna camisa en mi habitación, ponte una.

Asentí frotándome con una servilleta y me fui hacia las escaleras. Maldije en cada escalón. Me maldije a mí misma por ser tan desconsiderada, maldije al imbécil de Alex, porque con solo escuchar su nombre me ponía nerviosa, después maldije... bah, maldije y ya.

Caminé con la cabeza baja y seguí limpiándome sin mirar dónde ponía el pie. Era obvio que tendría que haber estado más atenta, pero el día había comenzado mal y seguramente tampoco acabaría bien.

Pisé con furia la alfombra que cubría el pasillo. En ese momento no era ni mucho menos la señorita refinada y elegante que quería mi madre, parecía más

bien un soldado bolchevique en plena marcha sobre la nieve. Con cada paso notaba la resistencia inconsistente del tejido que se hundía bajo las suelas, pero no ralenticé el paso, me sabía de memoria el motivo floral que recorría los lados de la alfombra y en ese punto estaba la habitación de Eva. No me dio tiempo a pararme cuando un par de Nike apareció de repente en mi campo de visión. El impacto fue instantáneo. Un encuentro frontal contra la imponente masa muscular que tenía delante. Reboté hacia atrás por el fuerte golpe.

—¿Quieres terminar lo que empezaste anoche?

—¡Pero si no te había visto! —contesté tocándome la nariz.

—No me viste, pero por lo que parece me escuchaste.

—Eres un imbécil, ¿sabes?

Lo miré de forma amenazadora y ladeó la cabeza, mirándome el pecho.

—¿Qué miras?

Sacudió la cabeza y miro hacia la ventana que había por encima de las escaleras.

—Nada.

—No me lo parecía —le reproché, cubriéndome el pecho con los brazos. Alex empezó a reírse de gusto, lo que me enfadó aún más.

—¿De verdad crees que te estaba mirando las tetas? Venga, Olivia, déjalo ya, ahí no hay nada que ver.

Abrí tanto la boca que casi me doy en el cuello con el mentón.

—¿Cómo te atreves?

Sacudió la cabeza con docilidad, como si estuviera lidiando con un niño o con un sujeto mentalmente retrasado.

—Quizás, si tú no fueras por ahí como si te hubieras tirado encima el desayuno no me habría quedado mirando las dos manchas grandes que tienes en la camiseta.

Inhalé con fuerza, me había convertido en una especie de dragón que estaba a punto de asarlo si no fuera porque no tenía modo alguno de lanzarle llamas.

—Gracias por esa conclusión tan obvia. Y ahora, si me lo permites, voy a cambiarme.

—De nada —hizo un movimiento y me indicó la puerta de la habitación con la mano.

—¡Dios, cuánto te odio! —chillé entrando por la puerta.

—¡Es recíproco! —escuché detrás de la puerta cerrada—. Completamente

recíproco.

La habitación de Eva estaba como la habíamos dejado media hora antes, sabía dónde buscar algo que me sirviera, pero parecía una turista en un país extranjero que había perdido el mapa. Miré a mi alrededor sin decidirme por nada. Tenía que cambiarme la camisa, y deprisa. Me la desabotoné corriendo, mis manos seguían ansiosas por darle unos cuantos tortazos. ¿Quién se había creído que era?

Me desnudé y me observé en el espejo que había en la pared junto al armario. Me puse delante de la superficie reflectora, primero de frente y después de perfil, y me arrejunté los pechos con las manos. No era para nada verdad que no tenía tetas, quizás no eran tan grandes como las de Kendall, pero desde luego no estaba plana.

—¡Tonto! —refunfuñé mientras abría el armario y sacaba una camisa de la percha. Me vestí con prisa, abrochando los botones lo más rápido que pude. Mis manos se movían de forma tan frenética que parecían tener vida propia, o quizás solo era la rabia.

Estaba lista: tela tensada y los bordes metidos tras el cinturón de la falda plisada. Miré el despertador que había en la mesilla de noche y salí por la puerta, lo más seguro es que hayamos perdido el autobús escolar.

Bajé los escalones de una manera que no se podía considerar elegante, pero no me importaba, llegábamos tarde y justificaba el ruido sordo de mis pies sobre el suelo. Cuando llegué a la cocina, Eva estaba sentada en una silla viendo la televisión. En cuanto se percató de mi presencia, cogió el mando y la pantalla se oscureció de repente.

—¡Llegamos tarde! —chillé, me faltaba el aire—. ¿Qué haces ahí? Vamos o tendremos que ir andando.

Eva no se inmutó.

—Ya ha pasado.

—¿Qué?

—El autobús escolar ya ha pasado.

Me senté en la silla de al lado y resoplé, haciendo volar un mechón de pelo que con las prisas se me había descolocado.

—¿Ahora qué?

—Vamos en coche.

—¿Cómo que *en coche*? Te recuerdo que ninguna de las dos tiene el carné.

—Nosotras no, ¡pero ellos sí! —miró hacia la ventana que daba a la calle, al

otro lado Tim y Alex estaban esperando sentados en el coche con el motor encendido.

—Ah —murmuré. Tendría que haber sido una exclamación, pero más bien pareció el siseo de un globo que se deshinchaba. No pregunté nada más, pues si queríamos llegar antes del inicio de las clases esa era la única opción viable.

—¿Vamos? —Eva se levantó y se puso una chaqueta vaquera, lo mismo hice yo.

El temporal de la noche anterior había dejado huellas visibles en la calle. El suelo estaba repleto de una miríada de hojas caídas y en muchos puntos el agua había formado pequeños charcos en los que flotaban pétalos y follajes varios. Un viento ligero pero afilado como la hoja de una cuchilla nos recordó que, a pesar de que el frío nunca había sido un problema en esa zona, la temperatura había bajado mucho tras las incesantes lluvias. El aire era fresco y olía a hierba mojada, las plantas bañadas en rocío resplandecían bajo la luz del sol mientras mi mejor amiga y yo nos dirigíamos hacia el Ford de Tim al otro lado de la calle.

Parecía un día como cualquier otro, una mañana normal de una jornada normal, jamás habría pensado que ese día, en cambio, me cambiaría la vida para siempre.

Salimos en coche como si fuera algo habitual, aunque todos pensásemos que no era así. Era algo muy extraño, excepto en casos muy aislados, que los dos nos acompañaran a algún sitio. No tenía nada de discriminatorio, era así y ya. Digamos que entre ellos y nosotras había una especie de muro invisible, una línea que rara vez cruzábamos. Ellos tenían su vida, nosotras la nuestra. Siempre había sido así.

Mi relación con ellos dos estaba en las antípodas. Timothy era un chico con la cabeza bien puesta y un corazón tan grande como una casa, a decir verdad, nos llevábamos muy bien. En cambio, Alex... bueno, era un cúmulo de arrogancia y soberbia que molestaba como si hubiera anidado sobre una colonia de parásitos. Era un maleducado y un impertinente que aprovechaba cada vez que podía para enfardarme y... había algo, una sensación extraña que se desencadenaba en mi interior. Solo por eso tendría que haberlo evitado como la peste, y es lo que habría hecho si el destino no se hubiera puesto en mi contra. Últimamente estaba en todos lados, no había forma de evitar su presencia y esto era un problema. Un problema enorme.

Eva se sentó en el asiento de piel y se acomodó detrás de su hermano, yo me limité a entrar y sentarme detrás de T.

—Buenos días, señoras, os habéis retrasado esta mañana, ¿eh? —Tim

proclamó la frase más como una afirmación que como una pregunta de verdad. Era evidente que llegábamos tarde, de lo contrario no nos habríamos sentido obligadas a pedir que nos lleven.

—Por supuesto —se entrometió él—, la señorita Perfeccionista se ha bañado en leche y cereales esta mañana, por lo que estaba demasiado ocupada cambiándose como para preocuparse del autobús.

¡Qué irritante!

—¿Vas a parar?

—¿De hacer qué? —preguntó con expresión inocente.

—De estar siempre encima mía. ¿Se puede saber qué quieres?

—Tranquila, si estuviera siempre encima de ti lo sentirías, eso no lo dudes —sonrió hacia su amigo, que levantó una de las comisuras de la boca.

—¿De verdad?

—Apuesta por ello.

—Tengo mis dudas.

—Oh oh —exclamó T—, esto es un golpe bajo.

Alex me miró con sus dos ojos azules, que parecían destellar por la inestabilidad del color.

—¿Qué quieres decir?

—Vale ya, Alex, para. Además, ahí abajo no hay nada que ver —dije utilizando sus mismas palabras.

Tim hizo un esfuerzo por no explotar de la risa en cuanto vio la cara de su mejor amigo. Alex estaba enfadado y en su mirada solo se podían ver dos cuchillas que querían destrozarme.

—Ten cuidado con lo que dices o podrías arrepentirte.

—Venga, ¿qué vas a hacerme?

—Nada que no me quieras hacer tú a mí.

—Bien, ¡porque yo te molería a tortazos!

—Uhm...

—¿Qué? —gruñí mirándolo directamente a los ojos.

—Las prácticas sadomasoquistas no me van mucho, pero si te gusta, podría vestirme...

—Yo... yo... —refunfuñé—. ¡Eres un ser verdaderamente repugnante, Alexander Reeves!

—¡Ya basta! ¿Vais a dejarlo ya? Parecéis dos chihuahuas metidos en el mismo

par de pantalones —la voz tronadora de Tim interrumpió la pelea y cuando miré al otro lado la cara de mi mejor amiga era impagable. Boca abierta y expresión de pez hervido, se quedó así varios minutos mientras me senté rígida con los brazos cruzados.

—¿Hay algo que tenga que saber? —susurró.

—¿Cómo?

—¿Hay algo que no sepa que haya entre mi hermano y tú? —preguntó, su voz atenuada por el volumen de la música.

—¿Qué bicho te ha picado? —dije sobresaltada—. ¿Crees de verdad que yo podría...? ¡Nah!

—Parecía que vosotros dos...

—¿Qué? —la fulminé.

—Vale, dejémoslo ahí.

—Eso.

Durante el resto del trayecto estuve de mal humor y de brazos cruzados. Los dos que iban delante parecían haberse olvidado de nuestra presencia, movían la cabeza al ritmo de la música y bromeaban entre ellos sin darse la vuelta.

Por fin, la tortura estaba a punto de terminar. En cuanto vi el aparcamiento del instituto me preparé para una escapada como Dios manda. No podía resistir ni un minuto más en ese coche.

¿Cómo había podido pensar que Alex me atraía? Era un troglodita, un villano, un maleducado, y podría continuar haciendo un listado largo.

En cuanto se paró el automóvil salí pitando con la misma rapidez que una palomita saltando en el microondas.

—¿Vas a esperarme, Olivia?

Eva me persiguió sin perder el ritmo mientras yo estaba casi corriendo hacia la entrada del instituto.

—¿Quieres pararte? —se aferró a mi hombro y me giré de repente—. ¿Es por lo que te he dicho? Sé que entre mi hermano y tú no hay nada, solo que a veces sí lo parece...

—¿Parece el *qué*?

—Parece... No sé, ahora mismo no me viene en mente la palabra.

—No te viene a la mente porque no existe, jamás encontrarás una palabra en el vocabulario que describa algo que no exista.

—Vale, está bien, cálmate, ¿vale?

Tenía los ojos abiertos de par en par y las manos me temblaban como si hubiera caído víctima de alguna forma violenta de *delirium tremens*. ¡Maldito Alex! ¿Cómo conseguía ponerme de los nervios de esa manera?

—¡Cariño, por fin!

La voz a mis espaldas me hizo recordar cuál era mi lugar y con quién tenía que estar por mi bien.

—Creía que habías perdido el autobús, me preocupé cuando no te vi bajar.

—Hemos tenido un contratiempo, llegamos tarde y lo perdimos.

Miró hacia mi derecha y vio llegar a mi lado a mi mejor amiga.

—Hola, Eva, no te había visto aún.

—Hola, Mark —lo saludó con amabilidad.

—¿Vamos? —preguntó pasándome un brazo por el cuello. Dudé durante un instante, la miré y después asentí.

Esa era mi vida, perfecta, calculada, sin margen de error. Estaba segura entre los brazos sólidos de mi chico. No obstante, el único problema era que nada de esto me hacía sentir cómoda.

CONCIENCIA



—¿Vienes? —pregunté intentando cruzarme con la mirada cerúlea de Eva.

—Ve tú, tengo que ir a hablar con Meredith sobre el proyecto de Química.

Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros e intentó huir de mis ojos. Sabía muy bien lo que estaba pensando: el problema con Mark era un obstáculo que yo no paraba de evitar, ¿pero qué otra cosa podía hacer? No podía dejarlo, estaba claro. No iba a poner todo patas arriba por una duda estúpida.

Anduvimos abrazados como la pareja perfecta que teníamos que ser hasta llegar a la fila de taquillas que había a un lateral del pasillo principal. Me acerqué a la mía. Me deslizó la mano lentamente por el lado hacia arriba y con el dorso de los dedos me acarició la mejilla hasta el mentón. Lo miré a los ojos, pero en realidad mi mente estaba en otra parte, presente pero ausente al mismo tiempo.

—¿Comemos juntos después?

—¿Eh?

Me sonrió con una expresión serena y relajada que, tras unos años, le haría un perfecto frecuentador de salones mundanos.

—Te he preguntado si quieres comer conmigo.

—Sí... sí, claro —la boca se movía sola, como si hubiera respondido un algoritmo en mi lugar. A fin de cuentas estaba programada para eso, ¿no?

¡Olivia, mantente recta!

¡Olivia, responde con educación!

¡Olivia, sonrío cuando te hablan!

Olivia... Olivia... Olivia...

Se repetía una sucesión de órdenes en mi cabeza y todas tenían el mismo volumen, el mismo sonido lento y modulado: la voz rítmica de mi madre.

¿Cómo se podía huir de algo que te habían inculcado desde siempre? Era imposible, pero últimamente había comenzado a soplar un viento de rebelión que me enredaba la media melena. Primero era una ligera brisa, pero con el paso del tiempo se había convertido en un viento insistente. Sin embargo, ahora era un verdadero viento de Bora que elevaba olas de hasta cinco metros, listas para derribar y devorar el indefenso paisaje. Tenía que poner cada cosa en su sitio, antes de que mi confundida mente rompa la orilla y provoque un tsunami digno de incluirse entre los eventos más catastróficos del siglo.

Sacudí la cabeza para intentar volver a la lucidez y pestañeé como si estuviera desorientada. Quizás alguien me había tirado de la camiseta y me había dado unos golpecitos para que volviera a la realidad. Saqué algunas cosas de la taquilla y la cerré rápidamente.

—¿Qué te pasa esta mañana, cariño? Pareces pensativa.

—Nada. No... no es nada, te lo prometo.

Mark se inclinó hacia a mí y me acarició los labios con un beso sutil. Su boca sabía a menta y su perfume era fresco, como siempre. Ese chico hacía que los ojos de un puñado de chicas brillasen y, por lo tanto, también tendría que hacer que los míos brillaran.

Tendría...

En realidad, mis pupilas no brillaban. En cambio, miraban hacia abajo y le transmitieron a la retina las vetas del suelo, desgatado por el ir y venir de la gente y los zapatos varios que seguían erosionándolo.

—¿Te apetece que te acompañe a clase?

—Sí, claro —murmuré con la mirada perdida en el suelo, mientras el chirrido de las suelas sobre el linóleo me hacía sangrar los oídos. Los tímpanos se me encogieron y gimieron como si un gato estuviera afilándose las uñas sobre una pizarra. Ese *cric cric* repetido hizo que se me erizaran los pelos de la nuca, pero quizás no solo era el sonido en sí, quizás era otra cosa, o mejor, otra persona que había entrado en mi espacio vital, invadiéndolo con prepotencia. Ese sonido estridente cesó cuando varios zapatos irrumpieron en mi campo de visión.

—Eh, chicos, ¿cómo estamos? —Mark levantó los brazos y chocó los cinco con los recién llegados a modo de saludo.

—Todo bien, ¿tú?

—Bien, gracias. ¿Os habéis enterado de lo de ayer?

—No, ¿qué ha pasado? —preguntaron con curiosidad.

—El instituto Carson ganó el partido contra los Black Bird. ¡Prácticamente los hicieron trizas!

—Joder, ¡lo que nos faltaba!

—Ya, cada vez son más fuertes y no paran de subir en la clasificación. Creo que el entrenador Dalton nos las va a hacer pasar canutas hoy en el entrenamiento.

—Eso seguro —respondió la voz de barítono de Tim.

—Os equivocáis —irrumpió *él*—. No son más fuertes que nosotros, podéis estar seguros de ello. Somos mejores, eso siempre.

Todos mis folículos capilares reaccionaron a aquella voz, lo que desencadenó una insurrección popular. Ese tono autoritario y seguro hacía que mi interior se retorciese y mis manos temblasen, pero había otras veces... en las que la sensación de inquietud no era fruto de la rabia, sino de otra cosa que aún no había entendido del todo.

Seguí con la mirada baja y la cabeza inclinada, no quería mirarlo, aunque no pudiera ver si me estaba observando. Con el rabillo del ojo noté el movimiento de una mano femenina que se aferró a su brazo izquierdo.

—No te preocupes, cielo —chilló, estaban tan pegados que se podía escuchar el roce de la ropa—. Si el entrenador os masacra, ya te haré sentir mejor después del entrenamiento...

«*Ya te haré sentir mejor después del entrenamiento...*», la imité en silencio para que no se me escuchara.

¡Qué imbécil!

Me quedé mirando los cuatro pares de zapatos que estaban delante de mí. Las botas de Prada de mi chico, dos pares de Nike iguales y una orgía de purpurina que brillaba en las Dr. Martens Rainbow de la enfermera Kendall.

Resoplé de forma vistosa y me enrollé un mechón de pelo en el dedo índice.

¡Olivia, ponte derecha!

¡Olivia, no resoples!

¡Olivia, no juegues con el pelo!

Olivia... Olivia... Olivia...

Mi madre se horrorizaría, pero estaba harta de verdad, contrariada y también...

—¿Qué pasa, señorita Perfeccionista? ¿Te molesta nuestra presencia?

Levanté la cabeza de golpe y nuestros ojos se entrelazaron. Todo se paró en cuanto el azul brillante de los suyos profundizó en el marrón ámbar de los míos, era como si el cielo acabara de acariciar la tierra. Todo desapareció. Ya no había ningún pasillo abarrotado, no escuchábamos los ruidos de las conversaciones ni de los pasos apresurados. A nuestro alrededor... había de todo y no había nada. Había un huracán, pero imperaba el silencio; caía un chaparrón gélido, pero brillaba el sol; estábamos él y yo, los opuestos, los polos divergentes de una figura inestable que había cambiado de forma de repente. Me habría gustado atacarle, agredirle verbalmente y humillarlo como solía hacer. En cambio, me quedé ahí, inclinada hacia adelante, con los dedos entrelazados y el pecho dando saltos. Una mano cálida y fuerte me acarició el hombro y me sacó de repente de ese estado de trance.

Abrí los ojos todo lo que pude e intenté no traicionarme a mí misma, porque en ese momento lo tuve claro: a pesar de los buenos propósitos, a pesar de todas mis reflexiones, ese idiota que había frente a mí no me era nada indiferente. No había una explicación lógica o sensata, era así y ya. Era él el que me hacía rabiar, el que me hacía perder el control, y era él el que me hacía latir el corazón,

—¿Qué? ¿No respondes? Te he hecho una pregunta.

—¿Qué pasa, *capitán*? —lo provoqué—. ¿Tienes alguna manía persecutoria? ¿Crees que todos siempre están pensando en ti?

—No, todos no, pero alguna probablemente sí —murmuró hacia mi dirección, mirándome fijamente. Kendall le agarró del brazo, restregándose como un gato en pleno frote. Creía que se estaba refiriendo a ella, pero yo sabía muy bien que no era así.

Me había equivocado al mostrar que no estaba preparada, había bajado la guardia y me había quedado al descubierto, pero ahora lo haré de forma que no se dé cuenta. Nunca más.

—Mark, se ha hecho tarde, tengo que irme a clase —mis pequeñas manos se aferraron a su antebrazo con delicadeza. Me miró y asintió. Le sonreí como si fuera la cosa más bonita que había visto nunca y me devolvió el afecto.

—Nos vamos, chicos, ¡nos vemos más tarde! —dijo a sus compañeros, después me rodeó con el brazo. Yo hice lo mismo, pero mirando a Alex, acurrucándome en el hombro de mi chico. Lo saludé con una sonrisita desdeñosa y me aferré aún más a Mark.

Eran solo unos cuantos pasos abrazada al que era mi chico desde hacía más de un año, pero en ese momento parecía que me hubiese anotado un tanto en un

encuentro fundamental.

Olivia uno, Alex cero.

Sentí que sus ojos continuaban mirándome por detrás, lo que me hacía más despiadada. Había recuperado el control de las tropas y, si su objetivo era solo ganar una miserable batalla, yo ganaré la guerra.

HERIDAS



—¡Toma! —T me lanzó un paquete de plástico y lo pillé al vuelo mientras me mordía el labio—. Ponte hielo o se te formará un hematoma tan grande como un balón de fútbol.

Estreché los ojos, parecían dos fisuras minúsculas. Me dolía, ¡maldita sea!

Jefferson, que era el líder de la defensa, y yo nos chocamos en un fortísimo placaje y la consecuencia del impacto casi me cuesta una costilla.

Intenté levantar el borde de la camiseta, pero el dolor atroz que me propició me dejó sin aliento.

—¿Quieres que te eche una mano?

—Sí, creo que es lo mejor.

Tim se acercó con aire profesional, como si fuera un verdadero paramédico. Tenía el pelo mojado por el sudor y la camiseta llena de hierba, pero sabía lo que hacía y su seguridad me tranquilizaba.

—¿Puedes levantar los brazos?

Con un movimiento lento y débil levanté las manos. Tim levantó del todo el borde de la camiseta. Empezó a quitarme poco a poco las innumerables protecciones que me envolvían el pecho. Cada movimiento que hacía, aunque fuera mínimo, me dolía en extremo.

—Ya casi está, Lex, dame un par de minutos.

Cuando me quitó la última tira me observó el lado derecho minuciosamente.

—Has recibido un buen golpe.

—Eso ya lo sabía.

—Se está hinchando, sujeta el hielo.

Con el puño dio un golpe en el centro del blíster que había dejado en el banco, el contenido se distribuyó de forma homogénea y me lo puso sobre la parte afectada.

—Quédate así un rato, mientras tanto iré a ducharme.

—Sí, mamá.

Tim sonrió y me echó encima la camiseta enfangada de suciedad. Me quedé sentado en el banco contando las taquillas de la pared. Doce. Doce taquillas en la fila de abajo y doce en la de arriba, eran de metal, todas pintadas de azul y rigurosamente abiertas; todas menos una.

Mark Anderson entró en el vestuario, se dirigió seguro de sí mismo hacia la taquilla que aún estaba cerrada, dejó el casco en el banco de madera y empezó a desnudarse.

—¿Todo bien? —preguntó observando la mano con la que sujetaba el hielo.

—Solo un golpe, nada grave.

—Mejor así, no me gustaría que estuvieras herido para el partido contra el instituto Carson.

—Jugaré aunque tenga un brazo roto, puedes estar seguro de eso, Anderson.

—Ya, imagino que estarás plenamente capacitado.

Nunca sabía si ese tonto iba en serio o era una manera de hacerse el divertido. Por lo general no nos llevábamos mucho, un «hola» de vez en cuando, alguna palmadita en la espalda, nada más y nada menos. No era como T, pero es que nadie era como T. Mark era solo un chico molesto, nada de especial, uno de los muchos niños grandes malcriados que calentaban las sillas del instituto a la espera del futuro perfecto que sus arrogantes padres le habían planeado, firmado y trazado en su empresa.

Resoplé, inclinándome hacia un lado. Mark abrió la taquilla y vi las fotos que tenía pegadas en la parte trasera de la puerta. Olivia y él abrazados y sonriendo.

Una inquietud inesperada me atravesó el sistema nervioso. Las imágenes me retractaron los tendones, me pusieron los músculos rígidos y me ofuscaron el cerebro. Olivia riendo, Olivia charlando, Olivia arrugando la nariz con aquella sonrisita adorable y sus dedos moviéndose lentamente por el pelo. Ella, que me observaba con una luz impávida en los ojos, y yo, que...

¡Joder! ¿Por qué últimamente solo pensaba en ella?

—¿Vienes con nosotros esta noche, Mark? —Thomas apareció detrás de mí,

recién salido de la ducha.

—No, no creo, esta noche salgo con mi chica —balbuceó con una sonrisa en la boca.

—Bueno, ¿qué problema hay? ¡Tráetela!

—Mmm... no lo sé... —miró hacia arriba como si estuviera reflexionando.

—No seas aguafiestas, vamos todos al Red Diner, ¡esta noche hay música en directo!

—Veré lo que puedo hacer, pero no te garantizo nada.

Thomas negó con la cabeza.

—Esa mujer te ha lavado el cerebro, amigo —se mofó de él dándole con la toalla húmeda. Mark levantó las cejas de forma sugerente y Thomas empezó a reírse.

—Ah, ya, la señorita precisa...

«¡Señorita Perfeccionista!», dijo mi cerebro. Encima, que ellos dos hablasen sobre ella dentro del vestuario me puso de los nervios.

—Dime, Anderson, ¿cómo es en la cama? Siempre me he preguntado si bajo esas camisetas perfectas y faldas plisadas se esconde un tigre de las sábanas.

Mark se rio y me giré de golpe como si me hubieran dado unos cuantos tortazos. Ni siquiera el dolor del costado impidió que lo fulminara con la mirada, pero ninguno de los dos me estaba mirando.

—¿Es verdad, no? Dios, Anderson, dime que es así y moriré feliz.

Mark continuó riéndose. Ni lo confirmó ni lo desmintió, se limitó a levantar las cejas y después cerró la taquilla.

—¿Sabes cuántos se la quieren tirar?

«¿Cuántos?», se preguntó mi cerebro en hiperventilación.

—¿Vas a decirlo? —gruñí como un perro rabioso. Esos dos imbéciles se giraron y me miraron con la boca abierta. El niño grande dejó de reír y en lugar de mostrar sus dientes blancos solo se podía ver una línea sutil. Quizás el hecho de que alguien se quisiera tirar a su chica no le hacía tanta gracia.

—No entiendo cuál es el problema, capitán.

—El problema es que... —bueno, ¿cuál era el problema? ¿Que no quería que hablasen de esa manera? ¿Que no soportaba que un par de niños cachondos se meneasen el pito pensando en ella?

«¿Igual que has hecho tú esta mañana?», siseó una vocecita en mi cerebro. Tragué.

—¿Qué hacéis todavía aquí? —la figura enorme del entrenador llenó el espacio al instante, sus hombros grandes, su expresión severa eterna y su mirada. Esa mirada que según el caso indicaba que podía acariciarte el rostro o darte un puñetazo en el estómago.

—En lugar de charlar, pensad en jugar por el bien del próximo partido. ¡Os habéis comportado hoy como niñas!

—Sí, entrenador —murmuraron todos mirando al suelo.

—Reevs —me dijo—, déjame echarle un vistazo.

No me moví, seguí sosteniendo el hielo con la mano hasta que me lo quitó él.

—¿Te duele? —preguntó palpándome el lado. Apreté los dientes y cerré los ojos.

—No tanto.

—Te derrumbaron, no me vengas a decir que no es nada, porque sé muy bien que no es así.

—No...

Levantó el dedo índice para callarme.

—Vístete y vente a mi oficina. Ya.

Articuló bien las palabras mientras los otros se apresuraban a irse. Ni siquiera me duché, me puse los vaqueros, los zapatos, una camiseta y lo seguí. El entrenador estaba buscando algo en un armario.

—Cierra la puerta y siéntate.

Hice como me dijo y me acomodé en la misma silla de la última vez.

—Toma esto —me pasó una cajita y se paró frente a mí. Se quedó de pie, con la base de la espalda apoyada en la mesa y las piernas apenas abiertas—. Ahora vete a casa, date una ducha y échatelo sobre el hematoma, el dolor parará.

—Pero...

—Quiero que estés en buena forma la semana que viene. El equipo te necesita y...

—¿Y...?

—Y vendrán personas a verte jugar. Personas a las que no quiero decepcionar.

—Pero...

—¡Ahora vete a casa y piensa en ponerte bien! —el entrenador se apartó de la mesa, se dio la vuelta y se sentó en el sillón. Se quitó la gorra de la cabeza y la lanzó hacia el escritorio antes de apoyarse en el respaldo. La estructura de la silla chirrió bajo su peso, un gruñido de sufrimiento cedió a su tamaño y se reclinó.

El discurso se había terminado. No tenía ninguna intención de añadir nada más. Estaba como si se hubiese quedado completamente solo en la habitación, primero subió un pie y después el otro, los cruzó sobre la superficie vetada de la mesa y se puso las manos detrás de la cabeza para relajarse. No parecía una sabia decisión quedarme para mirarlo, al menos no en aquel momento, así que salí con la cajita en las manos.

En el pasillo mis compañeros iban de un lado a otro preparándose para volver a casa. Era demasiado tarde para darme una ducha, además, estaba vestido y T estaba saliendo en ese mismo instante.

—¿Qué te ha pasado? Pensé que te habías ido sin esperarme.

Di un par de pasos hacia su dirección, pero tuve que pararme. Las punzadas repentinas parecían que me iban a hacer explotar un pulmón.

—No te ves nada bien.

—¿En serio?

—¿Dónde tienes la ropa? —preguntó. Vio que en las manos llevaba una cajita de analgésicos.

—Está allí, voy a por ella.

—Espérame aquí, voy yo, y en cuanto lleguemos a casa tómate una pastilla y usa esa pomada, o mañana no podrás moverte.

—A las órdenes, mamá.

—¡Idiota! —gritó antes de irse hacia el vestuario principal. Me apoyé en la pared y me apreté el costado con la mano. Joder, ¡esta vez me había hecho mucho daño! Más del que me había provocado el sartén en la cabeza la noche anterior. En un segundo se sucedieron varias imágenes en mi cabeza y empecé a reírme solo como un imbécil. El movimiento del diafragma me dejó de nuevo sin aliento. Los músculos del pecho se movieron de forma convulsa y no se acompañaron bien con el dolor intercostal.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —T salió con su mochila en una mano, la mía en la otra y la cazadora en el asa como si fuera un prisionero encadenado.

—De nada, estaba pensando en una cosa.

—Toma, ponte esto, está lloviendo.

T me pasó la cazadora, pero en cuanto subí el brazo para meterlo por la manga tuve que pararme una vez más. Mi mejor amigo resopló, fingiendo que iba en serio.

—Estás bastante mal, Lex, pero que no se te ocurra nada descabellado. No tengo intención de acompañarte al baño o de hacer cosas por el estilo,

¿entendido?

Negué con la cabeza y sonreí antes de extender el brazo para poder ponerme la cazadora.

—Bueno —dijo, y empezó a andar con las mochilas en las manos—, ¿vas a decirme de qué te reías hace unos minutos?

—Nada, es una estupidez.

—Pues ahora quiero escucharla. Sabes que me encantan las estupideces.

Dimos unos pocos pasos hasta la puerta principal que daba al aparcamiento, T estaba a mi lado y estaba impaciente.

—Está bien, estaba pensando en la noche de ayer, una chica me tiró al suelo, literalmente.

—¿Kendall?

—No, ¿qué tiene que ver Kendall? Hablo de Olivia.

—Ah —murmuró con una especie de exhalación susurrada.

La lluvia volvía a caer sin parar, lo corroboraron los chorros de agua que levantaban los coches al pasar.

—Mira, quizás sea mejor que me esperes aquí, voy a por el coche —afirmó de forma categórica.

Había algo extraño en su expresión, pero no pensé mucho en ello, esperé a que volviera, me subí al coche y ya estaba listo para volver a casa.

Izquierda, derecha. Izquierda, derecha. El limpiaparabrisas se movía enloquecido. Izquierda, derecha. Izquierda, derecha.

—Escucha, Lex, sé que no es asunto mío, pero este tema...

—¿Qué tema?

—El que tienes con Olivia.

Lo miré como si le hubiera salido un cuerno en la frente.

—¡No tengo nada con Olivia!

—Pero has dicho...

Negué con la cabeza y volví a reírme, me sujeté el costado para no sentir dolor.

—A veces eres tonto, T, ¿cómo se te ha podido ocurrir una cosa por el estilo? ¿Ella y yo? ¿Estás loco?

—¿Por qué?

—¿Te has dado cuenta de lo que has dicho? ¡Estamos hablando de la señorita Perfeccionista! La. Señorita. Perfeccionista. No sé si me explico.

Tim hizo una mueca con la boca y me miró.

—Mira, Lex, Olivia es una chica guapa y si no estuviera con Mark... Pero está con él, ¿vale? Está con Mark.

—Mira, puedes ahorrarte todo esto, entre ella y yo no hay nada y nunca habrá nada.

—Eso espero.

¿Pero qué les pasaba a todos ese día? Olivia parecía haberse vuelto el tema de conversación de todos y todos estaban interesados en esa chica.

—¿Cómo es eso de que lo esperas?

Quizás estaba a punto de darme un ictus, porque no podía asociar sus palabras a un discurso con sentido, lo juro por Dios.

—¿Y por qué motivo?

—¿Hace falta que te lo explique? ¡Venga, Lex!

Sí, joder, necesitaba que me lo explicase, porque yo no lo entendía.

Tim se volvió para mirarme a los ojos durante un segundo antes de volver a mirar a la carretera empapada.

—Todo esto no es buena idea.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no es buena idea?

Tim sacudió la cabeza y se quedó mirando la carretera en silencio. Parecía que un manto de niebla se había adueñado del habitáculo, no podía ver las cosas con la misma claridad con la que lo veía a él. Me froté las manos en los vaqueros un par de veces y permanecí en riguroso silencio. Él estaba callado y yo ni respiraba. Era extraño. Uno de los pocos momentos extraños de nuestra vieja amistad.

—Está bien —sentenció tras unos minutos—, lo que te voy a decir no te va a gustar, pero serías un idiota si continúas disimulando que no pasa nada.

Lo miré con asombro y preocupación. Tim redujo la velocidad, quitó el pie del acelerador y bajó la marcha. Casi habíamos llegado a casa, así que el discurso sería más largo que el recorrido.

—Ella te gusta, Lex. Te gusta muchísimo y, aunque te resistas a admitirlo, esta es la pura verdad —explotó. Fue brutal, como un tortazo en toda la cara—. Si aun así quieres que te diga más, creo que siempre te ha gustado, desde cuando la viste bajar por primera vez del cochazo negro.

Fijé la mirada en la carretera mojada, en el ir y venir frenético de los limpiaparabrisas y ahondé en los recuerdos.

Un templado sol de finales de septiembre brillaba entre las ramas de dos grandes árboles de lima del patio mientras T y yo hacíamos skate en la parte delantera de la casa. Un coche enorme y oscuro se acercó a la casa de los vecinos. Los Bradley se habían mudado a Florida a principios de mes y una nueva familia había comprado su casa. Un hombre alto, de pelo negro como el azabache, se bajó del coche estirando los hombros. Miró a su alrededor satisfecho mientras yo observaba cada uno de sus movimientos. Vestía de forma elegante, quizás demasiado. Aquí nadie se arreglaba tanto en plena tarde, los trajes elegantes se reservaban para las fiestas del capitán o las bodas. No quería mirarlo así, no era de buena educación, como decía mi madre, pero la llegada de ese hombre vestido de oscuro era lo más interesante que había pasado en el barrio últimamente.

Como si hubiera notado mi mirada indiscreta, se giró hacia nosotros y me sonrió. Yo, a modo de respuesta, esboqué a medias una sonrisa y me di la vuelta, ignorando el saludo que hizo con la mano. En cuanto volvió su atención a la fachada de la casa, volví a mirarlo con curiosidad. De repente, se abrió otra puerta y bajó una mujer de cabello largo castaño, arreglándose el vestido claro.

Tenían que ser los nuevos vecinos: los Williams.

Centré mi atención en las ruedas delanteras del skate, que se habían obstruido de forma inexplicable. Las hice girar con el dedo para desbloquearlas, pero otro ruido llamó mi atención. Un ruido sordo, una puerta que se cerró de golpe y...

Ella.

La expresión de enfado, los brazos cruzados sobre el pecho y las largas trenzas marrones que le caían sobre el vestido rosa. Llevaba tanto encaje que parecía una de esas muñecas fru-fru que había salido directamente de la casa de muñecas Kidkraft de mi hermana.

Todos los detalles de esa imagen tendrían que haber sido borrosos, en cambio, se veían bien, como si la escena se estuviera desarrollando justo en frente de mí en ese mismo momento.

Me quedé sin palabras mirándola durante unos segundos. La miré. La miré con fascinación y curiosidad, después se giró hacia mí. Esos enormes ojos oscuros tenían fuego dentro. Me miró apretando cada vez más los brazos contra el pecho y, con total y absoluto desprecio, me sacó la lengua y se dio la vuelta. Las largas trenzas volaron en el aire y le cayeron sobre los hombros por la velocidad del giro.

Una rabia repentina se apoderó de mi interior y borró la sonrisa. Esa niña era... insoportable.

—¿Quiénes son esas personas, Lex? —Tim los miró a contraluz, estrechando los ojos.

—Los nuevos vecinos —respondí de forma directa. Seguí con mi skate.

—¿Y esa niña?

No quería volver a mirarla, aunque sintiera que me mirara. No después de que se hubieran burlado de mí de esa manera. Mi mejor amigo la observaba con sonrisa amistosa y estuve a punto de darme la vuelta. Quizás no me estaba mirando y podría haberle echado otro vistazo. La sonrisa de Tim se alargó y la saludó con la mano.

No podía saludarla. Esa pequeña maleducada me acababa de despreciar, ¿por qué tenía que cambiar por él? La miré casi de forma automática. Ella lo estaba observando, lo miraba y sonreía. Deshizo el nudo que le encadenaba los brazos al pecho y movió la muñeca en el aire.

Lo estaba saludando de verdad.

Arrugué los labios y cerré las manos en un puño a causa de la indignación. Me volvió a mirar y lo hizo de nuevo. Me miró con desprecio y con una mueca en la boca se giró hacia el otro lado.

Estaba enfadado. Enfadado con mi mejor amigo, enfadado con esa niña arrogante y ya no tenía más ganas de jugar.

—¡Me voy a casa! —dije levantándome de golpe.

—Pero... ¡Lex, espera! ¡Tenemos que terminar la carrera!

—¡Ya no tengo ganas!

Le di la espalda y me fui dando grandes zancadas hacia el porche. Me encontré con Eva en cuando puse el pie en el primer escalón.

—¡Han llegado los nuevos vecinos! ¡Han llegado los nuevos vecinos! —canturreó, saltando como si aún no me hubiera dado cuenta—. Tienen una niña, Alex. ¡Una niña de mi edad!

—¿Y tú qué sabes?

—¡Me lo ha dicho mamá! —me reprochó seria, con esos ojos azules que parecían estar animados—. ¡Por fin tendré una amiga! —sonrió. Sonrió como si a partir de ese momento su vida sería mejor. Yo, en cambio, estaba seguro de que esa niña, antes o después, arruinaría la mía.

Con la boca abierta me rasqué la nuca y arrugué la frente. En ese punto las

alternativas eran dos: o T se había fumado el cerebro o tenía razón.

¡Joder! Alguien me acababa de dar a traición un gancho derecho en el estómago, porque el peso que me impedía respirar no podía ser algo normal.

Miré a mi mejor amigo y mi cara se volvió tan pálida que ni con diez lavados con lejía se habría podido conseguir el mismo efecto. La realidad se estaba revelando en toda su absurda abstrusidad.

En cualquier situación de locura, en un lugar que no sabía que existía, en una especie de universo paralelo donde las cosas giraban al revés, la señorita Perfeccionista me había empezado a gustar de verdad.

Sacudí la cabeza, horrorizado por aquella revelación desconcertante.

¡Era imposible!

Absoluta, completa e indiscutiblemente imposible.

EL BESO



El baño de mi casa se había transformado en una especie de sauna, pues me había pasado una eternidad en la ducha. Me quedé quieto, escuchando el gorgoteo del chorro que me caía sobre la nuca, el claqueteo tranquilizador del agua en la plataforma de cerámica, saboreando el calor que yacía húmedo sobre la epidermis.

Quizás habían pasado horas.

El tiempo que pasó no lo dediqué a la reflexión, mi mente estaba ocupada en otra cosa. Una serie de pensamientos desconectados que me hicieron compañía, charlando de forma animada en mi mente. Eran las palabras del entrenador, el partido con el instituto Carson, los observadores que querían verme jugar y...

Y ella.

El intercambio con Tim sobre ese tema había sido breve y decisivo, él habló, yo escuché y ahí se terminó.

¡Sí, claro, terminado! No paraba de pensar sobre ello. ¿Es posible que hubiera perdido la cabeza sin darme cuenta?

Cerré los ojos y paré de pensar, tenía que apartarme de todo y dejar de atormentarme la mente. Tras unos minutos y tras notar que las puntas arrugadas de los dedos estaban perdiendo la sensibilidad, cerré el agua. El baño estaba envuelto en el silencio del vapor y el ensordecedor murmullo de la puerta abriéndose fue muy molesto.

Salí de la ducha e incliné la cabeza hacia adelante, unos mechones de pelo empapados se me pusieron delante de la cara mientras tres o cuatro hileras de

agua me recorrían el pecho. Extendí la mano hacia las perchas y cogí una toalla. El espejo de la pared reflejaba sombras borrosas de lo empañado que estaba. Las gotas de agua condensaron el vapor, trazando un recorrido parecido a una herida sobre la que se veía con nitidez mi reflejo. Me froté el pelo varias veces y con cuidado me sequé el pecho. Arrojé la toalla mojada al lavabo y usé otra para anudármela a la cintura. El costado derecho estaba recubierto por un enorme hematoma, pero ese era el menor de los males. Lo peor era moverme sin que me afectara el dolor. ¡Eso sí que había sido un buen golpe!

Inspeccioné el tubito de crema que había puesto en la repisa del lavabo y probé a echármela. Me dolía demasiado agachar la cabeza para observar lo que estaba haciendo, así que sequé el vaho que cubría el espejo con la toalla. Si de verdad quería recubrir la superficie hinchada con ese analgésico, tendría que ser mirando mi reflejo. No había otra forma. Con mucha delicadeza me puse esa sustancia gélida sobre la piel, que aún estaba caliente, y maldije en silencio, pues el cambio de temperatura me había tiritar y no me sentaba bien. Me dio una punzada repentina en el costado que me dejó varios segundos sin aliento. Por suerte, el gel parecía que funcionaba bien: tras diez minutos, el tiempo justo para secarme el pelo, el dolor parecía haberse sedado. Salí del baño y fui a mi habitación, la puerta estaba abierta y... ¡sorpresa!

Olivia estaba indagando en uno de mis cajones. Me apoyé con el codo en la jamba de la puerta sin hacer ruido. Estaba descalzo y medio desnudo, pero quería saber qué estaba buscando. Ladeé la cabeza, observándola con una sonrisa de satisfacción. Estaba inclinada hacia adelante y se le veían las bragas en primera plana.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación?

Se sobresaltó como si la hubiese pillado con las manos en la masa. Se puso en pie de golpe y se colocó bien la falda, aunque esto no me impidió que le viera el culo. La señorita Perfeccionista tenía un buen culo, además de buenas tetas, obviamente. Se apartó un mechón de pelo del hombro y se dio la vuelta.

Esa expresión... Odiaba esa expresión. Olivia me miró con profundo desprecio. Como siempre. Esos penetrantes ojos castaños me cortaban con cada mirada, aunque ya no me daban ni calor ni frío, o al menos eso es lo que me decía a mí mismo. No la soportaba, su pelo liso, su boca carnosa, su cuerpo perfecto... pero sobre todo no toleraba sus ojos. Una flecha clavada en el pecho habría dolido menos que una de sus miradas disgustadas. Era imposible sentir una aversión como esa por alguien y, al mismo tiempo, desearlo de forma tan intensa. ¿Por qué sentía temblar el cuerpo como si hubiese descubierto el sexo por primera vez?

—Bueno, Olivia, ¿se puede saber qué estás buscando en mi habitación? ¿No sabes que no puedes entrar aquí?

—Tranquilo, no es nada. Tu hermana me envió para recoger el MP3 que te había prestado.

Estaba lista para devolverla, los ojos entrecerrados y la boca arrugada, pero en cuando me miró con más atención se sobresaltó de nuevo.

Fue un temblor casi invisible, pero no huyó. Estaba avergonzada. Me miró, me observó de arriba abajo como si jamás me hubiera visto antes. Estaba casi desnudo y quizás por esto era vulnerable. Una idea absurda me vino a la mente: quizás, al final, ni siquiera ella me despreciaba tanto. No, de hecho, no me despreciaba, la señorita Perfeccionista me quería en ese momento. Al menos me quería tanto como yo a ella.

Fui hacia ella, cada vez más cerca, mientras sostenía el iPod de Eva en las manos como un arma.

—Por lo que veo lo has encontrado, ¿entonces qué sigues haciendo aquí? ¿Vas a quedarte embobada mirándome? —la provoqué—. Así que es verdad que te gusta mirarme.

Estaba sonrojada. La había avergonzado y la cosa empezaba a satisfacerme. Era la sensación más bonita que había sentido.

Una capa ligera color púrpura le recubrió las mejillas color oliva y no pude parar de observarla.

—¡No digas tonterías, Alex! —dijo—. No te miraría ni aunque fueras la última persona de la tierra.

—¿En serio?

—Sí, en serio, ¡tengo cosas mejores que mirar!

¡Dios, cuánto me enloquecía! No podía dejar de pensar en cómo me gustaría hacer que se callara, arrancarle esos aires de la cara y escucharla pedir perdón. ¿Así que tenía cosas mejores? Veamos.

—¿Mejores, dices?

—Sí.

—¿De qué tipo? ¿Qué es mejor? Venga, ¿salir con tu chico?

—Claro, eso ni lo dudes.

Cerré los puños y di un paso hacia adelante.

—Ah, sí, Mark Anderson no está del todo mal, una pena que sea un idiota.

—¡Ah! Mira quién habla. ¿Cómo te atreves? Tú... tú...

—¿Yo, qué?

Me miró. Me miró con esos ojos ardientes y penetrantes que me habrían hecho pedazos si hubieran querido. Estaba enfadada, tenía los puños en las caderas, la frente arrugada y la boca preparada para escupir cualquier insulto de los suyos.

—¡Eres insignificante, Alex!

—¿Insignificante?

—Así es —afirmó—. Eres insípido, banal y del todo irrelevante para mí.

Inhalé profundamente. Tenía que mantener la calma aunque la tentación de destrozarla se hiciera imposible de controlar.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que tratarme de esa manera?

Me acerqué con el fuego que recorría mis venas. Era un ataque. Avancé y tembló. Tembló pero se quedó quieta, no se echó hacia atrás ni un milímetro.

No pestañeó.

No respiró, pero seguía apuñalándome con la mirada. Esa chica era absurda, no podía tocarla, no podía acariciarla, mientras ella...

Ella me destruía, me despedazaba, minaba mi estabilidad. No tendría que haberme dejado herir por sus palabras, no tendría que haberla escuchado, de hecho, no tenía que escucharla.

Se podía ver la determinación en sus ojos, como los de un francotirador listo para masacrar.

—Eres tonto, Alex —articuló las tres palabras con una lentitud encantadora. Unas lenguas de fuego me rozaron el abdomen mientras ella continuaba desafiándome.

—No puedes negar lo evidente, Olivia, he visto cómo me mirabas hace nada. Te gusto, te gusto más de lo que quieres admitir —dije con una risita.

Se puso rígida de golpe, tenía razón.

—¡Eso lo dices tú! —afirmó con aire de superioridad.

—Si no es así, mírame a los ojos y dime que no te gustaría besarme.

Se enderezó y me perforó con una de las miradas más afiladas que me había lanzado. Con dos zancadas rápidas se puso a pocos centímetros de mi cara. A un suspiro de mi boca.

—Tú. No. Me. Gustas —siseó, acto seguido me dio con el índice en el pecho.

—¿De verdad?

—¡De verdad! —gruñó, acercándose cada vez más—. No te soporto. Eres la última persona en el mundo a la que querría besar, eso seguro.

—No me lo parece.

—Te lo garantizo.

Un espacio limitado y débil era la única barrera que se erigía entre nosotros. No había distancia suficiente, no era bastante para impedirme hacer lo que tenía en mente. En un ser irracional y loco, en esto me había convertido. Ya no entendía nada y la sangre se me acumuló en el cerebro y entre las piernas, lo que me hacía del todo estúpido.

Un respiro. Un frágil respiro roto y nuestras bocas se unieron. Ya no había límites que superar. Ya no había reglas que infringir. Los frenos se rompieron y mi mundo se encontró con el suyo.

La devoré y ella me devoró a mí.

Eso no era un beso, era una lucha. Un asalto.

—Te odio —murmuró recobrando el aliento a pocos centímetros de mi boca.

—Yo más —respondí antes de agarrarla por la nuca y besarla de nuevo.

OLIVIA VERSUS ALEX



Labios, escalofríos y respiración entrecortada.

Ya no tenía más oxígeno en el cuerpo.

La cabeza no paraba de moverse, pero no podía dejar de besarlo. Lo besé con rencor, lo besé con rabia, lo besé como sé, a pesar de todo era totalmente inevitable. Él me abrazaba con fuerza y yo titubeaba. Él me tocaba y quería más y más. Las mariposas volaban sin control en mi estómago y no podía dominarlas. No podía. Todo había salido fuera. Un cristal roto que ya no podía contener nada.

Sus cálidos dedos me acariciaron la espalda y temblé, temblé porque sentirlos hacía que se me prendiera fuego la piel. Abrí los ojos y me encontré con los suyos. Estaban más cerca que nunca. Inquietantes. Inmensos. El azul de los iris era intenso, un océano turbulento, un cielo despejado tras el temporal.

Aire. Necesitaba aire.

Los pulmones me ardían, la cabeza zumbaba y el pecho... Bueno, el pecho había empezado a resoplar.

¿Qué me había hecho? ¿Por qué no podía parar? Nunca había experimentado algo tan devastador. Jamás dejaría que volviera a pasar, no después de descubrir de qué era capaz mi corazón. Palpitó, explotó, se paró. Empezó de nuevo, convulso, sincopado y se volvió a parar.

Tenía que alejarme de él. Tenía que liberarme de esas manos que me apretaban la carne, de esa boca que no me dejaba respirar y de esos ojos que me

acababan de destruir.

De repente, me eché hacia atrás y lo miré.

La boca tembló. El pecho se hinchó rítmicamente e inhalé. Tendría que haberle dicho algo, tendría que haber encontrado la forma de ponerlo en su lugar como hacía siempre, como siempre había hecho, pero esta vez no pude. Esta vez, las palabras desaparecieron de mi mente. Había perdido las palabras y no podía articular un discurso de sentido completo. Lo único que podía hacer era desaparecer, irme y dejarlo allí, medio desnudo y guapo.

Había cometido un error.

Había jugado con fuego.

Había tirado a las llamas años de autocontrol total y me había quemado.

Me di la vuelta, sujeté el pomo y me escapé, cerrando la puerta detrás de mí con un golpe. Rápido. Tenía que bajar corriendo los escalones, abrir la puerta de entrada y salir.

—¿Dónde vas, Olivia?

Escuché la voz de mi mejor amiga por el hueco de las escaleras, pero no me di la vuelta.

—Perdona, Eva, tengo que ir a casa. Me he olvidado de que tengo una tarea que hacer.

Giré un poco la cabeza y me crucé con su mirada. Nunca me había dado cuenta de lo parecidos que eran sus ojos. Ella tenía la misma expresión de sorpresa que tenía su hermano hace unos segundos.

—Pero, ¿cómo? Me prometiste que me ayudarías con el test de química. Sabes que no entiendo nada de esto.

—Lo siento, Eva, te ayudo mañana, ¿vale? ¡Lo prometo!

—¿Qué te pasa? Nunca te he visto de esta manera.

—No es nada, tranquila, pero tengo que irme.

Seguí bajando los escalones sin mirar dónde ponía el pie, no escuché el típico ruido chirriante de la madera, no hice caso a las maletas de la entrada, señal de que los padres de Eva habían vuelto, ni me preocupé al atravesar el jardín empapado de agua por la lluvia, lo único que me importaba era volver a mi casa, encerrarme en mi habitación y respirar bien.

Llegué al camino. Corrí y me tambaleé. Corrí y jadeé. Jamás podría mirarle de nuevo a los ojos después de lo que había sucedido.

Había ganado él.

Había ganado y yo había perdido.

Le había besado.

Las Converse se levantaron de la tierra, rozando como podían los adoquines. Pesaban mucho, estaban empapadas, pero esto no me pararía. Subí los tres escalones del porche y sin pensar en mi aspecto alterado y en los zapatos enfangados abrí la puerta.

—¿Olivia?

Mi madre estaba de pie en el salón con uno de sus libros. Sobre su rostro impecable se dibujó con grandes pinceladas el horror. Me observó de la cabeza a los pies, estaba disgustada.

—¿Dónde crees que vas con esos zapatos?

Bajé la mirada hacia los bordes de las Converse, la parte de arriba estaba recubierta por una capa de barro con restos de hierba y hojas. Tanto las cordonerías como la tela estaban empapadas.

—¡No pongas un pie en mi casa con ese calzado! Sal al porche y quítatelo ya.

Avanzó hacia mí con un dedo amenazador apuntándome como una lanza.

—¡Fuera de aquí! ¿Sabes lo cara que es la alfombra Aubusson que estás pisando?

Abrí la puerta y salí.

Estaba confusa, el corazón seguía latiendo a mil por hora, ¿de verdad pensaba que me preocuparía por una estúpida alfombra?

Me quité los zapatos, primero uno y después el otro, bajo la atenta mirada de mi madre. Después, en cuanto me dio vía libre, me apresuré a subir por los escalones para ir a mi habitación. Me agarré a la barandilla y subí a la planta superior. Perturbados. Rápidos. Mis movimientos estaban de todo menos controlados. Atravesé el pasillo hecha una furia y entré cerrando la puerta detrás de mí. Ni siquiera tenía la fuerza para andar, apoyé la espalda en la pared y ahí me quedé.

En los minutos posteriores me di cuenta de que parecía una loca, no tenía nada de mi esencia, no retuve ni una pizca de autocontrol, años de trabajo tirados a la basura. Lo único en lo que podía pensar era en los labios de Alex, esos que me saborearon con pasión, y su sexo rígido que me rozaba el abdomen.

¡Dios mío! Qué sensación más increíble.

¿Era ese el efecto de la droga? ¿O el de la perdición? Porque en ese punto seguramente estaba drogada o perdida, eso estaba claro, visto que me habría gustado seguir una y otra vez.

¡No era yo misma!

No, claro que no, no era yo misma.

Tenía que respirar, inspirar y espirar. Inspirar y espirar.

—¡Ánimo, Olivia! Inspira por la nariz, espira por la boca. Lentamente. Muy, muy lentamente.

Me tumbé en la cama. Puse los brazos sobre la cabeza y dejé colgar las piernas.

¿Qué acababa de hacer?

Lo había besado. Lo había besado en serio.

Me toqué los labios con los dedos, temblaban. Seguían temblando. No tenía que haber sucedido nada de esto. Miré hacia el reloj. En un par de horas Mark vendría a recogerme y acababa de besar a otro chico. ¡*Dios mío, qué desastre!*

«*Olivia, recupérate y borra esa expresión de la cara*», me regañé. Me abofeteé las mejillas con ambas manos.

—Ha sido un error. Un grandísimo y estúpido error —resoplé mientras abría el armario—. A veces pasa. Uno se equivoca, hace una estupidez, pero después se da cuenta y lo repara. Hoy has cometido un gran error, señorita —me reproché, tiré varias prendas a la cama hasta formar una montaña—. Pero no se puede reparar. Ahora te arreglarás, saldrás con tu chico y todo volverá a la normalidad. Volverás a ser la de antes y todo irá bien.

Mi cerebro continuaba susurrando frases estimuladoras, pero mi cuerpo estaba completamente confuso, como nunca antes lo había estado. Para empezar me ardían las mejillas, me quemaban, quizás por la conmoción tenía fiebre. Después noté el palpitar ectópico e irregular, pero lo más extraño e imposible de controlar era la ansiedad que me atormentaba en el interior. Sí, era como si algo me oprimiese los muslos y no pudiera encontrar paz.

¿Qué había hecho? Maldita sea, ¿qué había hecho?

Un león en una jaula habría dado menos vueltas. Vagué por la habitación, hundiendo los pies en la suave moqueta que recubría el suelo, dejando huellas de mi paso. Adelante y atrás. Adelante y atrás.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, lo que sí era evidente era la repentina falta de luz y la inminente oscuridad. Fuera el sol ya se había refugiado bajo sus cálidas sábanas y el cielo, todavía iluminado, estaba abandonando el crepúsculo para dejar espacio a la noche.

No había tiempo que perder.

—Arréglate, Olivia, Mark vendrá en poco tiempo y no puedes estar en este estado.

Me arreglé con cuidado, como si fuese a un encuentro importante. Vestido color crema, botas y un poco de maquillaje. Estaba lista. Había vuelto a ser la Olivia imperturbable que todos conocían y, aunque dentro de mí el corazón temblaba y las mariposas volaban, tenía que mantenerlo todo en silencio. Tenía un chico, Alex se equivocaba y lo que había pasado no tenía que pasar más.

El coche de Mark apareció, vi las luces de los faros atravesar las cortinas de las ventanas. Me puse en el rostro la máscara que había construido con años de práctica y bajé. Estaba de pie cerca de la puerta y charlaba alegremente con la señora Vivian Williams, también conocida como mi madre.

Siempre era así, cada vez que el chico iba a entrar en la casa, ella hacía todo tipo de ceremonias en su honor. Lo miraba como si un rayo de sol acabase de atravesar el umbral angosto de una prisión, como si él fuese la respuesta a todos los males del mundo, la salvación de las almas perdidas. Sacudí la cabeza y avancé unos pasos con la misma calma de siempre, pero aunque desde fuera todo se viese tranquilo, dentro era todo lo contrario.

—Esta noche estás guapísima.

—Gracias —murmuré.

Mark me dio la mano y me besó en una mejilla. Mi madre estaba en el culmen de la satisfacción, casi en un estado de éxtasis místico. Yo, en cambio, quería morirme. Era como andar sobre un barco que se bamboleaba en medio de una tempestad, la sensación de náusea, antes o después, sería inevitable. Bastó salir de casa, abrir la puerta y subir al coche. Mark abrió la boca en forma de sonrisa y me tiró hacia él para buscar alivio en la mía. Me besó como hacía siempre y, como siempre, no me hizo el más mínimo efecto.

Me acarició el pelo, dejó que los mechones de pelo castaños se enredasen en sus dedos, me acarició una mejilla y me siguió besando. Jamás me había parecido tan equivocado.

¿Cómo podía competir un tibio roce de labios con un fuego vivaz que explotaba desde dentro?

Mark paró y se irguió en su asiento. Me humedecí los labios, intentando sentir algo, pero no sucedió nada, no se movió nada, no se avivó nada. Las mariposas se habían entumecido, el corazón se ralentizó y no temblé.

¿Por qué? ¿Por qué lo que tenía que estar bien me parecía mal y lo que estaba mal me parecía bien? Nunca encontraré la respuesta, será un enigma sin resolver, pero tenía que encontrar la solución. Y rápido.

Mi chico condujo tranquilo y charlaba. Charlaba sin darse cuenta de que hablaba solo, porque yo no lo estaba escuchando. Me limité a asentir sin prestar

la mínima atención a sus palabras. Mi mente estaba concentrada en otra cosa, en las mariposas que hacía poco me revolviéron el estómago hasta ahogarme.

—Entonces, ¿te apetece?

Ni siquiera entendí la pregunta.

—Claro —respondí fingiendo estar conforme.

—Genial, cariño, temía que me dijeras que no. Sé que no soportas la compañía de los chicos, pero esta noche nos vamos a divertir, ¡ya lo verás!

Un momento, ¿a qué le acababa de decir que sí?

Las piernas empezaron a moverse por el miedo. ¿Hacia dónde íbamos? ¿Y por qué había utilizado en la misma frase “chicos”, “esta noche” y “divertir”?

Condujo relajado, una expresión contenta le recorrió el rostro y mantuvo la mano apoyada sobre la palanca de cambios.

—Entonces, cariño, ¿verás el partido contra el instituto Carson la semana que viene? Sabes que esta vez no puedes decirme que no.

Dejó la palanca y empezó a acariciarme una rodilla, continuó mirando la carretera con indiferencia mientras sus dedos trepaban por mis piernas. Reptaron lentamente como si esperasen mi permiso para ir más allá, pero no se lo di. Le cogí la mano y la puse sobre la palanca de cambios. Se giró para mirarme, una mueca contrariada sustituyó la sonrisa que tenía unos instantes antes.

—No me quieres conceder nada, ¿no, cariño?

—Para, Mark, no hace falta que repitas siempre lo mismo.

—No sé qué hay de malo en que te acaricie una pierna.

—Mark... —le regañé—. Déjalo ya.

Se giró con despecho y pisó fuerte el acelerador. Cambió la marcha y no me volvió a dirigir la palabra hasta el destino.

Nos paramos en el aparcamiento del Red Diner. La noche se estaba complicando. Una reunión con sus amigos solo significaba una cosa: estarían todos, incluido Alex. Por lo que mi intención de evitarlo sería en vano.

Cuando bajamos del coche, Mark me acarició un costado y bajó hasta la base de mi espina dorsal.

—Ven —dijo agarrándome de la cintura, yo me acerqué sumisa. Con un brazo que me envolvía la espalda y otra en el hombro, avanzamos como la pareja perfecta, una pena que tras tanta perfección no hubiese nada más.

Anduve con la cabeza alta, recitando mi parte como una actriz consumada tras años en los escenarios. Podrían haberme dado el Óscar a la mejor intérprete.

Mark miró a su alrededor en busca de la horda de bárbaros de sus amigos. No fue difícil identificarlos, las voces molestas, los gruñidos de animales y las risas vulgares eran señales evidentes.

—Ahí están los chicos, ¡vamos, cariño!

Me cogió de la mano y me arrastró hasta la muchedumbre de trogloditas. Anduve con desenvoltura entre las mesas posicionadas a izquierda y derecha, y aunque por fuera parecía estar tranquila y relajada, por dentro arañaba el suelo con las uñas como un gato asustado. Un suspiro casi imperceptible acompañó mis pasos.

—¡Por fin estás aquí! —gritó un tipo al que no pude identificar.

—¿Dónde te habías metido, Mark? ¡Te estábamos esperando! —gritó otro descerebrado tatuado que estaba sentado en la esquina de la mesa. Tenía la boca llena de algo asqueroso que le colgaba por las comisuras de la boca. La rubia que estaba apoyada en sus brazos lamió la porquería en cuanto se dio cuenta y se me dibujó una mueca de asco en la cara.

No soportaba mucho a estas personas. Eran desagradables, pero Mark se lo pasaba bien. Le gustaba pasar tiempo con este grupo de idiotas. Se paró y me quedé a su lado. Me rodeó la cintura con un brazo y me mostró como un trofeo. Fulminé a todos, uno por uno, hasta a los mentecatos dopados de hormonas que me miraban arrugando la boca. Sabía poner en su lugar a cualquiera con clase y elegancia cuando fuera necesario, me habían entrenado para eso.

—¡Anderson, qué sorpresa! —una mano enorme golpeó el hombro de mi acompañante y lo hizo tambalear. Mark me soltó la cintura y se giró hacia la dirección de la voz.

Esa voz...

Yo también me di la vuelta, lista para asestar una de mis miradas más afiladas. Tenía que hacerlo para defenderme de alguna manera del ataque de las mariposas enloquecidas que empezaron a alzar el vuelo en el pecho.

Dos fisuras de tonalidad cerúlea me desafiaron mientras mi chico correspondió su saludo con una palmadita en el hombro.

Se desencadenaron rayos y relámpagos dentro de las cuatro paredes en cuanto se inició el encuentro entre nuestras miradas. Ahí estaba de nuevo el torbellino descontrolado, el nudo en la garganta que me impedía respirar, pero no sería la primera en bajar la mirada.

Esta vez no. Para nada.

Tenía que ponerlo en su lugar, demostrarle que lo que sucedió antes fue solo un momento estúpido y tonto de debilidad.

Había mucho ruido de conversaciones y música a nuestro alrededor, pero en mis oídos solo sonaba fuerte y claro un sonido: mi músculo cardíaco bajo presión dándome golpes en el pecho como si estuviese a punto de salir.

Tempestad en mis adentros y calma en el exterior, Olivia versus Alex era de verdad difícil de resolver.

RECAÍDAS



La señorita Perfeccionista me estaba mirando con dureza. Ninguno se había dado cuenta de nada, pero entre nosotros había una especie de conflicto bélico en curso. Esa tarde se fue con el rabo entre las piernas, dejándome solo como un idiota retrasado. Me llevó más de media hora aplacar esa cosa, sea lo que fuese, sin tener que recurrir a un manual de ayuda. Me calmé, respiré y me dije que no había pasado nada.

¿Había besado a Olivia? Sí, lo hice.

¿Me gustó? Sí, joder, me gustó muchísimo.

¿Lo volvería a hacer? No. Claro que no, sabía controlarme.

¿Y entonces por qué sentía que se volvía a formar de nuevo esa furia ciega que me destruía por dentro?

Quizás era porque continuaba desafiándome, lo hacía siempre al igual que en ese preciso momento. Me miraba de forma amenazadora, me obligaba a devolvérsela, pero no cedí, lo vi en los pliegues de los ojos, en la determinación de su cara y en la mueca tensa que le encrespaba los labios.

—Creía que no vendrías —le dije a Mark, pero continué mirándola con intensidad—. A tu chica no le gusta mucho nuestra compañía, ¿no, Olivia?

El idiota me miró rascándose la cabeza y una arruga de preocupación apareció en su frente. Ella lo tenía cogido por los cojones, eso seguro.

—¿Pero qué dices, Reeves? No es verdad. Díselo, Holly.

¿Holly? ¡Qué nombre tan estúpido! Holly estaba bien para un cachorro

manso, pero ella no lo era. Era un gato salvaje dispuesto a sacarle los ojos a cualquiera cuando hiciera falta. Negué con la cabeza y Olivia estrechó todavía más los ojos, su mirada se hizo aún más amenazadora.

—No te preocupes, cariño —lo interrumpió—, Alex se está haciendo el simpático, como siempre.

Anderson la miró y ella le acarició un brazo con la mano.

—¿Crees que estoy de broma? —puse una mueca para suavizar mis palabras—. Todos sabemos que si por ti fuese te irías pitando. Después de lo que pasó antes, me parece que se te da bien, ¿no?

—Te equivocas, Alex, yo no escapo. Si acaso me alejo de las cosas y de las personas desagradables.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y yo soy una persona desagradable?

—Lo estás diciendo tú, no yo, aunque... —levantó una ceja y miró hacia arriba.

—¿Qué? ¿Aunque qué?

Esbozó una sonrisa sarcástica y volví a sentir esa sensación indomable. Mis adentros eran un enredo que palpitaba en el abdomen y subía hasta la garganta.

—Bueno, si tuviera que hacer una lista de lo que me resulta desagradable de tu persona, estaríamos aquí toda la noche.

Todos enmudecieron y me miraron. ¿Nos habíamos convertido en la atracción de la noche?

—¿Y? —respondí con enfado.

—Ah, sí, después de todo ese tiempo estoy segura de que la lista sería casi infinita y estaría muy contenta de enseñártela —dijo sin descomponerse.

—¿Sabes una cosa, Olivia? Normalmente se desprecia lo que se quiere tener.

Me apuñaló con esos ojos color bronce sin tener tiempo para rebatirlo.

—Vosotros dos, ya basta —Tim se puso en medio y me cogió de los hombros mientras Mark se aferró a ella para protegerla

¡Joder! Como si de verdad lo necesitara.

—Lex, ven un momento conmigo —mi mejor amigo me empujó fuera del salón y me llevó al otro lado del local. A pesar de la confusión y el gran número de personas, pude ver bien lo que sucedía en la otra parte. Olivia se había acurrucado en los brazos de su chico y él la acariciaba con cuidado.

¡Había sido un idiota! ¿Cómo se me había ocurrido besarla esa tarde? ¿Qué había hecho? Me tendrían que flagelar por ese error, es más, tendrían que fustigarme doblemente porque tenía ganas de repetirlo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —T me miró serio desde su metro ochenta de altura—. ¿Vas a dejar de actuar de forma extraña cada vez que os encontráis?

—Yo no actúo de forma extraña.

—Ya, claro, porque ves normal ponerte a gritar delante de todos.

—Ella me provoca, T, y yo respondo.

—Claro, ¡y tú eres un santo!

Lo miré desconcertado.

—Olivia está con Mark, métetelo en la cabeza, amigo, si no quieres provocar un revuelo.

—Ya hemos hablado de esto.

—Mira —suspiró como si intentase inculcar sentido común a un niño caprichoso—, ¿hace cuántos años que nos conocemos?

—No sabría decirte... ¿desde siempre?

—¡Exacto! Hazme caso y sácatela de la cabeza.

—Te equivocas, T.

—Claro, claro, yo me equivoco y tú sigues contando milongas. Déjala en paz por el bien de todos.

¿Dejarla en paz? ¿Yo tenía que dejarla en paz? ¿Y ella qué?

Kendall entró justo en ese momento por la puerta principal. En cuando me vio vino hacia a mí y me rodeó el cuello con los brazos.

—Hola, capitán, ¿te has acordado hoy de mí?

T negó con la cabeza y yo sonreí complacido.

—Claro, pequeña, mucho —la cogí de la mano y, tras dejar a mi mejor amigo en la oscuridad, nos fuimos a la mesa.

Kendall hizo que me sentara y después se sentó en mis rodillas. Me pasó una mano por el pelo y la deslizó hasta la nuca. Sonrió, me observó y parpadeó como si viviera por mi presencia. Me reconfortaba saber que no había perdido mi atracción y que, aparte de ella, podría haber tenido a cualquier otra.

—¿Me has echado de menos hoy, Alex?

—Muchísimo —murmuré. Esbozó una sonrisa y apoyó sus labios en los míos.

Lo que tenía que haber sido un besito casto se convirtió pronto en otra cosa. La besé, la besé con pasión. Mi lengua entraba y salía de su boca mientras

observaba a Olivia, que me miraba con desprecio. Cuanto más torcía la boca, más posesivo se volvía mi beso. El efecto era embriagador, lo que hacía la molestaba muchísimo.

Cuando Kendall se separó de mis labios tenía una expresión de felicidad, mientras que Olivia parecía furiosa.

—Cariño, ¿has decidido ya qué vas a tomar?

—Todavía no —respondió dejando de mirarme—. ¿Qué me aconsejas?

Mark la elevó por los costados y la puso encima de él, cogió el menú y empezó a hojearlo con ella. De vez en cuando le acariciaba el brazo y le susurraba algo al oído, pero no podía dejar de mirarlos. Lo hacía a escondidas, con discreción. Después le acarició el cuello con los labios y ella sonrió. Una sensación molesta me invadió la garganta. La abrazó, la tocó y después la besó. Un ligero roce de labios, pero fue suficiente para enloquecerme.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué me fastidiaba tanto? A fin de cuentas, ella está con él y no conmigo.

El resto de la noche seguí de la misma manera, yo la provocaba y ella me provocaba a mí. Un choque. Un desafío. Un conflicto del que no saldrían ni ganadores ni perdedores. Era una guerra de posición. Sin embargo, en un momento dado, él empezó a estirar las manos. La miró como si se muriese de ganas por tocarla de otra manera, pero ella se quedó rígida.

—Discúlpame un momento, cariño, tengo que ir al baño —murmuró. Olivia se liberó de las ataduras y se fue a paso rápido hacia el baño de la parte de atrás. La observé alejarse con cierta inquietud y, sin darme cuenta, con el pie empecé a dar golpecitos en el suelo. Estaba nervioso. No podía quedarme sentado. Quería... quizás...

Me levanté de repente y Kendall se sobresaltó.

—¿Adónde vas, Alex? —preguntó parpadeando con esas pestañas largas y curvas.

—Me he olvidado una cosa en el coche, vengo enseguida.

Tras unas cuantas zancadas rápidas llegué a la parte trasera del local. Miré a mi alrededor, todas las puertas de los baños estaban abiertas y no había señales de ella. Miré a ambos lados para ver dónde estaba. Tras la puerta que daba al exterior se entreveía una figura vestida en color crema. Había salido, así que lo hice yo también. Di unos pasos hacia el aparcamiento y la ignoré.

—¿Qué haces aquí? ¿No me estarás siguiendo por algún casual? —preguntó con tono de fastidio.

—¿Seguirte? No digas estupideces, Olivia, ¿por qué motivos te habría seguido?

Su expresión se relajó.

—No me digas. ¡Querías que lo hiciese! —dije burlándome de ella.

Ardientes. Molestos. Sus ojos me abrasaron la piel.

—Estás soñando, Alex.

—¿En serio?

—Sí, en serio. El hecho de que haya sucedido... esa cosa —dijo moviendo en el aire la mano—, no significa que quiera hacerlo de nuevo. Es más, no ha supuesto nada. ¡Absolutamente nada!

—¿De verdad? —la provoqué, acercándome a ella.

—De verdad —siseó a unos centímetros de mi cara.

—Pues yo creo que te mueres de ganas de volverlo a hacer —le rocé los labios con el dedo gordo y tembló—. ¿Ves? Aunque sigas negándolo, la realidad es muy distinta: tú me quieres.

—¡Sácatelo de la cabeza!

—No puedo.

—¿Por qué? Dímelo.

—Porque cuando entraste por esa puerta no he dejado de pensar en ello.

Ojos estrechos, respiración entrecortada y furia. Me aventuré en esa boca impertinente como si no pudiera hacer otra cosa. Como si mi cerebro ya no razonara.

¿Qué estaba haciendo?

Esa pregunta no paraba de retumbar en mi mente, pero no podía parar. La besaba y la tocaba por todos lados como si estuviera poseído. Los brazos, los hombros, la espalda... cada vez más abajo. Por fin la sometí como quería, pero el problema era que en toda esta historia yo también había perdido la razón. Había perdido el control y era jodidamente maravilloso.

—Alex... —jadeó—, ¿qué estamos haciendo?

—No lo sé —respondí mordiéndole el labio inferior. Ojos. Malditos ojos. Marrones. Intensos. Me miraban con miedo y lujuria.

—Alex, yo... —se separó de mis brazos y se alejó. Me miró molesta, como si ya no pudiera moverse, y yo no sabía qué decir. No sabía por qué me estaba comportando de esa manera. Era mucho más fuerte que yo—. Tengo que irme.

—¡Espera! —la agarré de una mano, pero se deshizo de ella, se fue corriendo

hacia la puerta y desapareció en el interior.

Me rasqué la nuca y entrelacé los dedos en la base del cuello.

Lo había vuelto a hacer.

La había besado de nuevo y me había encantado.

ROJO TOMATE



Tenía el corazón en la garganta y mariposas en el estómago. Tenía demasiado poder sobre mí. Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en la pared del pasillo, escondida en la semioscuridad.

—Cálmate, Olivia, cálmate. Respira lenta y profundamente. Lenta y profundamente —me repetía una y otra vez.

Me arreglé el pelo, me alisé el vestido y fui tambaleándome al baño.

Un desastre, era un completo desastre. Tenía la boca enrojecida y no conseguía quitarme esa expresión estúpida de la cara. Abrí el grifo y dejé que corriera el agua sobre las manos. Me mojé la cara y el cuello con el líquido fresco, pero la situación no parecía mejorar.

—Cálmate, Olivia, ¡maldita sea! —maldije—. Así se van a dar cuenta todos de lo que ha pasado.

Inspiré profundamente y miré mi imagen en el espejo, le hablé con tranquilidad, tal y como hacía mi padre con sus pacientes:

—Respiración profunda y controlada, Olivia. Inspira y echa el aire. Inspira y echa el aire.

Cuando me aseguré de que era la nueva dueña de la situación, salí del baño y volví a la mesa, ignorando al grupo de bárbaros que estaba devorando todo tipo de porquerías posibles e imaginables.

—Cielo, ¿por qué has tardado tanto?

Mark hizo que me sentara sobre sus rodillas y esbocé una sonrisa.

—Había cola —respondí con una tranquilidad falsa. Asintió como si mi explicación fuera suficiente.

—Mientras tanto pedí por ti.

—Gracias —respondí con amabilidad.

Sonrió y me acarició los labios con un beso que no tenía nada que ver con la furia que experimenté poco antes. Miré hacia adelante y me faltó la respiración. Alex me estaba mirando con ojos entrecerrados y mandíbula contraída. Parecía enfadado, pero hacía como si no le ocurriera nada.

Poco después llegó la camarera con nuestro pedido. Mark devoró su bocadillo, alternaba mordiscos con frases incomprensibles. Él y sus compañeros estaban hablando sobre el entrenamiento de la tarde y se preparaban para el partido de la semana siguiente. Yo le iba dando bocaditos a las patatas intentando no ensuciarme las manos.

—Tienes una manera de comer muy rara, señorita Perfeccionista, ¿quieres cubertería de plata?

—No la necesito, gracias —me metí una patata en la boca y lo miré—. ¡Y para de llamarme de esa manera!

—¿De qué manera, señorita Perfeccionista?

—¡Te he dicho que pares!

—No sé a qué cosa te refieres, señorita Perfeccionista.

—Alex —grité—, ¡para ya!

—¿Por qué? ¿Qué me vas a hacer si no lo hago? ¡Mira, estoy temblando de miedo!

—¡Ahora te vas a enterar!

Cogí el bote de ketchup y le eché la salsa por encima de la camiseta.

—¡Estás loca! —gritó poniéndose de pie mientras un rastro rojo tomate le recorría desde el abdomen hasta los vaqueros.

Yo estaba satisfecha y él furioso.

—Cariño, ¿pero qué te pasa? —Mark me miró con desaprobación y fue en ese momento cuando me di cuenta que todos me estaban mirando. Era imposible, había perdido el control en público y había sido su culpa.

—¡Quiero que limpies este desorden! —gritó señalando la mancha que se agrandaba cada vez más. La salsa le había llegado hasta la entrepierna de los pantalones y mi mirada se paró justo a esa altura. Alex se dio cuenta, esbozó una sonrisa de satisfacción y me desafió.

—Límpiame con las servilletas.

—¿Estás de broma? No pienso hacerlo.

—¡De eso nada! —apoyó ambas manos en la mesa y se enfrentó a mí—. ¡Límpiame!

—Antes muerta —siseé haciendo exactamente lo mismo. Nuestras bocas se reencontraron a una distancia bastante cercana mientras nosotros seguíamos gruñendo.

—¡Ya está bien! —Mark me agarró de un hombro y me tiró hacia atrás—. ¡Reevs, deja de provocarla! Quizás sea mejor que nos vayamos —me dijo con seriedad.

Asentí sin añadir nada más, cogí el bolso de la silla y me fui hacia la salida. Oí los murmullos. Los chicos comentaron que no era tan tranquila como parecía y las chicas cuchichearon entre ellas.

—Ponle una correa, Mark —sugirió el descerebrado del tatuaje—, ¡la señorita muerde!

Me giré. Iba a explotar, la rabia salía desde mis adentros hasta el rostro. Me habría gustado gritar, romper todo y gritarle del asco que me daba, pero me quedé tranquila e impasible, con una frialdad paralizadora. Los miré a los ojos y sonreí como si no hubiera sucedido nada. Alex seguía de pie mientras Kendall se afanaba a limpiarle el ketchup de la ropa. Contuve como pude una risa que desapareció en cuando me crucé con la mirada de mi chico. No estaba nada contento. Me rodeó la cintura con un brazo y me empujó hacia fuera.

—Vámonos.

Me tambaleé. Estaba muy enfadado. Jamás lo había visto tan furioso.

—¿Se puede saber qué está pasando?

—¡Nada!

—¿Ah, no?

—¡No!

—Olivia, no me engañas, no soy tan tonto como piensas.

Me quedé con la boca abierta, temía que se hubiera dado cuenta de algo.

—¿Qué ha sucedido hace unos minutos ahí dentro?

—Ya has visto lo que ha pasado. ¡Ese idiota me ha estado provocando todo el rato!

—No hablo de eso.

—¿Entonces de qué hablas?

—Hablo de ti. Tú... ¡no parecías tú misma, por Dios!

Era raro que pensara eso, en esos diez minutos había sido más yo misma que en los últimos dieciséis años.

—¡Me ha provocado y yo he reaccionado! No puedo quedarme siempre impassible, Mark, a veces yo también me enfado.

Lo miré de malas maneras y de repente se tranquilizó.

—Perdóname —susurró acariciándome el hombro—, es solo que...

—¿Qué?

—Me parecía que entre vosotros dos... había algo extraño.

Los ojos se me salieron de las órbitas. ¿Cómo podía saberlo? ¿Era tan evidente?

Respiración profunda y controlada, Olivia, ¡tranquilízate!

—¿Cómo puedes pensar algo así? —lo regañé con tono amable y menos hiriente—. Sabes muy bien que no lo soporto. Alexander Reeves es un ser repugnante.

—Lo sé, pero...

—¿Pero qué?

—Nada, dejémoslo ahí —su mirada vagó sin rumbo sobre los charcos repartidos por el asfalto y nuestros zapatos. Se quedó ahí, quieto y en silencio, con una expresión que transpiraba perplejidad y desilusión.

—Llévame a casa, Mark —le pedí decidida, él levantó la cabeza. Me miró como si le acabase de dar un tortazo y estuviera buscando el motivo. Su mandíbula hizo un movimiento repentino y rechinó los dientes en silencio. Se fue hacia el coche sin perder la compostura ni un instante, abrió la puerta y entré.

Fueron unos momentos de silencio absoluto antes de llegar a mi barrio. Condujo todo el tiempo mirando hacia adelante con la mandíbula cerrada y la mirada oscura. No se giró ni una vez hacia mi dirección. Solo lo hizo delante de mi casa, apagó el motor y se volvió para mirarme.

—No quiero pelearme contigo, Olivia.

—¿De verdad? No se nota.

Me miró intensamente. Esa mirada del color del bosque, que normalmente estaba llena de dulzura, había cambiado por completo. Vi algo nuevo en sus ojos poseídos: determinación. Se acercó rápido, agarrándome de la nuca y tirándome hacia él.

—Mark, ¿qué estás haciendo?

—¡Bésame! —me ordenó invadiéndome la boca con la suya. Fue un beso distinto del resto. Era voraz y tosco. No me dejaba respirar.

—Mark —resoplé intentando alejarme.

—Quiero que me beses.

Su mano me acarició el costado y el seno con prepotencia.

—Mark —forcejeé, pero él no tenía intención de ceder.

—Eres *mi* chica, Olivia, y estoy loco por ti, tengo ganas de ti.

Su expresión cambió una vez más, ahora me miraba con preocupación. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y me acarició el labio inferior con el pulgar.

—Estoy enamorado de ti, ¿lo estás tú de mí?

Bajé la mirada para que no leyera la respuesta en mis ojos.

—Cariño, te lo ruego, dime que no terminaremos mal, puedo esperar, en serio.

Tenía un agujero que me atravesaba el abdomen de punta a punta. Era una cobarde, una mentirosa, pero no podía dejarlo ir. Sacudí la cabeza y me abrazó muy fuerte. Me rodeó con sus enormes brazos, que para mí eran un puerto seguro, y lo tranquilicé.

—Todo va bien, Mark.

Lo escuché suspirar, se había quitado un peso enorme de encima.

Justo en ese momento la puerta de entrada se abrió y salió mi padre. Nos separamos enseguida y Mark salió del coche para saludarlo. Yo bajé poco después y fui hacia la entrada.

—¿Os habéis divertido?

Mark me rodeó los hombros y me atrajo hacia sí.

—Claro, papá.

—Muy bien, estoy contento, Mark, la has traído a casa antes de las once, tal y como te pedí. Eres un chico en el que se puede confiar y me alegro mucho de que Olivia te tenga a su lado.

Esbocé una sonrisa tímida y él se llenó de orgullo por la felicitación. Estaba contento consigo mismo, pero yo no veía la hora de que esa noche absurda terminara.

—Creo que iré ahora a la cama, estoy un poco cansada y mañana tengo que levantarme temprano.

—Sí, cielo, tienes razón.

La mano que me tenía agarrada por la espalda me dejó ir y fui con paso cansado hacia mi padre.

—Espero volver a verte pronto, Mark —lo saludó.

—Yo también espero volver a verle pronto, señor Williams.

Papá asintió y Mark se fue hacia el coche.

Esperé a que se fuera y continué mirando la calle. Estaba de pie frente a la ventana del salón y no podía dejar de pensar en todo lo que antes era sencillo y que ahora se había vuelto demasiado complicado.

ADVERTENCIAS



Miré mi reflejo en el espejo del baño de hombres, parecía un tonto al que le acababan de tirar una caja de tomates.

¿Cómo se le había ocurrido hacer eso?

Olivia estaba loca, no había otra explicación. Pensé en su cara furiosa, en sus ojos llenos de rabia, en la vena hinchada que le recorría la frente y me partí de risa.

La señorita Perfeccionista había explotado. Jamás en la vida la había visto tan enfurecida. Me acababa de transformar en un anuncio para un quitamanchas, pero en lugar de estar enfadado con ella, no podía parar de reírme.

I'll be missing you de Puff Daddy sonó en el Red Diner, la sucesión de bajos y batería se escuchaba floja, la puerta estaba cerrada y cortaba todo movimiento que se producía en la otra parte. Sujeté el borde de la camiseta y lo observé: era irreparable, el enorme círculo rojo se había hecho más grande como el petróleo en mar abierto, ni siquiera un milagro podría limpiarlo.

Saqué un par de pañuelos de papel higiénico del distribuidor de la pared y los humedecí. No había manera, cuanto más frotaba la celulosa mojada sobre el algodón, más grande se hacía la mancha. El resultado fue una camiseta completamente mojada y con restos de papel pegados. Me acerqué al secador eléctrico y lo encendí. Me quité la camiseta y la puse debajo del chorro de aire. No se limpiaría pero al menos se secaría.

Estaba ocupado en esta tarea cuando una ráfaga fría me llegó por detrás. Puff

Daddy cantaba más fuerte, o quizás alguien había abierto la puerta. Ni siquiera me giré. Seguí secando la camiseta, la moví hacia adelante y hacia atrás, sabía muy bien quién estaba detrás de mí.

Cuando me di la vuelta me lo encontré mirándome y apoyado a la pared de azulejos blancos con los brazos cruzados y una expresión que no anunciaba nada bueno.

—¿Qué pasa?

—¿Quieres decirme qué cojones estás haciendo?

—Estoy intentando limpiar el destrozo que ha provocado esa loca —resoplé observando la camiseta—, pero me parece que es imposible.

—¡Déjalo ya, Lex! Sabes muy bien que no me refería a eso.

—¿Entonces a qué te referías?

Puso una mueca que dejaba poco espacio para réplicas.

—No me tomes por tonto, ¿vale? ¿Me equivoco o hace solo una hora te dije que la dejaras en paz y que terminases con todo esto?

Se apartó de la pared y se paró delante de mí con todo su metro ochenta de músculos entrenados.

—Esta vez ha sido ella la que se ha vuelto loca, no yo.

Resopló desesperado y miró al techo.

—Mira, sabes muy bien que nunca te he dicho qué hacer, pero esta vez es distinto, ¿vale? ¡Olivia está vetada para ti!

Abrí la boca como si me acabase de transformar en un extraterrestre.

—¿Está vetada? ¿De verdad? ¿Y tú qué eres, eh? ¿Su protector?

—Escúchate, Alex.

Ladeé la cabeza y estreché los ojos. Si me había llamado Alex, significaba que iba en serio.

—¿Vas a hacerlo, T? ¿Quieres discutir conmigo por Olivia?

—No quiero discutir contigo, pero no me obligues a ello, ¡sabes muy bien que sería capaz!

—¡Ah, vale! —siseé incrédulo—. ¿De verdad vas a darme puñetazos?

—No estoy de broma, Alex. Déjala. En. Paz.

—¿Y si no quisiera hacerlo? ¿Y si no quisiera dejarla en paz?

Tim cerró los ojos e inspiró profundamente. Su pecho se elevó como un muelle y me quedé mirándolo de forma amenazadora.

—¿Te das cuenta que ella no es como el resto de chicas que te siguen día sí y

día también? Ella es la mejor amiga de tu hermana, tus padres la consideran una hija, ¡y a mí me cae bien, joder! ¿De verdad quieres echarlo todo a perder? — Tim se metió las manos en los bolsillos como si quisiera evitar estrangularme—. Además, ella está con Mark, nuestro compañero de equipo, y no puedes hacer el capullo con su chica. No puedes hacerlo, Alex, ¿lo entiendes?

—No es como crees —afirmé volviéndome a poner la camiseta.

—¿Ah, no?

—No.

—De acuerdo, me alegra saber eso —murmuró. Sacó la mano derecha del bolsillo de los vaqueros y se la pasó por el cuello, doblando la cabeza a la derecha y a la izquierda. El crujido de las vértebras tenía algo muy inquietante, siniestro para ser exactos.

—¿Y sabes por qué me alegra?

—A ver.

—Porque no hay nada más agradable que tu mejor amigo te cuente un montón de gilipolleces.

Arrugué la frente y el surco que la recorría se hacía cada vez más evidente.

—¿Estás sorprendido? No, claro que no, obvio. A fin de cuentas yo no estaba en el aparcamiento hace poco. No era mi lengua la que estaba dentro de la boca de Olivia y mis manos no la estaban tocando, ¿verdad?

—Vale, para ya.

—¡De parar nada! —me agarró de la camiseta y casi me levanta del suelo.

—Ve con cuidado, Alex. Si le haces algo malo y descubro que le has hecho algo, te muelo a puñetazos hasta que tu cara quede irreconocible. Y no me importa nada si eres mi mejor amigo, en ese momento serás solo un gilipollas sin cerebro.

Me miró directamente a los ojos durante unos segundos y después me dejó marchar. Nunca lo había visto tan enfadado. Jamás.

Se dio la vuelta y salió del baño sin darme la oportunidad de contestar.

—¡Joder! —maldije dándole un puñetazo al distribuidor automático de papel higiénico. Él tenía razón. Lo había arruinado todo, ¿pero qué podía hacer si cuando estaba ella a mi alrededor yo perdía el sentido común?

Una sensación molesta se apoderó de mi estómago. No podía permitírmelo. Olivia estaba vetada, tal y como había dicho él. Tenía que parar de darle vueltas, evitarla y, sobre todo, dejar de pensar en ese momento en el que se unieron nuestras bocas, porque de lo contrario me enviarían al manicomio. Podía salir

con cualquier chica del instituto, no la necesitaba.

A partir de ese momento las cosas cambiarían, pensaría en mi futuro, en jugar al fútbol americano y en entrar en la universidad. Eso era lo que de verdad contaba, el resto no tenía importancia.

Me lavé la cara y después de secarme salí del baño. Kendall estaba sentada sola, apoyada en la pared del pasillo y vino enseguida a mi encuentro.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí, ¡de maravilla!

Se enredó un mechón dorado en el índice, estaba masticando chicle.

—T salió con muy mala cara.

—¿De verdad?

—Mmh mmh.

—No me he dado cuenta —murmuré acariciándole la oreja con los labios. Cerró los ojos y respiró profundamente.

—¿Alex?

—¿Sí?

—¿Me puedes acompañar a casa? —sus dedos jugaban con mi pelo y estaba claro que ello implicaba una petición.

Asentí y sonrió. Se restregó sobre mí en busca de mis labios y la besé. La besé porque con ella no corría ningún riesgo. No la liaría si me follaba a Kendall, mi mejor amigo no me molería a palos y no le haría daño a nadie.

—Vamos, pequeña, tengo el coche aquí fuera —le abrí la puerta.

—Perfecto —se apartó un mechón de pelo y salió contenta del Red Diner.

CONFESIONES



Pasaron cinco días. Cinco larguísimos días en los que no vi ni su sombra. Alex había desaparecido. No me lo crucé ni por las escaleras de su casa ni en los pasillos del instituto. Parecía como si se hubiera mudado a otro estado sin avisar a nadie, o quizás solo me estaba evitando y eso me ponía de los nervios.

Dimos un espectáculo esa noche en el Red Diner, al día siguiente todo el instituto estaba hablando sobre ello y me había convertido en “Olivia la vengadora”.

—¿Estás segura de que está bien?

—¿Eh?

—El número de oxidación del oxígeno de este ejercicio es menos uno.

Observé la fórmula que Eva había escrito a lápiz y tuve que releerla al menos tres o cuatro veces antes de que mi cerebro conectara con la química en vez de con...

Escuché un sonido proveniente del pasillo.

Pasos. Uno. Dos. Tres. Y mi corazón dio un sobresalto. El enjambre alado voló de repente y el estómago dio una cabriola.

Era él, estaba segura.

—¿Y bien?

—Sí... sí, creo que sí.

—¿Cómo puedes decir «creo que sí», Olivia? Eres tú el genio de la química, yo no entiendo nada.

Repasé rápidamente el cálculo y escribí el resultado, ni siquiera me paré a pensar tanto, mi cerebro estaba ocupado con otro tipo de razonamiento. Aunque una parte de mí continuaba repitiéndome que ignorarlo era la mejor solución, la otra no estaba muy convencida.

Tamborileé en la mesa con la parte trasera del lápiz, le di vueltas entre los dedos y fingí que corregía los ejercicios de Eva, pero en realidad si en ese momento me hubiesen dado los componentes habría podido fabricar una trampa explosiva sin darme cuenta.

Tenía que salir al pasillo.

Tenía que verlo.

La decisión fue tan repentina como una reacción inducida por combustión.

—¿Entonces está bien o no?

—Sí, el resultado es exacto —confirmé.

—¡No te creo! Olivia, no es posible que lo haya hecho bien.

Eva, incrédula, abrió de par en par sus enormes ojazos azules.

—Sigue, haz el siguiente ejercicio, voy un momento al baño.

—Vale, voy a intentarlo.

—Bien.

Al echar la silla hacia atrás se produjo un chirrido suave en el suelo y me puse de pie. Recorrí toda la habitación con el estómago revuelto, agarré la manija y la giré. Mis ojos recorrieron el espacio que tenía en frente como una sonda, pero no había nadie. El pasillo estaba desierto. La moqueta decorada yacía indefensa, la ventana acortinada dominaba austera las escaleras y una serie de puertas cerradas daba un aire restringido al lugar.

Ni rastro de Alex.

Ni rastro de nada, a decir verdad.

Avancé unos pasos, el baño estaba al fondo del pasillo y su clase estaba un par de puertas antes. Enderecé la espalda, me atusé el pelo y con la mayor tranquilidad del mundo empecé a andar. En cada paso respiré profundamente.

—Ánimo, Olivia, has pasado por esta moqueta miles de veces, ¡por Dios!

Presioné los dedos en las palmas y avancé con cuidado. Un rayo de luz se filtró bajo la puerta cerrada y brilló sobre la decoración floral de la alfombra. Venía de su clase. Estaba dentro.

Pum. Pum. Pum.

La ametralladora que me perforaba la garganta no era nada respecto al temblor

que se apoderó de mis manos.

¿Qué podía hacer? Entrar en su clase estaba descartado, pero esperar ahí fuera no era mejor.

Reflexioné para mis adentros, estaba de pie frente al umbral cuando la puerta se abrió y salió él corriendo con el pelo desaliñado, la cazadora de fútbol americano desabrochada y las asas de la mochila en los hombros.

Rápido. Lento.

Rápido. Lento.

Rápido, rápido, lento.

No, no era una clase de tango argentino, era mi corazón que estaba a punto de saltar por los aires.

—¿Qué haces aquí fuera? —me miró con el ceño fruncido, pero no respondí. En medio de todos esos latidos y paradas perdí la capacidad de hablar—. Olivia, ¿qué haces aquí fuera?

¿“Olivia”?

Parpadeé un par de veces. ¿De verdad me había llamado “Olivia”? ¿Nada de “señorita Perfeccionista” o cualquiera de sus moteos?

—Eres rara de verdad —suspiró esponjándose el pelo con la mano que tenía libre—. ¿Vas a moverte o vamos a estar aquí toda la tarde mirándonos a los ojos?

Fue ahí cuando me di cuenta de que mi presencia le impedía pasar. Di un paso al lado y lo dejé marchar.

Nunca. Nunca en mi vida me había imaginado que sentiría una sensación similar, que él me ignorara me hacía... daño. Me hacía mucho daño.

—¿Alex? —lo llamé.

Se paró. La mochila le cubría buena parte de la espalda y con las manos sujetaba las asas.

—¿Qué pasa? —preguntó sin darse la vuelta.

—Creo que es hora de que hablemos, ¿no?

—¿De qué tenemos que hablar? —preguntó mientras se daba la vuelta. Sus ojos azules se estrecharon en dos líneas sutiles y me miraron contrariados. Al verlo parecía que entre nosotros nunca había sucedido nada, como si nuestros labios jamás se hubieran encontrado, devorado y consumado con pasión. Posiblemente nunca debieron hacerlo, pero ya era demasiado tarde para fingir que no había significado nada, ¿o me equivocaba?

¡Para mí había cambiado todo!

—¿Por qué me evitas?

—¿Qué te hace pensar que te estoy evitando? —dijo mirándome con desdén y esbozando a medias una sonrisa.

Ladeé la cabeza y lo miré seria, las manos a los lados y la exasperación en el rostro.

—Hace días que estás desaparecido, así que no vengas a decirme que no me estás evitando, porque no es justo insultar a mi inteligencia.

—¿Estoy insultando a tu inteligencia? ¡Qué creída!

—¿Creída?

Miró al cielo y resopló molesto.

—Mira, no puedo faltar al entrenamiento, no quiero perder el tiempo discutiendo contigo.

Encajé el golpe como si nada, pero empecé a temblar por dentro.

—¿Perder el tiempo? ¿De verdad?

—Olivia, por favor, ¡no quiero discutir!

—Esto... Te estás echando a perder, capitán, ¿o es que tienes miedo a enfrentarte a la realidad?

Me aparté el pelo de la cara y seguí mirándolo. Alex no respiraba, se quedó petrificado en las escaleras. No sé de dónde encontré la fuerza para hacer lo que hice, pero algo dentro de mí se movió de repente. Las suelas de los zapatos empezaron a avanzar como si pudieran decidir por sí solas. Atravesaron todo el largo de la moqueta, un paso tras otro sin dejar de mirarlo, sin dejar de observarlo. Solo me paré cuando nuestros cuerpos estuvieron tan cerca como para sentirnos mutuamente sin tocarnos del todo. Levanté una mano y le acaricié la mejilla, era la primera vez que me acercaba tanto a él. Alex cerró los ojos durante un instante mientras mis dedos le recorrían el contorno de la cara.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó abriendo los ojos.

—Te estoy tocando.

Tragó y se aclaró la voz.

—Y... ¿por qué lo estás haciendo?

—Quiero ver durante cuánto tiempo eres capaz de fingir.

Negó con la cabeza y se mordió el labio inferior al mismo tiempo que bajaba la mirada.

—¡Mírame!

No se movió, sus ojos parecían estar demasiado concentrados en los miles de

arabescos de la moqueta y clavados en los detalles florales.

—Alex...

Respiró profundamente, dejó caer la mochila al suelo y me sujetó la cara con las manos.

—¿Sabes por qué te evito? Porque tú y yo no tenemos que estar cerca.

—No —murmuré sacudiendo la cabeza—, ¿por qué?

—Porque cada vez que sobrepasamos la línea de seguridad —susurró sobre mis labios— sucede esto...

Su boca se precipitó sobre la mía y casi dejé de respirar, mis mejillas seguían entre sus manos y la sangre fluía enloquecida. Las manos se movían solas, se aferraban a los hombros, a la nuca y al pelo. Lo envolví con fuerza, impidiendo que se alejara. Lo quería. Lo quería desesperadamente.

Nos besamos durante un larguísimo e interminable minuto. Después me agarró de las muñecas y me alejó de golpe. Abrí los ojos y lo miré con desconcierto. No entendía por qué se comportaba de esa manera, pues un minuto antes su boca estaba pegada a la mía y lo que acababa de hacer había erigido un muro de hielo de cuatro palmos de espesor.

—No me mires de esa manera.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si estuvieras enamorada de mí.

Di unos pasos hacia atrás.

—No estoy enamorada de ti, era solo... ¡era solo un beso!

Helados. Sus ojos me examinaron, vacíos y tempestuosos.

—No se volverá a repetir. ¿Me has entendido, Olivia? No volverá a haber nada de esto entre nosotros, ni ahora, ni mañana, ni dentro de un mes. ¿Está claro?

Mis pies empezaron a dar pasos hacia atrás, con cada latigazo de sus ojos retrocedían varios palmos. Había mucho espacio entre nuestros cuerpos, pero todavía no me parecía suficiente. Por la manera en la que me miraba y en la que respiraba parecía que me odiara de verdad.

—Dime que lo has entendido.

Me tragué el sapo que me acababa de obstruir la garganta y retrocedí de nuevo.

—Olivia... ¿has entendido lo que te acabo de decir?

—Lo he entendido. No hace falta que lo repitas tantas veces, ¿no? ¿A quién

estás intentando convencer, Alex? ¿A ti o a mí?

Se agachó para recoger la mochila del suelo y empezó a bajar las escaleras. Me di la vuelta y me alejé.

Sentí que los pies se adherían a la tierra, las suelas se hundían en el suave tejido decorado, pero esa sensación de estar dando tumbos no parecía que fuese a parar. Oscilé perezosamente en torno a mi eje, o quizás era solo una impresión.

Una malísima impresión.

ENTRENAMIENTOS



El coche de T estaba aparcado en el lugar de siempre, al fondo del camino al otro lado de la calle. Cerré la puerta y me fui hacia él. Rodeé el coche, abrí el maletero y metí la mochila. Tim ya estaba sentado al volante con el brazo apoyado en la ventanilla de la puerta y con un par de gafas de sol inútiles sobre la nariz. No articuló ninguna palabra, se limitó a mirarme a los ojos y enseguida entendió por mi mirada amenazadora que no tenía ganas de charlar.

Tras la discusión en el aseo del Red Diner, las cosas volvieron a ser tal y como eran antes. Siempre y cuando me limitase a estar lejos de Olivia, todo iría bien entre nosotros. El problema estaba en que, por mucha buena voluntad que tuviera, estar lejos de ella era casi imposible. ¡Maldita sea! ¡La acababa de besar una vez más!

Cerré los ojos y respiré profundamente.

—¿Tienes algún problema?

—No, ninguno —respondí con sequedad.

T metió primera y aceleró. Entró en la carretera principal y condujo rápido hasta el campo de fútbol americano. No hubo ninguna conversación, ni se puso a todo volumen ninguna canción. No era el momento adecuado para reírse o estar de bromas, me sentía un gilipollas. Un gran y verdadero gilipollas. ¿Cómo puede ser que ya no me pudiera controlar?

Empecé a dar golpes rítmicamente con el talón en el suelo del coche y me senté como si no pudiera encontrar la paz. Había vuelto a cometer un error y el

problema era que probablemente no sería el último.

De vez en cuando, T se giraba para mirarme. No decía nada, pero sentí sus ojos encima como si me estuviera observando minuciosamente.

—¿Cómo está tu padre? Si no me equivoco, mañana tiene la revisión, ¿no?

No me esperaba para nada esa pregunta, pues me hacía recordar otro de los problemas que inundaba mi mente.

Mi padre.

Tras el ictus que sufrió seis meses antes, nada volvió a ser igual. Se esforzaba por ser el mismo de siempre e intentaba ocultar la preocupación, pero la realidad era que ninguno podía garantizar que no se volviera a repetir el problema. La hipertensión arterial y un estilo de vida no muy tranquilo eran indicios negativos de lo que todavía podría pasar.

—Mañana se van a Los Ángeles, Eva irá con ellos.

Tim asintió y volvió a mirar hacia la carretera.

—Ya verás que todo saldrá bien, Jacob es una roca.

—Ya —suspiré.

En cuanto el Ford entró en el aparcamiento, me desabroché el cinturón. Tim aparcó el coche entre otros dos y apagó el motor.

—¿Estás preocupado por lo que dirán los médicos?

¿Preocupado yo? A decir verdad, no había pensado en ello durante todo este tiempo para no hacerme esa pregunta. Me desestabilizó descubrir que mi padre, al que siempre había imaginado como una persona fuerte e indestructible, es en realidad un hombre frágil y rompible. Me derrumbó los cimientos sobre los que normalmente construía la despreocupación.

—No lo sé, T, no sé qué esperar.

—Tienes que ser positivo, Lex.

Asentí sin estar convencido y salí del coche. Cuando Tim abrió el maletero, cogí mis cosas. Todos mis movimientos eran automáticos, me puse la mochila al hombro y me fui hacia el vestuario. Podría haberlo hecho todo sin darme cuenta. Había activado el piloto automático, que justamente es lo que te permite avanzar sin darte cuenta.

El vestuario tenía el mismo olor de siempre, una mezcla de aire aderezado, calcetines sucios, vapor y sudor. Hasta las voces que se superponían me eran familiares. Todo lo que allí había tenía el poder de sedar mi inquietud, todo excepto él...

Mark Anderson estaba allí de pie con la espalda apoyada sobre la fila de

taquillas azules, charlaba con Thomas y se reía. Se reía sin ganas.

En la última semana pasé de la indiferencia absoluta a la tolerancia, hasta llegar a la imposibilidad de compartir con él un espacio común. No lo soportaba, su voz también tenía algo de arrogancia y disimulo. Era solo un niño rico con cero cerebro, y no era porque Olivia me enloquecía, no, claro que no, solo que... no lo soportaba, y ya.

A veces pasa.

Me desnudé y, sin prestarle ni la más mínima atención, me puse las protecciones y la equipación. T también hizo lo mismo. Había gente que se paseaba en bóxer, que se ataba las botas y que, como Mark Anderson, hacía el capullo alegremente.

—Vamos, panda de vagos, ¡levantad el trasero e id al campo!

No hizo falta que nos lo pidiera dos veces, la voz del entrenador era suficiente para que se hiciera el silencio entre las cuatro paredes y llamar la atención de todo el equipo. Todos se pusieron delante del entrenador Dalton y de su gorra con visera. Sus ojos, que casi siempre estaban bajo la sombra, parecían estar observándome. Esbozó una sonrisa disfrazada en una mueca hostil y sin parar de mirarme se fue al campo.

—Vosotros dos, ¡moveos! No tenemos todo el día.

—¡Llegamos enseguida, entrenador!

El entrenador se fue y T y yo lo seguimos muy de cerca.

Las horas siguientes fueron un no parar, fue uno de esos entrenamientos que te dejan fundido. El entrenador se había tomado muy en serio la final del campeonato y no tenía ninguna intención de que nos quitaran el título delante de nuestras narices. El instituto Carson encarnaba al enemigo público número uno y estaba masacrando, por esto se estaba metiendo nuestra defensa bajo presión. Parecía que Thomas, Jefferson, Kenneth y T iban a desplomarse en el suelo, estaban hechos pedazos, pero los de ataque no estábamos mejor. Lo único que hacía funcionar a mis músculos era ver a Mark andar como si le hubiese pasado un camión por encima, o dos. A fin de cuentas, jugar al fútbol americano tiene estos pequeños inconvenientes, sobre todo si no eres muy simpático con el capitán del equipo.

Después de esto, la mitad de los chicos estaba tumbada en el suelo. Entre las líneas de 20 y 30 metros había una línea de cuerpos temblorosos y sudados que respiraban con dificultad.

—Creo que ya basta por hoy, ¡levantad el trasero de mi campo e id al vestuario!

Con los brazos colgando y el casco que pesaba como una roca, me fui hacia Tim. Mi mejor amigo no podía levantarse del suelo.

—Ánimo —jadeé—, ¡arriba!

T negó con la cabeza.

—Nah... Te lo agradezco, Lex, pero tengo intención de pasar aquí la noche, camino de la línea de los 30 metros.

—Dame la mano, te ayudo a levantarte.

T levantó el brazo y se agarró a mis dedos. Levantar una montaña humana de peso muerto no era nada fácil, pero por suerte mi mejor amigo contrajo los abdominales y se sentó, de ahí a ponerse en pie se tardó poco.

—Joder, hoy el entrenador nos ha hecho pedazos —murmuró girando el cuello de un lado a otro—. Me duele todo el cuerpo.

—Ánimo, piensa que mañana es viernes y por fin acabará esta semana de locos.

—Ya —murmuró dubitativo—, siempre y cuando el entrenador no nos mate antes de que empiece el fin de semana.

Se apoyó en mí, puso el antebrazo sobre mi hombro y el cuerpo tomó la forma de un homo erectus.

—Venga, va, al menos habrás muerto en el campo con honor —dije en tono de burla.

—¿Sabes lo que te digo? Mañana por la noche saldré con las dos piernas destrozadas.

Me volví para mirarlo como si una lámpara de quinientos vatios se hubiera encendido de repente.

—¿Qué vas a hacer mañana por la noche? —sonreí.

—Lo siento, no es asunto tuyo.

Me paré de golpe y una sonrisa maliciosa me atravesó el rostro.

—¿Qué me estás escondiendo, T?

—¿Qué parte de “no es asunto tuyo” no has entendido?

Seguramente Tim estaría saliendo con una chica, estaba más claro que el agua.

—¿Quién es?

—¿Quién es quién?

—La chica con la que vas a salir mañana por la noche.

Se quitó el casco de la cabeza y se pasó la mano por el pelo. Después, sin decirme nada, se fue hacia el túnel que llevaba al vestuario.

—Ahora no te hagas el misterioso, ¡quiero saber quién es!

Tim negó con la cabeza y siguió caminando. Estábamos ya a mitad del túnel, la lámpara del techo seguía parpadeando, nadie se había molestado en cambiarla.

—No te hagas el tonto, ¿la conozco? Dime al menos eso.

No recibí ninguna respuesta, solo un suspiro desesperado.

—Ya lo descubriré. Sabes muy bien que antes o después descubriré con quién has salido.

Tim se paró de golpe, el cuerpo mastodóntico parecía enorme bajo la luz intermitente.

—Salgo con Cindy.

—¿Cindy Davis? ¿La camarera del Red Diner?

—Sí, ella.

—¡Vaya con nuestro T! —le froté los nudillos en la cabeza, despeinándole aún más el pelo—. Bien hecho, amigo, creía que jamás te atreverías a pedirle salir.

—Mira, Lex, esa chica me gusta, ¿vale? No se lo digas a los chicos, no quiero que ninguno haga el capullo con ella.

—Tranquilo, T, no abriré la boca.

Me miró durante un instante y asentí.

—Ve a ducharte, ¡apestas!

—¡Mira quién habla!

Tim me asestó un codazo en las costillas y le salté encima, rodeándole la garganta con el brazo. Fingí que le hacía pedazos, pero en realidad para nosotros era un gesto de afecto.

AMISTADES



—¿Podéis echarme una mano, chicas?

La voz de Marion venía del piso de abajo, parecía que le faltaba el aire.

—¡Ya vamos, mamá!

Eva se levantó del escritorio y la seguí, salimos por la puerta y bajamos las escaleras. Había una masa de bolsas de diferentes tamaños apiñadas en la entrada.

—¿Has desvalijado el centro comercial? —Eva se apresuró a recoger dos bolsas del suelo y las puso en el banco de la cocina, yo hice lo mismo.

—Gracias, chicas, tengo todavía algunas cosas en el coche.

—Madre mía —exclamé—, ¿qué hacéis con todas estas cosas?

Eva sacudió la cabeza desesperada.

—No tiene remedio. Para mi madre acumular provisiones es un trabajo.

—Sí, pero mañana vais a Los Ángeles, ¿no sería mejor devolverlo?

Marion llevaba una bolsa en cada mano y la llave enganchada en los dedos. Cerró la puerta con el pie izquierdo y avanzó hacia la cocina.

—Alex se queda en casa, por eso tengo que dejarle algo para que coma. Lo necesita con todas las horas de entrenamiento que hace últimamente.

Eva negó con la cabeza y estrechó los ojos. Era extraño que nuestros padres afrontaran el mismo problema de forma tan distinta. Marion acumulaba provisiones mientras mi madre compraba montones y montones de ropa

elegante, zapatos de marca y accesorios. De hecho, en el último mes mi padre había participado en una serie de congresos sobre medicina y, obviamente, mi madre lo seguía allá donde fuera. Ya fuesen noches de galas o salones mundanos, ella se envolvía en toda esa ostentación de riqueza y elegancia, y no se preocupaba nada de lo que comía en su ausencia.

—Olivia, por favor, ¿puedes poner estas cajas de cereales en aquel armario? No llego.

—Claro que sí.

—Gracias, cielo, si hubiese estado Alex se lo habría pedido a él, pero creo que llegará tarde esta noche. ¿Sabes? Creo que tiene una chica.

El mal humor me golpeó como un maremoto y unas oleadas nauseabundas tan grandes como un rascacielos me revolviéron el estómago de arriba abajo.

—¿Ah, sí? —pregunté con indiferencia.

—¡Sí, sí! Estoy segura. Últimamente está muy raro, como si estuviera perdido en sus pensamientos. Creo que está enamorado.

—Mamá, por favor —Eva interrumpió el discurso pasando por encima como un tanque.

Hice como si no pasara nada, aunque mi parte sádica y perversa quería saber más. Más bien, lo exigía.

¿Alex enamorado? ¿De quién?

Las ruedas dentadas de mis engranajes cerebrales empezaron a girar con un ruido estridente y molesto. Terminamos de poner en su sitio la compra y me senté en un taburete de la cocina. Marion empezó a lavar las verduras para la cena mientras Eva las cortaba en juliana. Observé la escena familiar sin verla de verdad, mi cabeza no paraba de pensar, tenía los codos en la mesa y las manos en la barbilla. Si no hubiese estado en esa posición, seguramente tendría la boca abierta. ¿Era posible que Alex pensara en una chica?

¿Y si...? No, no podía ser...

La imagen de sus ojos claros y helados hizo que volviera a poner los pies en la tierra. ¿Cómo había podido siquiera imaginar que estaba entre sus pensamientos? Era obvio que esa situación se me había metido en la cabeza.

Nos habíamos besado, ¿y qué?

Había sucedido más de una vez, ¿y qué?

Esto no significaba que entre nosotros hubiera estallado el amor verdadero. Qué tonta que era, pensar de esta forma en él cuando tenía un chico que me esperaba en casa. Un chico al que técnicamente ya había traicionado. Tres veces.

¡Maldita sea!

—¿Qué te pasa, Olivia? Estás pálida —Marion me observó con atención, bajándose la montura de la gafas por la nariz—. ¿Te encuentras bien, cielo?

—Sí, sí, claro que estoy bien —esbocé una sonrisa débil y llevé el discurso hacia un terreno menos resbaladizo—. ¿A qué hora salís mañana?

Inspiró profundamente, se encogió de hombros antes de echar todo el aire de golpe.

—Pronto. Nos llevará más de cinco horas y conducir durante tanto tiempo me preocupa.

—¿De verdad piensas que papá te dejará al volante durante tanto tiempo? —Eva dejó el cuchillo en la mesa y sacudió la cabeza con escepticismo.

—Cielo, tu padre no puede hacer un viaje tan largo, ya lo hemos hablado.

—Han pasado seis meses, mamá, ahora está bien.

La señora Reeves se secó las manos en el delantal que se había puesto y asintió.

—Ya veremos qué nos dicen los médicos.

Eva resopló contrariada, pero en el fondo su madre tenía razón. Jacob había sufrido un ictus unos meses antes, pero aunque parecía que se había recuperado del todo nunca se sabía lo que podía pasar. Mi padre me explicó que los episodios de este tipo son imprevisibles, y aunque aparentemente el señor Reeves estuviera como antes, nadie podía afirmar con seguridad que no ocurriría nada más.

—Olivia, tus padres también se van este fin de semana, ¿no?

—Sí, mi padre tiene una conferencia, pero volverán el domingo.

—¿Estarás sola?

Abrí los ojos de par en par mirando a mi mejor amiga.

—Bueno... sí, imagino que sí.

—Eh... —Marion no parecía muy satisfecha con lo que había dicho—. Mira, cielo, si necesitas cualquier cosa llama a Alex, ¿vale? No me gusta saber que estás en una casa vacía. Este barrio no es peligroso, pero nunca se sabe.

Eva rio por lo bajo.

—¿De qué te ríes, señorita?

—Nada, es solo que Olivia preferiría morir antes que pedirle un favor a Alex, pero no te preocupes, mamá, seguro que Mark se ocupará de ella.

Marion me miró con atención. Tenía el pelo recogido, como siempre, las gafas en su sitio y una cuchara de madera en las manos.

—¿Están tus padres de acuerdo con que ese chico vaya a tu casa en su ausencia?

Sentí que la sangre me fluía por las mejillas y me puse roja como una luz de Navidad.

¡Maldita sea! ¿Cómo habíamos llegado a este punto?

—No, claro que no. Quiero decir... nadie va a venir a mi casa en su ausencia.

La madre de Eva asintió satisfecha y se puso de nuevo a cocinar mientras mi mejor amiga se reía.

—Cielo, ya que estás ahí, ¿podrías pasarme la sartén Stonewell que está en el armario de abajo?

—Claro —me agaché para cogerla y de repente la reconocí: era el arma del delito, esa con la que casi mato a Alex. Quién sabe lo que habría dicho la señora Reeves si supiese que su amada sartén de granito se había utilizado para golpear a su hijo.

—Olivia, ¿te quedas a cenar con nosotros?

—¿Cómo? No. No, muchas gracias, Marion, pero tengo cosas que hacer. De hecho, se ha hecho un poco tarde, creo que ha llegado la hora de volver a casa.

La madre de Eva dejó el cucharón en la encimera y vino a mi encuentro para abrazarme. Esa era mi segunda familia, mi mejor amiga era como una hermana y sus padres prácticamente me habían adoptado.

—Ya lo sabes, querida, para cualquier cosa llama a Alex. Nos vemos el domingo, ¿vale?

—Claro, Marion, puedes estar tranquila. Que tengáis un buen viaje y llamadme en cuanto lleguéis.

Eva se acercó y me agarró del brazo con fuerza. No me había dicho nada, pero sabía muy bien que el resultado de esa visita le daba muchísimo miedo.

—No te preocupes —le susurré al oído—, todo irá bien.

Ella asintió con la cabeza y continuó abrazándome. Se aferró a mis hombros como si fuera a sostenerla, pero no era tan fuerte.

No tenía los músculos de su hermano o la estatura de T, solo era una chica frágil que aparentaba ser mucho más fuerte, pero podía estar segura de una cosa: yo estaría siempre ahí para ella.

HARVARD



—Alex, ven a mi oficina, por favor, hay una persona que quiere hablar contigo.

El entrenador Dalton se había parado en el umbral del vestuario, tenía las manos en los bolsillos y la visera de siempre puesta.

—¡Voy!

El murmullo que se levantó a mis espaldas fue la señal de que esa llamada no había sido pasada por alto por los otros miembros del equipo. ¿De qué querría hablarme?

Metí mis cosas en la mochila, intentando aparentar que no era nada. Levanté un pie, lo puse en el banco y me agaché para atarme el zapato.

—Eh, capitán, ¿crees que hay algún observador universitario en la oficina del entrenador?

Las palabras de Thomas dieron voz a la pregunta que resonaba en las mentes del resto, incluida la mía.

Un mar de ojos se me echó de repente encima, me había convertido en la diana de todas las miradas curiosas y fugaces. Sabía que ninguno de ellos tenía envidia o malas intenciones, pero igualmente me molestaba.

—¡Qué voy a saber yo! —respondí seco—. No tengo la más mínima idea de quién está allí.

Thomas bajó la mirada al suelo y sin decir nada más se puso la camiseta. Un silencio ensordecedor se abrió camino en el parloteo constante de siempre, lo

que me puso más nervioso aún. T no dijo ni media palabra, me miró directamente a los ojos y con un gesto de la cabeza me invitó a irme. La bolsa pesaba como si estuviera llena de plomo, quizás era por el atrofiamiento muscular o quizás por la repentina agitación. Recorrí los cuatro metros que separaban la puerta del vestuario de la oficina del entrenador con el corazón retumbándome en el pecho. Posiblemente fuera verdad que una de las universidades a las que había enviado la solicitud decidiera enviar a alguien a verme jugar.

Llegué delante de la puerta y me paré. Las cortinas del cristal estaban echadas y no pude ver nada de lo que ocurría en el interior de la habitación. Tomé aliento, tragué un par de veces y llamé a la puerta.

—Adelante.

La voz estentórea del entrenador retumbó dentro de la oficina, llegaba fuerte y clara hasta el exterior de la misma. Moví los hombros y extendí la mano hacia la manija para abrir el cerrojo. Lo primero que vi fue al entrenador. Estaba sentado en el viejo escritorio con expresión misteriosa, frente a él había un hombre de espaldas que ocupaba una de las sillas que normalmente estaban libres.

—Cierra la puerta, hijo.

Sellé la entrada en cuanto me giré. Cuando me di la vuelta hacia los presentes me quedé sin palabras. Me había imaginado de todo en los últimos diez minutos, lo único que no me habría podido imaginar es encontrarle a *él*, sentado en la oficina de mi entrenador.

—Papá, ¿qué haces aquí? —la mandíbula me llegaba hasta el suelo por la gran sorpresa.

—Quería verte jugar. ¿Acaso es un delito?

—No, claro que no, pero no me esperaba encontrarte aquí.

El entrenador inclinó la silla hacia atrás, haciéndola chirriar.

—Puedes sentarte, Alex, tu padre y yo estábamos hablando de un par de cosas.

Me acerqué unos pasos y, tras dejar la mochila en el suelo, me senté en la única silla libre que quedaba. El entrenador me miró primero a mí y después a mi padre sin decir ni una sola palabra. Estaba avergonzado, la situación se podía definir así: vergonzosa.

—El entrenador me ha dicho que le estáis dando duro este año.

—Bueno, sí, más o menos.

—Bien.

—Sí... bien.

Tamborileó con los dedos en el reposabrazos de la silla como si estuviera esperando a que llegase la iluminación divina.

—¿Entonces el viernes jugaréis la final del campeonato?

—Sí —asentí mordiéndome el labio inferior.

—Bien.

El entrenador se quitó la visera de la cabeza y la puso encima del escritorio. Se pasó una mano por la nuca y suspiró.

—Alex, creo que tu padre quiere hablarte de algo.

—Bueno, estoy aquí, ¿no?

Giré un poco la silla y me volví hacia él.

—¿Qué quieres pedirme, papá?

Su expresión había cambiado últimamente, hace un tiempo nunca habría encontrado una sombra de duda en su rostro, pero desde hace poco las cosas ya no eran como antes. Frotó las manos en los muslos un par de veces y se aferró a las rodillas. Inspiró profundamente, hinchó el pecho y me miró directamente a los ojos.

—He decidido vender el negocio.

—¿Cómo? ¿Perdona?

—Lo que has escuchado, he decidido venderlo, hijo. Tu madre y yo hemos hablado de ello largo y tendido y al final hemos concluido que es la mejor solución para todos.

¿Había empezado a temblar el suelo o era mi vista la que tenía algún problema? Esto no era real, mi padre gestionaba el negocio del metal desde hacía más de treinta años y antes lo hacía su padre, no podía tirarlo todo de esta manera sin dudar ni un segundo.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio. Yo no... —puso las manos entre los dos—, ya no puedo estar detrás de todo.

—¡Pero para eso estoy yo!

—No, Alex —inspiró profundamente y entrecerró los ojos lentamente. Muy lentamente—. Ese no es tu futuro, te mereces algo mejor.

—Pero yo...

Levantó una mano para que me callara, tal y como hacía cuando era pequeño.

—Ya está decidido, irás a la universidad, nosotros venderemos el negocio y

con lo que consigamos podremos estar tranquilos y jubilarnos. Hemos recibido una oferta muy buena y creo que una ocasión así no se volverá a repetir.

—¿Pero cuándo lo decidisteis? No sabíamos nada... No puedes ceder tu negocio, papá, te vas a arrepentir. Deja que te eche una mano y estoy seguro de que todo irá como siempre.

Mi padre negó con la cabeza y esbozó una sonrisa. Hacía meses que no lo veía sonreír, quizás porque ese defecto debido al ictus todavía era visible, una advertencia de lo que dejaría de ser.

—Mira, hijo —suspiró—, siempre has sido un chico demasiado responsable. Cuando me puse malo hace seis meses, te hiciste cargo de tu madre, de tu hermana y hasta de mi actividad. No te imaginas cuánto lo apreciamos, pero todo esto no puede ser problema tuyo, no eres tú el que tiene que gestionar las cosas.

—No me pesa, papá...

—No, Alex, mientras tenga un cerebro que funcione, quiero ser yo el que decida qué es lo mejor para mí, y obligarte a renunciar a tus sueños no forma parte del pack, lo siento. Has trabajado mucho para obtener una beca de estudio y no puedo permitir que lo tires todo por la ventana.

—No, papá, ¡no es así!

—Sí, es así —rebatí con decisión. Extendió las piernas hacia adelante, deslizando los pies debajo de la mesa, como si no pudiera estar más tiempo en esa posición—. ¿Te acuerdas de cuando Tim y tú os fijasteis en ese jugador que veíamos siempre en la televisión? ¿Ese que se graduó en Harvard?

Asentí, mis ojos se estaban empezando a llenar de lágrimas.

—Por tú décimo cumpleaños pediste dos sudaderas con el logo de la universidad, una para ti y otra para Tim, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —respondí con la voz rota de la emoción.

—¿Dónde está ese Alex?

Digerí la emoción, la respiración rota y las lágrimas que intentaban hacerse camino hacia fuera.

—Desde hace seis meses hay algo dentro de ti que se ha roto, no te he vuelto a oír hablar de la universidad ni de Harvard y sé muy bien el por qué: has decidido renunciar a tu gran sueño por mí, por nosotros. Pero esto no es justo y jamás te lo permitiré, hijo.

Apreté los labios con los incisivos, pero ni siquiera la mordida de los dientes pudo parar el temblor.

—Tu padre tiene razón, Alex —el entrenador Dalton había asistido impasible a toda la escena con los codos sobre la mesa y los dedos cruzados delante de la boca. No se había movido y no había hecho ni el más mínimo ruido, pero ahora, evidentemente, sintió la necesidad de aumentar la dosis.

Bajé la mirada hacia mis temblorosas manos, las giré un par de veces, primero con el dorso bocarriba y después las palmas. Esas manos habían hecho un millón de cosas en los últimos meses, habían trabajado, habían cogido un balón de fútbol americano y un bolígrafo con la misma determinación. No podía parar el temblor. Quizás tenían razón, quizás...

Un ruido metálico acompañó al movimiento del cajón del escritorio del entrenador. Como hizo antes ese día, se agachó para sacar unos folios y ponerlos sobre la mesa. Los pasó muy lentamente sobre la superficie y me los puso delante.

—¿Qué es? —pregunté con palabras que se resistían a salir.

—La solicitud de admisión de Harvard.

Sorbí la nariz mientras el temblor se repartía por todo mi cuerpo. Me giré para mirar a mi padre, que me observaba con atención. Su sonrisa se veía más torcida aún y se le llenaron las pestañas de lágrimas. Asentí convencido y no pude contener las mías.

—¿Estás seguro? Papá, siempre puedo renunciar...

Su enorme mano se aferró a mi hombro y apretó con fuerza.

—Estoy muy seguro, hijo, estoy muy orgulloso de ti.

Los ojos del entrenador Dalton intentaron huir, se fijaron en las copas, en la pizarra garabateada y volvieron de nuevo al escritorio. Sacó un bolígrafo de la taza de los *San Francisco 49ers* y me lo pasó. Lo cogí y me giré una última vez hacia mi padre, asintió y así hice yo también. Tomé aire y firmé la solicitud de admisión.

UNA CARRERA



Ese viernes por la tarde me parecía estar en un universo paralelo donde no había nadie más aparte de mí. Eva y sus padres se habían ido al amanecer hacia Los Ángeles, tardaron más de seis horas en llegar. Fue un viaje largo, pero Marion lo había conseguido. Sonreí al imaginar a la señora Reeves al volante del pickup de Jacob. Era una mujer tan pequeña y menuda que desaparecía en el interior de ese coche tan grande. Mis padres también habían llegado a su destino, mi padre me llamó unas horas antes para saber si todo iba bien. A diferencia de mi madre, él siempre se preocupaba por mí. Era un hombre inquieto, pero nunca dejaba que traspasase este lado de su carácter, me dejaba equivocarme y que tuviera mis experiencias. Mi padre era el mejor hombre del mundo, el prototipo de hombre que me gustaría tener a mi lado.

Mis ojos se movieron solos, se fueron hacia la ventana que daba a la casa de los vecinos. No había nadie. Alex seguramente estaría en el entrenamiento. Me levanté de la cama en la que estaba tumbada y me acerqué a la cortina de organza. La abrí con la mano y apoyé la frente en el cristal. Cerré los ojos e inspiré. El martilleo en el pecho volvía a ser fuerte y persistente mientras intentaba inútilmente no pensar en él.

Dios, me había vuelto loca, ¿qué me estaba pasando esos últimos días? Golpeé el cristal con la frente un par de veces.

—¡Para, Olivia! ¡Para, maldita sea!

Un coche entró en el camino, se escuchaba el ruido de un motor que rugía y se volvía silencioso como un gato ronroneando. Oí un golpe. Se cerró una de las

puertas y después se escucharon voces. Abrí los ojos y limpié de prisa y corriendo el cristal empañado con la manga de la camiseta. Había respirado tanto tiempo encima de la superficie que se había formado una mancha de condensación. Tras volver a ver todo nítido, vi el jardín cortado a la perfección, el camino de piedra natural y... a él.

Alex iba con la mochila en el hombro y la cabeza mirando hacia la calle, estaba hablando con alguien, probablemente Tim. Se pasó una mano por el pelo y sonrió. Una bandada de lepidópteros que anidaba en mi estómago empezó a agitarse con furia hasta salir volando.

Dios mío, ¿de verdad tenía mariposas en el estómago por él? Sí, maldita sea, y había muchas.

Me acaricié los labios con dos dedos y el temblor me atravesó la barriga y algo más.

Había perdido la cabeza. Había perdido la cabeza por él.

Este sentimiento repentino hizo que me tambaleara. Di unos pasos hacia atrás, tiré sin querer de la cortina y al alejarme aterricé sobre la cama. ¿Cómo había podido pasar? Rememoré las últimas semanas intentando localizar el momento exacto, el punto específico en el que las cosas se habían desviado de su trayectoria, pero no había ni rastro. No existía un momento preciso o algo específico, estaba él, estaba yo y estaba mi corazón que no podía encontrar paz.

Sin duda sería un fin de semana larguísimo en compañía de mis pensamientos irracionales. Tenía que mantenerlos a raya durante unos minutos o me volvería loca. Escuché un poco de música mientras daba vueltas por la habitación como un animal en una jaula. Cogí el móvil para ver los mensajes y los leí todos. Un par eran de Eva, uno de mi padre y el último de Mark. Quería que saliera a cenar con él, pero yo no tenía intención alguna. Negué con la cabeza y escribí una excusa sobre el por qué esa noche tenía que quedarme en casa.

Mark era otro problema en el que tenía que pensar. Me empeñé en seguir ese camino aunque fuera obvio que antes o después lo dejaríamos. Lo quería mucho, pero el amor era otra cosa. El amor es eso que te deja petrificada delante de una mirada, lo que hace que el pecho se sobresalte como un tambor tribal. El amor es el sentimiento que, ocurra lo que ocurra, esa persona siempre tendrá un trozo de tu corazón.

Dejé el teléfono sobre la mesa y miré a mi alrededor. El día se estaba haciendo largo y no tenía ni idea de qué hacer para no volverme loca. Decidí salir a andar un poco. No me gustaba mucho correr, pero podía andar; mi padre decía que el ejercicio físico es salud, favorece la circulación, descarga la tensión acumulada

y, en mi caso, quizás, me ayudaría a no pensar demasiado.

Me puse un atuendo ligero y salí. Cerré la puerta, me puse los auriculares en los oídos y me fui a la calle. Recorrí varios kilómetros sin darme cuenta, la música me acompañaba en cada paso que daba y me sentía mejor. *You don't know* de Katelyn Tarver sonaba mientras mis pies se movían sobre el asfalto.

Empecé lentamente, con pasos pequeños y respiración profunda. Sin embargo, tras un rato la furia que se revolvía en mi interior cogió ritmo y me puse a correr. Corría y respiraba con dificultad. Me dolían las piernas, no tenía acostumbrados los músculos a moverse varios kilómetros seguidos corriendo. Me quedé sin aliento, me pesaban los brazos, tenía la espalda flexionada hacia adelante y las manos apoyadas sobre las rodillas. Ahí fue cuando me di cuenta de que de repente se había levantado viento y el cielo estaba cubierto por un manto de nubes cargado de lluvia. Una gota enorme y helada me dio en la cara. Tras ella llegaron otras, ametrallándome la espalda. Cada vez estaban más frías y más cerca. Se había desencadenado un diluvio y tenía que volver a casa lo más deprisa posible.

Empecé de nuevo a correr, me quemaban los pulmones y un dolor en el costado me dejaba sin aliento. Tenía frío y estaba temblando, pero no podía pararme. Vi la fila de limas que recorrían el camino principal y aceleré. Faltaba poco, por suerte ya casi estaba en casa. Un último esfuerzo. La fuerza que hacían los zapatos en el suelo de alquitrán levantaba un mar de chorros, y por fin vi el porche de mi casa. El corazón bombeaba con furia, sentía que las sienas me iban a explotar y que el aliento se aminoraba. Había llegado. Estaba completamente calada, el pelo chorreaba y la ropa estaba empapada, pero había llegado a casa.

Metí la mano en el bolsillo para sacar las llaves, pero el tejido estaba tan mojado que tuve que hacer un esfuerzo para encontrar el agujero correcto. Moví los dedos, rebusqué en cada rincón pero no localicé nada.

No estaban. Las llaves no estaban.

¡Maldita sea!

Me abracé el pecho mientras los dientes no paraban de moverse por cuenta propia. Me había quedado fuera, estaba diluviando, no tenía ropa seca para cambiarme y pillaría algo malo. Bajé la mirada a mis pies, inmersos en un charco de agua y empecé a gritar por la frustración. Me quedé inmóvil durante un par de minutos, intentando pensar qué hacer, miré hacia la casa de mis vecinos y con el corazón subido a la garganta tomé una decisión.

No podía hacer otra cosa. No había ninguna otra solución.

Atravesé el jardín hundiendo los zapatos en el fango y llamé a la puerta. Una

vez. Dos veces. Llamé hasta que una ansiedad incontrolable tomó el control de mis acciones. Llamé repetidamente a la puerta, cada vez más fuerte y con más furia, como una loca en medio de una crisis histérica.

—¿Te has vuelto loca?

Alex se presentó en la puerta con un par de pantalones deportivos hasta la cintura y nada más. Me tragué la extraña sensación que tenía en la garganta y los escalofríos helados que me recorrían el cuerpo.

—¡Déjame entrar! —gruñí pasando por la puerta. Se quedó mirándome. Observó mi pelo enmarañado e impregnado de agua, la ropa completamente empapada y los zapatos.

—Quítate los zapatos —ordenó—. Vas a empantanar todo el suelo.

Me pareció tener en frente a un digno sustituto de mi madre. Me quité los zapatos, los calcetines y dejé todo en el porche. Entré en la casa con los pies descalzos bajo su mirada escrutadora.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Tú qué crees? —hizo una mueca y adoptó una expresión divertida.

—Pues —dijo metiéndose el pulgar en el elástico de los pantalones—, parece que has salido bajo el diluvio universal.

—No es gracioso —tenía frío y me preocupé por cómo me temblaban los dientes—. Me he quedado fuera de casa, no sé adónde ir, de lo contrario no habría venido aquí, puedes estar tranquilo.

Ignoró mi flechazo y se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿qué es lo que tendría que hacer exactamente?

Me pasé la mano por la cara, limpiándome el agua que seguía goteando y lo miré.

—Podrías empezar por darme una toalla.

—Claro —murmuró—, en efecto, podría...

—Alex, por favor, me estoy muriendo de frío, ¡maldita sea!

Se apartó de la pared en la que se había apoyado y me cogió de la mano.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Ven arriba, tienes que quitarte la ropa, darte una ducha y secarte si no quieres terminar en el hospital con fiebre.

No respondí, lo seguí en silencio por la casa. Me llevó al baño, abrió el agua y me dio unas toallas. Date una ducha, mientras tanto voy a por ropa seca en la habitación de Eva.

Asentí mientras mi cuerpo temblaba de frío.

El contacto con el agua cálida me impactó. Estaba tan helada que el cambio de temperatura fue doloroso. Poco a poco el calor empezó a penetrar en la piel, sentí que los músculos se relajaban y los escalofríos disminuían hasta desaparecer del todo. El agua cálida se deslizó por mi cuerpo y atravesó la superficie por completo. Eché la cabeza hacia atrás y me lavé el pelo. La espuma se extendió por todo y con cada pasada me sentí cada vez mejor.

Tras al menos veinte minutos salí de la ducha. Me envolví en una toalla y empecé a secarme el pelo. Estaba de pie frente al espejo, descalza y con una sola toalla encima cuando Alex llamó a la puerta.

—¿Puedo? —preguntó antes de entrar. Llevaba en la mano un par de leggings y una camiseta doblada. Lo miré sacudiendo la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Necesitaría ropa íntima.

—¿Te refieres a ropa interior?

Puse una mueca de desesperación.

—No me mires de esa manera, no tengo ninguna intención de buscar entre las bragas de mi hermana. Eres su mejor amiga, búscala tú.

—Menudo maleducado estás hecho. Aparta, déjame pasar.

Lo moví a un lado con el brazo mientras con la otra mano sujetaba bien la toalla que me cubría. Entré en la habitación de Eva y abrí el segundo cajón de la mesita de noche. Alex me observó con interés. Saqué unas bragas y un sujetador y me di la vuelta para mirarlo.

—¿Vas a salir o tienes la intención de quedarte ahí mirándome mientras me visto?

Se puso rígido de repente.

—Vaya... no, claro que no, me voy enseguida.

Salió por la puerta y la cerró. Dejé de sujetar la toalla y se deslizó hasta el suelo. En ese preciso momento la puerta se volvió a abrir. Alex tenía en la mano la ropa que me había dejado en el baño y se quedó con la boca abierta mirándome. Sus ojos se habían salido por completo de las órbitas. Grité y me agaché para recoger la toalla.

—¡Fuera de aquí!

—Yo... yo... —balbuceó—. Solo quería darte esto, no pensé que ya estuvieras... bueno, en resumidas cuentas, pensé que aún no te habrías quitado la toalla.

Me puse roja. Estaba completamente avergonzada.

—Lo siento, Olivia, te juro que no ha sido premeditado.

—¡Eso espero!

—¿Acaso no me crees? ¿Piensas que quería aprovecharme de la situación?

—Podría ser, eres un ser tan detestable que puedo esperar de todo.

—¿Sabes lo que te digo? Piensa en lo que quieras. Quería ser amable. ¡Joder, he sido amable! Y tú continúas maltratándome. Aquí tienes la maldita ropa, cámbiate y vete a la mierda.

Lanzó la ropa a la cama y se fue maldiciendo entre dientes.

LA PRIMERA VEZ



Era inútil. Con esa terca todo era inútil. Había intentado evitar el encuentro, quería ser amable, pero de todas maneras consiguió ponerme de los nervios. Habría sido mejor encontrar un cerrajero y cambiarle la cerradura, porque una cosa era cierta: no podía quedarse en mi casa. No se lo iba a permitir.

Entré en mi habitación cerrando la puerta con un portazo. Tenía que calmarme. Encendí el aparato de música y subí el volumen para que no se escuchara nada más: mi rabia, los sentimientos absurdos que se revolvían en el pecho y sobre todo las imágenes de su desnudez a pocos pasos de mí.

Tenía que concentrarme en la música, no en ella. No en sus labios. No en su cuerpo. Tenía que borrar su imagen de mi mente, era necesario si no quería volverme loco. Desnuda. La acababa de ver desnuda, ¡joder, qué guapa era! ¿Cómo podía parar de pensar en ello?

Me pasé las manos por la nuca y entrelacé los dedos, puse los codos sobre las rodillas y miré fijamente al suelo. Antes o después esa chica me iba a hacer volar en mil pedazos como una bomba de mil kilos de trinitrotolueno.

—Calma y sangre fría, Alex, calma y sangre fría.

Alguien me acarició el hombro y me sobresalté. El volumen alto había tapado el resto de sonidos, incluyendo el ruido de sus pasos.

—Alex —susurró agarrándome del brazo. Un escalofrío cálido se propagó por todo mi cuerpo. Me acababa de acariciar, pero parecía que me tocaba por todos lados. Ninguna chica me había hecho sentir eso. Me habían tocado, desnudado y

besado de mil maneras distintas, pero ninguna como ella.

Ella distorsionaba las fronteras, borraba los márgenes y despedazaba los límites. Fuego y pólvora, así éramos nosotros. Elementos peligrosos que jamás tendrían que acercarse. Nunca.

—¿Qué quieres? —respondí sin apartar la mirada del suelo.

—Quiero disculparme.

Me giré hacia ella. Estaba de pie a mi lado con una mano en mi hombro y otra que caía lánguida al otro lado. Llevaba puesta la ropa que le acababa de tirar a la cama, una camiseta larga de algodón y unos leggings que le envolvían las piernas. Todavía tenía el pelo despeinado y su mirada denotaba preocupación.

—He exagerado.

—Cierto —confirmé.

Miré la mano que tenía aferrada al hombro y levanté la mirada hasta encontrarme con sus ojos. Enormes, resplandecientes y deslumbrantes. La respiración se me paró en la garganta. La quería.

—Dejémoslo así —murmuré—, hemos exagerado los dos.

Asintió, tenía los ojos fijos en mí y se podía entrever una sonrisa en su boca.

—Tenemos que aprender a estar de acuerdo, Alex, no me soportas y el sentimiento es recíproco —suspiró convencida—. Pero no podemos pelearnos cada vez que nos encontramos el uno frente al otro.

—Tienes razón, no puede continuar así.

—Prométeme que a partir de ahora firmaremos una tregua.

—Vale —pronuncié enderezando la espalda—, te concederé una tregua.

—Dame la mano, Alex —la miré como si de repente se hubiera vuelto loca, pero continuó observándome, esperando mi reacción—. Dame la mano y repite lo que te digo.

¿Qué otra cosa podía hacer? Levanté una mano y se la di. La cogió y un cosquilleo molesto volvió a serpentearme por dentro.

—Prometo que a partir de hoy me esforzaré para no maltratarte cada vez que te veo.

Negué con la cabeza. Olivia estaba loca. Era obvio que había perdido el control. Me instó con la mirada, pero me quedé mirándola con incredulidad.

—Vamos, Alex, repite mis palabras.

—No eres normal, eres consciente de ello, ¿verdad?

—¡Repite!

Negué con la cabeza esbozando a medias una sonrisa.

—Prometo que a partir de hoy me esforzaré para no maltratarte cada vez que te veo.

—Y prometo que tendré más respeto hacia ti.

—Y prometo que tendré más respeto hacia ti.

Sonrió y puse los ojos en blanco.

—Una última cosa...

—¿Qué?

—Prométeme que a partir de ahora dejarás de besarme a traición.

Sonrió. Sonrió y la miré. Eso sí que no se lo podía prometer, no mientras sus labios se moviesen de esa forma, no mientras sus ojos me penetrasen el pecho. Sacudí la cabeza.

—¿Estás diciendo que no?

—Así es.

—¿No lo quieres prometer?

—No, lo siento, no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a poder mantener esa promesa —me puse de pie y me acerqué a ella. Le sujeté la cara con ambas manos y la sentí temblar. Su boca estaba muy cerca, demasiado cerca—. No podré hacerlo porque ya estoy infringiéndola, voy a besarte ahora mismo.

Tomé aliento y me lancé. Un vuelo carpado desde una colina de cien metros de altura.

Ese fue *el beso*.

Único. Irrepetible. Inimaginable. Fue un encuentro inesperado, un descubrimiento, un momento de total abandono. La besé y ella me besó. No había prisa. No había rabia. No había ningún tipo de rencor. Lo único que sentía en ese momento era calor, un calor inmenso que me envolvía. Me rodeaba. Dentro de mí. En mi piel desnuda y más allá.

Le acaricié la espalda hasta llegar al cuello. Sus ojos me miraban con asombro. Jamás olvidaré esa mirada. La sangre empezó a fluir con fuerza.

—Olivia —jadeé en sus labios—, párame. Párame antes de que sea demasiado tarde.

Pero no lo hizo.

No me paró.



—Párame antes de que sea demasiado tarde.

Pero ya era demasiado tarde. Nunca sentiría nada parecido por ninguna otra persona. Jamás. Me había calado hasta los huesos, quizás había estado siempre allí. Me atraía muchísimo, todo lo que Alex desencadenaba dentro de mí era fuerte e incontrolable, era imposible ponerle freno. Lo había intentado, me había esforzado muchísimo, pero ya era demasiado tarde. Estaba cansada de fingir. Estaba cansada de luchar contra él, contra nosotros, contra mil sensaciones que me perturbaban. Lo quería. Por una vez quería entregarme a mis necesidades, y en aquel momento le necesitaba. No le pararía y no me pararía, ya lo había decidido.

Le cogí la cabeza con ambas manos y empecé a besarlo del mismo modo en el que lo había hecho él. Le tiré hacia mí y lo besé, lo besé como si hasta ese momento hubiese respirado por primera vez.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó mientras seguía saboreando sus labios.

—Nos estamos besando, Alex.

—No hablo de esto, ¿qué está pasando entre nosotros dos?

—No lo sé, pero no quiero que termine.

Me restregué por su cuerpo y sentí su erección en mi abdomen. Fue excitante. Muy excitante.

Me seguí restregando y degustando ese contacto. Lo quería desesperadamente. No tenía ni idea de lo que se tenía que hacer en esas circunstancias, pero el instinto era más fuerte que cualquier experiencia directa. Levanté la mirada y observé directamente sus ojos. Confusos. Excitados. Sus iris cristalinos me hacían perder la razón. Respiró. Su pecho desnudo se hinchaba mientras lo

exploraba con las manos. Le acaricié todo el cuerpo. Los dedos se deslizaron por su piel. Era guapísimo y perfecto.

I've been loving you too long de Etta James empezó a sonar y sonreí.

—¿Y esta canción de dónde sale?

—De una lista de reproducción —respondió confundido.

Me acerqué a su oreja, le mordí el lóbulo y sentí que su cuerpo se adhería más al mío.

—No sabía que escuchabas este tipo de canciones. ¿Quién lo diría? —susurré pasándole las manos por el pelo—. Eres muy romántico, capitán.

Suspiró mientras mis incisivos le perforaban el lóbulo izquierdo.

—No tengo límites.

—Ni yo —respondí mientras le lamía el cuello con la lengua. Alex entrecerró los ojos y respiró profundamente mientras mi boca empezaba a besarle la clavícula. Le acaricié los hombros y el pecho lentamente, muy lentamente. Inspiró profundamente y después expiró. Me observó desde arriba.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

Separé la boca de su cuerpo y me humedecí los labios.

—Jamás había estado tan segura de algo. Y ahora bésame, por favor.

Levantó una ceja.

—Olivia, no creo que sea una buena idea que nosotros...

—Shhh —susurré, cerrándole la boca con el índice—. No hables. No digas nada. No estropees todo, te lo ruego, quiero que esto sea especial.

—Hablas como si para ti fuese la primera vez —dijo riéndose antes de mirarme a los ojos. No respondí y me puse de rodillas—. No, no puede ser...

No respiré, miré el suelo mientras acariciaba los surcos de sus abdominales con los dedos. Alex me agarró de los brazos para inmovilizarme.

—¡Joder! —me echó hacia atrás—. No, Olivia, ¡eso no! No podemos hacer esas cosas —se pasó las manos por el pelo y empezó a andar nervioso.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos?

—¡Porque no!

—Alex...

—¡No, Olivia! No puedo hacerlo. ¡No podemos, maldita sea! —se sentó en la cama frotándose la cara con las manos. Observé cómo arrugaba la frente y resoplaba entre los dedos—. ¡Quieres verme muerto, joder!

Sacudió la cabeza y se agarró el pelo. Parecía que estaba loco. Me acerqué con

cuidado, poco a poco. Me puse justo delante de él, de pie entre sus rodillas abiertas. Mis ojos lo miraron como si lo estuvieran viendo por primera vez. Era conmovedor verlo tan asustado. Me incliné hacia adelante y le cogí las manos, entrelazándolas con las mías. Alex me miró desorientado, me observó, y en sus iris claros vi un gran desconcierto.

—Olivia, por favor...

Nuestros dedos jugaron, moviéndose lentamente sin apenas rozarse.

—Shhh, déjame.

Tragó con fuerza, siguió observándome impertérrito durante unos instantes hasta que de repente se fijó en nuestras manos entrelazadas. Las levanté y siguió todo el recorrido, desde la rodilla hasta el centro de mi pecho.

Mi corazón latía. Latía con fuerza.

—¿Lo sientes? —pregunté—. ¿Sientes lo rápido que va?

Cerró los ojos durante un segundo mientras una cadena de latidos convulsos se desató bajo su mano. Me miró sorprendido y tomó aire.

—No te das cuenta —dijo señalándonos a ambos—, pero esto tendrá graves consecuencias. Si pasamos los límites no podremos volver atrás, ¿entendido?

—Sí, entendido.

—¿Y a pesar de ello quieres seguir adelante?

—No lo entiendes, ¿verdad?

Negó con la cabeza y aquellos dos pedacitos pálidos de cielo me observaron con atención esperando una respuesta.

—Esto —dije apretando su mano contra mi pecho—, te responde solo a ti. Tú eres el único que puede hacer que lata de esta manera, nadie más puede, nadie.

—Yo... no sé qué decir, de verdad.

—Y ahora no digas nada.

Dejé caer la mano y me quité la camiseta, dejándola en el suelo. Me miró sin poder articular palabra, como si no pudiera emitir ni un sonido. Nada, no salió absolutamente nada de sus labios. Lo único que se movía con rapidez eran sus ojos, ávidos y confusos. Me observaban de arriba abajo.

—¿Por qué me miras así ahora?

—¿Cómo? ¿Cómo te estoy mirando? —susurró, tragando con dificultad.

—Sin poder respirar. Me miras como si no pudieras respirar.

—Quizás porque es así.

—¿Por qué? —pregunté con timidez mientras una descarga de latidos resonó

en las sienes.

—Porque después de tantos años odiándote e intentando saber por qué me despreciabas tanto me parece que me he vuelto loco de repente. ¿Estoy loco si te dijera que te quiero muchísimo, Olivia?

Cerca. Estaba tan cerca que su respiración se fundía con la mía. Negué con la cabeza lentamente sin perder el contacto visual con él.

—Los dos estamos locos —susurré acariciándole los labios—, locos de atar...



Ese fue el fin.

El fin de mi cordura.

El fin de la razón.

El fin de todo sano juicio.

T me habría matado. Estaba muerto, muerto y sepultado, pero a quién le importaba. Ella estaba allí, medio desnuda frente a mí mientras yo me moría de ganas de saborearla.

—Ven conmigo —dijo cogiéndome de la mano—, tumbate en la cama.

Me sentí indefenso. Era absurdo, dudé, pero Olivia parecía estar mucho más en su salsa que yo. Me matarían por esto, mi mejor amigo me mataría, me asesinaría, me masacraría, pero valía la pena, cada segundo que pasaba con ella merecía la pena.

La vi moverse lentamente, subió a la cama y se acercó de rodillas. Mis manos no podían quedarse quietas, no sabía si podía tocarla, no sabía si le gustaría. ¡Joder, no sabía que hacer!

Para ella era la primera vez y yo no tenía la más mínima idea de cómo se iba a comportar. Tenía miedo. Estaba en pánico. ¿Y si le hacía daño? ¿Y si no era como ella se imaginaba? Mi mente se hizo una serie de preguntas que jamás encontrarían respuesta, pero el cerebro no iba a impedirme sentir mil sensaciones. Mi cuerpo no paraba de temblar. Avanzó hacia mí gateando sobre la manta y se sentó a horcajadas sobre mi dolorida erección. Todavía estábamos vestidos de cintura para abajo, pero estaba seguro que si continuábamos moviéndonos un poco más me correría en los pantalones. Respiraba. Con dificultad, pero seguía respirando.

Olivia se agachó para besarme en la boca, se apropió de ella, la invadió por completo, me acarició los labios y los saboreó con la lengua. ¡Dios, era fantástico!

La agarré de las caderas y la acerqué todavía más. Mi sexo se restregó contra el suyo a través del tejido de los pantalones y se le escapó un gemido de la boca.

Muerto. ¡Estaba muerto, joder!

Enderezó la espalda y se echó hacia atrás, mis ojos se concentraron en sus senos curvos sujetos con el push-up de mi hermana. Le acaricié la piel con las manos hasta envolverle el pecho. Deslicé los dedos sobre su piel bronceada, no podía parar de tocarla, de explorarla, de conocerla. Me miró a los ojos mientras se mordía la comisura de la boca y empezó a desabrocharse el sujetador. En cuanto soltó el gancho, los tirantes se le resbalaron por los brazos y dejó al descubierto uno de sus pechos.

Madre mía, era guapísima. Pero qué digo, era espectacular. Quería tocarla. Quería ver qué me hacía sentir al tocar esos pezones con mis manos, pero dudé. Dudé y la miré. Dudé y continué preguntándome si estaba cometiendo un gravísimo error.

—Puedes tocarme, si quieres —murmuró leyéndome el pensamiento—. Te prometo que no muerdo.

Me cogió ambas manos y se las llevó al pecho.

Perfecta. Ella era perfecta y yo apenas tenía fuerza para pensar. Inspiré. Inspiré a fondo, observando esas cálidas gemas que me miraban. En su mirada vislumbré excitación... excitación y deseo en estado puro. Me senté, la sostuve con las manos por la espalda y me acerqué a su boca. La besé, la devoré, la poseí. Labios tensos, lenguas que no se podían parar.

Sucedió. Sucedió y en ese momento ya no se podía parar.

La puse bocarriba sobre la cama y me coloqué sobre ella. La ropa todavía nos separaba, pero solo era una barrera irrisoria. Sujeté el elástico de los leggings y se los quité. Dobló las rodillas y cayeron indefensos sobre la cama. Me incliné de nuevo y volví a besarla, la besé en un lado del cuello, en la clavícula y en el espacio entre los pechos, después subí por sus curvas y le succioné los pezones. Olivia gimió y yo estaba a punto de volverme loco por la gran cantidad de adrenalina que me recorría el cuerpo. Sentí que sus manos me recorrían la espalda y se deslizaban hacia la cintura elástica de los pantalones, metió los dedos debajo del tejido y empezó a bajármelos lentamente.

No podía moverse bien por el peso que tenía encima, así que hice palanca con las rodillas para ayudarla a eliminar esa otra barrera que había entre nosotros

cuerpos casi desnudos.

Los obstáculos fueron disminuyendo y con cada uno de mis movimientos la sentía temblar. Coloqué una mano sobre la almohada y con la otra le acaricié el cuello, descendiendo hasta el pecho.

—Eres guapísima —susurré, ella echó la cabeza hacia atrás. Empecé a besarla por todo el cuerpo: en los labios, en el cuello... Saboreé cada milímetro de piel con la boca, pero aun así no conseguía saciarse.

Me eché hacia atrás y me elevé sobre una rodilla para admirarla, estaba agarrada al cabecero de la cama con la boca abierta y las pupilas dilatadas. Metí un índice a cada lado de las bragas y empecé a bajarlas con tranquilidad para darle tiempo a que se arrepintiera, pero no lo hizo. Me miró mientras aguantaba la respiración y contrajo los músculos del abdomen. El ombligo parecía que se hundía por lo tensa que estaba. Tracé el perímetro con la lengua y empecé a bajar cada vez más, lamiendo la piel que se iba descubriendo poco a poco. Olivia se retorció y contorsionó, respirando de forma convulsa. Cada vez que bajaba la boca se le llenaba la garganta de resuellos guturales. Movié todo el cuerpo y se agarró con más fuerza al cabecero de la cama, con los pies hundidos y los ojos entrecerrados. La desnudé y la observé en toda su majestuosa belleza.

Era la sensación más fuerte que había probado en mi vida. La sangre empezó a presionar las arterias, las sentía contraerse bajo el peso de la excitación.

Ya no podía parar.

Me quité el bóxer y me puse un preservativo. Me incliné sobre ella y la besé mientras la acariciaba con la mano.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —gemí sobre su boca carnosa.

—Sí. Oh, sí —gimió en cuanto la penetraron mis dedos. Abrió los ojos repentinamente y me quedé quieto.

—Dime si te hago daño, no sé cómo actuar en esta situación.

—Vas muy bien, no te pares, por favor.

Y no lo hice, continué tocándola hasta que dejé de sentirla temblar bajo mis manos.

Era maravillosa. Maravillosa y sensual. Me situé entre sus muslos tensos y metí con delicadeza mi sexo dentro de su carne. Los dos respirábamos como si nos faltara el aire. Quería hacerlo despacio, tenía que hacerlo despacio, porque en ese momento había depositado su confianza en mí.

Olivia tembló y me miró. Sus ojos se abrieron de par en par y los cubrió una sombra de tensión. Aguantó la respiración cuando ahondé más en ella, así que

paré un momento para observarla.

—¿Te hago daño?

Negó con la cabeza y siguió mirándome. Parpadeó rápidamente: una, dos, tres veces, y brotaron algunas lágrimas de sus ojos.

—¿Estás segura? —pregunté con preocupación—. Dímelo si quieres que pare.

Me acarició el rostro mientras dos lágrimas le recorrían las mejillas en silencio. En ese momento me di cuenta de lo que de verdad estaba ocurriendo entre nosotros: me estaba enamorando de ella.

La besé. La besé con intensidad mientras seguía moviéndome, primero lentamente y después cada vez con más intensidad. Olivia se agarró a mis hombros y después echó la cabeza hacia atrás para ofrecerme el cuello. La marqué con la boca y se empezaron a ver machas violáceas en su delicada piel, pero no me paré y continué succionándole el cuello como un loco. Esa vez no solo fue la primera vez para ella, sino también la mía, porque nunca antes había hecho el amor con ninguna otra chica.



Era perfecto. Alex era perfecto. Me acariciaba con las manos y las entrelazaba con las mías mientras me miraba a los ojos. Se movía con lentitud y me besaba con dulzura y cuidado. Mi corazón latía enloquecido, intentando digerir las sensaciones que se desarrollaban en mi mente y en mi cuerpo. Miedo y deseo. Dolor y placer. Entre nosotros había una mezcla de contradicciones que se complementaban a la perfección.

—Dios mío... —suspiré mientras me penetraba cada vez con más fuerza y me devoraba el cuello.

Tenía dieciséis años.

Era mi primera vez y, tras pasar una vida odiándolo, había acabado enamorada de él.

Cerré los ojos para liberarme de las lágrimas que se habían quedado atrapadas en las pestañas.

—¿Va todo bien? —preguntó con una dulzura que me hizo explotar el corazón. Nunca pensé que entre él y yo pudiera pasar, que me habría costado contener las lágrimas y controlar las emociones, pero si había uno que pudiera atravesar todas las capas defensivas, ese era él. Me llegó hasta el fondo, podía verme y desnudarme por completo.

Le rodeé las caderas con las piernas y secundé sus movimientos. Alex echó la cabeza hacia atrás y empezó cada vez a ir más fuerte, sus ojos estaban nublados de placer y con los dientes se apretaba los labios.

Lo observé. Lo admiré mientras se contraía entre mis manos, y la sensación de no poder vivir sin ellos me devastó. Él se movía y yo temblaba. Temblaba y no podía parar de hacerlo a pesar de que mi piel estuviera ardiendo.

—¿Qué pasa? —preguntó abriendo de par en par esos ojos azules. Me acarició los labios con un dedo y esbocé una sonrisa.

—Nada.

Le recorrí la boca con el índice, observando con atención cada onda de sus labios, y después lo besé.

Todo fue muy intenso e increíble.

—Déjate llevar, Olivia, conmigo puedes hacerlo.

Abrí los ojos y ahondé en los suyos. Me faltaba el aire y después... una extraña sensación empezó a recorrerme la piel. Era intensa y bonita, como si todo mi cuerpo se estuviera concentrando en un único punto y a la espera. A la espera de explotar de un momento al otro.

—Alex —gemí mientras una ola devastadora me atravesó de la cabeza a los pies. Dejé de respirar durante un instante y después empecé a temblar de verdad. Temblé y me acarició. Temblé y me besó. Temblé y me tiró hacia él sin dejarme escapar.

Cuando pasó esa ola me costaba respirar, cerré los ojos y una sensación de felicidad se apoderó de mí. Alex se colapsó encima de mí, diciendo frases incomprensibles. Sentí su corazón latir a través de mi piel. Los músculos estaban rendidos al placer, no podía aguantar más y me quedé aplastada bajo su peso.

Se quedó en esa posición durante unos instantes y después rodó hacia un lado. Se quitó el preservativo y lo envolvió en un pañuelo, después de lo cual volvió a tumbarse mirando hacia el techo. Tenía los ojos cerrados, la boca entrecerrada y el pecho subía y bajaba sin parar.

—Ha sido increíble —susurró sin fuerzas, y sentí explotar mi corazón.

—Alex —murmuré con voz seca.

—¿Sí?

—¿Ahora qué hacemos?

Giró la cabeza hacia mí y sonrió. Me apartó un mechón de pelo de la cara, me atrajo hacia él y con el oído sobre su pecho me acarició el pelo.

—Ahora durmamos —dijo subiendo las sábanas.

Me rendí a sus brazos y me dejé mecer por el sonido de su corazón, hasta que poco a poco me quedé dormida.

VISITAS



¿Puede un perfume penetrarte tanto como para marcarte?

Todo lo que nos rodeaba era un enjambre de olores y fragancias mezcladas, un abanico único que no se podría volver a recrear. La lluvia había parado de caer al otro lado de la ventana y el olor fuerte a hojas, hierba mojada y asfalto húmedo flotaba en el aire.

Estaba allí con los ojos cerrados, la cabeza sobre la almohada y la mente libre, perdida en lo que parecía ser una fusión única, la nuestra. Nuestros cuerpos estaban entrelazados, mi espalda pegada a su pecho y sus dos grandes brazos me rodeaban.

—¿Estás despierta?

Me humedecí los labios, pero seguía teniendo los ojos cerrados. Alex me acarició la mandíbula con los dedos.

—Sé que estás haciéndote la dormida, Olivia, ha cambiado tu respiración.

No quería despertarme del todo, era una situación tan irreal que casi tenía miedo de abrir los ojos. ¿Qué me encontraría frente a mí? ¿Qué vería en aquellos ojos azules en los que había profundizado unas horas antes?

—No me obligues a recordártelo, sabes que sería capaz —susurró acercándose a mi oído. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y cada pequeña célula de la epidermis.

—¿Quieres ponerme a prueba? —preguntó acariciándome el costado desnudo con la punta de los dedos. Mis labios formaron una sonrisa y se inclinó para besarme en la parte del cuello más cercana al hombro.

—Mmh, he pensado que también podría morderte —me mordió la carne con suavidad y no pude dejar de sonreír—. Ya has visto que tenía razón, estás despierta y querías engañarme.

Me giré enseguida, con la espalda sobre el colchón y el rostro mirando hacia él. Abrí los ojos y lo miré.

No estaba preparada. No estaba para nada preparada para el sobresalto que dio mi corazón, se hundió en la tierra y después subió al cielo. Me había quedado sin palabras, lo observé pestañeando, era él, el mismo, pero tan distinto...

—¿Has dormido bien?

—¿Qué hora es? —pregunté con voz seca y nada natural.

—Las ocho y media.

—¿Nos hemos pasado toda la tarde durmiendo?

—Bueno, digamos que no hemos dormido toda la tarde, precisamente.

Se me sonrojaron las mejillas y lo único que pude hacer fue darle un codazo en el costado.

—¿Qué pasa? —dijo riéndose—. Me parece un poco tarde para que te hagas la moralista, ¿no?

—Sí, cierto —murmuré mientras miraba cómo ondeaban las cortinas de la ventana. Alex se apoyó sobre un codo—. ¿Te arrepientes de lo que hemos hecho?

Negué con la cabeza.

—Pero... ¿te esperabas algo distinto?

Su tono de voz era extraño, parecía preocupado, y no pude evitar sonreír para mis adentros. Alex ya no era el globo hinchado arrogante que conocía. En la cama, cerca de mí, era un chico que acababa de tener sexo y tenía miedo de no haber estado a la altura de la situación.

—Pues...

—¿Qué?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que no sabes exactamente?

—No sé si esperaba que fuera distinto.

Vi que se entristecía y poco a poco se sentó en la cama, dándome la espalda. Observé su espalda erguida y espaciosa, sus músculos dorsales esculpidos a la perfección y la cintura estrecha. Alex respiró despacio y con la mano derecha tocó la sábana arrugada. Me acerqué a él, le acaricié los hombros con las manos

y lo besé en el centro de la escápula. Sentí que su cuerpo se relajaba bajo mis manos y lo seguí besando.

—Ha sido maravilloso, capitán. Todavía no puedo creer que haya ocurrido de verdad.

Alex se giró de repente, me cogió con las manos y de repente me encontré sentada sobre sus piernas. Me abrazó, me acarició y me miró. Sus ojos eran distintos, irradiaban luz. Me apartó un mechón de pelo detrás de la oreja y me rodeó el cuello con la mano.

—¿Entonces lo he hecho bien?

—Mucho más que bien.

Sonrió.

—Y si lo volviéramos a hacer, ¿cómo crees que sería?

—Pues eso ya no lo sé, habría que probarlo, ¿qué te parece?

—Que quizás tengas razón —susurró en mis labios—, después de todo la perfección se consigue con la práctica, ¿no?

—Obviamente.

Me invadió la boca, nuestros labios, dientes y lenguas se buscaron, se unieron y se enfrentaron sin descanso. Sentí que su erección crecía de nuevo bajo mi trasero y mi cuerpo reaccionó enseguida. Dios, era absurdo cómo con tan solo acercarse me provocara algo tan incontrolable.

—Joder, Olivia —resopló mientras me hacía rodar hasta estar debajo de él. Su sexo, cada vez más duro y voluminoso, se deslizó entre mis piernas y una sensación latente floreció de repente. Clavó un brazo en la almohada y me miró directamente a los ojos—. ¿Te apetece hacerlo de nuevo?

Asentí sin apenas respirar y empezó a besarme el cuello. Arqueé la pelvis y la restregué con la suya, pensé que sería vergonzoso, sin embargo, no tenía nada inmoral en ello, solo estábamos nosotros, él y yo, y habíamos apartado cualquier freno que nos pudiera inhibir.

—Dios, Alex, es increíble.

—Sí...

Mis oídos vibraron, el corazón palpitó y se escuchó un sonido en la lejanía. Intenté ignorar esa molestia, pero el ruido continuó.

—¿Alex?

—¿Sí?

—¡Alex, para!

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—¿No lo oyes?

Frunció el ceño y miró a su alrededor.

—¿El qué?

Se volvió a escuchar el sonido y en ese momento estaba claro que no estábamos solos, había alguien en la puerta.

—Joder, ¿quién será ahora?

—Y yo qué sé, mira a ver.

Dijo algo entre dientes mientras se ponía los pantalones del chándal que estaban tirados en el suelo.

—No puedo bajar a abrir en estas condiciones —se giró hacia mí y vi que entre sus piernas tenía un bulto muy vistoso. Me reí mordiéndome el labio.

—No me hace gracia, ¡esto es culpa tuya!

—Date prisa, mira a ver quién está abajo y después dejaré que me perdones.

—¡Voy y vuelvo! —salió corriendo por la puerta de la habitación y poco después volvió—. No te atrevas a moverte o vestirte, ¿entendido?

—Entendido.

—Bien.

Desapareció por el pasillo y bajó las escaleras. Escuché el ruido de los tres escalones centrales mezclado con el sonido de los pies descalzos al pisar el suelo. Hundí la cabeza en la almohada y me relajé.

Escuché unas voces masculinas que provenían de la entrada y presté atención. El corazón empezó a latir a toda velocidad, seguido por las glándulas suprarrenales. Tenía tanta adrenalina en el cuerpo que no podía ni respirar.

No, no podía ser...

Me puse de pie, tenía las piernas cansadas, me envolví en la sábana y salí de la habitación de Alex. Con cada paso que daba hacia las escaleras la confusión se hacía más grande hasta casi explotar. No podía entender bien lo que estaban diciendo, pero esa voz...

Esa voz era imposible no reconocerla.

—He intentado dar con ella durante toda la tarde, pero no responde, no tengo ni idea de dónde está y estoy preocupado.

Me agazapé en el muro para ver lo que sucedía, pero la situación estaba bastante clara: Mark había venido a buscarme.

—Te lo repito, no la he visto.

La voz de Alex era monótona, pero no dejaba entrever duda alguna.

—Mira, Lex, Olivia no suele desaparecer así. Si la ves, ¿podrías decirle que lo llame?

¡Maldita sea! Tim también estaba abajo.

—Claro. No os preocupéis —dijo en tono seco.

—¿Qué te pasa?

Me moví para ver mejor, Tim lo estaba observando con una mirada inquisitoria.

—Nada, ¿por qué?

—Parece que estás perturbado, Lex.

Alex se pasó los pulgares por el elástico de los pantalones, resaltando el hecho de que de cintura arriba estaba completamente desnudo.

—Joder, amigo, tienes una chica en casa, ¿no?

—Exacto...

—Perdónanos, capitán, no imaginábamos que estuvieras... ocupado —Mark esbozó una sonrisa a medias y se volvió hacia T—. ¿Dónde crees que puede estar?

—No lo sé, pero no puede haber ido muy lejos.

—Quizás esté con alguna amiga —dijo Alex. Los dos se giraron para mirarlo como si le hubiese salido un grano en la frente.

—¿Olivia? ¿Con una amiga? ¡Pero si su única amiga es tu hermana! Por eso he venido aquí, pero no sabía que Eva no estaba —se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—Quizás esté en la biblioteca, la señorita Perfeccionista es el tipo de persona que se pasa la tarde en la biblioteca.

—¿En la biblioteca?

—Claro.

—Pero son casi las ocho de la noche, tendría que haber vuelto a esta hora. ¿Y por qué no me responde?

Di un paso y el maldito suelo rechinó bajo mi peso. Alex se giró de repente hacia las escaleras y Tim y Mark hicieron lo mismo.

¡Tenía que desaparecer!

Me apresuré a subir al piso de arriba, corriendo a la desesperada para que no me vieran.

EL NINJA DE LA NOCHE



—¿Y esa quién era?

Tim levantó una ceja y me miró con preocupación.

—Es una chica que no conoces.

Mi mejor amigo me miró de forma rara como si hubiera hecho algo malo, pero menos mal que ninguno de ellos se dio cuenta que detrás de esas sábanas estaba ella.

—Venga, T, vamos a dejarle en paz, por lo que parece el capitán tiene cosas que hacer. Además, ¿no salías hoy?

Tim levantó la muñeca para ver el reloj. Se mordió la comisura de la boca y se quedó pensativo.

—De hecho, se me está haciendo tarde.

—¿Y a qué esperas? —le animé—. Al final no vas a llegar a tiempo.

T me miró con el rostro serio, sus iris verdes me conocían mejor que cualquier otro y sabía muy bien que esa cagada saldría a la luz tarde o temprano. Era solo cuestión de tiempo, después me mataría con sus propias manos.

—Vale, nos vamos, pero avísame a mí o a Mark si la ves, ¿de acuerdo?

—Cuenta con ello.

Me apresuré a cerrar la puerta y respiré de alivio. ¡Joder! ¿Qué me estaba pasando? ¡La he fastidiado! La he fastidiado muchísimo y ya era imposible volver atrás.

—¿Se han ido?

Dos pies descalzos que bajaban un par de escalones invadieron mi campo visual.

—Sí, justo ahora.

Olivia me miró, vi la preocupación en su rostro, pero quizás había algo más.

—¿Qué hacemos ahora, Alex? —dijo con voz débil.

—No lo sé. No lo sé...

Me pasé las manos por el pelo y me senté en el sofá del salón.

—Hemos hecho una estupidez, Olivia, estás con él, ¡joder! Esta vez T me va a matar.

Continué jugando con el pelo sin parar. El cojín del sofá se aplastó bajo su peso y se acurrucó a mi lado. No dije nada, no había nada más que decir, pero fue mi cuerpo el que actuó por mí. La rodeé con un brazo, la subí encima de mí y empecé a acariciarle el pelo. Oía muy bien a cerezas maduras, sí, eran cerezas.

—Tenemos que encontrar una manera para que puedas entrar a casa e inventarte una excusa creíble.

Asintió y siguió agarrándome con fuerza. Parecía que estuviese a punto de llorar.

—Olivia —murmuré levantándole la barbilla con la mano—, mírame, todo irá bien, ¿vale?

Asintió con ojos tristes y preocupados. Sonreí, más por intentar disipar la tensión que porque hubiera algo por lo que sonreír. Le rocé la punta de la nariz con el índice y levantó los labios.

—Lo arreglaremos todo, te lo prometo —asintió un poco más convencida—. Vamos a vestirnos, no podemos forzar una cerradura medio desnudos.

—Tienes razón, no sería profesional.

Sonreí, le acaricié los labios con un beso y me di cuenta de que todo esto, a pesar de ser absurdo, imposible y malo, era lo único que quería.

La quería.

—¡Venga, vamos!

La cogí de la mano y me fui hacia las escaleras.

—¿Alex?

—¿Sí?

—¿Por qué iría a matarte Tim?

Me rasqué la cabeza con la mano y me miró con curiosidad.

—Digamos que no quiere que me acerque mucho a ti.

—¿Por qué?

—Porque no soy lo mejor que pueda pasarte.

Se paró de repente, puso los brazos en jarras y pestañeó como siempre.

—Eso tendría que decirlo yo, ¿me equivoco?

Sonreí y le volví a tocar una vez más la punta de la nariz con el índice.

—Mira, antes o después nos haremos mucho daño, señorita.

—¿Acaso es eso una promesa?

—No, Olivia, es una certeza.

Mis labios se zambulleron en los suyos y nos volvimos a besar.

—¡Vamos! —en pocos pasos estábamos en mi habitación.

Teníamos que entrar en esa casa como fuera. Me vestí rápidamente y ella hizo lo mismo. Se puso los leggings, la camiseta y una sudadera. Me acerqué a la ventana para cerrarla y miré al otro lado del jardín.

—¿Qué miras?

—Espera un momento.

Saqué unos prismáticos del escritorio y observé con atención la casa de Olivia.

—Ven.

Vino a mi lado y miró por la ventana.

—¿Qué tengo que ver?

—Mira —dije dándole los prismáticos—, la cortina de tu habitación se están moviendo, seguramente te has dejado la ventana abierta.

Estrechó los ojos utilizando los prismáticos y después se volvió hacia mí.

—¿Me has estado espiando?

—¿Cómo? —pregunté sin poder evitar una sonrisa.

—¿Me has estado espiando con esta cosa? —me partí de la risa y me dio con el puño en el brazo—. Así que es verdad, ¡me has espiado!

—Mira quién habla, ¡el *ninja* de la noche!

—¿Cómo?

—Te vi la otra noche, mientras me mirabas escondida entre las plantas del jardín.

Olivia se sonrojó, estaba irresistible.

—Digamos, pequeña *shinobi*, que estamos en las mismas condiciones.

Bajó la mirada para intentar huir de mis ojos.

Me acerqué a su oído, susurrándole las palabras directamente al cuello.

—De todas maneras, que sepas que nunca te he espiado con esto.

—Pero me has espiado, ¿verdad?

—Sí. Pero lo que he visto hoy en vivo ha estado mucho mejor.

—Eres idiota, Alex, ¿sabes?

—Y tú eres un grano en el culo, pero eso no quita que me gustes bastante.

Olivia sonrió.

—Tú también me gustas bastante —murmuró mientras dibujaba arabescos sobre mi pecho.

—Quizás sea mejor que nos vayamos antes de que sea demasiado tarde.

—Tienes razón —murmuró alejándose de mí—, quizás sea lo mejor.

—Sí, es lo mejor.

Bajamos las escaleras y salimos de casa con cuidado para que no nos viera nadie, atravesamos el jardín y nos paramos bajo su habitación.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—Entraré por la ventana.

—¿Por la ventana? ¡Pero está en el piso de arriba!

Miré el pórtico que rodeaba la casa y la estructura de madera sobre la que había decenas de plantas.

—Pasaré por allí.

—¿Seguro?

—Claro, soy un experto en allanamientos y deberías saberlo.

—Ya, la última vez que entraste por una ventana en mi presencia casi te mato.

—Por eso ahora esperarás fuera.

—Estás completamente loco, ¿sabes?

Le agarré el rostro con las manos y le di un beso rápido.

—Claro que lo sé, por eso me amas.

Metí un pie y me subí a la estructura mientras me miraba desconcertada.

ALLANAMIENTOS



—Yo no te amo, eso que quede claro —le grité, intenté mantener un volumen discreto. Me miró desde el tejado del porche y con una sonrisa de oreja a oreja.

—No lo he entendido.

—Te he dicho... ¡que no te amo!

—Bueno, era evidente.

—¿Vas a dejarlo ya?

—¿De hacer qué?

—¡Siempre quieres tener la última palabras! Eres... molesto.

—¡Shhh! ¿Quieres hablar bajo, por favor? Vas a hacer que nos descubran.

Miré a mi alrededor y me callé inmediatamente. Eran casi las nueve y estaba oscuro, pero no podíamos infravalorar a los espías del vecindario. Había ojos y oídos por todos lados, sobre todo al lado y de frente. La señora Thompson, la madre de Tim, siempre estaba al acecho, tenía una vista de lince y el oído muy fino. Alex cruzó el tejado del porche y se puso delante de la ventana de mi habitación. Abrió el cierre y, como un ladrón consumado tras años de allanamientos, se metió en la casa. La luz del interior se encendió enseguida, pero pasaron varios minutos antes de que abriera la puerta.

—Ya puede pasar, señorita.

—¿Se puede saber qué es lo que estabas haciendo?

—Estaba asegurándome de que el lugar era seguro.

Lo miré enfadada, con los brazos en jarras y una expresión tipo «¿me tomas por tonta?».

—Alex, por favor, ¿qué estabas tramando?

—Nada, lo juro. ¿Y qué es lo que podría haber hecho encerrado en tu casa?

—No lo sé, dímelo tú.

—No pienses cosas raras, no soy el tipo de persona que mira en cajones ajenos o cosas de ese tipo.

—¡Tú! —abrí la boca y los ojos—. ¿Has mirado en mis cajones?

—Te acabo de decir que nunca lo haría —comentó con una sonrisita malévola—, pero...

—¿Qué?

—Esas braguitas microscópicas de encaje blanco son verdaderamente... ¡guau!

—¡Alex!

—¿Qué pasa?

—¿Por qué has mirado entre mis cosas?

Se encogió de hombros y puso una mueca feísima con la lengua fuera. Lo miré de mal humor, pero esa expresión entre lo angélico y lo demoníaco hizo que me rindiera enseguida. Las comisuras de la boca se curvaron solas hasta que sonreí de verdad.

—¿Ves como no puedes resistirte a mí?

Sacudí la cabeza y me fui a la cocina. Tenía que encontrar el móvil y ver las llamadas perdidas.

—¿Qué haces, señorita Perfeccionista, estás escapando de mí?

—No estoy escapando.

Me agarró por el hombro y me cogió por la cintura, dos brazos fuertes me envolvieron y sus labios bajaron para besarme en el cuello.

—Me voy a casa, pediré una pizza. Si no me equivoco tu favorita es margarita con doble de mozzarella, ¿no?

—Sí.

—¿Te viene bien en media hora?

—Pero yo...

—¿Tú, qué? Qué pasa, ¿no tienes intención de comer?

—Sí, pero...

Me dio la vuelta y me sujetó el rostro con una mano, inclinándose hacia mí. Malditas mariposas, empezaron a moverse como locas. Intenté relajarme, me humedecí los labios y cerré los ojos esperando un beso, pero no llegó nunca.

Cuando los volví a abrir, Alex estaba a un milímetro de mi boca y me estaba mirando.

—Date prisa, te espero en casa. Y, por favor, ponte esas bragas, me muero por vértelas puestas.

—¡Eres un idiota!

—Claro, claro —asintió. Me sorprendió con un beso rápido y en un segundo salió por la puerta. El sonido al cerrarse fue una especie de despertador, un ruido seco que me devolvió a la realidad. Miré a mi alrededor sin moverme. Estaba en mi elegantísima casa vacía, parecía que el silencio hacía más ruido que un enjambre de abejas laboriosas.

Podrían ser dos cosas: o había empezado a escuchar voces o mis pensamientos zumbaban tan rápido que se escuchaban hasta en el exterior.

El móvil seguía en la encimera de la cocina, pegado al cargador, y la luz azul parpadeaba como si quisiera avisarme de que los problemas acababan de empezar. Con la mano temblorosa cogí el teléfono y le quité el cable, suspiré y agrupé las llamadas según la peligrosidad en este orden: dos llamadas de Eva, riesgo bajo, la llamaría más tarde; cuatro de Mark, riesgo medio, tenía que pensar en algo pronto; y luego teníamos el apocalipsis, cinco llamadas de mi padre, el equivalente a un tornado F5 o un terremoto R10.

—¡Maldición! —dije yendo de un lado a otro. Si no tuviera un congreso esa noche, seguramente se habría montado en el coche para volver.

¿Qué me podía inventar? ¿Qué excusa creíble podría inventar por haber estado desaparecida una tarde entera sin teléfono?

—Piensa, Olivia, piensa.

Volví a poner el móvil en la encimera de la cocina y me senté a observarlo, con los codos en la mesa y la cabeza entre las manos, como si ese objeto inanimado pudiera sugerirme una solución. Quizás no una solución, pero como antecámara de la muerte no se le daba del todo mal. Mientras pensaba, la pantalla se iluminó de repente y el ruido inquieto de la vibración hizo que un enjambre de insectos me revoliera el estómago. La palabra «Papy» brillaba sin pausa y la imagen sonriente del doctor Jack Williams me miraba desde la pantalla.

—Calma, Olivia, respira. Toma aire y échalo fuera.

Cogí el teléfono con la mano, conté hasta tres y respondí.

—Hola, papá.

—Olivia, ¿dónde estabas? Te he llamado toda la tarde, iba a anular el discurso y volver a casa.

—Lo sé, tienes razón, pero puedo explicarlo todo.

—Será mejor que lo hagas rápido, Mark me llamó en estado de pánico, no le respondías y no estabas en casa, ¿se puede saber qué ha pasado?

¡Maldito! Ese chico era un bocazas.

—Mark siempre exagera, papá, sabes que se preocupa demasiado...

—Olivia, no me interesa si ha exagerado, quiero saber dónde has estado durante toda la tarde.

Plegué el borde de la camiseta y la arrugué.

—He salido.

—Eso ya me lo imaginaba, lo que me interesa saber es dónde has estado y con quién —suspiré y miré al techo—. No, señorita, no suspires. Esta vez me has preocupado demasiado.

—Lo sé, papá, lo sé. Si dejas que te lo explique...

—Vale, te escucho.

—Salí a... a la biblioteca, pero vi que el móvil no tenía batería y lo puse a cargar. Estuve allí varias horas y después volví. Luego, cuando llegué a casa me di cuenta de que había perdido las llaves.

—¿Has perdido las llaves de casa?

—Bueno, en realidad no las he perdido, estaban en la mesa cerca del teléfono.

—¿Y cómo has podido entrar sin las llaves?

—Pues...

Jack Williams se aclaró la voz al otro lado del teléfono.

—Olivia, no me cuentes mentiras, sabes que las reconozco a distancia.

—Papá, ¿puedes dejarme terminar?

—Sí, está bien, termina.

—Te decía que cuando me di cuenta de que no tenía las llaves llamé a Alex.

—¿Alex?

—Sí, Alex. Nuestro vecino, el hermano de mi mejor amiga.

—No te hagas la sabionda, no te conviene. De todas maneras, ¿Qué habéis hecho para entrar en casa sin las llaves?

—Había dejado la ventana de mi habitación abierta, por lo que se subió al

tejado del porche y entró por ahí. Eso es todo, como ves todo va bien, puedes estar tranquilo.

—Mmh.

Me pareció haber sido bastante convincente, una actriz hecha y derecha. Las palabras salieron fuera solas. Hubo un breve momento de silencio, estaba reflexionando.

—*Cariño, ¿estás listo? Te están esperando todos ya.*

La voz de mi madre, claramente molesta, se escuchó al otro lado del teléfono.

—¡Ya voy, Vivian! Tengo que irme. Y tú, señorita, no vuelvas a irte sin el teléfono, ¿entendido?

—Sí, papá.

—Una cosa más, dale las gracias a Alex de mi parte.

—Vale.

—Hablamos mañana.

—Hasta mañana, papá.

Comprobé que se hubiera acabado la llamada y suspiré de alivio. Me temblaban las manos, pero lo había hecho muy bien. Solo me quedaba lidiar con mi novio. Fui al registro de llamadas perdidas y lo llamé. Respondió al segundo tono.

—Dios, cariño, ¿dónde estás? Te he buscado por todos lados, te he llamado un montón de veces, ¿por qué no me has respondido?

—¿Tú qué crees? —pregunté con voz seca.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? ¿De verdad, Mark? No me lo puedo creer, has llamado a mis padres. A. Mis. Padres. ¿Sabes que mi padre ya no quería dar la conferencia para volver a buscarme? ¿Por qué no has alertado a la policía o al ejército?

—Pero...

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué?

—Pero yo... estaba preocupado, no me respondías, no estabas en casa.

—¡Y por eso te ha resultado lógico llamar a mis padres!

—¿Por qué estás tan enfadada? No lo entiendo.

—Cierto —dije entre dientes pisando el suelo de la cocina con fuerza—, tú nunca lo entiendes.

—Mira, Olivia, no tengo ganas de discutir por teléfono, voy allí y lo

hablamos.

—¡No! —grité.

—¿Por qué me dices que no?

—Quiero decir —suspiré—, en este momento estoy demasiado enfadada, así que no te atrevas a venir aquí. ¿Entendido?

Podía escuchar el ruido de los dientes rechinando los unos con los otros. Permaneció en silencio unos segundos y después explotó.

—Está bien, haz como quieras. Si así están las cosas saldré esta noche con los chicos. Buenas noches, Olivia.

—Vale, muy bien. ¡Sal con quien te dé la gana!

—¡Perfecto!

—¡Sí, perfecto!

Silencio. Ninguno de los dos colgó, pero ni él ni yo teníamos la intención de ceder.

—Diviértete —siseé enfadada.

—Tú también —Mark colgó y lancé el teléfono a la mesa.

La rabia que sentía en su confusión era completamente infundada, pero quizás hubiera una razón retorcida detrás. Giré la cabeza hacia la ventana y vi a Alex salir al porche. Había una furgoneta aparcada al lado del camino del jardín y el chaval de la pizza se le acercó con una caja grande de cartón. Pagó la cuenta y se volvió hacia mí, nuestras miradas se cruzaron a través del cristal de la ventana y el estómago se enrolló sobre sí mismo. No había nada que hacer, estaba completa y absolutamente perdida.

NUEVAS EXPERIENCIAS



Olivia me miró a través de la ventana, la luz de la cocina la iluminaba desde atrás y, a pesar de que fuera estuviera oscuro, podía verla perfectamente. Se puso un mechón de pelo detrás de la oreja y sonrió.

Levanté el cartón de la pizza y le hice señas para que se diera prisa, ella asintió y poco después desapareció de mi campo visual. Entré en la casa y dejé la pizza sobre la encimera de la cocina. Saqué dos vasos, una botella de cola y puse todo en la mesita del salón. En cuanto sonó el timbre fui corriendo a la puerta.

Era extraño. Todo lo que había sucedido ese día lo era, pero quizás “extraño” no era lo bastante significativo, quizás “absurdo” definía mejor la idea.

Abrí la puerta y la dejé entrar. Olivia me miró con una expresión nueva, una mezcla entre una niña indecisa y una mujer que sabe perfectamente lo que quiere.

Nos miramos, nos observamos en silencio durante unos segundos y después, como si una fuerza incontrolable atrajera nuestros cuerpos, nos lanzamos cada uno hacia la boca del otro. Le enmarañé el pelo, le acaricié la espalda y la besé. La besé sin pausar para respirar.

Cada vez que lo hacía era un viaje. Un paseo por claros ardientes, un descenso por un camino salvaje, una zambullida en aguas heladas y turbulentas, Olivia era adrenalina pura. Metí la lengua entre sus labios y la mordí con delicadeza. Se le escapó un gemido y sentí que me llegaba hasta la entrepierna de los pantalones.

—¡Al sofá! —ordené, y seguí besándola. Nos tambaleamos sin separarnos del

todo y llegamos al sofá esquinero que estaba en el centro del salón. Me dejé caer en el asiento y la puse encima de mí. Olivia estaba a horcajadas sobre mis muslos y se rio. Seguramente era la primera vez que lo hacía en mi presencia, no recordaba un momento en el que se había reído de verdad por algo que dijera o por algo que tuviera que ver conmigo, de hecho, siempre me había ignorado o despreciado.

Negué con la cabeza y la miré directamente a los ojos. Era guapísima. Tenía dibujada en el rostro una amplia sonrisa que dejaba ver sus dientes blancos y perfectos, los hoyuelos en las mejillas, los iris luminosos y unos pliegues a los lados de los ojos que eran lo más dulce que había visto.

—¿Qué pasa?

—¿Mmh?

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo? —dije acercando la frente a la suya.

—No lo sé, es que jamás lo habías hecho antes.

—Tú tampoco me sonreías antes.

—Si es por esto —murmuró distanciándose un poco—, hay otras muchas cosas que no he hecho antes.

—Mmh, interesante... ¿y cuáles son?

Olivia sonrió aún más y una descarga de adrenalina me atravesó el abdomen. Estiró una mano y me tocó el pecho, con el dedo índice recorrió un sendero tortuoso hasta llegar inevitablemente a la entrepierna de los pantalones.

—Tocarte, por ejemplo, no lo había hecho nunca.

Sus dedos se deslizaron sobre mi sexo endurecido y me sobresalté. Tragué sin poder respirar mientras ella me miraba satisfecha a los ojos.

—Puedo continuar, si quieres...

Tragué la saliva.

—Continúa —jadeé mientras su mano se hacía cada vez más presente a pesar de la barrera de tejido. Bajó la cintura elástica de los pantalones y liberó mi erección. Joder, no sabía que me podría excitar tanto, bastaba con que me mirase de esa manera para que me subiera la presión.

Olivia se humedeció los labios de forma provocadora, cerró el puño en torno a mi sexo y empezó a mover la mano. De repente me puse rígido, me miró fijamente a los ojos, los labios y después fue descendiendo.

Tragué una vez más.

Era imposible que estuviera ocurriendo de verdad, era mejor que cualquier

fantasía o visión que hubiese tenido borracho. Olivia masturbándome era solo un sueño perverso fruto de mi mente.

Su mano volvió a moverse, arriba y abajo, arriba y abajo, despacio y después más rápido. No, no era un sueño. No era un sueño, ¡joder! Estaba ocurriendo de verdad.

Hinché los pulmones y aguanté la respiración. Me miró, quitó la mano y se puso de rodillas. Allí estaba, entre mis muslos, como una geisha que me desafiaba con la mirada.

Volvió a tocarme y se humedeció los labios, centrando su atención en mi sexo latente. No lo haría. No, no lo iba a hacer, la señorita Perfeccionista no era el tipo de persona que me haría una paja en el sofá de mi casa.

No obstante...

Lo estaba haciendo. Maldita sea, lo estaba haciendo de verdad.

—¿Puedo? —preguntó echándose hacia adelante.

No respondí, aguanté la respiración tensando los muslos y los abdominales mientras ella me rozaba la ingle con el pelo. Iba a correrme en su mano. Sí, iba a correrme en su mano antes de que me tocara con los labios.

Piensa en otra cosa, Alex, ¡no puedes quedar mal!

Vale, tenía que concentrarme. La imagen de la pizarra garabateada del entrenador Dalton fue lo primero que me vino a la mente. Repasar los esquemas sería un buen efecto disuasorio.

Siguió moviendo la mano lentamente mientras me observaba.

Primer esquema: un running back, dos tight end y dos receptores.

Se lamió los labios y se acercó a mi erección. Tragué.

Segundo esquema: dos running back, dos tight end y dos receptores.

Su boca envolvió por completo mi carne rígida y me quedé paralizado.

Tercer esquema: un running back, ningún tight end y cuatro receptores.

Empezó a mover la cabeza arriba y abajo. ¡Que le den al fútbol americano!

¿Quién podía pensar en algo sensato con Olivia entre las piernas comiéndote la polla? Yo no, seguro.

Continuó un poco más y después levantó la cabeza mientras seguía moviendo la mano. Me observó a la espera, quizás esperase que le dijera algo, pero no tenía aliento, estaba sin palabras y sin fuerzas. Jamás había estado tan tenso en mi vida y casi me temblaban las piernas.

—¿Qué tal?

—¿Mmh? —murmuré mientras sus dedos jugueteaban con mi miembro rígido. Abrió los ojos señalando hacia mi polla. ¿Quería saber si me había gustado? ¿Si había estado bien? ¡Joder, si había estado bien!

Metí los labios entre los dientes y sonreí.

—¿De qué te ríes? —preguntó enfadada.

—Estaba pensando...

—¿Qué?

—Tendrías que hacerlo un par de veces más, suficiente para evaluarte con precisión.

Me dio un golpe en el pecho con el puño y la agarré por la muñeca.

—¡Eres un idiota! —resopló con una sonrisa que le llegaba de lado a lado.

—Y tú eres increíble.

Sonrió y sus ojos huyeron de mí.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio —le aparté el pelo de la cara y le acaricié una mejilla—. He tenido que repasar de memoria los esquemas de juego para no hacer el ridículo y correrme en tu mano.

¿Y por qué le dije una cosa así?

Olivia se partió de risa sujetándose la barriga y tuve que seguirla.

Reír a solas puede liberarte, pero hacerlo junto a alguien con el que estás unido es maravilloso. Ya era evidente, estaba perdido por ella mucho más de lo que creía. Nosotros dos siempre habíamos sido dos piezas incompatibles, pero después hemos entendido cómo encajar.

Me puse los pantalones y enderecé la espalda.

—¿Quieres comer? Creo que la pizza se ha enfriado en este rato.

—Mmh mmh.

—¿Tú que dices? ¿La caliente?

—Déjalo, lo hago yo.

Olivia se puso de pie, cogió el cartón de la mesita y se lo llevó a la cocina. Buscó algo en los cajones y después escuché el temporizador del horno. Encendí la televisión y me relajé en el sofá.

—Conoces mi cocina mejor que la tuya. A veces tengo la impresión de que estuvieras viviendo con nosotros —la provoqué en tono de burla.

Olivia no respondió y tras un rato me giré. Estaba quieta de espaldas, rígida y los brazos abrazándose el pecho mientras fingía que tenía la cena bajo control.

Me levanté del asiento, me acerqué por detrás y le rodeé la cintura mientras le besaba el cuello con dulzura.

—¿Qué te pasa?

—Nada —negó con la cabeza sin añadir nada más, pero estaba claro que había algo que le rondaba la cabeza.

—¿En qué estás pensando? —le di la vuelta y le levanté la barbilla para mirarla a los ojos. Olivia los cerró e inspiró por la nariz—. ¿Te ha ofendido lo que te dije? ¡Estaba de broma!

—No. No.

—¿Entonces qué te pasa?

Tragué, tenía todavía los ojos cerrados y las cejas apenas se le movían.

—A veces me asfixio en casa. No soporto a mi madre, por eso siempre estoy aquí. Solo tengo a mi padre, y antes... —suspiró—. Tuve que decirle un montón de mentiras.

—¿Sobre lo que ha sucedido esta tarde?

—Así es.

—¿Qué le has dicho?

—Que estuve en la biblioteca.

—¿Y te ha creído?

—Sí, creo que sí, pero ese no es el problema —se humedeció una vez más los labios, como si tuviese la boca seca. Me miró furtivamente y suspiró—. Le he mentado y nunca lo había hecho antes.

—¿Te arrepientes de haber pasado el día conmigo? —le pregunté con la voz destrozada por la preocupación.

—No —dijo negando con la cabeza—. Lo que ha ocurrido entre nosotros era inevitable, Alex. Era solo cuestión de tiempo, lo sé yo y lo sabes también tú.

—Ya —murmuré mirando al suelo.

—¿Alex?

—¿Sí?

—¿Y tú? —preguntó apoyando la base de la espalda en la encimera de la cocina—. ¿Te arrepientes?

Mis ojos la observaron detenidamente, su boca apenas se movía y el pecho se le hinchaba y deshinchaba por la respiración.

—No me arrepiento de nada —la agarré por los costados, le levanté el borde de la camiseta y metí las manos. Le acaricié la espalda con movimientos lentos y

delicados y la besé.

UNA PIZZA Y UNA PELÍCULA



Todo era muy extraño, pero al mismo tiempo era increíblemente perfecto. Parecíamos una pareja de verdad. La pizza en el horno y los dos besándonos apoyados en la encimera de la cocina.

El temporizador sonó y me tuve que alejar de su boca de mala gana.

—Creo que está lista.

No me dejó ir, me tenía cogida por la cintura, los dedos dibujaban arabescos redondos por mi espina dorsal y su sonrisa me dejaba sin respiración.

—Alex, tengo que sacar la pizza del horno.

—Lo sé, lo he entendido.

—¿Entonces por qué siguen tus manos aquí?

—¿Tengo que ser sincero?

—¡Claro!

—Se me ha pasado el hambre.

Sacudí la cabeza y le di un beso rápido en los labios.

—A mí no —susurré en su oído—, así que aparta, que quiero comer.

—Vale —murmuró. Se hizo a un lado y ocupó mi lugar, con la base de la espalda apoyada sobre la encimera de la cocina, los brazos cruzados en el pecho y un pie sobre el otro. Me miró fijamente. Observó cada uno de mis movimientos. Me agaché para sacar la pizza del horno y la puse en la mesa.

—¿Entonces vas a comer o no?

—Mmh mmh.

Extendió una mano hacia el cartón y la aparté de un bofetón.

—No, cariño mío, ¡no se toca! Antes vayamos allí.

Me miró confuso y la frente arrugada, pero sin añadir nada me siguió hacia el sofá. Nos acomodamos el uno al lado del otro con la pizza todavía en el cartón y una extraña euforia que rodeaba a la normalidad.

—Aquí tienes, señorita, margarita con doble mozzarella.

Levantó una porción que apenas se mantenía recta y me la acercó a la boca. La mordí y gruñí. Estaba en su punto y el hecho de que fuera él quien me la diese la hacía todavía mejor.

—¿Está buena?

—Mmh mmh.

Él también le dio un mordisco y asintió.

—¡Buenísima!

Sus ojos parecían iluminarse mientras me observaba satisfecho.

—Gracias —murmuré tras terminar de masticar.

—¿Por qué?

—Por haber cuidado de mí.

Tragó el último bocado y me cogió de un lado para arrastrarme hacia él.

—No sé qué ocurrirá entre nosotros en los próximos días, pero de algo puedes estar tranquila: de ahora en adelante cuidaré siempre de ti.

Mi sonrisa se hizo más amplia poco a poco hasta convertirse en gigantesca. Los hoyuelos cada vez más evidentes y la piel de la cara tensa.

—¿Lo dices en serio?

Asintió con la cabeza.

—¿Y tu chica? —dije mofándome de él.

—¿Qué chica?

—Kendall.

—Ella no es mi chica, no estamos juntos.

Recorrí el cuello de su camiseta con el índice y lo miré dudosa.

—¿Y yo?

—¿Tú qué?

—¿Yo qué soy?

—Bueno, eso es fácil —susurró mordiéndome el cuello—. Tú eres mía.

Cerré los ojos mientras su lengua escribía frases húmedas detrás de la oreja.

—¿Y eso qué quiere decir?

Se irguió y me miró directamente a las órbitas.

—Quiere decir que nadie puede acercarse a ti, a menos que quiera acabar en el hospital.

Bajé la mirada de golpe. Mis dedos se movieron con nerviosismo, casi temblando.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo se lo decimos al resto? —levanté los iris y miré directamente a los suyos—. A tu hermana, a tus padres, a los míos y a Mark...

Se puso triste de repente.

—Lo tienes que dejar, Olivia, aquí no hay discusión. Podemos esperar para decírselo al resto, pero no quiero que sigas saliendo con él, eso que quede claro.

—Lo sé, pero...

—¿Pero...?

—El viernes es la final del campeonato, no puedo dejarlo ahora, para él es muy importante y ya me siento culpable.

Gruñó como si no estuviera para nada de acuerdo.

—No quiero que se acerque a ti.

—No lo hará, pero dame un poco de tiempo, te juro que después del partido lo hablaré con él.

—¿Y yo qué tengo que hacer mientras? ¿Mirarte desde lejos? —me agarró el trasero y lo apretó con las manos—. No creo que pueda disimular mientras otro se comporta como si todavía fuera tu chico.

—¿Te fías de mí?

—No es de ti de quien no me fío, Olivia, sino de él.

Sonreí.

—Sabes que haré lo que quiero.

—Lo sé —murmuró pasándose las manos por el pelo.

—Ahora es inútil discutir. Tendré cuidado estos días y después de la final hablaré con él.

Arrugó los labios y la frente. No estaba nada contento, pero tenía que resignarse, nunca habría cedido en este punto. Ya le sería difícil a mis padres aceptarlo, a él más.

—¿Te apetece ver una película? —cogí el mando y cambié de canal.

—¿Una película? ¿Qué quieres ver?

—No lo sé, ¿tú qué quieres ver?

—Nada empalagoso, por favor.

—Estaba pensando en un thriller o en una película de acción.

Alex enderezó la espalda y me miró sorprendido.

—¿Lo dices en serio?

—Mmh mmh.

Sacudió la cabeza de la alegría y se levantó del asiento.

—¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¿De qué?

—De que eras perfecta para mí —murmuró de espaldas, yo me derretí por completo. Se inclinó hacia el televisor y metió un CD en el reproductor antes de volver a sentarse a mi lado.

—¿Qué has elegido?

—El coleccionista de huesos.

—¡Ah! —exclamé con emoción—. ¡Es una de mis favoritas!

Se giró para mirarme a los ojos y sonrió.

—Ya te he dicho que tú y yo somos perfectos.

—Lo sé.

Me acurruqué cerca de él y me quedé en esa posición durante las dos horas siguientes. No había nada más agradable que ver la televisión con la cabeza apoyada en su corazón, que latía lenta y uniformemente. Alex me acarició el pelo y cada cierto tiempo se agachaba para besarme. Fue una noche perfecta. Absolutamente perfecta.

Cerré los ojos mientras los créditos finales recorrían la pantalla, pero no duró mucho: un sonido repentino casi me hizo saltar en el aire. Abrí los ojos y me giré para mirar la puerta de la entrada.

—¿Quién puede ser a esta hora? —mi tono de voz era una mezcla entre el fastidio y el terror.

—No lo sé —murmuró con sorpresa.

¿Qué podíamos hacer? ¿Abrir o fingir que no había nadie en casa?

—*Ábreme, Lex, sé que estás ahí, tenemos que hablar.*

—¡Joder, es Tim! —maldijo echándose las dos manos a la cabeza. Lo miré preocupada y arrugando la frente.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que haya venido a matarte?

—¿Sabes lo que pasa? —resopló—. Que si te encuentra aquí hay bastante probabilidad de que lo haga.

De repente se puso serio y parecía preocupado, me miró como si yo fuera un gran problema y que si pudiera me haría desaparecer en ese mismo instante.

—¿Y ahora qué hago? ¿Me meto debajo del sofá o entro en un armario? —le reproché con rabia.

—¿Qué te pasa ahora?

—Nada de nada.

Alex se puso en pie y se alisó la ropa.

—Olivia, por favor, ¿puedes decirme por qué te has enfadado?

—*¡Eh, Lex! ¿Qué estás haciendo? ¿Me vas a abrir o no?*

—¡Ya voy, T! —se dio la vuelta para mirar la puerta y después me miró a mí—. ¿Me dices qué he hecho? —preguntó en voz baja.

—Nada, solo que antes parecías estar convencido de esto, y en cambio...

—¿Qué? ¿En cambio qué?

—¡En cambio en este momento quieres que desaparezca!

Levantó una ceja y me miró con incredulidad.

—Tú no sabes cómo están las cosas, Tim me partirá las piernas cuando sepa lo que hay entre nosotros dos.

Me crucé de brazos y arrugué la frente.

—*¡Eh, Lex! ¿Se puede saber que estás tramando?*

—Después te lo explico, Olivia, pero por el amor de Dios, pórtate bien ahora, ¿vale?

Asentí mordiéndome el labio inferior y Alex abrió la puerta con cuidado.

—¡Ya era hora! ¿Cómo has tardado tanto?

Tim entró a paso rápido en el salón y cuando se dio cuenta de mi presencia abrió los ojos de par en par. Juro que la boca casi le llegaba al suelo. Se giró hacia Alex y lo miró con malicia. Él hizo como si no pasase nada, aunque todas sus células gritaban en voz alta que era culpable.

—¿Cómo ha ido la noche, T?

Alex se acercó a la mesita y se sirvió un vaso de agua. Estaba nervioso y seguro que también se dio cuenta su mejor amigo.

—La mía muy bien —respondió—. ¿Y la tuya? —preguntó mirándome con el rabillo del ojo.

—Nada importante. La señorita Perfeccionista y yo hemos pedido una pizza y hemos visto una película. ¿Verdad? —preguntó dirigiendo las pupilas hacia mí. Su mirada temblaba de terror, no quería que dijera algo para contradecirlo. El problema era que no tenía la fuerza para hacerlo. ¿Había bastado tan poco para hacer que cediera y negara todo lo que había sucedido entre nosotros?

—Sí —confirmé mientras buscaba con la mirada la vía de escape más cercana. Localicé mi bolso en el suelo, cerca del sofá, y al ver su posición me di cuenta de que habíamos ido diseminando restos de ropa por todos lados. Tim siguió la dirección de mis ojos y una sombra le recorrió el rostro. Alex palideció y siguió dando sorbos al vaso. Huyó de mi mirada, no podía ni siquiera mirarme a la cara y mi corazón parecía que se resquebrajaba.

—Quizás sea mejor que vuelva ahora a casa —resoplé—, gracias por la película, la pizza y lo demás.

Me levanté del sofá y empecé a recoger todas mis cosas del suelo. Los ojos de Timothy siguieron cada uno de mis movimientos, como un halcón que observa a su presa desde lo alto.

—Buenas noches —murmuré acercándome a la puerta.

—Buenas noches, Olivia —contestó T. Alex me miró desorientado y poco convencido. Asintió esbozando una sonrisa poco convincente y se sentó en el sofá.

¿Qué había sucedido en los últimos cinco minutos? ¿Lo nuestro había sido solo una farsa?

Ignoré el sabor amargo de la desilusión y sin darme la vuelta agarré la manija, abrí la puerta y salí.

Era tarde y en la calle no había nadie. El silencio era tan profundo que podía escuchar el ruido del viento entre las hojas o el de un aspersor en la lejanía. Evidentemente, a pesar de la lluvia de los últimos días, esa herramienta inútil seguía haciendo su trabajo cada noche a la misma hora. Me aferré a la sudadera y con la cabeza baja me fui a casa. Fui por el camino largo. No atajé por el jardín como de costumbre, atravesé el camino de baldosas de arenisca y llegué al camino principal, me giré hacia el árbol de lima que separaba las dos propiedades y fui hacia mi casa. Esta vez tenía tanto las llaves como el teléfono, todo estaba en orden, metafóricamente hablando, aunque dentro de mí me sentía de todo menos serena.

Entré a la casa, encendí la luz y suspiré tan fuerte que parecía que hubiese estado manteniendo la respiración durante un siglo. Di unos pasos, crucé el umbral de la cocina y tiré mis cosas a la mesa. Las llaves tintinearón y el

teléfono acabó a unos palmos de distancia. Miré por última vez por la ventana. Su casa todavía estaba iluminada, dos sombras masculinas se movían con lentitud en el salón y la desilusión se hizo espacio a codazos.

Quizás Alex solo había estado jugando conmigo.

DISCUSIONES



La puerta se cerró tras ella y me sentí fatal. Olivia estaba enfadada, T estaba furioso y yo era un gilipollas.

—Bien, bien —empezó, dando golpes con el pie en el suelo. Miré al techo y me ajusté la entrepierna de los pantalones sin pensármelo mucho.

—¿Se puede saber qué estás haciendo con ella, Lex?

—Mira, T, te aprecio mucho, de verdad, amigo, pero esto no es asunto tuyo.

De repente frunció el ceño y arrugó la boca formando una mueca.

—A Mark se le ha ido la olla esta noche —lo miré con cara de interrogación y continuó—. Se ha emborrachado, estaba con Thomas, y le ha detenido la policía.

—¡Joder!

—Por suerte, su padre tiene muchos contactos, de lo contrario no sé cómo habría acabado.

—Perdona, ¿pero qué tengo que ver en todo esto?

Tim inspiró profundamente, como si estuviera desesperado. Se pasó las manos por la cara un par de veces y después me observó mientras sacudía la cabeza.

—Estaba así por ella, creo que se han peleado.

—Sigo sin entenderlo.

—¡Alex, por favor!

—¿Qué?

—Creo que ya te lo expliqué bastante bien, pero por lo que parece sigues sin

entenderlo o te estás haciendo el tonto. Me vale de todo, pero no me tomes por tonto. Ella ha estado aquí contigo, ¿no?

No respondí y me tragué el sapo que se me había quedado atascado en la tráquea.

—Claro que era ella, y la próxima vez si no quieres que todo el mundo lo sepa no le dejes el cuello como si se hubiese peleado con un vampiro —metió los dedos entre el pelo y negó con la cabeza mientras me fulminaba con la mirada. Estaba desesperado y no sabía qué decir.

—¿Te has acostado con Olivia?

No respondí.

Negó con la cabeza y me miró decepcionado.

—Te has acostado con ella, ¿pero te das cuenta? ¿Qué cojones te dice el cerebro, amigo? ¿Has pensado en las consecuencias de todo esto?

—Mira, T —dije con voz ronca por el silencio prolongado y la garganta seca —, ha sucedido, ¿vale? No fue premeditado, pero igualmente ocurrió.

—Hablas de ello como si fuera una manzana que cae accidentalmente de un árbol o como un evento inevitable.

—¡Es que es así! —resoplé—. ¡Joder, T, lo he intentado! Juro que lo he intentado, pero...

—¿Pero qué?

—He perdido la cabeza por ella, ¿vale? —me puse de pie y empecé a andar de un lado a otro—. No sé cuándo sucedió, no sé ni siquiera cómo pudo ocurrir, pero esa chica me ha absorbido el cerebro. Sueño con ella por la noche, la espío por la ventana, la sigo a todos lados y estoy celoso. ¡Celoso y loco de atar!

Tim me miró con incredulidad. Era la primera vez en mi vida que me miraba de esa manera.

—Es más grave de lo que crees —resopló mientras se sentaba en el sofá. Fui sin parar de un lado a otro de la habitación, no paraba de tocarme la cara y el pelo.

—Mira, Lex...

Levanté una mano para que se callara. Negué con la cabeza y lo miré directo a los ojos.

—Por favor, no hace falta que me regañes. Sé que la he cagado, que está con Mark, etcétera, pero no me arrepiento, y digas lo que me digas, que sepas que por el momento no tengo ninguna intención de negarlo.

Suspiró Tim con las piernas abiertas, los codos apoyados en los muslos y las

manos entrelazadas.

—Vale.

Levanté una ceja mirándolo con incredulidad. ¿De verdad había dicho «vale»? ¿Sin gritos, ni puñetazos, ni ojos morados? ¿Solo «vale»?

—No me mires así, Lex, sé lo que significa perder la cabeza por una chica y no me avergüenzo de admitirlo, al contrario que tú.

—Yo nunca he perdido la cabeza... —bajé la mirada al suelo y Tim sonrió, negando con la cabeza—. ¿Qué puedo hacer, T?

Mi mejor amigo me miró directamente a los ojos y vi una madurez impropia de un chico de dieciocho años. Su mirada era la de un hombre. Tim siempre fue así, él razonaba, pensaba y meditaba. El impulsivo era yo, el gilipollas hecho y derecho siempre fui yo.

—Escúchame bien, no soy yo quien debe decirte lo que tienes que hacer, sabes que no me gusta esto.

—Por Mark, lo sé.

—No, no era por Mark, era por ti.

Lo miré con el ceño fruncido y me senté sobre la mesilla frente a él.

—¿Por mí?

—Vamos, Lex, tú no eres un ejemplo de novio fiable, cambias de chica como de calzoncillos y nunca te ha importado ninguna.

Abrí la boca, como si al escuchar de él lo que pensaba que era normal se hubiera convertido en una abominación.

—Eres libre de hacer lo que quieras, no te juzgo, nunca lo he hecho, a decir verdad, pero Olivia es distinta, es importante para mí, y en el fondo siempre supe que también lo era para ti. Al principio pensé que querías divertirte con ella, que sería una especie de desafío, y eso no lo puedo aceptar. Pero si de verdad estás así por ella, significa que es distinto.

—¿Entonces dices que tendríamos que estar juntos o algo por el estilo?

—Eso no puedo decidirlo yo, y creo que es mejor que lo hable ella primero con Mark.

Me salió un gruñido gutural de la garganta.

—¿Y de verdad crees que aceptará la ruptura? —negué con la cabeza imaginándome una pelea entre ellos—. Él la quiere y seguramente intentará seguir con ella.

Tim sonrió.

—Te has picado, amigo. Respira, ¿vale?

—Qué fácil decir “respira” y “mantén la calma”, no sabes lo que conlleva combatir con Olivia.

—Y tú eres un experto, ¿no?

Mi mejor amigo se partió de risa y lo miré fijamente con el ceño fruncido.

—¿Ella qué dice? Quiero decir, ¿habéis hablado después de que le marcaras la yugular o no se os ha ocurrido debatir sobre ello?

—¡Qué simpático eres!

Tim se rio. Se rio y sacudió la cabeza como si para él la situación fuese muy divertida.

—Me gustaría ver cómo esconde esas señales. Eres un animal.

—¿Vas a dejarlo ya?

—No, perdona, es demasiado divertido —volvió a reírse sujetándose la barriga y me rasqué la nuca.

—Según tú, ¿estaba muy enfadada cuando se fue?

—¿Olivia?

—¿Y quién si no?

—Pues ahora que lo pienso, no me parecía que estuviera muy contenta.

—¡Lo sabía! Tengo que hablar con ella.

—¿Ahora?

—Sí, ahora —cogí la chaqueta y las llaves y me fui hacia la puerta. El corazón me latía con fuerza mientras bajaba los escalones del porche y entraba en el camino del jardín. La luz de la habitación de Olivia seguía encendida. Atravesé el jardín, pisando la hierba cortada, me sujeté a la barandilla del porche, salté por encima sin acercarme a los peldaños. Toqué el timbre y llamé a la puerta. Esperé unos instantes, pero no respondió nadie.

¿Por qué no me abría?

—¡Olivia! ¡Olivia, abre! —grité, pero la luz de las escaleras no se encendió y miré la estructura de arriba. Sin pensármelo dos veces, empecé a subir.

—¿Pero qué haces? ¿Estás loco? Si te ve alguien podría llamar a la policía.

—¡Estate alerta! —le dije, sonriéndole con satisfacción.

Tim se cruzó de brazos, miró a su alrededor y después levantó la mirada.

—¿Te he dicho alguna vez que estás como una cabra? —dijo en voz baja.

Me di la vuelta para mirarlo y seguí sonriendo.

—Cien veces como mínimo, pero eres mi mejor amigo, así que es un piropo.

Tim sacudió la cabeza y, tras asegurarse de que no me había roto una pierna al entrar por la ventana, cruzó la calle y volvió a casa.

UN INTRUSO



Sorbí un poco más de infusión para anestesiar mis pensamientos. No quería pensar en lo que había pasado, pues era más fácil poner la música a todo volumen en los oídos e impedir a la mente que razonase que imponerle que no lo hiciera.

Be strong de Fefe Dobson monopolizó los tímpanos y me la puse en bucle, en cuanto terminaba volvía a empezar.

—No pienses en ello, Olivia, no pienses en ello —me repetí entre un sorbo y otro.

Una presencia se me acercó por detrás y me quedé petrificada. El corazón empezó a palpar sin parar, pero después, como un tigre que reconoce a su domador, se ralentizó. Cerré los ojos saboreando el perfume que emanaba de él. Yo también lo llevaba, era la marca que me había dejado en la piel. Me rozó el costado con una mano y con la otra me quitó el auricular del oído.

—¿En qué no tienes que pensar? —preguntó inclinándose hacia mi hombro. Me tragué las cuatro mariposas que se habían aventurado por la garganta y me mordí los labios, intentando mantener los pies en la tierra. Era demasiado tarde. Una parte de mí ya estaba volando. Muy alto. Demasiado alto.

Me rodeó la cintura y su respiración cálida se me coló por el pelo, apoyó la frente en la nuca e inspiró.

—Lo siento —susurró profundizando con la nariz en los mechones castaños.

No podía hablar. No sabía que decir. Estaba enfadada y me había defraudado,

pero al mismo tiempo el hecho de que estuviese allí conmigo y me abrazase de esa manera me había calado más de lo que podía imaginar.

—Veo que sigues entrando por las ventanas como un ladrón —dije.

Casi podía escuchar el sonido de sus labios al abrirse en una sonrisa. Me apartó un mechón de pelo detrás de la oreja y dejó al descubierto el cuello, posó los labios en él y succionó, lamiendo y mordisqueando la delicada piel.

—Se lo he dicho.

—¿El qué? —me aparté inmediatamente y me giré para mirarlo a la cara—. ¿Qué le has dicho a Tim?

—Que estoy loco por ti.

Sonreí. Sus ojos jamás habían sido tan azules. Le acaricié el pecho con la punta del dedo y apoyé la palma abierta sobre el corazón. Latía con fuerza, igual que el mío.

—Alex, yo...

—Shhh...

Ladeó la cabeza antes de acercarse y apropiarse de mi boca. Me besó durante un rato largo, con pasión, acariciándome el pelo y la espalda. Ese no era nuestro primer beso, pero pareció que lo era. Nos era imposible esconder nuestros sentimientos.

¿Es posible amar a alguien durante toda una vida sin saberlo?

Posiblemente sí.

Alex me mordió los labios, los sujetó con los incisivos y después los acarició con la lengua. Le cogí del pelo y lo empujé hacia mí. Cuando se alejó después de un rato, me miró directamente a los ojos y asentí. No había nada más que decir. Me cogió de la mano y subimos al piso de arriba. Él delante y yo detrás, sin separar nuestros dedos entrelazados. Entramos en mi habitación y nos tumbamos en la cama, con la espalda tocándole el pecho. Sentí que algo rígido me presionaba, pero al contrario de lo que pensé, no hizo nada. No me tocó de esa manera, se quedó a mi lado y me acarició con delicadeza.

—Tenemos que encontrar una manera para hacer que esto funcione —susurró en mi pelo.

—Y lo encontraremos.

Me agarró con más fuerza mientras me acurrucaba a su lado, utilicé su brazo como un cojín para apoyar la cabeza.

—Quédate aquí esta noche.

Posiblemente cada una de sus sonrisas tuviera un sonido, porque estoy segura

de que podía escucharlas, y en ese momento Alex estaba sonriendo.

—Tranquila, no me iré a ningún sitio aunque me lo pidas.

Me besó en la nuca y, poco a poco, acurrucada en sus brazos, el cerebro se insensibilizó y me quedé dormida.

La noche pasó como un relámpago fugaz y nos despertamos por la mañana, todavía estábamos aferrados el uno al otro. Nunca había dormido con alguien, o mejor dicho, con alguien que no fuera mi mejor amiga. Encontrarme junto a él fue algo insólito. Me giré hacia su dirección y lo observé mientras dormía. No me había dado cuenta antes de lo perfecto que era su perfil y la simetría de su rostro. La mandíbula definida, la boca carnosa y el pelo que le caía por la frente tenían la misma fuerza de atracción que un imán.

—Buenos días. ¿No te ha dicho nadie nunca que es de mala educación mirar a las personas mientras duermen?

Alex abrió los ojos y arrugó los labios. La tentación de besarlo cada vez era más fuerte.

—¿Cómo has sabido que te estaba mirando? —pregunté mientras mis dedos repasaban su perfil con suavidad.

—¿Creías que no me daría cuenta? Siento tus ojos en mí, Olivia, los siento desde siempre, desde la primera vez que me crucé con ellos.

Sonreí y puse una mueca pequeña.

—¿Te acuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? Creo que fuiste la única niña que me sacó la lengua.

—Vaya —comenté sorprendida—, sería porque eras un niño muy molesto.

—¿Molesto?

—Mmh mmh.

Se apoyó en un codo y me miró.

—¿Lo dices de verdad? ¿Era molesto? ¿Y tú qué?

—Tenía que mantenerte alejado.

Sonreí al recordar esos enormes ojazos azules que me miraban con curiosidad.

—No te tendría que haber dado tanta confianza, Alexander.

—Ah, ¿no?

Negué con la cabeza en señal de disconformidad y se puso erguido sobre mi espalda.

—¿Entonces quieres mantenerme alejado? —preguntó metiéndome las manos

bajo la camiseta. Empecé a reírme en cuanto sus dedos me rozaron la piel de los costados.

—¡Responde! ¿Quieres mantenerme alejado?

—No —gemí, riendo y sacudiendo la cabeza.

Sus labios se plegaron hacia arriba y liberaron una sonrisa maravillosa.

Pasamos la mañana así, encerrados en casa y acaramelados en la cama, en el sofá y hasta en el suelo del salón. Las horas pasaron tan rápido que en un abrir y cerrar de ojos se hicieron las dos de la tarde. Alex volvió a su casa para descansar un poco, tenía una sesión de entrenamiento para la final, y dado cómo habíamos pasado las últimas horas, probablemente no podría ni mantenerse en pie.

Aproveché su ausencia para llamar a Eva. Estuvimos al teléfono algunos minutos y la puse al día del por qué en las últimas horas había estado desaparecida. No le dije nada de lo ocurrido con su hermano, nadie tenía que saberlo hasta que hubiéramos acordado qué hacer y dejase a Mark.

Sabía que antes o después tendría que enfrentarme a ese momento, pero no podía dejar a mi chico en el acto, no se lo merecía. Me había portado muy mal, lo había traicionado, pero lo peor era que le había dado a Alex lo que a él nunca pude concederle. Si lo hubiese descubierto, le habría hecho muchísimo daño. Si le decía la verdad en ese momento, le habría privado de las dos cosas que más le importaban: nuestra historia y su equipo.

No se trataba de tomar una decisión, pues ya estaba tomada, sino de preservar al menos una de las dos razones para vivir de un chico al que no había dejado de querer.

La única solución era que pasaran unos días, estar a la espera manteniendo un perfil bajo y después, tras el evento más importante del año para su equipo, hablar con él.

Miré a mi alrededor mientras atravesaba el salón, todo parecía estar bien. El suelo de palisandro blanco, las paredes gris ceniza y los marcos de la puerta de yeso. Había montones y montones de libros ordenados en las cavidades de la pared y unas cortinas largas en brocado escondían todo de los ojos indiscretos. Ese ambiente tan formal sirvió de escenario durante toda la mañana para actividades que seguramente mi madre desaprobaría. Seguí adelante y fui a la cocina. Allí también parecía que todo estaba en orden, no había nada fuera de su sitio, ninguna huella de nuestro paso, excepto mi reflejo en el cristal del horno. Me acerqué a aquella superficie y me observé de cerca.

¡Dios mío! Tenía el cuello completamente recubierto de moratones. Alex

estaba loco. ¿Qué podría hacer para ocultar todas esas señales? Levanté la cremallera de la sudadera hasta la barbilla, a la espera de poder ocultarlas. Estaba intentando esconder las pruebas de mi traición cuando vibró el teléfono.

Hay una cosa escondida bajo el cojín del sofá.

*Date prisa en encontrarla porque en diez minutos estaré allí y quiero vértela puesta.
Alex.*

Sonreí y me fui de nuevo al salón.

¿Qué habría podido esconder bajo el cojín? Había dos sofás idénticos color nata en el salón, uno junto al otro, alineados con las paredes principales y separados por una mesita de cristal.

Me acerqué a los cojines con el estómago revuelto y empecé a rebuscar entre los cojines de tejidos caros. Miré en los primeros sin encontrar nada. Era una especie de búsqueda del tesoro que me levantó las comisuras de la boca. Metí las manos en los huecos y bajo el reposabrazos. Nada. El primer sofá no tenía nada. Apreté los labios con los dientes y me acerqué al segundo. Levanté el cojín central y empecé a reírme.

—¡Estás completamente loco! —murmuré.

El timbre sonó y mi corazón se aceleró de golpe. Cogí el microscópico fragmento de encaje blanco que había robado de mi cajón y me di prisa para abrir la puerta. Tenía las bragas en la mano y no podía dejar de sonreír.

Abrí la puerta lista para saltarle al cuello.

—Aquí estás, por f...

Abrí los ojos y la sangre fluyó por las venas de golpe. Me miró durante unos segundos y me abrazó.

—Cariño, me alegro de verte. Después de cómo nos despedimos anoche por teléfono tenía miedo que ni siquiera me dejases entrar.

—Mark —exhalé, rígida como el palo de una escoba. Encerré las bragas en el puño y empecé a temblar de pánico.

—No sabes qué noche más horrible he pasado, pequeña —murmuró acariciándome la espalda.

Él hablaba pero no lo escuchaba, sentía que los oídos me hacían ruido como un motor. Un coche se paró delante de la casa y un sofoco me atravesó de arriba abajo. Sus brazos me agarraban con fuerza y el deseo de liberarme era tan fuerte que no podía respirar. El sonido de un metal golpeando otro metal me sobresaltó. Era él. Era Alex.

Llevé la mano detrás de la espalda y metí el contenido en el bolsillo de los vaqueros.

—Mark —tragué—, no creo que sea el momento de...

Me miró desconcertado.

—¿Sigues enfadada conmigo?

Pasos. El sonido de unos pasos se escuchaba cada vez más cerca y mi corazón se aceleró.

¡Dios, qué situación tan angustiada!

—Mark, por favor...

—¿Por qué te comportas así, Olivia? No te entiendo. Antes parecía que te alegrabas de verme y ahora quieres que me vaya.

Cerré los ojos, inspirando a fondo, y me sujetó la cara con las manos.

—Mírame a los ojos y dime qué diablos te ha pasado. Desde hace unos días no pareces tú misma.

—No me ha pasado nada, es solo que... necesito un poco de espacio.

—¿Me quieres dejar?

—Yo...

—Olivia, por el amor de Dios, ¿me estás dejando? ¡Responde a la pregunta!

Me encogí de hombros, haciendo que el cuello de la sudadera se hundiera aún más. Mark me miró como si le acabara de apuñalar con un cuchillo en el pecho. Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío! —me observó desesperado y me sentí culpable—. Sabía que había algo que no iba bien. ¡Lo sabía, joder! ¿Hay otro?

—¡Nooo! —grité—. No... hay ningún otro.

—Olivia, no me mientas.

—No te estoy mintiendo.

Mis ojos parpadearon a modo de retirada, refugiándose cada vez más hacia abajo y las manos se entrelazaban como dos contorsionistas circenses.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres dejarme?

Tragué saliva para no caer presa del pánico y retrocedí hasta la pared.

—No he dicho que quiera dejarte, solo necesito un poco de espacio.

—¿Un poco de espacio? ¿Y no es la misma cosa? —se acercó, encerrándome entre él y la pared—. Anoche casi termino en la cárcel, ¿y sabes por qué? Porque ya no te entiendo y esta situación me enloquece. Quiero de vuelta a mi chica, quiero de vuelta lo que había entre nosotros.

Me sujetó la cara con las manos y me miró directamente a los ojos.

—Te quiero de vuelta —suspiró.

Sus pupilas estaban dilatadas y me miraban fijamente a la boca, parecía que respiraba con dificultad y después saltó sobre mí.

—Te lo ruego, cariño —murmuró sobre mis labios—, te necesito, no lo eches todo a perder.

Me sujetó como si tuviera miedo de que una distancia mínima me permitiera alejarme de él, habría hecho cualquier cosa por impedírmelo.

—Eres tan guapa y te amo tanto...

Se echó encima de mí y pegó su entrepierna a la mía mientras continuaba besándome con desesperación.

Una parte de mí sabía que estaba mal, pero la otra se sentía culpable por haberle traicionado. Tendría que haberle alejado rápidamente antes de que se abriera la puerta, sin embargo, no fui capaz.

UNA ELECCIÓN



Conduje de forma poco prudente para volver a casa lo antes posible.

Tenía unas ganas locas de estar con ella y, sobre todo, quería verle puestas esas bragas microscópicas de encaje. Mi mente estaba concentrada en su piel olivácea y en cómo ese blanco puro resaltaría en ella.

Aparqué frente a la casa, apagué el motor y bajé corriendo del coche. Le eché un vistazo a la mochila de fútbol americano en el asiento posterior, pero decidí dejarla ahí. Ya tendría tiempo más tarde para cogerla y ordenar mis cosas, en ese momento tenía cosas más urgentes que hacer.

Cerré la puerta con un golpe seco y me dirigí a su casa con el corazón a mil por hora, como si hubiera recorrido diez veces el campo.

Aceleré el ritmo, estaba casi corriendo, mis pasos veloces y frenéticos resonaban en el camino de arenisca mientras me acercaba. Le eché un vistazo al porche y vi que la puerta estaba entrecerrada.

Sonreí, era un idiota emocionado, un idiota que necesitaba descansar, tomé aire y finalmente abrí.

No creo que nadie esté preparado para lo que puede encontrar detrás de una puerta cerrada, y yo seguramente jamás habría creído que asistiría a un espectáculo así.

Un puñetazo a la altura del estómago, una puñalada en medio del omóplato o una patada entre las piernas, ninguna de las tres opciones me habría hecho más daño que lo que sentí en ese momento.

Mark estaba besando a Olivia.

Mi primer instinto fue tirarme encima de él y hacerle pedazos, habría podido experimentar la embriaguez de la sangre saliendo a chorros, la masacre de su cara atormentada por los puñetazos, pero algo me lo impidió. Tenía las manos entumecidas y tuve que abrirlas y cerrarlas un par de veces para que esa sensación opresora cesara, un gruñido gutural me rasgó la garganta y ella fijó los ojos en mí.

—¡Mark, déjame! —suplicó con las manos puestas en el pecho de Mark para apartarlo. Él seguía sujetándola, ella moviéndose y yo no pude más.

—¿Qué diablos le estás haciendo, Anderson?

Avancé a paso rápido con el corazón latiendo a toda velocidad. Mark se dio la vuelta y me miró con una expresión de sorpresa e incredulidad.

—¿Reevs?

—¡Quítale las manos de encima!

Olivia se escapó y vino hacia mí con una lentitud titubeante. La preocupación era palpable, era como si le hubiesen rediseñado cada línea de la cara.

—Alex —murmuró levantando la mano para calmarme, o quizás para tranquilizarse a ella misma—, todo va bien. Mark y yo solo estábamos hablando.

En un principio él la miró confundido, pero después cambió la expresión. Levantó las cejas para meter presión. Sus alas de gavián se elevaron y bajaron a gran velocidad, dejando espacio a una arruga en medio de la frente. La observó de arriba abajo, sus ojos se movían rápidos y letales, y después me observó con una mirada asesina.

—Como te ha dicho *mi chica*, tenemos que terminar de hablar de algunas cosas, por lo tanto, si haces el favor...

La miré y Olivia hizo un movimiento imperceptible con la cabeza, sacudiéndola de derecha a izquierda.

¿Quería que me fuera? ¿De verdad?

—¿Qué pasa, Alex? ¿Te lo explico mejor? Olivia y yo estábamos discutiendo sobre cosas que no te importan.

Cerré las manos en un puño y puse la mirada sobre ella. Olivia pasó el peso de un pie a otro y se quedó mirando las puntas de los zapatos.

—Mira, Mark, creo que es mejor que te vayas tú también.

Anderson se giró hacia ella, con expresión abatida y frustrada.

—¿Estás de broma? —puso una mueca con la boca abierta y se le escapó un resoplido—. Si yo fuera tú, me lo pensaría muy bien antes de tomar decisiones

de las que te puedes arrepentir.

—Mark, te lo ruego, no quiero discutir.

Mostró los dientes y se tragó la furia que le subía por la tráquea.

—Está bien —dijo moviendo la cabeza hacia adelante y hacia atrás, parecía que de repente se había vuelto muy pesada—, por ahora lo dejaré estar, pero aún no hemos terminado de hablar sobre esto.

Ella asintió y cruzó los brazos, encerrándose en una especie de crisálida que impedía la entrada al resto de los mortales. Mark la examinó una vez más, me fulminó con una mirada afilada y se fue con paso rápido hacia la salida, cerrando la puerta de golpe detrás de él.

Me sentía como si me acabara de sorprender un bombardeo y todo a mi alrededor fueran ruinas echando humo.

¿Cómo había podido besarlo?

¿Cuántas horas habían pasado desde la última vez que me besó a mí? ¿Tres?

Se me hizo un nudo en la garganta y se me cerró tanto la mandíbula que me hacía daño. No me di cuenta de la presencia que había a mi lado, no advertí la mano que me acariciaba el hombro o el cuerpo que se acercaba al mío. Continué con la mirada fija en el cuadro que había en la pared frente a mí: una barca navegando en medio de una tempestad, unas olas enormes y la niebla estaban a punto de envolverla. Respiraba con dificultad para mantenerse a flote.

Me sentía así, estaba a punto de ahogarme.

—¡Alex, háblame!

Olivia me rodeó el pecho con los brazos y me miró a los ojos. No me moví, me sentía paralizado.

—No ha pasado nada, te lo juro.

—¿Nada? ¿Tú lo llamas nada? —resoplé con la voz ronca como un papel de lija de grano grueso.

—Solo estábamos hablando, le pedí que me diera un poco de espacio...

—Ja —me mofé con una mueca poco convencida—, no me parecía que te estuviese dando mucho espacio, ¿no crees?

—Alex, por favor, no te enfades conmigo, no le incité a ello.

—Tienes que dejarlo, Olivia, ¡no besarlo en una pared!

—Sabes que no puedo dejarlo así sin ningún motivo. Ya lo hablamos y estábamos de acuerdo en esperar.

—No, tú has decidido esperar, yo no te lo pedí. Es más, si lo que ha sucedido

entre nosotros no es motivo suficiente, entonces quizás he metido yo la pata.

Me puse rígido y di unos pasos hacia atrás, pero ella me cogió de una mano y la envolvió con las suyas.

—¿Por qué siempre haces lo mismo? ¿Por qué siempre malinterpretas mis palabras y le das la vuelta a las cosas como te conviene? No es eso lo que quería decir.

—¿Y qué querías decir?

—Estoy intentando gestionar todo esto, pero no es fácil. Mark y yo estamos juntos desde hace bastante tiempo y no puedo decirle sin más: «Te dejo porque me he enamorado de otro» —dio un paso hacia mí y apoyó la frente sobre mi pecho—. Alex, por favor, confía en mí...

Su perfume de cerezas me penetró la nariz, el corazón volvió a latir como loco y mis brazos se movieron solos, cogiéndola de la espalda. Le acaricié el pelo, los hombros y cada una de las vértebras. Nunca había sentido nada así: un sentimiento primitivo de posesión. Ella era mía, tenía que ser *solo* mía.

Me incliné para acariciarle el cuello con los labios y la escuché lloriquear.

—Tienes que dejarlo, Olivia.

—Ahora no puedo, en este momento no puedo destruirlo.

—¿Entonces para salvarle a él quieres destruirnos a nosotros?

—Alex, intenta entenderlo...

—Lo entiendo muy bien, pero tú jamás tuviste la intención de dejarlo con él. Se alejó.

Retrocedió mirándome con la boca abierta.

—¿Cómo puedes decir algo así?

Me encogí de hombros mirándola con arrogancia y determinación. Todo apariencia, en realidad temblaba por dentro como si un sonido agudo golpeará un cristal.

—Déjalo, Olivia, porque si no lo haces tú, seré yo el que le dé un motivo válido para hacerlo.

—¿Cómo? ¿Perdona? ¿Cómo te atreves a pensar algo así? Esto es algo que tengo que resolver sola.

—¿Ah, sí?

Olivia cerró las manos en un puño y los bajó, apretando los dientes.

—¿Por qué tienes que ser así tan terco e irracional?

—¿Irracional? ¿En serio? Veamos, ¿qué habrías hecho tú si me hubieras

encontrado en los brazos de otra?

Olivia estrechó los ojos y aproveché para seguir atacando.

—¿No dices nada? ¿Pero qué te pasa? ¿No te gusta lo que te digo, por algún casual?

—¿Por qué estás empeñado en discutir?

¡Joder! Habría molido a puñetazos cualquier cosa. ¿Por qué no lo entendía? ¿Por qué?

—Hagámoslo así, te doy la posibilidad de que elijas, pero lo tienes que hacer ahora. O él, o yo.

—¡Esto no es justo! ¡No puedes darle ese sentido! ¿Por qué no quieres entenderme?

—No hay nada que entender —dije, poniendo aún más distancia entre nosotros—. Decídate, ¿me quieres a mí o a Mark?

La miré con dureza y sus ojos se llenaron de lágrimas, una tras otra se fueron acumulando en sus pestañas, a punto de precipitarse al suelo. Olivia escondió las manos en los bolsillos de la sudadera y bajó la cabeza para huir de mi mirada.

—No puedo hacer algo así solo porque tú me lo impongas. Me he pasado la vida complaciendo a otros y agachando la cabeza con una sonrisa en los labios. ¡Ya basta! Sé de sobra que tengo que dejarlo, pero quiero hacerlo a mi manera. Mark no se merece lo que le he hecho y yo... me siento muy culpable.

Pronunció esas palabras sin dejar de mirar el suelo. No levantó la cabeza ni una vez, ni siquiera cuando me empezaron a temblar las manos por el nerviosismo, ni cuando las palabras no me podían salir de la garganta. Di el trago más amargo de mi vida, a fin de cuentas, siempre sucede lo mismo cuando encuentras algo que es demasiado perfecto para ti. Te fías, crees en ello y después te das cuenta de que has cometido un grave error.

—Está bien —dije apretando los dientes—, si es esto lo que quieres, lo nuestro termina aquí. Al menos dejarás de sentirte culpable.

Olivia emitió un gemido y empezaron a moverse los hombros. Estaba llorando, pero no me doblegaría, aunque estuviese roto por dentro. Por mucho que quisiera abrazarla y besarla, tenía que permanecer impasible.

No podía tenerlos a los dos, eso estaba claro.

—Adiós, Olivia.

Me fui hacia la puerta y con el rabillo del ojo la vi desplomarse en el suelo. Estaba quieto, a punto de pasar el umbral, pero algo continuaba gritando para que me diera la vuelta, de volver con ella. Escuché sus sollozos silenciosos y el

corazón se pulverizó como un vampiro expuesto al sol.

Tenía que terminar con esto, cerrar la historia tal y como empezó.

El primer paso fue el más difícil. Los pies parecían estar anclados en la tierra, me costaba levantarlos del suelo, pero lo logré. Uno tras otro los pasos se convirtieron en dos, cuatro, diez.

Me dolía. Respirar me dolía. Pensar me dolía. Hasta hablar me dolía muchísimo, pero era mejor así.

Era mucho mejor así.

EVELYN



Atravesé el jardín con el corazón latiendo a mil por hora y el cerebro reducido a una especie de masa fibrosa y pastosa. Los pensamientos se estiraban y se resquebrajaban, cayendo al suelo hechos pedazos.

¿Había terminado todo? Todavía podía dar marcha atrás, podía volver con ella. Sacudí la cabeza parándome en mitad de la calle con los pulmones inflamados por mantener la respiración durante tanto tiempo. Era mejor así. Era mejor dejarlo ir antes de que *la situación* se volviera demasiado difícil de manejar.

Subí al coche y cerré la puerta con rabia, se escuchó un ruido metálico, pero el zumbido de mis oídos lo ocultó y lo hizo trizas. El barullo de mi cabeza devoró todo, fuerte e insaciable como un par de colmillos afilados.

Giré la llave y puse el motor en marcha. Tenía que irme de allí antes de que mis sentimientos me hicieran cometer un error imperdonable.

Conduje sin rumbo, pasé por delante de tiendas y edificios grandes de los que ya no recordaba su aspecto, y cuando por fin me paré, estaba en el aparcamiento del instituto, delante del campo de fútbol americano.

Aparqué el coche en uno de los sitios que había libres y bajé. Estaba aturdido, atontado como un drogadicto que se acaba de chutar heroína. Inhalé aire hasta llenar los pulmones y cerré los ojos. Me quedé parado en medio durante unos minutos, con la espalda apoyada a un lado del coche y las manos en las sienes. No había nadie, el entrenamiento había terminado hacía un rato y seguramente era el único que estaba allí a esa hora, pero necesitaba descargar la tensión y solo

sabía una manera de hacerlo.

Cerré la puerta con llave y me acerqué a la entrada secundaria del campo. Conocía bien esa entrada secreta, Tim y yo la usábamos para entrar a escondidas en el sector reservado a las animadoras. Pasé por encima de la valla oxidada, atravesé un pequeño camino sin enlosar y tras unos pasos me encontré bajo las tribunas.

El campo estaba vacío: una enorme extensión verde con líneas blancas y paralelas. Al fondo, cerca de la entrada del vestuario, todavía estaban las herramientas que se habían usado unas horas antes. Por suerte, los encargados del mantenimiento aún no habían pasado para ponerlas en su sitio, pues justamente las necesitaba. Con las manos en los bolsillos y el corazón por los suelos, me fui hacia el bulto de balones, conos, varas y herramientas varias.

El campo todavía estaba lleno de barro por la lluvia del día anterior y durante el entrenamiento estuvimos corriendo por esa especie de pantano con hierba.

Mis zapatos nuevos no se habían fabricado para pasear por hierba mojada, pero yo tampoco lo tenía planeado. Cogí un balón del suelo y lo lancé con toda la fuerza que pude reunir. El balón salió disparado, silbando como un dardo, se curvó sobre su eje mientras seguía dando vueltas y cayó al suelo. Con ese lanzamiento superé la línea de los cuarenta y cinco metros. Giré la espalda para tensar los músculos y cogí otro balón.

Repetí la misma operación hasta que la red que contenía los balones se quedó completamente vacía, me empezó a doler el brazo y los tendones se estiraron como las estelas de humo de los aviones.

—No irás a dislocarte la espalda, ¿verdad?

Me giré de golpe. La mirada amonestadora del entrenador Dalton se cruzó con la mía. Estaba de pie con las manos en los bolsillos de la sudadera y la visera de béisbol en la frente.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí a esta hora?

—Entrenamiento extra —dije cogiendo la red para meter los balones desperdigados por el campo.

—Entiendo —asintió—. ¿Y cuál es el motivo de este entrenamiento extra?

Arrastré la red por el suelo.

—Ninguno en particular.

El entrenador me siguió en silencio, con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en la espalda. Cuando pasamos la línea de los 50 metros, me quitó la red de la mano y la abrió.

—Trae aquí, así terminamos antes.

—Gracias —farfullé. Me agaché para recoger el primer balón y lo lancé al hueco de la red. Vi otros dos un poco más adelante, con un par de pasos era suficiente para recogerlos del suelo. Después de repetir lo mismo otras diez o quince veces más, habíamos recogido todo el campo. Me di la vuelta para lanzar el último balón y me crucé con sus intensos ojos verdes, que me observaban cuidadosamente debajo de la visera.

—¿Quieres que hablemos?

—¿De qué?

—De lo que te ha pasado.

—No tengo nada que decir, solo necesitaba desfogarme un poco.

El entrenador asintió hacia mi dirección y se fue hacia el otro lado del campo, había otra decena de balones abandonados. Lo seguí imitando su forma de andar segura y decidida. Tenía dos hombros enormes, cada vez más musculosos tras años de duro entrenamiento. La sudadera llevaba el logo del equipo, perfectamente delineado.

—Allí hay unos cuantos más —dijo señalando la línea de los treinta metros a mi izquierda.

—Vale, voy a por ellos.

Recogí el primero y lo lancé hacia la red, que tenía la abertura como un cocodrilo con las fauces abiertas. El entrenador observó mi lanzamiento y cada vez que encanastaba en la red asentía complacido.

—Has avanzado a pasos agigantados, chico, cada vez eres más rápido y preciso en los pases, creo que a Warren le encantará verte jugar.

—¿Quién es Warren?

—Un amigo, lo conocerás muy pronto, pero ahora dime por qué has lanzado balones por todo el campo o nos quedaremos aquí durante toda la tarde —me apoyó una mano en el hombro y apretó mientras esbozaba una sonrisa. Le correspondí levantando un poco la comisura de la boca, suspiró.

—Reconozco un corazón roto cuando lo veo. Hay una chica de por medio, ¿verdad?

Agaché la cabeza en señal de aprobación e imitó mi gesto.

—Ánimo, terminemos de recogerlo todo, se ha hecho tarde y tenemos que cenar algo juntos.

Me sorprendió su invitación, quizás su intención era la de sorprenderme, o al menos así me lo parecía, pero no tenía otra cosa que hacer. Cuanto más lejos

estuviera de casa, mejor.

Recorrimos todo el campo de un lado a otro recogiendo balones de fútbol americano, pasaron algunos minutos, quizás muchos más. Cuando el entrenador cerró el candado con cadena de la valla, el sol se estaba ocultando en el horizonte.

—Ven —me animó—, andemos.

Se fue hacia un Pontiac Firebird de los años 70 mientras hacía sonar un manajo de llaves con los dedos.

—¡Vaya! ¿Es suyo, entrenador?

—¿Es bonito, verdad? —dijo lleno de orgullo dándole una palmadita al capó lúcido—. Lo restauré entero. ¿Te has fijado en las molduras? Son originales, las desmonté una a una y las repinté.

—¡Vaya! No sabía que fuese un apasionado de los coches.

Se encogió de hombros y levantó la comisura de la boca para formar una sonrisa sutil.

—El fútbol americano y los coches de época son mis dos grandes pasiones.

Dio unos pasos más y se paró frente al morro curvo del coche.

—¿Quieres conducirlo? —preguntó haciendo sonar las llaves con la mano derecha.

—¿En serio? Quiero decir, no sé si...

—O sí o no, así de sencillo.

Abrí la boca en una sonrisa auténtica, asentí y me correspondió el gesto. Era la primera vez en las últimas horas que sonreía de verdad.

—¡Venga! —dijo animándome y lanzándome al vuelo las llaves. Rodeó el coche y se sentó en el asiento del copiloto mientras yo me sentaba al volante.

—¿Estás seguro de que quieres que conduzca?

—Haces demasiadas preguntas, Reeves, ¡pon primera y vámonos!

Giré la llave igual de emocionado que un niño que se monta por primera vez en una montaña rusa. El motor V8 rugió y el habitáculo parecía temblar, pisé el acelerador sin soltar el freno. El ruido era potente y emocionante como los gemidos ahogados de una mujer. Puse primera, giré el volante y salí del aparcamiento.

—¿Qué te parece mi niña?

—¡Es adorable, entrenador!

Me paré en un stop, puse de nuevo primera y volví a salir, cada vez estaba más

seguro. Sujeté el volante con las manos y miré frente a mí.

—¿Dónde quiere que le lleve?

—Sigue recto, llega al final de la calle y después gira a la derecha.

Seguí sus indicaciones y nos encontramos en el aparcamiento de un restaurante pequeño. Era un lugar a las afueras de la ciudad que no conocía, pero la primera impresión fue buena.

Dos grandes cristaleras daban a la calle y entre ellas se abría la entrada. La estructura gruesa de nueces californianas resaltaba en la fachada de tonalidades descoloridas, mientras que los cristales mates solo dejaban entrever algunas siluetas indefinidas. El entrenador se acercó al cristal central, agarró la manija de la puerta e hizo sonar la campanilla.

El lugar era muy luminoso, había una mesa larga y gruesa de madera con taburetes alineados como soldados. A mi izquierda había una pared grande de ladrillos. No era una de esas paredes creadas solamente para decorar, sino que más bien era el resultado de la extirpación de una porción entera de yeso, y los viejos ladrillos que llenaban el muro parecía que los habían pulido con cuidado hasta eliminar todas las asperezas. Un poco más arriba, una pizarra enorme decorada con mesas de nueces americanas enunciaba el menú del día y la especialidad de la casa. Había garabatos escritos con yeso blanco, todo apuntaba a una mano femenina por el trazado preciso y seguro.

—¿Qué sitio es este? Pregunté mientras miraba hacia arriba para observar las cinco lámparas de campana que colgaban justo sobre la mesa. El entrenador sonrió, rodeó un taburete y se sentó encima. Puso el codo sobre la larga mesa de madera y con la otra mano se quitó el gorro de la cabeza. Lo plegó con cuidado, lo dejó sobre la mesa y se arregló el pelo.

—¡Dadme un momento y estoy con vosotros! —gritó una voz argentina al otro lado de la habitación. Había una pared que separaba el local de la cocina y el timbre agudo parecía provenir de detrás.

—Siéntate, Alex.

Me acomodé a su lado y lo observé con curiosidad, era una de las pocas veces que tenía la posibilidad de hacerlo. Su gran frente se le arrugó en cuanto se dio cuenta de mi atención.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras tamborileaba los dedos en la madera.

—Nada, estaba mirando a mi alrededor, es un lugar acogedor.

Asintió satisfecho y se levantó del taburete.

—¿Tienes hambre?

A decir verdad, no tenía mucha, pero el olor que provenía de la cocina era bastante apetecible y, además, ya era casi la hora de la cena.

—Ya estoy con vosotros —sonó la voz de antes. Miré hacia arriba y me encontré delante a una mujer guapísima. Tendría unos cuarenta años, tenía el pelo recogido en un moño del que salían mechones color miel y una sonrisa que te dejaba petrificado.

—Jonathan —murmuró en cuanto nos vio. Un brillo le atravesó el rostro y una pincelada color púrpura le oscureció un poco las mejillas.

—Evelyn —contestó el entrenador, fingiendo una indiferencia que no era nada real. La mujer se secó las manos en el delantal y se volvió hacia mí.

—¿Qué os traigo?

Me giré hacia el entrenador, parecía que estaba clavado en el taburete, era la efigie de la calma y del autocontrol, al menos desde las rodillas hacia arriba. De hecho, más abajo a la altura de los tobillos era un manojito de nervios que no paraba de dar golpes en el suelo. No era difícil saber la causa de ese frenesí repentino.

—Te aconsejo que pruebes las costillas. Evelyn hace las mejores costillas del municipio.

—Pues me pido unas costillas.

Ella sonrió hacia mi dirección y con el dorso de la mano se apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Qué te pongo de beber, joven?

Dos pares de ojos me observaron con atención.

—Agua, gracias.

—¿Y para ti, Jonathan? ¿Lo de siempre?

—Sí, lo de siempre, gracias.

—Bien, estará todo listo pronto, mientras tanto acomodaos —señaló hacia una mesa que había a un lado de la sala y asentimos. Nos levantamos de los taburetes y nos sentamos donde nos dijo. Evelyn desapareció detrás de la pared divisoria con nuestro pedido y el entrenador se relajó. Extendió las piernas y apoyó los codos sobre la mesa de madera. Sin embargo, ese interludio tranquilo duró poco. En cuanto reapareció frente a nosotros, volvió a estar inquieto, aunque con discreción.

—Aquí tenéis —dijo dejando en la mesa una botella y un vaso de agua para mí y una jarra de cerveza para él. Se miraron a los ojos un instante y fue suficiente para que ella se escabullera de nuevo hacia la otra parte de la mesa.

Me resultaba extraño estar pasando tiempo con mi entrenador fuera del campo de fútbol americano, pero lo era todavía más verlo en situaciones normales. No es que no lo fuera normalmente, pero era el entrenador Dalton, el irreprochable y riguroso entrenador Dalton.

—¿Vas a hablarme de la chica que tanto te hace suspirar?

—Solo si habla también de ella —le dije mirando a la dueña del local.

—Touché.

Los dos platos de costillas llegaron casi enseguida y se hizo el silencio entre nosotros, tan denso como la molasa.

—Evelyn fue mi primer y único gran amor.

Abrí los ojos de par en par en señal de incredulidad.

—Por lo que parece, lo sigue siendo.

—Me temo que lo será siempre, pero no estamos aquí para hablar de mí, ¿no?

—Ya... —murmuré centrando la atención en el plato.

—¿Qué pasa con esta chica?

—Bueno... está con otro.

—¡Ajá!

—Dice que quiere dejarlo, pero no estoy muy convencido.

—Entiendo —murmuró pinchando la carne con el tenedor.

—¡Esta chica me vuelve loco! Pasamos la mitad del tiempo peleándonos.

—¿Y la otra mitad?

Sonrió con benevolencia. La otra mitad era un tornado de fuego y escalofríos, pero no podía decírselo.

—Mira, Alexander, no quiero ser un aguafiestas o disuadirte de alguna manera, ¿pero has pensado lo que sucederá al final del curso? Irás a Harvard, estoy convencido de ello, por lo tanto, ¿merece la pena volverse loco por algo que en unos meses tendrás que dejar?

Sus palabras me calaron como un chorro pegajoso y perforador. No me había parado a pensar en ello, de hecho, no había reflexionado sobre ello nunca. Cuando se trataba de ella, mi cerebro entraba en cortocircuito y paraba de razonar.

Visto desde esa perspectiva, las cosas cambiaban completamente de forma. Si de verdad en unos meses me iría a vivir a Boston, quizás no era el momento apropiado para enamorarse, aunque era demasiado tarde.

Estaba ya enamorado de ella.

RELACIONES INTERRUMPIDAS



Habían pasado cuatro días.

Alex me había evitado por completo y las cosas se pusieron peor que antes. Al menos, hace unas semanas entre nosotros había alguna forma de comunicación. Nos peleábamos, pero al menos nos relacionábamos. En cambio, ahora solo era un largo y continuo silencio.

Si en ese frente las cosas se habían complicado, en el otro no andaban mejor. Mark me buscaba continuamente, yo mantenía un perfil bajo e intentaba que hubiera distancia, pero no fue fácil. Me lo encontraba en la puerta de mi casa, a la salida de cada clase, estaba en todos lados, pero no servía para mejorar la situación. Por mi parte, era otro incentivo más para cerrar de una vez esa historia rota y condenada. Lo único que me impedía hacerlo de forma definitiva era que dentro de poco se celebraría la final.

Marion, Jacob y Eva volvieron a casa el domingo por la noche. Estaban tan felices estos días tras la vuelta de Los Ángeles que no se habían dado cuenta del aire asfixiante que emanaba la casa cuando Alex y yo estábamos en la misma habitación. No notaron las miradas fugaces y curiosas con las que lo observaba a escondidas ni la distancia que había entre los dos. Para ellos, los últimos días fueron un hablar continuo de lo bien que habían encontrado los médicos a Jacob, de sus grandes progresos y del hecho de que, por fin, podían estar un poco más tranquilos. Después se produjo la revelación de otra noticia: la venta de su negocio. En resumen, la atención de todos estaba centrada en otras cosas, y quizás era mejor así.

Ese jueves por la tarde, Eva y yo la pasamos de tiendas, una actividad que normalmente siempre me ponía de buen humor, pero ese día no fue así. Volvimos a casa sobre las seis y media de la tarde y Marion, como hacía siempre, me pidió que me quedara a cenar con ellos. Los días anteriores evité hacerlo, pero en ese momento era inútil seguir escondiéndose. Fui a mi casa para avisar a mis padres y cambiarme de ropa y después volví con ellos. Alex no estaba, seguramente habría salido con sus amigos. Me habría gustado mucho hablarle, intentar al menos aclarar las cosas.

—Olivia, cariño, ¿puedes ayudarme en la cocina?

—Claro, voy enseguida —Marion me dio un cesto de patatas y un cuchillo.

—¿Puedes encargarte de ellas? Yo mientras tanto preparo la carne.

Me acerqué a la mesa y empecé a pelar las patatas mientras Eva lavaba la ensalada. Cada vez que se abría la puerta de la entrada, tragaba y el estómago se me revolvía como un líquido cuando lo agitas en un vaso. Tenía bajo control todos los movimientos sospechosos, cada ruido, cualquier cosa que pudiese anunciar su llegada, y cuando escuché dos voces masculinas hablar al otro lado de la entrada, estaba segura de que el momento que habíamos evitado aquellos días había llegado por fin.

Él y yo teníamos que hablar.

—¿Has visto que pase tan absurdo ha hecho Thomas esta tarde?

—Sí, el entrenador parecía que iba a romper a llorar de un momento a otro.

—¡Estoy seguro que mañana aniquilaremos a los del instituto Carson!

Alex y Timothy ni se dieron cuenta de que hubiera nadie, estaban tan centrados en su conversación que se sobresaltaron cuando vieron que Marion se había parado delante de ellos.

—Mamá, me has dado un infarto.

—Buenas noches, Marion —la saludó Tim metiendo ambas manos en los bolsillos.

—¿Qué estáis haciendo ahí como dos estatuas de sal? Para poder aniquilar a alguien tendréis que comer, ¿no? No ayunéis la noche anterior al partido más importante de la temporada.

Marion sonreía radiante y segura, Alex era un verdadero orgullo para ella y su madre lo adoraba, se podía ver en cómo le brillaban los ojos cuando él entraba a una habitación. Además, últimamente mis padres también hacían lo mismo conmigo.

—Ánimo, lavaos las manos y venid a ayudarnos, las chicas y yo estamos

preparando el asado.

Tres pares de ojos se volvieron hacia mí y el estómago se me desbordó un poco.

—Alex, ayuda a Olivia con las patatas, y tú, Timothy, ¿podrías acompañarme al supermercado? Me he olvidado de comprar un par de cosas.

—Claro, Marion, voy a por las llaves del coche y vamos.

Alex y Tim se miraron durante unos segundos y yo me empequeñecí como una muñeca rusa.

—A decir verdad, mamá, tendría que terminar de hacer algunas cosas...

—Ni lo intentes, Alexander, deja todo esto y ayuda a Olivia.

Lo vi poner los ojos en blanco y resoplar, seguro que habría preferido arrancar toda la hierba del jardín y plantarla desde cero antes que sentarse junto a mí, pero en ese momento no podía echarse atrás.

Tim lo miró preocupado y no demasiado convencido mientras Alex abría la puerta de la lavandería. Dejó caer al suelo la mochila de fútbol americano y se acercó a mí. Continué pelando patatas con la cabeza gacha y los ojos fijos en las peladuras que caían en la mesa. No sabía si era por vergüenza o dificultad, pero no podía coordinar los movimientos.

—¿Puedes darme un cuchillo, por favor? —preguntó sin cuidado.

—Claro —respondí con una voz que no era la mía, parecía más la de un elfo de los bosques o la de un pájaro salvaje—, aquí lo tienes.

Alex cogió el cuchillo de mis manos y nuestros dedos se rozaron. Tragué, pero no encontré el valor de levantar la mirada. Temía que si me cruzaba con la suya me caería al suelo por la tensión que había entre nosotros.

Cogí otra patata de la cesta y empecé a pelarla. Mi campo de visión se restringía a la mesa, al plato que tenía frente a mí y sus manos que se movían rápidas, que manejaba un cuchillo afilado, por lo que parece había olvidado que yo también estaba usando uno.

—¡Ay! —chillé mordiéndome el labio mientras la sangre empezaba a recorrerme el pulgar.

—¿Te has hecho daño? —preguntó él, dejando caer todo sobre la mesa.

—No es nada, con una tirita es suficiente.

—Trae aquí, déjame verlo.

—¡Te he dicho que no es nada!

—¡Y yo que me dejes verlo!

—¿Vais a parar ya? —Eva se acercó con un rollo de papel de cocina absorbente en la mano—. Toma, enróllalo con esto y vamos arriba, tenemos que desinfectarlo.

Alex puso los ojos en blanco, resoplando, y yo me hice aún más pequeña. Envolví el pulgar para bloquear la sangre y me fui hacia las escaleras.

Salir de esa cocina fue más o menos como descargar una batería, me sentía exhausta y sin fuerzas. Subí los escalones, uno tras otro, apretando con la mano el dedo herido. Me dolía mucho, pero no era nada respecto al dolor de su indiferencia.

El baño estaba al fondo del pasillo, y así, sin siquiera prestarle atención a nada más, seguí deprisa hacia esa dirección. Acababa de cerrar la puerta cuando escuché que alguien llamaba a la puerta.

—¿Puedo?

Me giré de golpe con el corazón latiendo con fuerza. Alex estaba apoyado en la puerta semiabierta y me miraba con una expresión arrugada reservada solo para mí.

—Quiero echarle un vistazo a esa herida, no parece que fuera solo un pequeño corte.

—De verdad, Alex —suspiré—. No es para preocuparse, puedes volver abajo a seguir fingiendo que no estoy.

Algo brilló en sus ojos. ¿Rabia? ¿Frustración? No lo sé, pero sí que sabía que si continuaba mirándome de esa manera rompería a llorar. Lo había guardado todo dentro, no había hablado con nadie de lo que sucedió entre nosotros, pero en ese momento tenía acumulado tanto que estaba a punto de explotar.

No me digné a mirarlo y seguí desenrollando el papel que me había puesto Eva alrededor del dedo. Alex se puso detrás de mí y me sobresalté. Levanté los ojos y me encontré su reflejo en el espejo.

—Déjame verlo —me dijo con un tono de voz más amable. Dejé que lo viera. Me cogió la mano, abrió el grifo y la enjuagó bajo el chorro de agua. La sangre volvió a salir, goteando en el lavabo y tiñendo todo de rojo.

—Es una herida grande, pero no creo que se necesiten puntos —pronunció mientras observaba con atención el corte limpio que me rodeaba el pulgar.

No podía dejar de mirarle. Cada rasgo, cada pliegue y cada pequeña imperfección me parecían bonitas. Me tragué esa extraña sensación y cerré los ojos con fuerza cuando me echó algo en el corte.

—No lo toques —ordenó mientras rebuscaba en el armario de las medicinas.

Sacó una especie de gasa y me vendó el dedo con gran pericia.

—Esto debería bastar, solo tienes que tener cuidado de que no se moje.

—Vale —suspiré cuando su cara estuvo a pocos centímetros de la mía—, gracias.

—De nada —respondió huyendo de mi mirada—. Se centró en el rollo de gasa que tenía en la mano, lo metió con cuidado en la caja y después en el armario. Cerró la puerta y sin añadir más se fue hacia la puerta.

Algo en mi interior surgió de repente. Le agarré el codo, obligándolo a pararse.

—¡Alex, espera!

Se paró, pero no se dio la vuelta.

—Creo que tú y yo tenemos que hablar —murmuré apoyando la cabeza entre sus omóplatos. Inspiré su perfume y los ojos me empezaron a arder—. Me evitas desde hace cuatro días —suspiré intentando contener las lágrimas—, me encuentro mal.

Su espalda se puso rígida, pero no se movió. Nos quedamos en esa posición, yo detrás de él, con los brazos rodeándole la cintura y la cara hundida en su espalda. Algo me acarició la mano, sus dedos se entrelazaron con los míos y se fue girando poco a poco.

No podía mirarlo, no quería que me viera con los lagrimones en los ojos y la nariz enrojecida, así que fijé la vista en la moqueta bajo mis pies y evité mirar hacia arriba. Me acarició la cara y me pasó los dedos por el pelo hasta llegar a la nuca. Incluyó la frente hasta que tocó la mía y me llevó hacia así con una delicadeza de la que no le veía capaz. Le escuché respirar como si se estuviera preparando para tirarse en paracaídas.

—Hablemos de ello —susurré entrecerrando los ojos. Alex emitió un sonido que parecía más bien una mueca de dolor.

—Es mejor que dejemos las cosas como están. Olivia, es mejor así.

—No —sollocé, me resultaba imposible aguantar las lágrimas—. Te lo ruego, mírame.

Alex retrocedió un palmo, lo suficiente para poder mirarme. Sus ojos azules y brillantes me observaron y le salté literalmente encima. Zambullí la boca en la suya y lo besé. Lo abracé con fuerza y no quería dejarlo ir. Saboreé sus labios con la lengua y la dejé penetrar en busca de la suya. Ese beso fue pura desesperación, la búsqueda espasmódica de algo que sabía que jamás tendría.

Tras unos segundos, él también participó en esa carrera de locos, me cogió el

trasero y me levantó, sentándome sobre el lavabo. Extendí las piernas para sentirlo más cerca y lo continué besando. Todo mi cuerpo se despertó tras un periodo largo de letargo. Lo quería. Lo quería desesperadamente, aunque fuese por última vez.

Me quité la camiseta por la cabeza y me quedé inmóvil delante de él. Me miró, sus ojos se movían lentamente hacia adelante y hacia atrás. Me acarició el cuello con la punta de los dedos, recorriendo las señales moradas que me había dejado unos días antes, y volvió a profundizar en mi boca una vez más. Me marcó por todos lados, en el cuello, entre los pechos... No paraba de morderme y chuparme, de besarme y lamirme. Eché la cabeza hacia atrás y me dejé hacer lo que él quisiera mientras le incitaba con las manos para que continuase. Si ya no podía estar con él, ningún otro me tendría de verdad.

Gemí presa de los temblores que me recorrían el cuerpo de arriba abajo.

—Eh, vosotros dos, ¿va todo bien ahí dentro? —la cara de Tim apareció entre la puerta y grité por la sorpresa.

—¡Joder! —maldijo, llevándose las manos a los ojos—. Dios mío, Lex, ¡está tu madre abajo! Y Tú, Olivia, cúbrete, por el amor de Dios.

—T, espera, no es lo que parece —exclamó él alejándose de golpe.

—No quiero saber nada, amigo, pero os convendría bajar antes de que os venga a buscar otro —sacudió la cabeza desesperado y salió deprisa del baño, cerrando la puerta detrás de él.

La magia se había desvanecido y lo único que quedaba era un par de ojos vítreos que huían de los míos.

—Yo... —dijo arreglándose el pelo con la mano—. Quizás sea mejor que vuelva abajo —cruzó corriendo la puerta del baño y se fue.

Esperé varios minutos antes de bajar a la planta baja, quería recuperar un rostro tranquilo, aunque el temblor que me agitaba la mano era bastante difícil de esconder. Esperé a la hora de cenar en una esquina, respondiendo a duras penas a las preguntas de mi mejor amiga y su madre. Cuando fue la hora de ir a la mesa, Alex se sentó junto a Tim, Marion y Jacob presidían la mesa y Eva junto a mí. Era una situación muy vergonzosa. Timothy miraba a todos lados para evitarme, y hasta un cierto punto juraría que estaba leyendo hasta las etiquetas de las botellas para no cruzarse con mis ojos desorientados.

—Chicos, ¿estáis preparados para mañana? —Jacob tenía la mirada puesta en ellos, como si estuviese hablando de una operación de rescate militar—. Jonathan me ha dicho que vendrá alguien más a veros jugar —prosiguió.

No hui de la expresión confusa de Alex, su nuez se movía arriba y abajo.

—¡Los destrozaremos! —respondió Tim, sacando a su amigo del apuro.

—No lo dudo, estoy seguro que el observador de Harvard os seleccionará.

—¡¿Harvard?! —gritó Eva sorprendida—. Creía que había decidido no presentar la solicitud.

Arrugué la frente intentando ordenar los pensamientos.

Harvard, 4285 kilómetros de distancia de casa.

—¡Pues la ha presentado! —rebatí su padre mientras le estrujaba el hombro—. ¡La ha presentado por fin!

Se me cayó el tenedor de la mano y golpeó el plato. El sonido del metal al golpear la cerámica antes de caer al suelo atrajo todas las miradas hacia mí.

—Perdonad —farfullé—, el dedo todavía me duele y no puedo cogerlo bien.

—¿Estás segura de que todo va bien? Si te encuentras muy mal podemos ir a urgencias.

—No, Marion, puedes estar tranquila, Alex... —las palabras se murieron en la garganta cuando sus ojos me dieron de lleno. Me aclaré la garganta y seguí—. Alex me dijo que sería suficiente con el vendaje.

—¿Y desde cuándo mi hijo es médico? Quizás sea mejor que le eche yo un vistazo, es posible que no haya mirado bien.

Tim se levantó de la silla, arrastrándola por el suelo y haciendo un ruido espantoso.

—No te preocupes, Marion, lo ha mirado bien, no se le ha escapado nada. ¿Verdad, Lex?

Sentí que se me sonrojaban las mejillas y las piernas parecían rocas. Dos anclas atadas a los tobillos habrían pesado mucho menos.

—Es solo un corte —gruñó mientras pinchaba una patata con el tenedor. No apartó la mirada del plato o de la mesa, parecía que quería evitarme a toda costa, o quizás era algo completamente natural en él.

Durante el resto del tiempo hubo un ir y venir de miradas furtivas, pero ninguno de los dos dijo nada. La vergüenza se podía palpar, pero solo Tim parecía conocer el motivo.

—Nos vamos —dijo Alex mientras se limpiaba la boca con la servilleta antes de levantarse de la silla y ponerse en pie.

—¿Te vas de nuevo? —lloriqueó Marion.

—Nos vamos al Red Diner con el resto del equipo, es una especie de ritual previo al partido.

—Vale, pero no vengas tarde.

—Tranquila, Marion, volveremos muy pronto —Tim le tocó el hombro y ella sonrió. Él también formaba parte de su gran familia. Si yo era una hermana adoptada para Eva, él era un hermano para Alex.

Se fueron los dos hacia la puerta y salieron charlando entre ellos, ninguno hizo un gesto de despedida hacia mí, ninguna palabra, era invisible para él y esto era peor que haber recaído.

LA FINAL DEL CAMPEONATO



Esa mañana andar por el pasillo del instituto tenía algo extraño. Se sentía una especie de carga electrostática latente que lo envolvía todo. Esta tarde se disputaría el partido del que más se ha hablado en los últimos años: los nuestros contra el instituto Carson.

En cada esquina se juntaban grupitos para hablar sobre la gran fiesta que, en caso de que acabara en victoria, se celebraría en casa de Mark. No me sorprendería que, una vez más, su casa albergase el escenario donde se desarrollaría unas de las muchas noches alcohólicas del año.

Todos hablaban de él y de mí y sentía que todas las miradas estaban apuntando a mi dirección. No hacía más que ponerme bien el fular alrededor del cuello e intercambiar sonrisas por allí y por allá. Cabeza alta, hombros rectos y respiración normal, tenía que afrontar así el día que revolucionaría mi vida y la de muchas personas cercanas a mí.

Me parecía que todos sabían o intuían lo que había hecho y me juzgaban por ello. Era como si, después de haberme liberado de una armadura pesada, hubiera salido indefensa al campo de batalla, a merced de guerreros despiadados.

—Cariño, estaba deseando verte esta mañana, en poco tiempo los chicos y yo tenemos que bajar al campo para prepararnos para la final, pero antes quiero hablar contigo.

La mirada angustiada de Mark fue el primer golpe que me asestó el cuerpo desarmado.

—Hola —lo saludé sin ganas.

—Olivia, sé que no es ni el lugar ni el momento adecuados, pero quiero decirte un par de cosas.

—Mark, no...

—Déjame terminar, por favor —me quedé en silencio. Seguí mirándolo mientras acariciaba nerviosa la seda que me rodeaba el cuello—. Sé que estos días entre nosotros las cosas han sido un poco... complicadas, digamos, pero he pensado en ello durante toda la noche y llegué a la conclusión de que podemos arreglarlo todo. Tú y yo estamos hechos para estar juntos. Eres la chica más guapa que he visto nunca, eres inteligente, brillante, tienes un futuro increíble delante y quiero formar parte de él, me gustaría quedarme a tu lado. Estoy enamorado de ti, Olivia.

«*Pero yo no*», gritó una voz dentro de la cabeza.

—¿No dices nada?

—Escucha, Mark, no me parece justo enfrentarme a un argumento tan... privado en un pasillo lleno de gente. No quiero que mis emociones sean públicas.

—Sí, tienes razón. Habrá tiempo para hablar de ello más tarde, tú y yo a solas.

Asentí.

—Esta tarde verás el partido, ¿no?

—Claro, no me lo perdería por nada del mundo —sonreí con melancolía—. Es tu gran momento, ¿no?

—Sí —suspiró pasándose la mano por la nuca—, tienes mucha razón.

Las cosas entre nosotros habían cambiado mucho. La distancia que nos separaba era cada vez más evidente, aunque invisible al ojo. Es como si desde hace un tiempo hubiésemos caminado juntos sobre un lago helado. Todo iba bien, hasta que las rajaduras que vi hace poco se transformaron primero en fisuras y después en grietas aún más grandes. Después, él y yo viajamos en dos bloques de hielo separados, no demasiado distantes, pero tampoco cercanos, y lo peor era que ya no se podían cerrar. Más bien se alargaría y nos llevaría cada vez más a la deriva.

Mark se acercó, me rozó ligeramente los labios y se fue. Al otro lado del pasillo, dos pares de ojos me miraban con desaprobación. Alex y Tim me estaban observando. Hicieron como si estuvieran charlando entre ellos, pero estaba claro lo que pensaban ambos: era una persona horrible.

Las horas siguientes fueron un torbellino de razonamientos que se agolpaban unos sobre otros, me sentía muy mal y culpable. Todos estaban ansiosos y

emocionados por el evento de esa tarde, en cambio, yo solo quería superar ileso la mañana. Cuando la aguja del reloj marcó la tan esperada hora, me pareció haber llegado por fin a la cima de una montaña enorme. Sin embargo, el único problema era que desde esa cima ardua no se podía volver atrás, la única solución era saltar. Cerrar los ojos y saltar.

—¿Estás lista? Mamá y papá nos están esperando en el pickup.

—¡Estoy lista!

Me puse bien el fular, no me lo había quitado en toda la mañana, me atusé el pelo y seguí a mi mejor amiga escaleras abajo.

El coche de Jacob estaba parado en el camino con el motor encendido. Marion se arreglaba el pelo mirándose en el espejo del parasol y él tamborileaba con los dedos en el volante. Tenía el presentimiento de que ese día no solo era importante para mí, lo era también para todos.

—Démonos prisa, papá está frenético —resopló Eva sacudiendo la cabeza.

—¡Ya llego!

Mi mejor amiga abrió la puerta y nos metimos en los asientos traseros.

El aire estaba cargado de algo denso y pastoso, una mezcla calibrada de emoción, expectativa y tensión. Jacob parecía estar concentrado para salir del camino y Marion se afanaba cada vez más en estar presentable. No sabía que un partido de fútbol americano fuese un evento para el que arreglarse con cuidado, pero para ella evidentemente lo era.

El trayecto desde casa hasta el instituto fue más largo del previsto, un pequeño atasco ralentizó el tráfico y nos quedamos atrapados en un mar de coches que pitaban y daban acelerones. Jacob estaba cada vez más nervioso. No se perdería el inicio del partido, pasaría por encima de todos los coches si hiciera falta. Conseguimos pasar por el cuello de botella y, por fin, llegamos al campo. El aparcamiento estaba lleno, no había sitios libres y la gente se dirigía hacia la entrada de las tribunas.

—Bajad vosotras, yo intentaré encontrar sitio.

Jacob tenía tanta prisa que ninguna de nosotras se atrevió a respirar. En cambio, Marion parecía que estaba en un lugar extraño. Estaba quieta en el aparcamiento del instituto, observaba con interés el pandemónium de chicos ruidosos y estridentes. Se pasó una mano por la cabeza para comprobar que el moño estuviera en su lugar y se giró hacia nosotras.

—¿Podemos entrar mientras tanto?

Eva miró a su alrededor. No había ni rastro de su padre, pero el partido

comenzaría en pocos minutos.

—Ven, mamá, se entra por aquí —dijo señalando hacia la entrada de las tribunas.

Todo era muy extraño, quizás Marion no era la única que se sentía fuera de lugar, yo también. Era la primera vez que asistía a un partido en directo, nunca antes me había importado, aunque Mark me lo había pedido miles de veces.

Había mucha gente, demasiada, quizás. Nos metimos en una grada que estaba ya medio ocupada, yo delante, Marion en el centro y Eva detrás. Un hombre de barriga prominente estaba sentado a mi lado. En cuanto me acerqué, quitó el abrigo que había puesto en las sillas y me sonrió. Le correspondí el gesto y me senté.

Ese no era mi ambiente, me sentía una especie de marciano que había aterrizado en Plutón. Miraba a mi alrededor con curiosidad y me pregunté cómo era posible que tanta gente se apelotonara para ver a unos cuantos peleándose por un balón. Jacob llegó en ese momento, parecía que había corrido para estar allí a tiempo. Se sentó cerca de su hija mientras una serie de sonidos confusos anunciaron el inicio del juego.

Los gritos de emoción provenían de los dos equipos de animadoras que entraron en el campo desfilando.

Entrecerré los ojos e inspiré por la nariz.

Las chicas se contoneaban, gritaban y saltaban como si tuvieran resortes bajo los pies. El encuentro no solo era entre los dos equipos. Ellas, como dignas animadoras de sus respectivos favoritos, chocaron las nalgas y las tetas apretadas.

Sacudí la cabeza y apoyé la barbilla en las manos, a la espera de que comenzase el partido. Evité asistir a ese teatro femenino y continué mirando a mi alrededor. Jacob se frotó las manos en los muslos, puliendo el tejido suave de los Levi's. Estaba nervioso, estaba segura de ello, porque cuando Alex también estaba molesto hacía la misma cosa. Pensé en las muchas cosas que sabía de él y en las otras tantas que aún ignoraba. Durante todos estos años no me había parado a pensar en ello, en cambio, mi cerebro, como un contable paciente, anotaba todo: información, imágenes y formas de hacer, el resultado final era que quizás haya aprendido a conocerlo mejor de lo que creía. Mientras seguía poniéndome sentimental dándole vueltas a todo, un rugido sacudió todo el estadio.

Los equipos estaban entrando en el campo de juego y mi atención se centró en él. Estaba de espaldas, avanzaba corriendo y el número blanco que llevaba a la

espalda brillaba.

El capitán avanzaba a la cabeza, tenía el casco bajo el brazo y el pelo le ondeaba lentamente con cada zancada.

Cambié de posición. No podía estar tranquila.

—¡Ahí está mi chico! —dijo Marion con alegría—. ¿A que está guapo? Olivia, dime la verdad, ¿a qué está guapo?

Eva puso los ojos en blanco y sentí que mis mejillas ardían en llamas. Asentí esbozando una ligera sonrisa, fingiendo que todo estaba bien, pero no era así.

No solo era guapo, era guapo de remate. Sentí que el dolor me recorría el cuerpo, latía en los oídos, en el estómago y, sobre todo, en medio del pecho.

Sujeté la silla de plástico con los dedos y me quedé agarrada a ella. ¿Iba a caerme o solo eran vértigos temporales?

Me puse de lado, buscando una posición que pudiera satisfacer mi estado de ánimo, pero no creo que hubiera ninguna. Mientras seguía moviéndome en la silla, todos los jugadores ocuparon su lugar en medio del campo y Alex se puso el casco. Tim estaba delante de él, rodeado de otros cuatro chicos que no conocía.

Todos los sitios estaban llenos y el entrenador parecía estar nervioso. Se quitó la gorra de la cabeza, se pasó una mano por el pelo y se la volvió a poner, ajustándosela bien en la frente. Gritó algo incomprensible hacia sus jugadores y Alex asintió agachándose hacia adelante. En ese momento se giró hacia mí y me miró directamente a los ojos. Esa mirada fue un relámpago, una flecha de fuego que penetró mis adentros y continuaba ardiendo.

Cambié de nuevo la posición, enderezando la espalda, mientras Jacob sonreía a su hijo. Me paré un momento para observarlo. Era el fiel retrato del orgullo y, a pesar de que la boca formara una sonrisita que parecía una mueca, seguía sonriéndole con todos los músculos de la cara. Bajé la mirada con discreción, como si acabara de descubrir un secreto o hubiera espiado durante un momento demasiado íntimo. Volví a centrar la atención sobre el campo de juego. Mark se había puesto justo detrás de Alex, se acercó a él, le dijo algo y después se giró hacia donde yo estaba para saludarme con la mano. Le correspondí el saludo con timidez y me fulminaron dos relámpagos cerúleos. Alex me miró frotándose la mano por los muslos. Nuestros ojos estaban unidos, ligados, pero aun así distantes.

Alex volvió a mirar hacia adelante. Le hizo una señal a Tim, gritó algo y el jugador agachado delante de él lanzó el balón. Todos se movieron al mismo tiempo, sus enormes cuerpos parecían todavía más grandes por las protecciones

que llevaban y les daba un aire mucho más aterrador y amenazador.

Estaba encantada. Fascinada con ese correr y lanzar, recibir y chutar fuerte. No estaba muy familiarizada con el juego. El pobre Mark había intentado muchas veces enseñarme las reglas, pero no era una buena discípula. La realidad: no me importaba mucho, pero ahora me habría gustado saber más. Todo lo que sabía era que el equipo que atacaba tenía que anotar puntos atravesando la línea de meta.

Me di cuenta de que tenía los puños cerrados, mantenía la respiración y me ponía a gritar. Bueno, sí, Olivia Williams estaba gritando de emoción como una niña.

Las acciones se sucedieron una tras otra con nerviosismo, se percibía la tensión y estaba completamente centrada en él. Corría por el campo como un relámpago, saltaba sobre los adversarios, los rodeaba con la misma gracia que una estrella y anotaba puntos.

—¡Ca-pi-tán! ¡Ca-pi-tán! —se podía escuchar entre los gritos, tenía el apoyo de todas las gradas. Alex se paró en la mitad del campo y tomó aire con las manos apoyadas sobre las rodillas. Cuando se dio cuenta de que lo estaban aclamando, irguió la espalda y lanzó una sonrisa hacia su padre, que lo siguió mirando de la misma manera, con una mezcla de orgullo y satisfacción.

Ese partido fue una sucesión de vueltas de tuerca y de remontadas. Tras los primeros tres cuartos, los equipos estaban empatados y faltaban poco más de diez minutos para el final.

Me apreté el labio con los dientes igual que un jugador de apuestas curtido y, tensa como la cuerda de un violín, intenté ver cuál sería el resultado final de todo ese correr de allí para allá. Quería que ganaran.

Alex saltó hacia el área de meta. Era rápido y no parecía que le prestara mucha atención a lo que le rodeaba. Dos jugadores del equipo adversario se le tiraron encima, el robo fue tan violento que cayó al suelo, aplastado bajo el peso de los dos defensores. Marion gimió, llevándose la mano a la boca, y yo me paralicé. Me quedé a la espera, los pulmones aguantaron todo el aire y el corazón empezó a latir rápido. ¿Se había hecho daño? ¿Por qué no se levantaba?

—¿Por qué no se levanta? —preguntó Marion con la mirada vacía y las manos cubriendo la boca.

—No es nada, amor, es solo un placaje —Jacob nos miraba con gesto serio y tranquilizador, pero ni yo ni su madre podíamos apartar la mirada de lo que estaba sucediendo. Alguien se estaba acercando al borde del campo, lo vi llegar con el rabillo del ojo y tras la sombra borrosa surgió una presencia definitiva: era

Timothy.

Tim se le acercó, le dijo algo incomprensible y le tendió la mano, Alex se agarró a ella y se levantó rápidamente del suelo, estaba ileso.

Mi suspiro de alivio apenas se escuchó, mientras que el rugido de emoción que se elevó en las gradas invadió todo. Se retomó el partido, la tensión era palpable, y Mark empezó a correr hacia el área de meta, seguido por su capitán. Alex era increíble, esquivaba los adversarios saltando hacia adelante sin dejar que se le acercasen. Los minutos pasaban sin parar y todo parecía moverse lentamente. Miró a su alrededor, flexionó hacia atrás y lanzó.

Touchdown.

Al rugido que se propagó le siguió el pitido que marcaba el final.

Habían ganado.

Los gritos y los aplausos de delirio llenaron el estadio. El partido le había consagrado a él y a sus compañeros como los campeones indiscutibles. Alex se quitó el casco y, antes de que pudiese girarse hacia nosotros, le rodeó una muchedumbre que lo levantó en el aire. Lo llevaron triunfal como un general romano victorioso contra una horda de bárbaros y no pude evitar sonreír. Jacob tenía las manos cerradas en puños, pero una le temblaba ligeramente.

Habían ganado. Habían ganado de verdad.

Miré hacia abajo, hacia el banco donde había un enjambre de jugadores que se dirigían al campo. Un hombre alto, de cuerpo robusto y elegante, llamó mi atención. Se acercó al entrenador y le dijo algo, apoyándole la mano en el hombro. El entrenador asintió satisfecho y se dio la vuelta para mirar a sus jugadores, su rostro denotaba una gran emoción.

—¡Ven, Olivia, vamos! —Eva se puso en pie y me tiró del brazo.

—¿Pero a dónde quieres ir?

—¡Vamos a celebrarlo! ¿Adónde si no?

Bajamos los escalones y nos fuimos hacia la salida. Eva se movía con una rapidez y destreza increíbles para su estándar. Me llevó al medio del campo, entre los jugadores y los hinchas, pero la única persona a la que me encontré delante fue él: Mark.

—¡Has venido!

Me cogió del costado y me levantó en el aire.

—Mark, ¿qué haces? ¡Bájame! —sus manos me sujetaban con firmeza y me sonrió. Me bajó con suavidad, deslizándose sobre su pecho antes de pisar el suelo. Me acarició la cara con el pulgar y me besó.

En medio del campo de fútbol americano.

Delante de todos.

Pero sobre todo delante de él.

Retrocedí inmediatamente, sin importarme la mirada trastornada de Mark, y miré a mi alrededor. Él estaba a unos metros de nosotros y estaba hablando con el entrenador y con el hombre que iba bien vestido. Se giró un poco, nuestras miradas se cruzaron y, como si no hubiera ocurrido nada, siguió charlando.

LA PROPUESTA



—Bueno, Alexander, ¿qué te parece mi oferta?

El entrenador Dalton me miraba en silencio, escondido tras las *Ray-Ban* oscuras que se había puesto antes del partido, mientras que el observador deportivo seguía hablándome. Me dirigí hacia el hombre con corbata que tenía frente a mí y esboqué una sonrisa.

—Es más de lo que esperaba.

—Pero quieres pensártelo, ¿no? —preguntó poco convencido—. Te recuerdo que estamos hablando de Harvard, chico.

—Lo sé, tiene razón.

El entrenador Dalton se deslizó las gafas por la nariz y me observó, mi mirada se fijó en Olivia y profundizó en sus penetrantes ojos claros.

—Piénsalo bien, Alex, piensa en lo que estuvimos hablando el otro día. Warren os está ofreciendo una oportunidad irrepetible.

Levanté una ceja confusa y el entrenador apoyó su pesada mano sobre mi hombro.

—También han seleccionado a Tim, iréis a Harvard juntos, siempre y cuando no decidas rechazarlo, claro está.

Volví a mirar de nuevo hacia Olivia y lo que vi me revolvió el estómago. Mark la había levantado en el aire y la estaba besando. Por lo que parecía, no estaba lista para dejar a ese idiota como había dicho, ¿pero de qué me sorprendía? Cuando le di a elegir, lo eligió a él, e importaba poco si nos

habíamos besado la noche anterior, ella seguía con él y, sobre todo, no parecía que estuvieran a punto de dejarlo, a juzgar por cómo la sujetaba en ese momento.

Negué con la cabeza.

—Piénsatelo, Alex, ¿vale?

El señor Ward me dio la mano y apretó con fuerza la mía.

—Estaré por aquí hasta el martes, espero una respuesta, pero no te lo pienses demasiado, es una oferta por la que muchos otros, en tu lugar, venderían su alma.

Tenía razón. Ese hombre tenía mucha razón, Harvard no solo era *una ocasión*, era *la ocasión*.

—Señor Ward, ¡espere!

Le vi girarse, tenía las manos en los bolsillos de los pantalones de raya diplomática y la chaqueta abierta.

—¿Ya te lo has pensado? —sonrió descaradamente, con seguridad, y retrocedió sobre sus pasos.

—Acepto.

Continuó sonriendo. Levantó las dos manos y las apoyó sobre mis hombros.

—¡Excelente decisión, chico! Excelente decisión.

El entrenador Dalton estaba orgulloso de mí, lo veía en su cara.

—¿Cómo va esto? Quiero decir... ¿cuándo empezamos?

—Hay tiempo, hablaremos de ello con calma estos días, ahora disfruta de tu merecida victoria.

Saludó al entrenador con una palmadita en el hombro.

—Nos vemos pronto, Jonathan.

—Ya hablamos, Warren.

Sus manos volvieron a meterse en los bolsillos y se dirigió hacia la salida como si estuviera danzando, dada su fluidez.

Nos quedamos solos el entrenador y yo.

Se bajó las gafas de sol y me miró. Yo también fijé la mirada en él. Unas arrugas expresivas le atravesaron la cara, bronceada por el sol. Sus ojos verdes, intensos y al mismo tiempo cargados de una gran determinación me observaron con satisfacción.

—No te arrepentirás de esta decisión, chico. Los años pasan, los amigos cambian, las mujeres vienen y van, y dentro de poco de darás cuenta que en la vida no podemos contar con nadie que no seamos nosotros mismos, y hoy te has hecho un gran regalo, te has regalado un futuro.

Asentí con convicción y me fui hacia el vestuario.

Los chicos estaban de celebración, se les escuchaba tras la puerta cerrada. Sus gritos, mezclados con coros de júbilo, se escuchaban por todos lados, envueltos en una delicada crisálida de algodón que amortiguaba el sonido. Pero cuando bajé la manija y abrí la puerta su fragor se manifestó en toda su grandeza.

Todos se giraron hacia mí casi simultáneamente. Todavía seguía confuso por todo lo que había acontecido en las últimas horas, pero no podía esconder la sonrisa de felicidad que me curvaba los labios.

Tim fue el primero que vino a mi encuentro. No gritaba, a diferencia de los otros, no decía nada pero me miraba. Sabía lo que quería, fue más allá del uniforme enfangado y el pelo sudoroso, era algo muy distinto, quería saber lo que había decidido.

Asentí, y fue en ese momento cuando se acercó aún más y me abrazó.

No era la primera vez que hablábamos en silencio. Teníamos un idioma nuestro, un idioma construido con miradas silenciosas y sensaciones epidérmicas, de estratos y estratos acumulados de momentos compartidos. Había una frecuencia unívoca, un camino preferencial por el que viajaban nuestros pensamientos, porque éramos más que amigos, éramos hermanos.

—¡Está decidido, capitán! Esta noche, por gentileza de nuestro Anderson, se harán en su casa los festejos y serás el huésped de honor.

Miré a Thomas levantando una ceja, pero no me hizo ni caso.

—¡Somos los campeones! —gritó, acto seguido se produjo un rugido de aprobación por parte del resto del equipo. Mark Anderson se giró hacia su amigo y sonrió con esa dentadura de estrella de Hollywood antes de volver a concentrarse en la camiseta que estaba a punto de ponerse.

—¡Gente! ¡Será una fiesta épica! ¡Hay que divertirse!

Thomas se acercó a Mark por detrás y, meneando la pelvis, hizo como si se lo estuviera tirando.

—Lo siento, amigo, pero no eres mi tipo —Anderson retrocedió y empezó a reírse. Thomas fingió estar enfadado como un marica histérico y después también empezó a reírse.

—Ah, sí, sin duda prefieres follarte a la señorita precisa, ¿verdad, Mark? Os vi mientras os besabais en medio del campo —se rio haciendo un gesto con las manos—. Muy romántico, felicidades, Anderson. A ver si esta noche también eres tan discreto.

Rechiné los dientes. Una sacudida involuntaria me atravesó el cuerpo de

arriba abajo.

—Tranquilo, Lex —fijé la mirada en Tim, fulminándolo al instante—. No te precipites, ¿vale? —murmuró en el oído para que no le escuchara nadie más.

—Ese idiota me pone de los nervios... —gruñí en voz baja.

—Lo sé, pero guárdatelo para ti si no quieres armarla.

Tim tenía razón, si hubiese explotado solo habría hecho daño, ¿y para qué? Yo iría a Harvard y Olivia se quedaría con ese guaperas mimado, no había motivos para montar un espectáculo.

T me miró, estaba preocupado por si explotaba de un momento a otro, pero lo tranquilicé con una mirada.

—Tú verás, capitán. Kendall no puede esperar a probar el nuevo colchón de la habitación de huéspedes de Anderson.

Mi cerebro dudaba entre coger a Thomas por el cuello y lanzarlo a la pared o cogerlo del cuello, molerlo a palos y lanzarlo contra la pared.

La elección era verdaderamente difícil.

—Bueno Reeves, ¿qué hago? ¿Te reservo la habitación o no?

Lancé una última mirada tranquilizadora a Tim y esboqué una sonrisa.

—Cuenta con ello.

CELOS



Ríos de cerveza, gente borracha dando tumbos y música a todo volumen. La casa inmaculada de los Anderson se había transformado en una especie de local sospechoso y clandestino que rezumaba alcohol y sexo. Me sentía completamente perdida. Si al menos estuviera Eva a mi lado, habría podido fingir que todo iba bien, pero estaba sola. Ferguson, el *tight end* del equipo, le había pedido que le acompañara a la fiesta. A ella no le apetecía. Era la primera vez que un chico le proponía salir, razón por la cual, en lugar de pedirle que fuera mi sombra como me habría gustado, la animé a que fuera con él. Moraleja del cuento: estaba en una esquina observando a los que se divertían y lo que sucedía, no me gustaba nada. Alex continuaba evitándome y se comportaba como si no estuviera. Me ignoraba bebiendo una cerveza tras otra.

Bebía sin control. Las había contado, llevaba al menos cinco vasos de cerveza desde que llegué. Mark y los otros también estaban bastante bebidos, no me parecía nada bien. Dejar una casa vacía en las manos de una horda de chicos borrachos y nerviosos podía tener consecuencias nefastas.

Me acurruqué en el sofá del salón, observando con desprecio lo que sucedía a unos pocos pasos de mí. Lenguas que se entrelazaban, manos que escalaban para levantar vestidos sugerentes y gemidos sofocados por el ruido. Esa fiesta se estaba transformando poco a poco en una especie de encuentro para exhibicionistas. Las chicas más queridas del instituto estaban todas presentes, vestidas en serie como si las hubiera construido el mismo “camello”, y entre ellas, por supuesto, resaltaba Kendall, la persona más insípida con la que había

hablado.

La única vez que le dirigí la palabra llegué con total seguridad a una conclusión: su cerebro estaba tan lobotomizado que la parte derecha no dialogaba con la izquierda. Esta era la única explicación posible para una elocuencia que solo incluía cuatro o cinco vocablos como máximo, pronunciados entre risitas y grititos tontos.

Sacudí la cabeza mientras la observaba minuciosamente de arriba abajo. La madre naturaleza había sido tacaña con su cerebro, en cambio, fue generosa con su aspecto físico. Aunque fuera insoportable, no se podía negar que fuera guapa.

La observé, la estudié con un interés obsesivo mientras una sensación molesta fluía bajo la piel cada vez que se giraba para mirarlo. Le seguía sonriendo y, después, con unas zancadas largas se fue hacia el único objetivo sensible de la fiesta: *Alex*.

Serpenteaba. Esa sensación viscosa, impertérrita y molesta me serpenteaba, atravesándome el estómago y subiéndome por la garganta. Kendall iba a autocondenarse a muerte y, válgame Dios, no se había dado cuenta. Se puso detrás de él y lo tocó. Su mano le acarició el pecho mientras le acariciaba el cuello.

¡Estaba muerta!

Once horas y tres minutos: se había declarado oficialmente la muerte de Kendall Cameron. Me puse en pie, lista para hacer una masacre, cuando el cuerpo de Mark tapó mi campo visual. Parecía un poco borracho.

—¡Cariño, ven aquí! —masculló—. Te estaba buscando.

Avanzó hacia mí y me sofocó con un abrazo asfixiante.

—Mark, ¿cuánto has bebido?

—Shh... —siseó en mis labios, exhalando aire con olor a alcohol—. Estamos en una fiesta, cielo, hay que beber, ¡todos lo saben!

—No estoy de acuerdo, ¿te das cuenta que ni siquiera puedes mantenerte de pie?

—¡Estoy muy bien! —dijo, oscilando peligrosamente antes de agarrarse a mis hombros—. Bésame.

—Para, Mark —le regañé mientras le esquivaba—, no me gusta verte en ese estado.

—Vale, tienes razón —murmuró haciéndose a un lado—, no quiero saltarte encima, lo siento.

Me alisé las mangas de la camiseta y me re Coloqué el fular que tenía en el

cuello. Kendall seguía hablándole a corta distancia y él parecía divertirse.

—Mira, ¿por qué no vamos un rato arriba para hablar? ¿No pospusimos una conversación esta mañana?

Mark charlaba, la música retumbaba y yo no podía dejar de mirar a esos dos que estaban demasiado cerca.

—¿Qué me dices? ¿Vamos?

—Ahora no.

—Pero...

—Lo siento, Mark, tengo que hacer algo.

Lo aparté con la mano y me dirigí a Alex, que estaba besando el cuello de Kendall.

Se quedó de pie mirándome mientras atravesaba la estancia con un enfado de mil demonios. La distancia entre los tres se hacía cada vez más pequeña, más inconsistente. Alex parecía estar en su salsa mientras esa puta seguía riéndose. Estaba cegada por la rabia, lo agarré de un brazo y lo aparté.

—Tú y yo tenemos que hablar. ¡Ahora!

Ella abrió la boca para decir algo, pero la callé con una mirada furiosa.

—Señorita Perfeccionista, ¿qué te pasa? —dijo riéndose mientras lo sacaba de la habitación.

—Sabes muy bien lo que me pasa, Alex —lo dejé libre y se tambaleó un poco.

—¿Por qué esa especie de trabajadora de calle te estaba tocando de esa manera?

—¿Estás celosa? ¡No me hagas reír!

—No te comportes conmigo como un tonto.

—Ah, ¿de verdad?

—De verdad.

—No me parecía que tuvieras muchos problemas hoy mientras besabas a ese idiota delante de todos.

Me quedé helada.

—De todas maneras, no tiene importancia —se llevó el vaso que tenía en la mano a la boca y dio un sorbo. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho. No me importas nada, Olivia, puedes hacer lo que quieras, puedes quedarte con él, dejar que te folle hasta mañana, me da igual.

No podía ser. No podía ir en serio.

Lo miré sin hablar, tenía la boca seca, la respiración bloqueada y el corazón arrítmico.

—¿Lo dices... en serio?

Fríos e impasibles, sus ojos se me echaron encima.

—¿Tú qué crees?

Sentí que la rabia se agolpaba dentro de mí, llegaba al estómago y después se extendía por el brazo. El tortazo fue tan rápido que no tuve tiempo ni para reflexionar.

—¡Eres un idiota! ¡Te odio! Te odio, ¿me escuchas? No te vuelvas a acercarme a mí.

Alex me miraba impasible. Cogí el vaso que tenía en la mano y se lo tiré encima antes de irme hecha una furia.

EN CAÍDA LIBRE



Me odiaba.

—¡No te vuelvas a acercar a mí! —gritó mientras se marchaba. Y, a pesar de que mi cerebro estaba un poco ofuscado por el alcohol, comprendí enseguida que la había cagado, pero había sido necesario.

Tenía que terminar y rescindir lo que había entre los dos. Era mejor así o no conseguiríamos salir vivos.

La cerveza helada me goteó por el cuello y por los hombros, pero no me moví. Permanecí impasible, inmóvil, intentando convencerme que alejarla definitivamente era la mejor elección para ambos.

Me fui a la cocina, cogí un paño y me sequé la cara. Todo estaba revuelto: vasos sobre la mesa, cartones y restos de comida. En cada esquina de la casa había una pareja besándose. Volví a entrar en el salón, pero allí las cosas no estaban mejor. Había gente tirada en el sofá tocándose, algunos fumaban, otros bebían hasta olvidarse de quiénes eran, pero no había ni rastro de ella. Avancé con el paño todavía en la mano, intentando secar la camisa.

¿Dónde diablos se había ido?

Me acerqué al porche y la vi. Estaba de pie, apoyada en la barandilla de madera, estaba de espaldas. Su espalda se movía de forma imperceptible. Estaba llorando. Olivia estaba llorando.

Había sido un idiota, ¿pero qué podía hacer? Entre nosotros las cosas nunca habrían funcionado. Ella seguía con él y yo me iría a Harvard.

Tomar decisiones no era sencillo, una elección implica el sacrificio de lo no elegido, y en ese momento había tenido que sacrificar a alguien, la sacrificué a ella.

Me acerqué por la espalda y le rocé el brazo.

Se dio la vuelta. Furiosos, desesperados, sus ojos me agredieron y sentí que algo se rasgaba en mi interior. La había herido de verdad.

—¡Te he dicho que no te acercaras más a mí! ¡No me toques! ¡No me toque nunca más! ¿Te ha quedado claro?

Se fue rápidamente hacia la puerta de la entrada.

¡Joder, qué difícil es hacer lo que se debe!

Una parte de mí la habría agarrado, llevado a la pared y besado hasta vaciarle los pulmones, pero la otra no.

La otra no la sentía. Tenía que dejarla ir tal y como había decidido.

Me quedé de pie durante varios minutos sin moverme. El ruido de la música en el interior era ensordecedor, pero aun así no le prestaba atención.

Seguía todavía inmóvil cuando la vi reaparecer abrazada a él. Estaba borracho, pero no tanto como para ignorarme. Se volvió hacia mí cogiéndole el culo y me guiñó un ojo.

¡Idiota! Siguieron caminando mientras la tocaba por todos lados. Le tocaba lugares donde la había acariciado, besado y succionado hasta perder la sensibilidad en los labios. Sentí que el estómago se replegaba sobre sí mismo, pero no podía hacer nada.

Había elegido. Había elegido y me dolía.

¡Joder, que si me dolía!

Los observé alejarse hacia la parte trasera de la casa donde estaba la dependencia externa y me quedé paralizado. No podía hacerme algo así.

Llegaron al fondo del camino, él sacó las llaves y ella se giró hacia mi dirección. El cono de luz de la farola le iluminó la cara, hasta hace poco en penumbra.

Desprecio. En su mirada solo leía eso. Había vuelto a mirarme de esa manera, como si fuese un gusano al que hay que pisar, y estallé en llamas. Si quería jugar a ese juego, no me pondría a gritar ni a pedirle que no lo hiciera. Si de verdad quería follarse a Mark para fastidiarme, no era mi problema.

Ella ya no era mi problema.

Tragué mientras los vi entrar y cerrar la puerta tras de sí. Las luces se encendieron y dos sombras oscuras empezaron a moverse dentro.

Estaba furioso, quería destrozarlo todo.

¡Joder!

Le di un puñetazo a la pared y me herí la mano.

—¿Qué estás haciendo, Lex?

Tim me cogió el brazo antes de que lo golpeará una vez más.

—¡Ahora no, T!

Miró hacia la dependencia externa iluminada y negó con la cabeza.

—Te avisé para que no empeoraras las cosas con ella.

—No es nada, T. Nada de nada.

—¿Entonces por qué estás dándole puñetazos a la pared?

No respondí. Bajé los ojos y fijé la mirada en las mesas de madera del porche. Las pulsaciones rápidas e irregulares resonaban en la garganta, la sangre se había coagulado y los pulmones se cansaban de tomar aire.

No era nada.

Nada de nada.

Tan solo era el fin.

CON EL CORAZÓN HECHO PEDAZOS



Entré en casa hecha una furia, me pareció eterno: encontrarse y perderse continuamente. Esta vez, al menos, me había dicho la verdad: no le importaba nada.

Mark me encontró enseguida, estaba enfadado, su expresión era amenazadora y tenía las manos cerradas en puños. Le costaba andar por el alcohol, pero sus pasos eran decididos. ¡Y tanto que lo eran!

—Olivia, quiero que me expliques ahora lo que acaba de suceder.

—No ha sucedido nada.

—¿Me tomas por tonto? ¿Cómo puedes pensar algo así? ¿Qué diablos hay entre vosotros dos?

—Nada, te aseguro que no es nada —suspiré bajando la mirada.

—No te creo —se subió las mangas de la camisa y se fue hacia la puerta—. Quiero que me lo diga él.

—¡Mark, espera! —lo paré sujetándolo de un codo—. Dejémoslo estar, ¿vale? ¿Por qué no nos vamos tú y yo solos? Me ha cansado toda esta confusión.

Me observó con sorpresa, sus ojos estaban vidriosos por el alcohol que le recorría el cuerpo. Quizás así pueda calmarlo, quizás podría evitar el enfrentamiento, porque en ese momento no estaba sobrio y no tenía idea de lo que podría suceder. Me acerqué un poco más con cuidado y le acaricié el pelo. Mark cerró los ojos al sentir mis dedos tocándole la piel.

—¿Por qué no me llevas a la habitación de invitados? —le susurré al oído—.

Como habías dicho, tenemos una conversación pendiente.

Un gemido gutural le hizo vibrar la garganta, parecía un gato que se estiraba con mis caricias.

—¿Me estás queriendo engañar?

—No, Mark, nadie quiere engañarte —mentí—, solo quiero estar un rato con mi chico.

Abrió los ojos de par en par y me miró con una expresión aún más nublada que antes.

—Está bien, cariño, si es lo que quieres, te llevo enseguida.

Me cogió y nos fuimos hacia la salida. Al primer paso que dimos me agarró el trasero con la mano. Cerré los ojos, tenía que permanecer tranquila si quería evitar desencadenar una pelea.

—¡Tienes un culo muy bonito, cariño! —resopló mientras me seguía tocando por todas partes. Pasamos por la puerta, salimos al porche y, sin dignarme a mirarle, me fui con él hacia la parte trasera de la casa.

Mark sacó las llaves del bolsillo y abrió la cerradura. Sentí que sus ojos me observaban desde lejos, así que me giré. Lo despreciaba, me había engañado con sus bonitas palabras y después se libró de mí.

—Entra, señorita, la puerta está abierta.

Mark me hizo un gesto con la mano para invitarme a entrar. Di unos pasos y me quedé quieta. La dependencia externa era una especie de apartamento suplementario equipado con todo y decorado con cuidado. Mark cerró la puerta y avanzó unos pasos hacia mí. Se paró a mis espaldas y se inclinó para besarme el cuello.

—¿Por qué últimamente siempre llevas puesto ese estúpido fular? —metió un dedo debajo de la tela e intentó deshacer el nudo. Me puse rígida y me alejé de él.

—¿Puedo ir un momento al baño? —pregunté mirando a mi alrededor desorientada.

—Es la puerta de la izquierda —me dijo metiéndose las manos en los bolsillos—. ¿Ya ni te acuerdas de dónde está el baño?

—Tienes razón, lo siento, estoy un poco nerviosa.

Me sonrió de forma provocadora y lujuriosa.

—¿Ah, sí? —preguntó acercándose un paso—. ¿Y por qué estás nerviosa? —me apartó un mechón de pelo de la cara y se quedó a la espera de mi respuesta.

No sabía qué más inventarme. Esbocé una mueca camuflada en sonrisa y me

metí en el baño.

—Vuelvo pronto...

Me colapsé en cuanto cerré la puerta detras de mí. ¿Qué diablos haría ahora?

Tenía una cuenta atrás en la cabeza, las vibraciones que sentía en las sienes no me ayudaban en nada. Me mordí el labio y miré al techo para reprimir las lágrimas. No debía llorar. No debía hacerlo. Sin embargo, traicioneras y silenciosas, me empezaron a caer por la cara. Me froté las mejillas con el dorso de la mano y sorbí la nariz.

—¡No llores, Olivia! ¡No llores, maldita sea!

El cerebro me daba órdenes a la perfección, pero el corazón... El corazón no quería escuchar. Anárquico y rebelde, continuó corriendo, forcejeando y bombeando sangre.

¿Cómo había podido cometer un error tras otro como una estúpida? Lo había besado, me había enamorado de él, me acosté con él y ahora para salvarlo me arriesgaba a complicar aún más los problemas.

Mark llamó a la puerta.

—¿Va todo bien, pequeña? —pronunció con tono bajo.

—Sí, va todo bien.

Me mojé la cara, tomé aire y volví al salón. Se había sentado en el sofá. Se había quitado la camiseta y su pecho estaba completamente desnudo. Las cosas estaban yendo de mal en peor.

—Ven aquí —dijo animándome y dando palmadas en el asiento.

Dudé. Lo miré con preocupación de arriba abajo, dejando caer la mirada sobre sus abdominales pronunciados y esculpidos. Sonrió satisfecho.

—¿Te gusta lo que ves?

No respondí, no sabía si salir pitando por la puerta o seguir retrasándolo unos minutos más. Mark ya no era tan paciente, lo había llevado al extremo y era solo culpa mía.

Eché la cabeza hacia adelante, apoyó los antebrazos en las rodillas e inspiró. El pecho se hinchó de golpe, se podían ver bien todos los músculos: los dorsales amplios y los bíceps desarrollados. En un segundo se puso de pie y vino a mi encuentro. Me cogió un mechón de pelo entre los dedos y me acarició la cara.

—¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo —mentí.

—Ven, ven conmigo, te quiero en el sofá —me cogió de la mano y me acomodó en el centro del sofá. Se sentó, hundió la espalda desnuda en los

cojines y me rodeó la espalda con el brazo. Me acarició con la punta de los dedos y me hizo garabatos.

Tragué.

Con la punta del índice me recorrió todo el brazo desde el hombro hasta la mano que tenía en el regazo entrelazada con la otra.

—Te noto muy tensa —susurró—, demasiado rígida.

Cerré los ojos rezando a Dios para que me dejara salir viva de esa situación, porque las cosas se estaban precipitando.

—Estate tranquila, pequeña, tengo la intención de remediarlo.

Con un movimiento repentino hizo que me tumbara y se puso encima de mí. Curvé la espalda para intentar aumentar la distancia entre nuestros cuerpos, divididos solo por una capa ligera de ropa. Mark me miró a los ojos con una intensidad extraña, parecía que estaban empañados y turbios como sus intenciones. Me puso una mano cerca de la sien mientras con la otra empezó a acariciarme la cara, el hombro, la clavícula y después el pecho. Lo cogió entero con la mano mientras con el pulgar me acariciaba el pezón. Dirigí la mirada hacia el antebrazo que se hundía en el cojín. Tenía el músculo hinchado por el esfuerzo, después se movió y me cogió con más fuerza.

—Shhh, estate tranquila...

Sacudí la cabeza sin respirar, hundiendo los incisivos en el labio inferior. No podía hacerlo. No podía.

—¡Quítate, Mark!

Abrió los ojos y se puso rígido de repente.

—¿Por qué? —su mirada denotaba rabia y desilusión—. Ya basta. ¿Por qué sigues engañándome? Primero me provocas y luego te retractas. No soy tu juguete, Olivia.

Mis dientes profundizaron aún más en los pliegues de los labios.

—Tienes razón, me he equivocado —dije mirándolo a los ojos—, quizás sea mejor si acabamos y lo dejamos aquí.

Mark se quedó boquiabierto y sus iris verde menta parecían que se iban a salir de las órbitas.

—Estás de broma, ¿verdad?

Negué con la cabeza sin encontrar el valor para decir algo más. Se alejó de mí y se levantó del sofá.

—Dime, ¿lo estamos dejando?

Lo miré a los ojos y después volví a bajar la mirada. Me acerqué a él y le rocé

el hombro.

—Lo siento...

No respondió. Fijó la mirada en el suelo, una sombra oscura le veló los ojos.

—¿Lo sientes? ¿De verdad quieres que me crea que lo sientes?

Levantó la mirada del suelo y me observó con atención. Se acercó a mis labios y después bajó aún más. Continué recolocándome el fular, que se había aflojado con todo el ajetreo.

—¿Qué tienes ahí?

—¿Dónde?

—En el cuello —dijo apartándome la mano—. Quiero ver qué es lo que escondes.

Agarró la seda con los dedos y el fular cayó al suelo. Estaba aterrorizada. Temblé de miedo mientras él inspiraba dilatando la nariz como un toro a punto de cargar.

—¿Qué son estas cosas, Olivia?

No respondí y las cubrí con las manos instintivamente.

—¿Ni siquiera tienes el valor de responder? —siseó—. ¿Quién es? ¿Quiero saber con quién has estado?

—No es importante, Mark...

—¿No es importante? —preguntó yendo hacia adelante y hacia atrás—. ¿No es importante, dices? ¿Pero qué te pasa a ti en la cabeza, Olivia? ¿Un cualquiera se folla a mi chica y crees que no es importante? —dio un puñetazo en la mesa, un jarrón de flores se tambaleó y cayeron algunas gotas de agua en el mantel de tela—. Quiero saber con quién cojones has estado, Olivia, ¡me lo debes! Me. Lo. Debes. ¿Lo has entendido?

—Mark, te lo pido.

—¡No me pidas! Tus peticiones son inútiles. Eres perversa, ¡una puta! —dio otro golpe a la mesa y cerré los ojos por el susto—. Estás jugando con fuego. He sido siempre bueno, paciente y amable contigo. Pero ya está bien. Dime quién es ese cabrón, ¿está claro? ¡Quiero escucharlo de tu boca!

—No, no te diré nada, Mark.

Huí de su mirada y en respuesta dio otro golpe a la mesa.

—Es él, ¿verdad? “No hay nada entre nosotros” —chilló imitando mi voz—. ¡Y una mierda que no hay nada! —rugió como una bestia—. ¿Desde cuándo me engañas?

No respondí.

—¡Respóndeme, puta! —gritó tirando una silla a la pared—. ¿Desde cuándo folláis Reeves y tú?

Mis dientes profundizaron todavía más los labios y cuando volvió a golpear la silla con una patada abrí los ojos.

—Lo siento —farfullé aterrorizada, pero parecía haberse vuelto completamente loco. Se metió las manos en el pelo, inspiró a fondo y como una furia salió de prisa por la puerta.

—¿Qué vas a hacer?

Corrí tropezándome detrás de él, pero no tenía la intención de pararse.

—Mark, te lo pido, ¡para!

Salió de la habitación temblando de rabia y se dirigió a grandes pasos hacia la puerta principal. Temblaba. Me envolvían sensaciones fortísimas y devastadoras.

—Mark, ven aquí, por favor, ¡hablemos! —le imploré con los brazos rodeándome el cuerpo. Abrió la puerta y empezó a caminar en círculos por el amplio salón repleto de gente.

La música sonaba, sus amigos bebían y bailaban sin saber que Mark se había convertido en una máquina asesina. Pasó entre dos personas y de un espaldarazo le tiró encima la cerveza a uno.

Vio a Thomas a lo lejos y se fue corriendo hacia él.

—¿Dónde está Reeves?

Arrugó la frente, más borracho que nunca, y murmuró algo. No me dio tiempo a llegar, Mark desapareció entre el gentío que bailaba y reía sin darse cuenta que en unos pocos minutos se produciría una carnicería.

Lo seguí con la mirada desde lejos, lo perdía y lo volvía a encontrar. Cuando llegó a las escaleras que subían al piso de arriba sentí que me temblaban las piernas como un caballo recién nacido. Me costó llegar hasta él, me hice paso entre cuerpos sudados y tufillos de perfume. Mark estaba golpeando una puerta con una brutalidad casi inhumana. La cerradura se abrió y su furia abrumó literalmente a Alex. Lo cogió por el cuello y lo empujó hacia la pared.

—¡Te mato! —gritó moliéndolo a puñetazos.

—¡Déjalo! —grité corriendo hacia ellos, pero no me escuchaba, siguió agarrando a su presa con una brutalidad que jamás había visto en él hasta ahora. Alex me miró, tenía la ceja partida y le sangraba el labio. Me observó confuso y le dio una patada entre las piernas. Mark retrocedió llevándose las manos a la entrepierna y Alex tosió para recobrar el aire.

—¿Qué cojones te pasa? —le gruñó—. ¿Acaso estás loco?

—¡Tú! —chilló Mark tambaleándose mientras se ponía de pie—. ¡Yo te mato, Reeves!

Alguien me adelantó, empujándome hacia la pared.

—¡Parad! —Tim se había puesto en medio, intentando separarlos mientras yo lloraba como una idiota.

—Pero qué cojones...

Johnson acababa de llegar al lugar de la masacre y sujetó a Mark por los hombros. Tim, en cambio, le pidió algo a Alex. Estaba hecha un manojo de nervios tembloroso, no se me había pasado por la cabeza que las cosas pudiesen haber ido a peor, pero siempre había un resquicio para destruir y pulverizar el corazón de una persona.

Bastó muy poco.

Miré hacia la puerta abierta y salió Kendall medio desnuda que miraba a su alrededor sorprendida más o menos como yo.

—¡Felicidades, Olivia! —gruñó Mark deshaciéndose de los brazos de Johnson—. ¡Has echado todo a perder por un gilipollas que ya se estaba follando a otra!

No me lo podía creer, pero esa era la verdad, la pura y terrible verdad. Era tal y como había dicho él, no me había probado nada y esa era la confirmación.

Algo se rompió con un crujido lúgubre y me golpeó el corazón. No podía respirar, no podía andar, ni siquiera podía mover los párpados. Alex me miraba con la boca abierta, un ojo morado e irreconocible y el otro fijo en mí. Tim lo sujetaba por el codo y en su cara vi una expresión contrita y arrepentida. Se habían caído las máscaras, se había terminado el juego y se había destrozado el equilibrio.

Me había equivocado. Había cometido un error imperdonable y ahora tendría que sufrir las consecuencias.

Miré a Alex con los ojos llenos de lágrimas y desprecio y escapé escaleras abajo.

—¡Venga, vete! Vete y no vuelvas —gruñó mi ya exnovio. Nadie había entendido lo que había pasado con exactitud menos Tim, y quizás fuese mejor así.

Mis pies no paraban de correr. No se pararon cuando llegué al piso de abajo, no se pararon cuando salí por la entrada y tampoco se pararon cuando salí a la calle como una loca furiosa. Recorrí un largo camino esa noche, recorrí kilómetros y kilómetros sin una meta definida y sin sentir nada, ningún dolor,

ninguna sensación de cansancio. Todo lo que sentía era el eco del vacío que había dejado detrás.

Llegué a casa en condiciones penosas, el pelo enredado, el maquillaje corrido hasta la barbilla y con el corazón hecho pedazos, giré la llave y entré en silencio, cerrando la puerta en cuanto entré.

Un cubito de hielo me había cubierto el corazón. Quieto, inmóvil, se quedaría así para siempre, inerte y congelado. No lo abriría para nadie más. No volvería a permitir que un hombre llegase tan lejos.

En ese preciso momento, con las lágrimas empapándome la cara y el cuerpo tembloroso, me juré a mí misma que no volvería a cometer el mismo error.

Nunca más.

El amor, para mí, había muerto esa noche y sobre su lápida había escrito un solo nombre: Alexander Reeves.

Estimado lector:

Si has llegado hasta aquí, para mí ya es algo grande, significa que has sobrevivido indemne a cientos de páginas. Significa que, de alguna manera, has entrado en mi mundo y en el de mis locos personajes, los has conocido, los has odiado, los has amado o, quizás, simplemente te han dado igual.

Al escribir estas líneas no puedo dejar de agradecer a los que han dedicado unos minutos de su tiempo para dejar una opinión o un comentario.

Las opiniones son lo más importante para quienes escriben, son la manera en la que un autor interactúa con los ojos atentos y silenciosos que han devorado ávidamente o, quizás, mordisqueado las páginas. Son la manera a través de la cual se puede enderezar el tiro, corregir un error o, de forma más sencilla, emocionarse. Quizás no os deis cuenta, pero no hay nada, repito, nada que me guste más que vuestra opinión. Por lo tanto, os agradezco si decidís dejarme aunque sean dos líneas, y si decidís no hacerlo, os lo agradezco igual, porque en el fondo yo estoy aquí, detrás del teclado que amo, solo gracias a vosotros.

Hasta pronto,

S. P. Miller

AGRADECIMIENTOS

Llegar a este momento es emocionante, pero esta vez tengo que admitir que soy doblemente feliz. He querido mucho a estos personajes, son una de las pareja que llevaré siempre en el corazón y espero de verdad que vosotros, lectores, podáis ser empáticos con ellos.

Escribir su historia ha sido un largo recorrido que ha durado más de un año. Lo que tenía que ser un simple *spin-off* de *Guardami ancora* se ha convertido en una bilogía en sí misma, porque como es natural, cuando empiezo a escribir ya no puedo parar. Por lo tanto, agradezco que me hayáis esperado con paciencia y apoyado siempre con vuestros mensajes, comentarios y «Me gusta». Vosotros, lectores, sois la fuerza de los autores y nuestra mayor satisfacción.

Lo pasado ha sido un largo año lleno de altos y bajos, pero, a pesar de todo, hay personas que han permanecido siempre a mi lado y que no puedo hacer más que darles las gracias. Les he dedicado este libro porque sin su presencia constante nunca habría llegado a este momento. Gracias, amigas mías.

Me gustaría darle las gracias a otras dos personas: Nicoletta Zinna y Giovanna Minella, que leyeron el libro cuando todavía era un borrador y me dieron todo su apoyo, como siempre.

Gracias también a todos los blogs que reseñaron *Quel che resta di noi*, vuestro trabajo es fundamental para nosotros, los autores, una mención especial va para Sonia Donelli, que fue muy amable y estuvo muy disponible.

También agradezco a todos los grupos de los que formo parte y que a menudo me han recibido para dar a conocer mis trabajos, pero también a los autores que estuvieron disponibles para organizar donaciones e informes. Gracias de verdad, chicas, en este mundo no es fácil encontrar a alguien que te ofrezca ayuda incondicional y sin pedir nada a cambio. No he recibido una, sino muchas ayudas, por lo tanto, estoy muy agradecida.

Agradezco a Valentina Ferraro su apoyo y a Veronica Pigozzo por editar este libro. Me emocioné cuando lo releí por primera vez después de la edición. Trabajar contigo ha sido una experiencia muy bonita que espero volver a repetir otras tantas veces. Encontrar a alguien que sea sincero y al mismo tiempo respetuoso es una tarea ardua, al igual que recibir ayuda de forma desinteresada. Gracias, Verónica.

Y ahora llegan los agradecimientos más personales. Escribir es un esfuerzo que conlleva muchísimo tiempo, tiempo que le quito a mi familia y al resto, por

lo tanto, no puedo dejar de agradecer a mis hijos y a mi marido. Me soportáis en mis momentos de locura, cuando os repito hasta el infinito las mismas paranoias sin pestañear, porque sabéis que sin vosotros no podría volver a ir a ningún sitio.

Gracias, amores míos.

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

- No es demasiado tarde (Por siempre #2)

CONTACTO

[Perfil de Facebook](#)

[Página de la autora](#)

[Instagram](#)

[Twitter](#)

[Correo electrónico: millerpsam@gmail.com](mailto:millerpsam@gmail.com)

Table of Contents

[EL LIBRO](#)
[CANCIONES](#)
[PRÓLOGO](#)
[EN CASA DE MARK](#)
[EL RECHAZO](#)
[LA DISCUSIÓN](#)
[DE VUELTA A CASA](#)
[INSOMNIO](#)
[EN EL INSTITUTO](#)
[LÍMITES](#)
[MARK](#)
[AMIGOS](#)
[EL LADRÓN](#)
[EL DESPERTAR](#)
[REFLEXIONES](#)
[CONCIENCIA](#)
[HERIDAS](#)
[EL BESO](#)
[OLIVIA VERSUS ALEX](#)
[RECAÍDAS](#)
[ROJO TOMATE](#)
[ADVERTENCIAS](#)
[CONFESIONES](#)
[ENTRENAMIENTOS](#)
[AMISTADES](#)
[HARVARD](#)
[UNA CARRERA](#)
[LA PRIMERA VEZ](#)
[EL NINJA DE LA NOCHE](#)
[ALLANAMIENTOS](#)
[NUEVAS EXPERIENCIAS](#)
[UNA PIZZA Y UNA PELÍCULA](#)
[DISCUSIONES](#)
[UN INTRUSO](#)
[UNA ELECCIÓN](#)

[EVELYN](#)
[RELACIONES INTERRUMPIDAS](#)
[LA FINAL DEL CAMPEONATO](#)
[LA PROPUESTA](#)
[CELOS](#)
[EN CAÍDA LIBRE](#)
[CON EL CORAZÓN HECHO PEDAZOS](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)
[PRÓXIMAS PUBLICACIONES](#)
[CONTACTO](#)